FRANCINE JC



Besos a un Tirano

Besos a un tirano

Francine J.C.

Título: Besos a un tirano

©Todos los derechos reservados. Bajo la sanción establecida en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización estricta del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

© Francine J.C.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Sello: Independently published

Quiero dedicárselo a mi marido
y a la memoria de mi padre,
los hombres más
importantes de mi vida.

CAPÍTULO 1

Santiago de Compostela, Alameda de Santa Susana

Otro día más igual, ¡por favor! ¡qué sitio! ¿aquí no para de llover nunca? Casi siempre el cielo está gris y no veo jamás el sol. Después de cuatro años aún no me he acostumbrado. Estamos en octubre y acaban de empezar las clases y, para relajarme un rato, como cada tarde, salgo a correr por la alameda.

Vivo en una residencia de estudiantes para hijos o nietos de militares. Mi padre era militar y los últimos años de su vida los pasó enfermo. Murió cuando yo tenía diez años. A partir de ese momento, mi madre y mi abuela cuidaron de mí, hasta que un día, cuando yo tenía dieciocho, un conductor borracho atropelló a mi madre en un paso de peatones, por lo cual me quedé así, sola, con mi pobre abuela Amalia. Por eso acabé aquí, en esta residencia y, gracias a la paga de huérfana, las becas y servir cafés en un bar cercano al campus universitario, puedo estudiar Administración y Gestión de Empresas. Eso sí, he perdido un año y no me puedo permitir otro más. El dinero se agota, las becas son ridículas —cada año más—, y el poco dinero que obtuve del accidente de mi madre está llegando a su fin.

Hoy estoy empapada. Parece que cae más que otros días. Creo que será mejor que me vaya a la residencia antes de que me coja una pulmonía. Dejo de correr y continúo caminando, porque tengo los calcetines tan mojados que me resbalan dentro de las zapatillas deportivas y, con la suerte que tengo, seguro que me parto la crisma.

Al ir haciendo la curva del sendero, detrás de unos arbustos, hay una chica sentada en un banco, sola, bajo la lluvia. Me pregunto qué le pasará. Al ir acercándome creo conocerla. ¡Sí, es ella! es esa pija que siempre anda rodeada de tíos por el campus, ¡pero pija con

mayúsculas! Se llama Jessica o Jennifer, pero no porque su madre le haya puesto el nombre de su cantante o actriz favorita, sino porque sus padres creo que son británicos, o al menos tiene un apellido inglés, si no recuerdo mal... Es como una Barbie: delgada, alta, rubia, ojos azules, cintura estrecha y una buena delantera, ¡Vamos! igualita que yo, que soy atlética, no llego al metro sesenta y cinco, pelo castaño y ondulado, ojos marrón claro y casi no tengo pechos.

Es muy raro que esté en este sitio ella sola y sin paraguas. No me parecería tan raro si fuera de noche y estuviera con un chico, porque aquí vienen muchas parejas a meterse mano o a practicar sexo, ya que es un lugar con varios caminos, arbustos grandes y pequeños y muchos árboles. Un lugar tranquilo para pasear, correr y, dependiendo de la hora... otras cosillas.

Me da un poco de pena, la verdad, ¡y qué demonios! la curiosidad me puede y me acerco a ver qué le pasa. Lo más probable es que esta estirada me mande al cuerno.

—¡Hola! ¿estás bien?

—Hola... —dice la Barbie muy bajito.

—¿Te encuentras bien? —insisto.

—No... —suena como un suspiro.

—¿Te apetece que vayamos a algún sitio más cómodo? ¡Puedo llevarte! Tengo el coche aparcado ahí cerquita, aquí vas a enfermar. —¡Buf!, con franqueza, a esta tía le pasa algo gordo.

—Vale... me llamo Jess... —continúa en el mismo tono monocorde —. Jess Cromwell.

—¡Bien! Yo soy Sara, Sara Estévez —¡Madre mía!, ha sonado como si me burlara de ella, en plan, Bond, James Bond. Que manía tienen los guiris de presentarse con nombre y apellido aunque sea una situación informal—. ¿A dónde quieres ir?

—¿Podemos ir a tu apartamento...?

—Mmmm... lo siento. Vivo en una residencia, pero podemos ir si quieres, te presto algo de ropa seca y tomamos un café o un té calentito. ¿Qué te parece? —Me da la risa solo con imaginarla con mi cochambrosa ropa.

—Bueno...

La verdad es que no sé si ha suspirado o me ha contestado. Opto por lo segundo, la cojo del brazo y la ayudo a levantarse. Me sigue con facilidad. Por un momento creí que se negaría o que se pondría a llorar o algún tipo de reacción más dramática.

—Tengo el coche ahí mismo, y llegaremos en cinco minutitos, entraremos en calor y, y... ¡ya verás qué bien! —Me están entrando dudas, ¿y si le pasa algo realmente jodido como que hoy, no sé, ha tomado la medicación, ha matado a alguien o vete tú a saber? ¡Y yo me la llevo a casa y la invito un cafecito!

Cuando llegamos al coche —bueno, cochecito, mi maravilloso Corsa verde oscuro, que no corre nada y, si va cargado, menos todavía— subimos y la miro de reojo. ¡Vaya! qué bonita es... no tiene un solo defecto, pero parece muy triste.

Aparco con rapidez, puesto que ya tengo mi sitio estratégico y entramos en la residencia. Es un edificio muy feo, gris y sin gracia. Lo único que lo alegra un poco son los árboles y plantas ornamentales, pero ¿qué se puede esperar de una residencia militar?

Subimos a mi habitación. Es grande e individual, de eso no me puedo quejar. Tengo un escritorio, una silla, un armario, una pileta con espejo y por supuesto una cama.

Abro el armario y le ofrezco mi mejor chándal, porque no creo que le queden muy bien mis tejanos gastados, seguro que le quedan cortos.

—¿Quieres té o café? —le pregunto mientras pongo el agua a calentar en el hervidor.

—Té, gracias. —¡Bueno! parece por el tono de su voz está algo mejor—. Sabes, es la primera vez, desde que estoy estudiando aquí, que alguien me ofrece algo sin pedirme nada a cambio —dice muy seria, pero con una chispa de luz en sus ojos.

—¡Eh!, no te preocupes, la cuenta te la paso luego.

Ella suelta una sonrisilla tímida con mi estúpida broma. ¡Lo he conseguido! He logrado distraerla y que se relaje un poco.

De pronto, se le ensombrece el rostro de nuevo y los ojos se le ponen vidriosos, al borde de las lágrimas.

—Debes pensar que estoy como una cabra —me suelta.

—No, loca no. Un poco rarita, pero loca no. —Si supiera lo que he estado pensando... Le ofrezco el té.

—He recibido una llamada de mi hermano y me dijo que su mejor amigo, Miguel, ¡se va a casar dentro de un mes!

—¿Y qué pasa? —pregunto extrañada.

—Miguel es el amor de mi vida... —susurra echándose a llorar.

¡Vaya por Dios! ¿mal de amores? ¡si yo aún no he tenido tiempo para esas cosas! A ver, que gustarme, me han gustado unos cuantos, pero no he llegado a enamorarme por falta de tiempo, y porque ellos no sabían ni que existía, o porque son actores de cine, que mucho menos van a saber de mi existencia.

—Él no la ama, estoy segura —se lamenta.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡Porque lo sé! Lo conozco de toda la vida, lo recuerdo todos los veranos con nosotros desde que yo no levantaba dos palmos del suelo. Siempre lo quise mucho y, a partir de la adolescencia, empecé a sentir por él algo más. Hasta que, con dieciséis años, le confesé estar perdidamente enamorada. Él, por supuesto, me dijo que no era más que una niña, que me adoraba como a una hermana y que jamás me vería de otro modo y que, si mi hermano se enteraba de que se le había ocurrido pensar en mí como una posible de pareja, le cortaría los huevos con toda seguridad.

—¡Caray! —Menudo energúmeno tiene que ser el hermano de ella.

—Dejé pasar el tiempo —continúa Jess—. Intenté con todas mis fuerzas verlo como él me había dicho, como un hermano, pero me era imposible. Cuanto más crecía y maduraba, más intenso era lo que sentía por Miguel. Hasta que hace dos veranos empecé a ver un cambio:

»Estábamos en la piscina de casa, sentados en las hamacas, contándonos anécdotas universitarias, que por fin yo tenía las mías propias, ¡y de los dos últimos años nada menos! Y empecé a notar que me miraba de un modo distinto, muy intenso. Pasaba de mirarme a los ojos a los labios y vuelta otra vez a los ojos y, a intervalos, miraba las tetas. Notaba que se ruborizaba, se le perlaba la frente de sudor y no paraba de sonreírme, cuando sin previo aviso apareció mi hermano de dentro de la casa y gritó:

—¡Eh, Miguel! ¡Te dije que lo conseguiría!

Miguel abrió los ojos como platos, como cuando era un niño y lo pillaban haciendo algo malo. Se puso rojo como un tomate, pero unos segundos después puso cara de póquer y le dijo:

—Sabía que lo conseguirías. ¿Cuánto has tardado en cerrar el trato con los chinos?

—¡Dos larguísimas horas! Tengo la cabeza como un bombo.

—¡Pues date una ducha fría, atontado!

Dicho esto, se levantó cogiendo la toalla con fuerza y poniéndola delante de la entrepierna, salió corriendo hacía la piscina, y se tiró de cabeza, lanzando la toalla hacia el césped en el último momento.

—¿Me estás diciendo que se estaba tapando la erección con la toalla? —le pregunto con voz chillona.

—Eso creo.

—Vaya... al final sí que le gustabas...

—Sí. A partir de ese día, pasaron cosas por el estilo. Miraditas, caricias, sonrisitas...

—¿Erecciones...? —aventuro a preguntar.

—No. Bueno, imagino que sí, pero no estoy segura, ya que Miguel y Henry, siempre llevan traje, a no ser que se quiten la chaqueta, pero siempre la llevan puesta.

—¿Henry? ¿Quién es, tu hermano? —pregunto curiosa, cada vez más metida en el ajo.

—Sí. Henry trabaja en la empresa de mi padre. Con treinta y cuatro años que tiene, hace casi cinco que está llevando la empresa él solo. Es un coco. Ha hecho Medicina y Empresariales como si no costara.

—¡Jo, qué suerte! Con lo que me cuesta a mi... —me lamento.

—¡Pues, anda, que a mí! Ya podría haber heredado yo un poco más de cerebro, lo suficiente para no suspender más.

¡Esta tía cada vez me gusta más!

—Bueno, en resumidas cuentas, ¿crees que a Miguel le gustas tú y no la que se va a casar con él? —retomo la conversación.

—No lo creo, lo sé.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura?

—Porque él me lo dijo hace tres semanas.

—¿¡Y qué te dijo!? —contesto, ya histérica por el suspense.

—Que me quería —suelta por fin sin rodeos.

—No entiendo nada. Si a ti te dijo que te quiere hace tres semanas, ¿cómo es posible que se case con otra el mes que viene? —¡Qué tensión!

—Por mi hermano. Cuando Henry se dio cuenta de que empezaba a haber algo entre nosotros, le dio una charla de dos horas, le dijo que por encima de todo estaba la amistad... que había entre ellos una relación casi de hermanos... y que si no se daba cuenta de lo que podría ocurrir si lo nuestro no iba bien... Total, que quedó convencido por mi hermano. Miguel me llamó al día siguiente para decirme que me quería, pero que había demasiado en juego. Un par de días después, Henry, le presentó a una chica, y es con esa con la que se va a casar —concluye soltando un suspiro.

¡Menudo culebrón!

—Cuánto lo siento —le digo con tristeza—. ¿Vas a hacer algo?

—¿Cómo qué? Si Henry ha decidido que nosotros no vamos a estar juntos, así será.

Este Henry cada vez me cae peor. ¡Menudo mandón debe ser!

—¿Por qué es él el que dirige tu vida? ¿No tienes padres?

—Sí, tengo padre, pero desde que murió mi madre, hace cinco años, es como si no lo tuviera. Vive en México, consolándose con su novia veinte años menor que él. No es que se haya olvidado de mí, porque si le digo que me pasa algo, coge un avión y se presenta aquí al día siguiente. Pero por Miguel... me temo que mi padre no se enfrentaría a mi hermano por él.

—¿Enfrentarse? —pregunto extrañada—. Pero ¿quién es él para decidir qué tenéis que hacer o cómo vivir vuestras vidas?

—Él es... Henry.

—Increíble...

—No lo entiendes porque no lo conoces. Es carismático, persuasivo, tenaz... Ese tipo de persona que convencería a un esquimal para comprarse un congelador y además quedaría contento con su compra. Si tú supieras...

Eso quiero yo, saber. Pasamos el resto de la tarde charlando de anécdotas relacionadas con su hermano y, por supuesto, de su

queridísimo Miguel. En resumidas cuentas, parece que el que maneja el cotarro es Henry. Nadie cuestiona sus decisiones, dirige la empresa y la vida de las personas que lo rodean, y nadie tiene el valor de detenerlo. Empiezo a sentir respeto por él y eso que no lo he visto.

Miro hacía el reloj y veo que son casi las once. ¡Por Dios!, ¡mañana tengo clase a las ocho y no puedo faltar! Guardo sus pertenencias en una bolsa, y ella, al darse cuenta de la situación, se levanta, coge su teléfono y llama a un taxi.

—Sara, quería darte las gracias. Me gustaría poder devolverte el favor. No tienes ni idea de lo mucho que me has ayudado hoy.

—Tranquila, no me debes nada.

—Sí, sí te debo. No puedes ni imaginarte lo sola que me sentía y lo mucho que necesitaba que alguien me escuchara. Has sido como un bálsamo para mí. Si te apetece, me gustaría invitarte a tomar algo mañana. Bueno, si quieres, claro. Mañana es viernes y seguro que has quedado con tus amigos. ¿O quizás tienes novio? ¡Por favor!, qué mal educada he sido. Solo he hablado yo, ni siquiera te he preguntado si tenías pareja —suelta toda avergonzada.

—No tengo pareja, casi no tengo amigos y mañana trabajo hasta las diez —miro su cara y parece que le ha caído el alma a los pies—. Pero, si quieres, podemos salir después.

¡Madre mía!, en ese momento, ella sonríe iluminando toda la habitación con su dentadura perfecta.

—¡Estupendo! Te pasaré a buscar a las once, para que dé tiempo de ponerte guapa. ¡Saldremos a pasarlo bien! —Su entusiasmo es contagioso.

—Vale, ¡hasta mañana! —me despido.

—¡Hasta mañana! —y se marcha dando saltitos.

Estoy gratamente sorprendida, esta chica es un encanto, la juzgue mal. Pensé que era una estirada y repugnante pija, pero no es así. Es pija, de eso no hay duda, seguro que valen más sus pantalones que todo mi vestuario, pero es educada, dulce y no parece tener maldad alguna. Es una tía maja. Se acaba de marchar y ya empiezo a echarla de menos. Estoy deseando que llegue mañana para que me cuente más sobre Miguel y el tirano de su hermano Henry.

CAPÍTULO 2

—Bueno, ¡hasta el lunes! —grito a mis compañeros de trabajo.

—¡Hasta el lunes! —contestan a coro.

—¡Adiós, bonita! —se despide la señora Hortensia que es la dueña de la cafetería. Siempre es la última en despedirse y, por supuesto, todos somos bonitos y guapos, porque así, de ese modo, no se equivoca con los nombres. Está un poco mayor y le falla la memoria, pero es una buena mujer.

¡Buf! he pasado toda la tarde trabajando y toda la mañana en clase, estoy que no puedo con el alma. Son solo las diez y tengo la sensación, por el cansancio, de que son las tres o las cuatro de la madrugada. De pronto, recuerdo que tengo una hora para que pase a recogerme Jessica y empiezo a acelerar el paso. Cuando llego a la residencia, entro en mi habitación y doy un portazo que, por cierto, están prohibidos, y me meto en la ducha a la velocidad del rayo. ¡Oh, no!, ¡son ya las diez y media, tengo el pelo empapado y no sé qué ponerme! En otro momento me daría igual, pero hoy quiero estar a la altura, en la medida de lo posible, claro, para mi nueva amiga. Decido ponerme mi camiseta negra de lycra y mis tejanos favoritos desgastados, con unas botas marrones de media caña, que tienen una hebilla y un poco de tacón. Me encantaría ponerme unos taconazos, pero seguro que tropezaría o me torcería el tobillo, ya que nunca he sabido caminar con ellos. Me doy un poco de colorete y brillo de labios y, por último, mi gran desafío: ¿Qué voy a hacer con mi pelo? ¡Faltan siete minutos! Enchufo el secador y le añado el difusor, pongo la cabeza hacia abajo y seco a toda velocidad. Bueno... ya parece casi seco. Levanto la cabeza y al mirarme en el espejo...

—La has cagado, Sara —le aseguro a mi reflejo.

¡Por Dios, si parezco una nube! No me queda más remedio que hacerme una coleta, y salgo corriendo escaleras abajo sin volver a

mirarme de nuevo en el espejo.

—¡Hola! Estás muy guapa —es la voz de Jess.

Esto no es justo... ella lleva una camisa negra ajustada, unos tejanos y botas como yo, pero ella es como una modelo. Tiene su preciosa melena rubia, suelta y lisa, ¡y no tiene descontrolado ni un solo pelo!

—Sí, claro... —contesto muy poco convencida—. Nada comparada contigo.

Jess sonríe complacida a modo de respuesta, seguro que está acostumbrada a los halagos.

—Bueno, Sara, ¿preparada para pasar la mejor noche de tu vida?

—Eh... vale. —Qué miedo me da. No parece la misma de ayer. Ahora está segura de sí misma y mucho más feliz—. ¡Vamos! —la animo.

Me pregunto dónde querrá llevarme en una pequeña ciudad de estudiantes donde la mayoría de pubs y bares de copas están destinados a universitarios, que en su mayoría no tienen demasiada pasta en el bolsillo. No me la imagino llevándome al súper a comprar unas botellas de vodka del malo para hacer botellón. En fin, me da igual, un día es un día; ella tiene clase y seguro lo pasamos en grande, ¿no?

—¡¿Quieres entrar aquí?! —¡No me lo puedo creer! me ha traído a un lugar de buitreo, donde tanto chicos como chicas vienen a ver si pillan cacho.

—Sí —afirma sin más.

—¿Pero de verdad que quieres entrar aquí? —insisto.

—La música es buena y tienen una mesa de billar que no está nada mal.

No vamos a poder jugar, estoy segura; se le van a echar encima todos los moscones.

—Si a ti te gusta, ¡adelante! —finjo entusiasmo.

La verdad es que tiene razón, la música es bailable y no hay nadie jugando en la mesa de billar. Lo único, ¡los moscones! Pongo en marcha el cronómetro mental para ver cuánto tardan en venir a babear.

Llevamos un buen rato jugando, estamos a punto de iniciar la tercera partida de bola ocho y la segunda copa se está agotando. Es muy extraño, no se acerca nadie. Mirar la miran, pero no intentan nada. Creo que es porque es tan bonita que intimida.

Más tarde decidimos ir a bailar un poco. Ahora que estoy algo achispada me parece la mejor idea del mundo ir a contonearme en mitad de la pista con Jess.

Decidimos cambiar de sitio, pedimos otra copa y continuamos bailando. De vez en cuando algún que otro tío me intenta entrar, pero me lo estoy pasando tan bien que no le presto la más mínima atención.

Ya son las cinco de la mañana. He perdido la cuenta de los bares y pubs en los que hemos estado, ¡y de las copas que bebí! Vamos de vuelta a la residencia, y un par de chicos, algo más bebidos que nosotras, nos siguen.

—¡Chicas, chicas!, ¡eh, guapas! —nos van gritando unos cuantos pasos por detrás.

A nosotras nos ha entrado la risa floja y los chicos insisten en gritarnos y empiezan a decir cosas más subiditas de tono.

—¿Cómo has venido a buscarme?, ¿andando? No sé dónde vives —caigo en la cuenta porque estamos llegando a la entrada de la residencia.

—¡Ah!, no te preocupes. Vine en coche, está aparcado ahí. —Me indica con el dedo.

Miro hacia donde señala y veo un espectacular coche deportivo gris perla. ¡Menudo cochazo! Y atisbo a ver un hombre apoyado del otro lado, vestido de negro. Con el barullo que están montando los tíos que nos siguen, él se da la vuelta para ver qué sucede. Si estaba alucinando con el coche, no te digo nada con el fulano que se separa del coche y se dirige hacia nosotras en ese momento. Es alto, moreno, con un suave bronceado y vestido con traje y corbata que le sienta como si fuera hecho a medida para ese cuerpo tan grande y musculoso. Cuando ya lo tenemos a dos metros de distancia, puedo apreciar el color de sus ojos, verde claro. Creo que es el chico más guapo que he visto en mi vida, y parece muy, muy cabreado.

—¿¡Dónde has estado!? ¡¡Llevamos dos días buscándote, Jess!! —grita con enojo.

¡Menudo genio! Este tiene que ser Henry.

—¡Hola, Miguel! —saluda ella muy tranquila—. Yo también me alegro de verte.

¡Vaya! He metido la pata. Es Miguel. No me extraña que le guste a la jodida. ¡Está buenísimo!

Con el grito de Miguel, los pobres estudiantes que nos andaban siguiendo salen despavoridos en dirección contraria.

—¿Tienes idea de lo preocupados que estábamos por ti? —continúa Miguel—. Henry tiene un cabreo de tres pares de cojones. ¡Voy a llamarlo!

Saca su móvil del bolsillo interno de la americana y en el primer timbrazo le contestan.

—Está aquí, al lado del coche. Sí. —hace una pausa para escuchar —. Claro, te esperamos. —Cuelga el teléfono y lo guarda de nuevo en el bolsillo, mirando inquisitivo a mi amiga.

Estoy tan alucinada que no reacciono. ¿Qué pasa? Pero si habló ayer con él. ¿Por qué tanto alboroto? Me están dando ganas de salir corriendo a mi habitación y esconderme debajo de la cama, no vaya a ser que me echen la culpa de algo. Sin embargo, Jessica, está en su salsa. Está tranquila y parece satisfecha con la situación.

—Mira, Jess... yo... —comienzo—. Será mejor que me vaya y os deje hablar de vuestras cosas.

Por una extraña razón, tengo la necesidad de huir antes de que llegue su hermano. Ella me dijo que Miguel era dulce y amable, y yo considero que es duro, estirado y desagradable. Por esa regla de tres, Henry tiene que dar miedo.

—No, por favor, quédate. Te quiero presentar a mi hermano — Suelta toda cándida—. Así podrás venir conmigo a nuestra casa como te comenté hace un rato. ¿Ya no te acuerdas de que te he invitado el fin de semana?

No creo estar lo suficientemente borracha como para haber olvidado esa conversación.

—¡Ah!, sí, claro —tartamudeo. Decido seguirle el rollo, a ver dónde me lleva esto.

Miro Hacia Miguel y él también me está observando. No había reparado en mí hasta ese momento. Tiene el ceño fruncido y parece receloso.

—Miguel, ella es Sara —me presenta Jess.

—Sí, ya. Hola —balbucea—. Perdóname, Sara, pero no creo que sea el mejor momento para presentaciones.

—Entiendo —le respondo.

—Mira, Jess, creo que lo más conveniente es que tu amiga se vaya a casa y otro día con más calma ya la conoceremos. Henry está muy cabreado y si la encuentra aquí...

—¡Miguel, por favor!, ¡deja de hablar en plural y piensa por ti mismo! —le espeta Jessica—. Solo me dices lo que crees que piensa él o lo furioso que se va a poner cuando la encuentre aquí. ¡Y no, no me da la gana de que se vaya!

¡Oh, oh! Esto, sospecho que va a ser peor de lo que imaginaba. ¿Y por qué estará tan empecinada en que me quede?, ¿lo hace por pura terquedad o hay algo que se me escapa? Empiezan a temblarme las rodillas y creo que voy a salir por piernas antes de que estas me fallen.

En ese momento, aparece un Mercedes de alta gama, de color negro, a toda velocidad, que se dirige a nosotros. ¡Maldita sea! Ahora sí que ya no me escapo.

El coche pega un frenazo a nuestro lado, deja media rueda en el asfalto, y sale de dentro un hombre, también vestido de negro, con su traje impecable que le sienta como un guante. ¡Madre mía! He mentido de forma vil. Miguel no es el chico más guapo que he visto en mi vida, ¡es este! Es un poco más alto que Miguel. Debe rondar el metro noventa, se le marcan los músculos aun llevando la chaqueta puesta. Tiene los labios carnosos y la mandíbula algo cuadrada que le da un aspecto muy varonil. Pero lo más impactante son sus ojos, de un intenso azul como el océano. Su mirada ahora mismo es gélida...

Sin poder evitarlo, mis extremidades parecen haber cobrado vida propia. Ya no solo me tiemblan las piernas, se me agita el cuerpo entero y creo que se ha evaporado hasta la última gota de alcohol que tenía en sangre.

—¿¡¡Dónde demonios has estado!!? —su melodiosa voz de barítono suena como un trueno en mitad de la calle.

—Te aseguro, Henry, que no he salido del entorno que frecuento a diario —le responde su hermana.

—¡Sánchez no te encuentra desde ayer y no respondes al teléfono fijo ni al móvil! —continúa en el mismo tono acusador.

—Al pobre Sánchez es muy fácil despistarlo y, en cuanto al teléfono, no he contestado porque no tenía ganas de hablar contigo después de nuestra conversación de ayer.

—¡Me dijiste que ibas a terminar con tu vida!, ¿todo esto lo estás haciendo a propósito? —la reprende.

—¡No!, por supuesto que no.

—¡Eres una caprichosa y una malcriada! ¡¡Te vas a subir al puto coche y no vas a abrir más la puñetera boca!!

En ese momento, los gritos que le propina Henry a Jess, hacen que se me cruce el cable.

—¡Oye, bonito! —suelto —¡Será mejor que dejes de gritarle de ese modo y empieza a tratarla con más respeto, capullo! —¡¡Me he vuelto loca!!

Nunca nadie me había mirado con tanto odio y desprecio concentrado como lo hizo Henry en ese momento.

—¿Y ésta quién coño es? —dice perplejo.

—Ella es Sara. Y si me quieres tanto como sueles decirme, tienes mucho que agradecerle a esta chica. Si no hubiese sido por ella, te aseguro que hoy no me habrías encontrado. Al menos viva.

¿¡¡Pero que está diciendo!!? ¿Cuando la encontré ayer estaba pensando en suicidarse?

—No seas dramática, Jess —Henry menosprecia su comentario —Se me agota la paciencia. Sube al coche, por favor —pronuncia apretando los dientes, pero sin gritos y mirando hacia mí como para demostrarme que iba a ser educado.

—Escucha... Henry —digo yo muy pausada, marcando su nombre —. Jess es mayorcita y ella decidirá qué quiere hacer y, si no quiere subir al coche para irse contigo, no lo hará. Eres su hermano, no su carcelero.

Creo que he vuelto a dejarlo perplejo. Me temo que no está acostumbrado a que nadie le replique, porque está con la boca abierta mirando de hito en hito a Jess y a Miguel como preguntándose qué pasa.

—Vale, iré —afirma Jess—. Con la condición de que Sara venga con nosotros.

¿¡¡Quéééé!!? ¡Su hermano me odia a muerte! ¿Qué piensa, que me va a dejar subir en su coche?

Henry se gira hacia mí y me echa un vistazo de pies a cabeza con los ojos achicados.

—Está bien —dice clavándome la mirada—. Que se venga. Subid al coche. ¡Ya! —nos ordena.

Y todos salimos corriendo hacia el coche. Miguel de copiloto y nosotras detrás. Me acomodo en el asiento y me abrocho el cinturón. Después echo una ojeada a mi alrededor y puedo apreciar que los asientos son de cuero y el vehículo tiene unos acabados espectaculares. He visto más Mercedes, ¡pero este es la leche!

El ambiente pronto se caldea y me llega el olor a cuero y a colonia masculina. No sé de cuál de los dos será, quizás sea la mezcla de la de ambos, pero es embriagador.

Henry parece algo más relajado al salirse con la suya, pero de vez en cuando veo cómo aprieta los dientes con fuerza. ¿Se ha salido con la suya o no?, al menos él debe pensar que no al cien por cien.

De pronto, caigo en la cuenta de que estoy subida en un coche con dos hombres que acabo de conocer y una chica que conocí ayer, y no tengo ni la más remota idea de a dónde voy.

—Jessica, ¿a dónde vamos? —pregunto temerosa.

Jess, me mira, dándose cuenta de lo ridículo de la situación, y empieza a reírse como si le hubiera contado el mejor de los chistes. Miguel me echa un vistazo y comienza a sonreír.

—¿Qué pasa? ¡no os riais! —me está molestando que se mofen de mí, pero eso les hace aún más gracia, y explotan en carcajadas, ¡¡incluido Henry!

No doy crédito, ¡se burlan de mí en mi cara! Jess, entre carcajadas, intenta explicarse, pero no entiendo nada de lo que dice.

De verla a ella, empieza a darme la risa a mí también, hasta que por fin consigue poder pronunciar algo.

—Lo siento, Sara. De verdad que no pretendo ofenderte. Es que yo tampoco sé a dónde vamos...

Ahora soy yo la que estalla en carcajadas junto con Miguel, Henry y cómo no, Jess.

—¡Mira que sois bobas! —suelta Henry entre risas—. Vamos a tu apartamento.

CAPÍTULO 3

Qué bien huele... Noto una tela pegada a mi cara... ¿Será el olor del suavizante? ¡Y cómo me duele la cabeza! Esta fragancia me recuerda a algo, pero no lo ubico. ¿Un Champú? no... ¿qué puede ser? ¡Por fin caigo de la burra! No estoy en la residencia. Me quedé a dormir en casa de Jess, y huele a la colonia de uno de ellos...

Estaba tan cansada al llegar que no protesté cuando me dijeron que durmiera en la cama con Jessica; apoyé la cabeza en la mullida almohada y caí en brazos de Morfeo.

Ella sigue durmiendo a pierna suelta. Está tumbada boca arriba y emite un ligero ronquidito. Las dos llevamos una camiseta amplia de algodón y no recuerdo haberme quitado la ropa. Me incorporo para sentarme y el dolor de cabeza aumenta de forma considerable.

La puerta de la habitación está abierta y se oye ruido de alguien en la ducha. ¿Ese olor tan intenso, será del gel o del champú? Estoy intrigada y me levanto a investigar. Aunque hay poca luz, decido no encender ninguna lámpara, por temor a despertar o ser descubierta por alguno de los chicos.

Salgo de puntillas de la habitación y entro en un pasillo con varias puertas. Hacia la derecha, al fondo, se ve luz del día. El sonido del agua proviene del mismo lugar. Sigo pues en esa dirección. Cuando llego al final del pasillo, estoy en un salón amplio. Casi todo es blanco con pequeños detalles en gris y marrón claro. La iluminación natural procede de los grandes ventanales, que dan a una terraza repleta de plantas. Todo está perfecto, es como si lo hubieran sacado de una revista.

El sonido del agua procede de una puerta adyacente al salón. Está algo abierta y me acerco con sigilo a husmear. Al llegar al vano, la empujo con cuidado. El corazón me late descontrolado. Estoy exaltada, pensando en que podría ver a Henry desnudo en la ducha.

—¿Buscas algo?

¡¡Por Dios, qué susto!! Tengo a Henry a un par de metros detrás de mí, en albornoz. El sobresalto ha sido tan grande, que el grito se me ha quedado atascado en la garganta, me he atragantado con mi propia saliva y arranco a toser descontrolada. Él se pone a mi lado, dándome palmaditas en la espalda.

—Parece que te he pillado cotilleando —declara con parsimonia.

No soy capaz de replicarle. Es cierto y me estoy muriendo de vergüenza. Entre la tos y la humillación, siento cómo me arde la cara.

—¡Hola!, ¡buenos días! —saluda Miguel, empapado, cubriéndose con una toalla.

Me siento tan azorada por haber sido descubierta que sigo sin poder articular palabra y, si a esto le sumamos el hecho de que estoy con dos tíos prácticamente desnudos, eso aún me ayuda menos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Miguel—. ¿Qué le has hecho? —pregunta a su amigo.

—¿Yo?, nada —sonríe con picardía—. Puede que tenga fiebre, ¿no ves lo colorada que está?

¡Será cabrón! Ahora tiene la sartén por el mango. Sabe que estoy abochornada y le encanta, porque comprende que no quiero que me delate. Se le dibuja una sonrisilla de suficiencia mientras se dirige a la cocina.

—¡No tengo fiebre! —este hombre hace que me hierva la sangre y no voy a consentir que continúe riéndose a mi costa. La verdad me sacará del atolladero—. Verás, Miguel, Henry está disfrutando de mi metedura de pata. Me ha pillado fisgando en tu habitación mientras te duchabas. Mi intención no era verte desnudo, te lo prometo, ni siquiera estaba segura de que fueras tú. Solo quería encontrar a alguien despierto y averiguar de dónde procedía la fragancia que llegaba hasta mi habitación.

—¡Hala!, ya está todo aclarado. ¡Chúpate esa, Henry!

—¡Aaah...! está bien. No tiene importancia. No tienes por qué abochornarte por haberte metido en la habitación de un desconocido mientras se ducha para preguntarle qué champú está usando.

¡¡Tierra trágame!!

—¡Te estoy tomando el pelo!, tranquila, de verdad, no tiene importancia.

—Bien, gracias... —el rubor me llega a las orejas, y Henry se lo está pasando en grande.

—Por cierto, preciosa, ¿sabes que solo llevas puesta una camiseta? —me mira las piernas desnudas.

—¿Y tú una toalla?

—¡*Touché*! —responde sonriente.

Si me acobardo con estos dos, me meriendan.

—¡Buenos días! —Jessica acaba de hacer su aparición y, como siempre, está impecable.

¡Oh, oh...! No he caído en la cuenta de que yo no tengo ese aspecto inmaculado. Veo mi reflejo en uno de los cristales que tienen los cuadros y doy gracias por tener aún la coleta aunque sea encima de una oreja.

—Tu amiguita es muy divertida —anuncia Henry a modo de saludo.

Lo fulmino con la mirada, pero a él le resbala.

—¡Déjala en paz, Henry! —lo regaña su hermana.

Me siento tan vapuleada que decido no abrir más el pico para no volver a meter la pata. Desayunamos mientras ellos comienzan a charlar y yo me dedico a observar sin intervenir en la conversación. Ahora que me he vuelto invisible, tienen un diálogo más familiar e incluso el tirano de Henry trata a Jessica con afecto y ternura. También me doy cuenta de algo más sutil pero perceptible: la forma en que Miguel mira a Jessica. Quizás será por las conversaciones con Jess, pero juraría que está enamorado de ella. ¡Qué frustrante!

Estoy segura de que el dominante de Henry la quiere mucho, de ahí la preocupación desmesurada, ¿pero hasta el punto de hacer a su mejor amigo y a su hermana desdichados?, ¿por qué no los quiere juntos?, ¿no se sentiría más satisfecho aprobando su unión? Seguro que hay algo que se me escapa. Además, tengo entendido que se ha de escuchar la versión de ambas partes, y yo solo he escuchado a Jess.

—Quiero que hagas caso a todo lo que te he dicho, te lo ruego. No me hagas pasar por esto otra vez. —Le dice Henry algo inquieto

cuando se dirigían a la puerta para despedirse—. Por favor, llámame si necesitas hablar, o hazlo con Sara, ella parece bastante sensata. Bueno, por lo menos no es uno de esos parásitos que se te arriman a todas horas. —Me mira inquisidor.

¡Es que siempre tiene que clavar la puntilla!, con lo bien que estaba quedando...

—El próximo fin de semana es el puente, y te prometo que estaré libre. Lo pasaremos bien e iremos a esa estúpida fiesta de disfraces si tanto te apetece.

—¡Oh, Henry...! ¿de veras? —Sonríe ella ampliamente.

—Te lo prometo.

Después de unos cuantos besos y una intensa mirada por parte de los enamorados, salieron por la puerta y, cuando ya pensaba que no se despediría, Henry viene hacia mí y saca una tarjeta del bolsillo de su chaqueta, escribe algo en ella y me la ofrece.

—Por favor, llámame si ves que me necesita.

—Lo haré —le aseguro.

Se había acercado tanto a mí que tuve que estirar el cuello para poder mirarlo a la cara y pude fijarme en el precioso color de ojos que tiene. De un azul intenso moteado en gris. No he visto nada igual. ¡Y qué bien huele el condenado! ¡Oh, sí!, Es él el del olor afrodisíaco... Sabía que tenía que ser él, seguro que será algún perfume carísimo.

—Gracias —me susurra sonriendo de medio lado.

¿Será posible? Creo que se me ha acercado tanto para dejar muy claro que era su fragancia la que me gustaba.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta despacio, pero con decisión, y yo aprovecho para echarle un vistazo. Menudo cuerpo... Su espalda es casi el doble de la mía, hombros anchos y cintura estrecha. Si no tuviera esa puñetera chaqueta puesta, podría comprobar si tiene el culo tan prieto como aparenta.

Jess cierra la puerta despacio tras él, privándome de la espectacular visión, y se dirige a mí, muy seria, negando con la cabeza y agitando un dedo en alto.

—Cariño, si yo lo tengo difícil con Miguel, imagínate tú con mi hermano.

—¡¡Yo!! —Intento demostrar indignación—. Tu hermano no me gusta en absoluto, es un estirado orgulloso que parece que lleva metido un palo de escoba por el culo.

—Claro, claro... por eso estabas mirándole el culo cuando se marchaba. No me lo digas... querías comprobar si llevaba el palo.

Vaya, por Dios... parece que no soy muy discreta...

—¡Vale, si! Está bueno, eso hay que reconocerlo, pero no soy tonta, sé con total seguridad que no se fijaría en alguien como yo nunca. Además, creo que me odia.

—¿Por qué dices eso? —dice extrañada.

—¿Que por qué? Nunca nadie en toda mi vida me había mirado con tanto desprecio como lo hizo él.

—¿Te refieres a anoche?

—Sí.

—¿Después de que durante dos días me estuviera buscando sin tener noticias mías y de que, cuando él pretendía llevarme a casa y ponerme a salvo, según su criterio, claro, tú, una desconocida, lo reprende y acaba llamándolo «Capullo»?

¡Ups! No recordaba eso. Me había olvidado de que le había gritado y después lo había insultado.

—Mira, Sara, mi hermano no es tan malo. Sé que yo tengo la culpa de que lo vieras de ese modo, y no voy a negar que sea orgulloso y estirado, a veces... bueno, la mayor parte del tiempo. ¡Pero tiene que serlo! Su trabajo y su vida se lo exigen. Si dejara una grieta en la fachada que ha creado para su imagen, podría venirse abajo todo su mundo y sepultarlo junto con sus familiares, amigos y miles de trabajadores. Es responsable de la seguridad de muchas personas y eso influye en el carácter. Miguel es su mejor amigo y su mano derecha. Confía más en él que en mí o en mi propio padre. Y después me tiene a mí, una consentida y caprichosa —que para qué negarlo, a veces lo soy—, que llego y pongo en peligro todo diciendo que me quiero liar con Miguel. De ahí, viene la desesperación de mi hermano. Si lo nuestro no funcionara, Henry no podría ver con los mismos ojos a Miguel nunca más y su camaradería se iría al traste, e influiría en la empresa. En fin, el efecto dominó.

Es muy probable que esta sea la explicación que me faltaba, la versión de Henry en boca de su hermana.

—Yo lo entiendo —continúa Jess —Pero no lo comparto, porque todo está planteado desde un punto de vista negativo. Lo que siento por Miguel no es algo pasajero. Si funcionara, podría ser perfecto. —Deja escapar el aire como un globo pinchado.

No sé qué contestar, qué podría decir para aliviarla.

—¿¡Sabes qué!? —exploto—, ¡vamos a superar esto juntas! Yo no soy Miguel, ni pretendo serlo, pero quizás con mi ayuda logre distraerte de lo único que centra tus pensamientos. Tú dices que estás harta de suspender y no quieres pasar un año más estudiando. Bien, y yo no me puedo permitir pasar otro año más pagando. ¡Pues lo haremos juntas! Nos centraremos en algo de provecho para ambas, ¡este va a ser nuestro último y definitivo año de estudiantes! —Levanto la mano para que me la estreche, clava su mirada en mí y observo que la tiene vidriosa y está emocionada.

—¡Me parece una idea estupenda! —afirma Jess. Y estrechamos las manos a modo de pacto.

Esa misma tarde, después de habernos preparado para comer unos espaguetis con tomate y queso, muy típicos del estudiante medio, empezamos a organizarnos para lograr nuestro objetivo a lo largo del curso.

1.º Chicos NO (a no ser que estén muy buenos).

2.º NADA de alcohol (bueno, al menos no tanto).

3.º No faltar a las clases (a no ser que tengamos resaca).

4.º Estudiar de lunes a jueves (juntas, por supuesto).

5.º Aprobar todos los exámenes (sin comentarios).

Y no hay que olvidar que tengo que trabajar mis veinte horas semanales en la cafetería de la señora Hortensia.

La verdad es que nos hemos reído y han fluido conversaciones banales, más que habernos centrado en la organización de programar el curso, pero lo he pasado tan bien que no me importa.

—Oye, Sara, ¿Por qué no salimos a cenar algo y después una copita?, solo una, te lo prometo —dice con la mano sobre el pecho como si fuera un juramento.

—Tienes que entender algo, Jess —empiezo a explicarle—. No dispongo de tanto dinero como para salir a diario, y menos aún cenar y tomar copas. Mira, en la resi me dan las comidas y tengo que administrarme para todo lo demás con lo que gano en la cafetería y la miserable beca.

—Pero yo puedo invitarte.

—No, no y no. No vamos a empezar así... Me encanta estar contigo, lo paso genial y siento una afinidad como nunca antes con otra chica, pero no puedo consentir que me pagues las juergas. No aceptaré que me compres nada. No pienso aprovecharme de ti. Si esto no lo aceptas y no crees que puedas tener una relación de amistad con alguien que no puede seguirte el ritmo a nivel económico, será mejor que cortemos por lo sano.

Jessica parece haberse quedado sin palabras y me observa con los ojos muy abiertos. Cuando ya pensaba que iba coger sus cosas y marcharse, se levanta y viene hacia mí con los brazos alzados, me rodea con ellos muy fuerte y empieza a lloriquear, abrazándome con más intensidad.

—Oh... Sara... tú para mí también eres alguien muy especial. Hace solo un par de días que nos conocemos, pero siento una confianza en tí grandísima, disfruto de tu compañía y, si para conservar tu amistad, solo tengo que guardar mi cartera, ¡que así sea!

—Vale... —susurro—. Pero deja de apretarme el cuello, me vas a asfixiar.

—Perdona... —Y empezamos a reír como dos locas.

CAPÍTULO 4

Después de haber pasado un domingo tranquilo, en el que lo más fuerte fue salir a correr y a tomar un café juntas, llegamos al lunes y comenzamos nuestro intento de sacarle provecho a nuestro último año universitario. Quedamos después de comer para estudiar. Perdimos un poco el tiempo charlando antes de empezar, ya que por la mañana, con las clases, no tuvimos ni un segundo para hablar. A las seis, vamos a correr a la alameda. Jess se ha borrado del gimnasio, al que nunca iba, para correr conmigo. Dice que así hará ejercicio a diario, ya que estará más motivada y dispuesta porque lo haremos juntas. La verdad es que con ella corro menos, pero no me importa porque me divierto más. A las siete y media voy a trabajar, y hemos acordado que, si al día siguiente a primera hora no tenemos clase, me vendrá a recoger y tomaremos una sola cerveza.

Estamos ya a jueves por la noche, y hoy sí toca cerveza. La clase de mañana a las ocho se ha suspendido por algo que le ha pasado al profe. ¡Bien!, ¡Mañana no madrugo!

—Por cierto, Sara ¿mañana te vendrás conmigo ¿verdad?

—¿A dónde? —pregunto sorprendida.

—¡A Madrid! ¿A dónde va a ser? A pasar el finde.

—No puedo permitírmelo... Ya sabes... —pero Jessica me corta a media frase.

—¡No empecemos con el rollo ese del dinero, por favor! —dice indignada—. Me vienen a recoger, y ya que me llevan a mí, a ti también por el mismo precio. Dormiremos en mi casa. Y no te me pongas pesadita con que te doy de comer, ¡por Dios! Eso no supone nada, y al salir de fiesta haremos igual que aquí. —Hace una pequeña pausa resoplando—. ¡No voy a consentir que me digas que no! —termina tajante.

En ese momento me parece igualita a su hermano dando órdenes, solo que Henry es mucho más convincente.

—Bueno... está bien —me rindo—. Pero quiero los detalles de todo lo que vamos a hacer.

—Sí mujer, sin problema —afirma pletórica—. Lo vamos a pasar en grande, ¡ya verás! Lo tengo todo planeado.

—Jess, me estás dando miedo. Dime qué pretendes y te diré si lo haremos.

—¡No me fastidies! No vamos a hacer nada malo. Verás... —empieza misteriosa—. Iremos a una fiesta de disfraces...

—¡Para, para, para! No tengo disfraz. —Ella me mira enfurruñada.

—¿Me vas a dejar explicarme? —Espera a que yo asienta—. Bien. Como iba diciendo, iremos a una fiesta de disfraces a la cual estamos invitadas y no hay que pagar nada. El disfraz te lo presto yo, tengo varios. Tendrás que probártelos para ver cuál te queda mejor.

Me muerdo la lengua en ese momento, porque creo que se cabrearía si la corto otra vez, pero dudo que me vayan sus trajes porque es mucho más alta que yo.

—Iremos también a montar a caballo...

—¡No! ¡Eso sí que no! —chillo enervada.

—¿Pero por qué? si los caballos son de mis establos ¡no tenemos que pagar!

—No es por eso. Es que no sé montar y me dan miedo los caballos...

—¿Estás de coña? —Sonríe burlona.

—No, no lo estoy.

—¿Lo has intentado alguna vez? —Niego con un gesto de cabeza —. No tienes que preocuparte por nada. Montarás una yegua muy dócil, y mi hermano es el mejor maestro de equitación que puedas encontrar. Porfa... inténtalo...

Cuando menciona que su hermano estará presente, ya comienzo a cambiar de opinión. Me lo imagino montado en un gran caballo negro, viniendo al galope hacia mí y, agarrándome con un solo brazo, me sube en su regazo y atravesamos un campo repleto de

flores silvestres... La comisura de mis labios comienza a elevarse. ¡Pero mira que soy cursi!

—¿Lo ves?, ya empiezas a sonreír solo con imaginarlo.

¡Ja! De lo que me muero es de ganas de ver a su hermano, que solo con pensar en él ya me cae la baba y me flaquean las piernas.

—También podremos bañarnos en la piscina —prosigue con los detalles—. O en el *jacuzzi* si lo prefieres.

—¿*Jacuzzi*? —pregunto gratamente sorprendida—. ¿Y piscina con el tiempo que hace? Pasaremos frío.

—La piscina es cubierta y climatizada. Y el *jacuzzi...* por favor... ¡qué es un *jacuzzi*!

—La verdad es que la idea me parece estupenda. Me encanta el agua calentita.

—¡Menos mal que no me pones pegas a algo! —me recrimina.

Más tarde, cuando ya estoy en la cama, empiezo a darle vueltas a lo que me ha contado Jess. Estoy tan nerviosa que no puedo dormir. Vuelvo a pensar en lo del caballo por el campo con Henry, que romántico... Y empiezo a imaginarme con él en el *jacuzzi*, solos, desnudos... pasándome su musculoso brazo sobre los hombros y apretándome a su magnífico cuerpo... ¡oh, señor!, ¡qué calor me está dando!, ¡si no pienso en otra cosa me va a dar algo! No sé cómo puedo pensar ni por un segundo en tener algo con él. Él está en otro nivel, y no se debe acordar ni de mi nombre. Al pensar en lo del nombre, me hace recordar que me dio una tarjeta y escribió en ella. Si ya estaban sus datos y número de teléfono, ¿por qué escribió? Me levanto flechada en busca de mi cartera, creo que la metí ahí. ¡Así es!, y reza:

Llámame si me necesita.
El Capullo.

¡La madre que lo parió! Yo pensaba en él como si de una novela rosa se tratara y resulta que él de lo único que se acuerda es de que lo insulté nada más conocerlo. Decido que voy a pensar en otra cosa y mañana ya veré cómo me enfrento a Henry.

Me quedan diez minutos para salir de trabajar y Jessica ya me espera en la puerta. ¿No pretenderá que me vaya sin darme una

ducha? Llevo todo el día corriendo, estoy agotada y necesito asearme con urgencia.

Cuando llega la hora, me despido deseando buen fin de semana a todos y ellos también hacen lo propio conmigo. Al salir, Jess está sonriendo y dando saltitos como una histérica.

—¿Te estás haciendo pis? —me burlo de ella.

—¡Anda calla y sube al coche o no llegaremos a tiempo al aeropuerto!

—¿Cómo qué aeropuerto? —Se me corta la risa.

—Sí, nos vienen a recoger en avión, ¡vamos! —me apremia.

—¿Qué?, ¿qué?, ¿qué avión!? ¡No me dijiste nada de aviones!

—Tenemos que estar en pista dentro de una hora, por favor, ¡date prisa!

—¿Es un avión privado? —pregunto curiosa.

—Sí, ¡vamos!

—Entonces ¿por qué tanta prisa? Que salga cuando estemos listas y punto.

—Pero qué lista eres cuando quieres... —se cachondea—. El avión es privado, pero el aeropuerto no. Nos han asignado pista a una hora determinada, no podemos entorpecer el tráfico aéreo.

—¡Ah...! tiene su lógica. Pero, aun así, tengo que pasar por la residencia a ducharme y coger la maleta.

—¡Eso sí que no! —dice tajante—. Tu maleta está en el coche y te ducharás al llegar a Madrid.

—¿¡¡Te has colado en mi habitación!!? —le grito sorprendida.

—Sí.

Decido subirme al coche para no seguir dando el espectáculo en la calle.

—¡Venga! ¡abróchate el cinturón! —me manda.

Me lo ato y salimos disparadas. Va tan deprisa que me estoy sujetando al asiento y siento cómo mis uñas se clavan en la tapicería. Todo lo que quería reprocharle se me ha olvidado por completo con el susto. Me da igual la ducha, que se colara en la residencia pero, por favor, ¡que no choque con nada!

Llegamos al aeropuerto en un tiempo récord y sin percances. Al bajarme del coche he estado tentada a besar el suelo. Pasamos los

controles con rapidez y nos llevan a pista con un cochecito. En las escaleras del avión hay una pelirroja que nos espera con su uniforme de azafata.

—¡Buenas, Lucía! —saluda Jess—. ¿Qué tal vamos de tiempo?

—¡Buenas noches, señorita Cromwell! —Responde la azafata—. Bien, despegamos en media hora.

—Ella es mi amiga, Sara Estévez.

—¡Buenas noches, señorita Estévez! Por favor, acomódense en sus asientos, tenemos que tomar pista.

¡Esto es alucinante! El avión es para nosotras solitas ¡menudo lujazo! Los asientos son estupendos, suaves, amplios y muy cómodos. Las paredes, la moqueta y las mesas son en diferentes tonos de *beige* con detalles dorados.

El comandante Ramírez nos informa que vamos a tomar pista, que el cielo está despejado y que aterrizaremos en Madrid sobre las doce de la noche según lo previsto. Y así resultó ser. Fue rápido y muy cómodo.

CAPÍTULO 5

Lucía nos despide en la puerta, y ya se acerca un coche para recogernos. Es el mismo que conducía Henry en Santiago. El Mercedes se detiene y baja el conductor, que es un señor que no conozco de nada. ¡Qué desilusión!, no es él...

—¡Buenas noches, señoritas! ¿Qué tal el vuelo, señorita Jessica? —saluda el chófer.

—¡Muy bien, Roberto! gracias. ¿Ha venido mi hermano?

—Sí, las espera dentro.

El corazón me da un vuelco como si de una coz se tratara. ¡Está dentro del coche! Roberto nos abre la puerta y Jessica me indica con la mano que pase.

—No soporto ir en el medio —me informa.

Entro dudando y me encuentro a Henry hablando por teléfono. Saludo con la mano para no entorpecer la conversación, me siento a su lado e intento no tocarlo. Jess se monta dándome un golpe de cadera para cerrar la puerta como si necesitara el triple de espacio del que en realidad ocupa. Con el empujón, me ha dejado pegada a Henry. Él, se me queda mirando con el ceño fruncido y cambia el teléfono de oreja como para estar más cómodo.

—Lo siento —susurro muy bajito—. Ha sido ella. —La señalo con el dedo. Él no me contesta.

Jess también se ha puesto a llamar por el móvil y ella no se priva en absoluto. Está a grito pelado con un tal Manu. Henry, con tanto grito, acaba por despedirse pidiendo disculpas, diciendo que retomarían la conversación mañana. Ella, sin embargo, sigue con su parloteo.

—¿Qué tal el vuelo? —termina por decirme Henry.

—Estupendo, muy rápido.

—Me alegro. Tengo entendido que no te ha dejado ni cambiarte de ropa al salir del trabajo —comenta echándome un vistazo. ¿Cómo

puede saber eso? ¿Cuándo se lo ha dicho?

—No, no me ha dejado. Y estoy deseando meterme en la ducha. —¡Por favor, espero que no huela mal!

—He encargado una cena ligera, porque tengo entendido que nos daremos un baño en el *jacuzzi*. Como te gusta el agua calentita...

¡A Jessica la voy a matar por bocazas! ¿¡Pero por qué le ha contado eso!?

—Sí que me gusta, pero no tiene por qué ser hoy.

—¿De qué habláis? —se mete Jess en la conversación—. Claro que nos daremos un bañito, ¡lo estoy deseando!

—Ya has oído —susurra Henry—. Si ella dice que hay que bañarse, no hay alternativa. ¡Todos al agua! —se burla.

—No te pases, hermanito —le dice señalándolo con el dedo.

Henry se ríe y yo con él. Mi ritmo cardíaco vuelve a alterarse de nuevo, quiero hablar con él antes de llegar a su casa, y cuando Jessica responde a una llamada de teléfono de su amigo, reúno el valor y aprovecho el momento.

—Oye... mira...verás... yo...

—¿Siempre eres tan elocuente? —parece hacerle gracia cómo farfullo.

—¡Está bien! Quiero pedirte disculpas por haberte insultado la semana pasada, tenía unas copas de más y no sabía lo que decía. —¡Por fin!

Él no dice nada, me mira como si estuviera divirtiéndose. Seguro que me ha tomado por una payasa. Después de unos segundos interminables acerca sus labios a mi oído.

—Si te lo hubiera tomado en cuenta, hoy no estarías aquí.

Me habla tan cerca de la oreja que me produce cosquillas y, en un acto reflejo, giro mi cara hacia la suya, y quedan nuestras bocas a un par de milímetros. Él ni se aparta ni dice nada, solo me observa con intensidad. Su aliento está empezando a entrar por mis labios entreabiertos y puedo notar su sabor en la punta de la lengua. Sin poder evitarlo cierro los ojos.

—¿Qué hacéis, conspirando contra mí? —me sorprende la voz de Jessica. Ya ni me acordaba que estaba.

—¡No, por supuesto que no! —me excuso, aunque no sé de qué.

—Pareces acalorada ¿Estás bien? —me dice Jess, sonriente.

¿Acalorada? ¡no! ¡voy a estallar en llamas! y menos mal que está oscuro, porque debo estar roja como la grana.

—¡Estoy bien! —aseguro con los dientes apretados—. Es que me tenéis aquí en medio, apretujada y tengo un poco de calor, pero nada más —termino con desdén.

Henry casi no puede contener la risa y, para disimular, se gira y mira por la ventana. No sé cómo hago, pero siempre que estoy en su presencia acabo sintiéndome como una mema. La mejor solución es que cierre el pico.

En todo el camino Jess no calla ni un segundo y estoy empezando a marearme. Entre los nervios, casi todo el día sin comer y el bochorno, me están dando náuseas.

—¿Falta mucho, Jess? Estoy mareada.

—¡Ay, por Dios! —dice preocupada—. No, ya llegamos.

Henry, en el acto, abre la ventanilla y me pone la mano en la frente. Está fresca y su toque me alivia.

—¿Desde cuándo no has comido? —me pregunta muy serio.

—Bueno, hoy no tuve tiempo de comer en la residencia, así que me comí una manzana y una Coca-Cola.

—Jess, mira a ver si tienes unos de esos caramelos de ositos que te gustan tanto y métele un par en la boca.

Jessica obedece sin pensarlo y me pone como cinco o seis sobre la lengua.

—Deberías alimentarte mejor —me riñe Henry—. Y las bebidas carbonatadas elimínalas de tu dieta.

Cuando ya pensaba que no iba a poder aguantar más, miro hacia delante y veo unos portones que comienzan a abrirse. ¡Menos mal!, porque Henry ya me está tomando el pulso y ahora tiene que ser similar al de un colibrí en pleno vuelo.

En cuanto me dejan, salgo disparada a respirar aire fresco. Henry le había pedido al chófer que parara en la puerta para no tener que entrar conmigo en el garaje. ¡Y cuánto lo agradecí!

Sigue sin soltarme aún fuera del coche. Creo que tiene miedo a que me desplome.

—¡Hola, mi niña! —saluda una señora desde la puerta.

—¡Hola, Rosa! ¿Aún estás despierta?

—Sí, mi niña. Pero en cuanto te dé un achuchón, os dejaré a solas para no molestar.

—Tú no molestas nunca.

—¿Está todo preparado? —demanda, imponiéndose, Henry.

—¡Sí, señorito! —responde Rosa, burlona—. ¿A qué viene tanta exigencia?

—Es por Sara, la amiga de Jessica, no se encuentra bien porque no ha comido nada en todo el día.

—¡Pues muy mal! —me regaña la mujer, recordándome a mi abuela—. Debes comer bien, niña.

—Vale —suelto sin poder replicar.

Entramos en la casa y es enorme. Desde fuera, sin apenas luz, no podía apreciar las dimensiones de la vivienda. Tiene un toque clásico sin ser recargado. Los suelos son en madera oscura y las puertas también, al igual que la escalera que va al piso superior. Las paredes son de colores claros, grises y *beige*. En ellas hay cuadros bastante grandes que parecen antiguos. Hay algunas plantas que decoran lugares estratégicos, que dan armonía al conjunto y además un toque de color. Para ser tan grande, la casa tiene un aspecto muy acogedor.

Al pasar por una de las puertas, entramos en otra zona muy distinta. Es una cocina en consonancia con el resto de la casa. Predomina el blanco en toda la estancia, dando la impresión de una limpieza absoluta. En una esquina hay una mesa grande, de unos doce comensales, preparada con aperitivos, frutas y verduras, adornada con unas flores frescas en el centro.

—Sírvele un zumo a Sara —ordena Henry a su hermana.

Tengo serias dudas de si podré retenerlo en el estómago, pero decido beberlo por el escrutinio al que me tiene sometida Henry. Aún está esperando a que me desmaye.

El sabor es intenso y delicioso, parece una mezcla de frutas que no sé definir.

—¡Qué rico! —lo adulo—. ¿De qué es?

—Frutos rojos, piña, manzana y uvas —contesta orgullosa, Rosa—. Pero a veces cambia según la temporada y las mejores frutas del

mercado.

—Nunca había probado uno igual.

—¡Pues bebe! —me apremia el mandón.

Me lo bebo en un par de sorbos y me sorprendo del hambre que me entra. Ellos aún no han probado bocado y me observan con expectación. Yo ya le he echado el ojo a unas tartaletas rellenas de espinacas y queso fundido que me muero por probar.

—¿Qué os pasa? ¿no queréis comer? Porque yo me voy a comer una de estas, que tiene una pinta estupenda.

Tanto Jess como su hermano sueltan el aire que parecían estar conteniendo y comenzamos a cenar, no sin antes recibir unas cuantas pullas por parte de Henry, claro.

Cuando terminamos, me llevan a ver mi habitación, que está en la parte de arriba. La de mi amiga está al lado de la mía y la de Henry, al final del pasillo. Ellos se marchan para poder cambiarse y reunirnos después en el *jacuzzi*, así que aprovecho para darme una ducha rápida antes de que alguien me lo impida.

Por fin me siento limpia y estoy envuelta en un mullido albornoz que tenía preparado en el maravilloso baño privado de mi preciosa habitación. ¡Estoy apabullada con tanto lujo!

—¿Estás lista? —pregunta Jess desde el vano de la puerta—. Mira que eres lenta...

—Te recordaré esa frase el próximo día que vayamos a correr —le reprocho—. Espera que me pongo el biquini.

—¿Y para qué lo quieres? no vamos a ningún lugar público.

—¿Estás de broma? ¿Tu hermano no viene con nosotras?

—Sí.

—¿¡Y él también estará desnudo!? —chillo.

—¡Sí! —Contesta indignada—. No nos vamos a bañar en casa vestidos... ¡Por favor, Sara, no seas pudorosa!

Mi mente me recuerda de cómo había fantaseado con estar con él en el agua desnudos, pero ahora me sobra Jess y me falta a mí el valor.

—Yo, si no os importa, me voy a poner...

—¡No seas ridícula! —me corta a mitad de frase y me arrastra con ella fuera de la habitación.

Entramos en un lugar con un ambiente caldeado, solo iluminado con la cálida luz de unas velas y el burbujeante sonido que proviene del agua. También hay una botella de champán metida en hielo y las copas preparadas. Tengo que aprovechar y meterme en el agua antes de que llegue él y no tenga el coraje de hacerlo.

—¿Qué pasa? ¿No os metéis?

¡Jo! ¡Ya está aquí! Ellos se quitan el albornoz, lo dejan en un banco de piedra que hay a un lado y se meten en el agua. Vuelve a darme esa especie de taquicardia cuando me doy cuenta de que se van a sentar y después mirarán hacia mí preguntándose por qué no entro. En una fracción de segundo, decido tirar mi albornoz y lanzarme al agua antes de que se den la vuelta.

Cuando ellos terminan de sentarse, yo ya estoy metida hasta el cuello. Los dos me miran extrañados, pero Jessica ya empieza a sonreír y yo rezo para que no le explique a su hermano qué me pasa.

—¿Una copita de champán, chicas? —nos ofrece.

—Sí, gracias —digo con timidez.

—Este es estupendo —me informa Jess.

—Sí, es el que esconde papá para él.

—¿De verdad? —se carcajea mi amiga.

—Se cree que puede esconder algo en casa y que yo no me entere dónde está.

—Bueno... ¡Pues un brindis por papá! —y bebemos todos de las copas.

Al cabo de un rato, ya se me había pasado la vergüenza y me lo estaba pasando en grande.

—¡Oh! se me había olvidado que tengo que llamar a Manu de nuevo o no tendremos los complementos para mañana.

Sale del agua con su esplendoroso cuerpo desnudo chorreando agua por todas partes y antes de irse me dice:

—Si no vuelvo en diez minutos, ya nos vemos mañana en el desayuno. —Y sale corriendo sin darme tiempo a replicar.

—Definitivamente, mi hermana está loca ¿no crees?

—Un poco sí —respondo algo retraída al encontrarnos a solas.

—¿Quieres más champán? —me ofrece de nuevo.

—Sí, ¿por qué no?

Coge la botella y se asienta a mi lado para llenarme la copa. Su pierna roza la mía y no tengo valor para moverme. Estoy tan nerviosa que me pongo a dar sorbitos sin parar de mi copa.

—Si sigues bebiendo así de rápido te va a sentar mal —me explica poniendo su mano entre la copa y mis labios para que pare.

No sé qué decirle. Me analiza con su intensa mirada y me hace sentir cohibida.

—¿Mañana vienes a la fiesta de disfraces? —suelto lo primero que me viene a la cabeza.

—Sí. Tú eres mi acompañante.

—¿Ah, sí? —pregunto perpleja.

—La fiesta es de parejas. Nuestros disfraces tienen que ser conjuntados. Así que espero que te valga alguno con el que yo no me sienta demasiado ridículo.

—¿A qué te refieres?

—Que, si te pones uno de caperucita, yo iré de lobo feroz...

—Entiendo... —Sobre todo la doble intención de sus palabras.

Está girado hacia mí y sigue mirándome con ese vigor. Estoy cada vez más incómoda: mi estómago parece haberse girado, me arde la piel y siento un fuerte cosquilleo entre mis muslos. Con sus dedos empieza a retirarme unos mechones de pelo que tengo sobre la cara y, con suavidad, los sitúa con una caricia por detrás de la oreja. No puedo evitar mirarlo a los ojos y, o soy muy ingenua, o es lujuria lo que veo en ellos.

—¿Estás asustada? —susurra—. Tiemblas.

Me sorprenden sus palabras y más aún cuando me doy cuenta de que es cierto. Tengo la boca seca y no logro pronunciar palabra. Empieza a sonreír y cambia al instante su forma de mirarme. Pasa de la excitación a la ternura.

—Será mejor que nos vayamos —sugiere.

Asiento sin más. Él se levanta con celeridad y se envuelve en su albornoz. Recoge el mío del suelo y me lo abre para que me lo ponga.

—Prometo no mirar —asegura con una sonrisilla pícara.

Salgo del agua y me lo coloca sobre los hombros; como ya suponía, me ojea de todos modos, y lo que más me sorprende es que me gusta que lo haga.

—Te acompañaré a tu habitación.

Su profunda voz me hace sentir cosquillas por todo el cuerpo. Si al llegar a mi cuarto se quisiera meter conmigo dentro, no me negaría.

Al llegar a la puerta, vuelve a ponerme uno de mis rizos rebeldes detrás de la oreja.

—Descansa. Mañana será un día muy ajetreado —dice mientras se gira hacia su habitación—. Tu querida amiga no te dejará dormir por la mañana, te lo aseguro. ¡Buenas noches! —se despide cerrando la puerta con suavidad.

—Buenas noches... —susurro sola en el pasillo.

Entro al dormitorio como en una nube y me tiro sobre la cama. No puedo hacer otra cosa que rememorar lo ocurrido con Henry hace un momento. Dios mío... Su cuerpo es espectacular: no tiene un gramo de grasa, tiene una auténtica tableta de chocolate sobre su abdomen, los músculos de los brazos son torneados y no tienen un volumen exagerado... todo parece estar proporcionado con su altura, incluida la entrepierna. Cuando salía del agua pude apreciarlo bien, y verificar que estaba excitado. Si no lo llego a ver yo con mis propios ojos, jamás me hubiera figurado que pudiera pensar en mí de ese modo. Aunque también tengo que reconocer que la situación era muy, pero que muy propicia.

CAPÍTULO 6

—¡Levántate, dormilona! —me despierta la voz chillona de Jess—. ¡O no nos dará tiempo a todo!

—¿Qué hora es? —Consulto mi entorno, atolondrada.

—¡Las nueve!

¡Son las nueve de la mañana de un sábado y ella lo anuncia como si me hubiera despertado al mediodía! Está de brazos cruzados mirándome ceñuda. Decido levantarme antes de que empiece con su perorata.

—¿A qué hora os fuisteis a dormir anoche? —me interroga.

—No sé. ¿Por qué?

—Porque ni siquiera te pusiste el pijama. —Me pilla desprevenida y me sonrojo al acordarme de lo que pasó—. Haz lo que quieras, no me meteré, lo prometo, pero mi hermano tiene gran facilidad para llevarse a las mujeres a la cama, y después... si te he visto no me acuerdo. Y a mí me da que tú no eres de esas.

—No pasó nada, lo juro.

—Y te creo, pero era el primer día. Eres demasiado inocente y probablemente lo desconciertes. Sabe que no debe tocarte y basta que sea así para que se sienta más tentado. Además, eres diferente al entorno al que estamos acostumbrados. Eres noble y confiada, a veces un poco ingenua... Un bocado irresistible para un depredador como Henry.

Me la quedo mirando como si hubiera cometido un delito, apretando la única prenda de ropa que cubre mi cuerpo. Lo que me ha explicado hace que me sienta vulnerable. No sé dónde me he metido y, como pude comprobar anoche, no controlo la situación.

—Pasó algo ayer, ¿verdad? —me insiste.

—No, de verdad... Él es muy seductor y me doy cuenta de que tienes razón. Me siento estúpida. Me habría abierto de piernas sin

dudarlo si me lo hubiera pedido. Y me gusta mucho más de lo que soy capaz de reconocer.

—Seguro que anoche tanteaba el terreno y quiso saber hasta dónde podía llegar.

—No muy lejos, porque estaba tan asustada que temblaba como un flan. Cuando se dio cuenta, se detuvo de inmediato y sugirió que nos fuéramos.

—¡Lo ves, sí que intentó algo! —explota.

—No, solo fue algo inocente.

—Desengáñate, Sara. Viniendo de mi hermano, no era inocente.

—Ahora ya estoy sobre aviso ¡y tú no me dejes sola con él! —la regaño.

—Sí él quiere engatusarte, lo hará aunque yo esté cerca, pero intentaré no dejaros a solas. ¿Vamos a desayunar?

—¡Me visto en cinco minutos! —Salto de la cama.

—¡Te doy dos!

Cuando llegamos a la cocina, ya está el desayuno puesto. Es en la misma mesa que la cena y, al igual que ayer, la fruta predomina. Rosa nos da los buenos días y nos apremia para que comamos mucho. Me explica Jess que esta mujer lleva cuidando de la familia desde antes de que naciera Henry, y es la única del servicio que replica y reprende como si de su propia abuela se tratara.

Henry ya está sentado tomando un café y, cómo no, hablando por el móvil. Me sorprende verlo con ropa informal. Lleva unos vaqueros desgastados y un poco rotos y una camiseta negra algo ajustada. Tiene un aspecto mucho más juvenil. Su pelo castaño está un poco despeinado y los rayos de sol le arrancan brillos dorados. ¡Dios mío!, estoy perdida... ¿por qué demonios tiene que ser tan guapo?

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy? —me pongo a hablar con Jess para no fijarme en él.

—Iremos a la finca a montar a caballo —responde entusiasmada.

—Los caballos me dan miedo —aseguro.

—No te preocupes. Al llegar a los establos, primero te familiarizarás con los caballos y acabarás por desear montar en uno.

—No sé, Jess...

—Jessica, si no quiere montar, no la obligues —le riñe Henry, metiéndose en la conversación.

—Tienes razón. Al llegar ya veremos —se conforma.

Lo miro para agradecerle el gesto, pero me inclino por no decir nada. Está muy serio y su mirada es fría. Creo que algo le preocupa o le enfada, no sabría decir.

—¿Algo no va bien? —Al final me decido a averiguar qué le pasa.

—¿Qué? —Se sorprende ante mi pregunta.

—Me preguntaba si algo va mal. Lo digo por la llamada, pareces preocupado.

—Siempre va algo mal —responde todavía confuso.

—¿Negocios?

—Sí, bueno... está relacionado con la empresa, sector de personal, no negociaba nada. Solo tenía que tomar un par de decisiones y asunto zanjado.

—Haces que parezca fácil.

—A veces no es tan fácil cuando el empleo de más de quinientas personas depende de una decisión mía.

—¡Buf! ¡Era eso? —me alarmo—. ¿Qué has decidido?

—Invertir durante tres meses más y, según los resultados obtenidos, tomar la decisión definitiva.

—Tiene que ser durísimo. Yo no tendría el arrojo para algo así. Debes haber levantado un muro de contención muy resistente para proteger tu corazón de semejantes decisiones y que no te afecten.

Henry no me responde nada. Da la sensación de estar muy desconcertado, como cuando lo insulté y le grité en Santiago.

—¿Te ha molestado mi comentario? —No quiero que se enfade conmigo por meterme donde no me llaman.

—No, para nada. Es solo que nadie me suele preguntar nada sobre lo duras que pueden llegar a ser mis decisiones o lo mucho que me pueden afectar a nivel emocional. Me suelen preguntar si me va bien y cuánto dinero gano.

—Entonces, ¿no tienes amigos? —Me aflijo al pensarlo.

—Pues creo que, aparte de Miguel y un par de personas más, no tengo amigos.

¿Cómo es posible que sienta pena por él?

—¡Venga, arrancamos ya! Se hace tarde —ataca Jessica de nuevo.

La finca no está muy lejos de la casa, a unos cuarenta minutos en coche. Vamos en un todoterreno que conduce Henry, y no nos acompaña nadie, al menos que yo sepa. Lo digo porque parece que siempre los acompaña algún hombre de seguridad a todos lados, y ahora vamos solos.

En el establo hay seis caballos de distintas tonalidades: uno castaño, uno negro, dos blancos y dos marrones claros, con el crin y cola oscuros. Cerca hay una casa grande, blanca, con las ventanas de madera clara y un porche con un balancín, todo muy rustico. No hemos entrado, comeremos ahí después de ir a montar.

Ellos saludan al personal —una mujer y un hombre que dan la sensación de que son pareja— y eligen los caballos para ensillarlos. Los animales son preciosos, pero me dan reparo.

—¡Vamos, chica! ¿quieres subir? —me anima Jessica.

—No creo que pueda, Jess.

—Inténtalo...

—¡No la presiones, Jessica! —me defiende Henry—. Sara, espera fuera mientras salimos a cabalgar un rato, quiero hacer correr a mi caballo. Después, si te apetece, te enseñaré a montar.

Y sale disparado por la puerta seguido por ella, que se despide con la mano. Corro para ver por dónde van y en pocos segundos los pierdo de vista. Cuando pasan unos quince minutos vuelven a aparecer. Creo que están jugando a las carreras y se lo pasan en grande. Jessica ha arrancado una ramita de un árbol y está intentando atizar con ella a su hermano, y él se ríe a carcajada limpia. Desde aquí intuyo que le grita «¡Tramposo, eres un tramposo!». Ahora cambian de dirección y vienen hacia mí a todo correr.

—¡Siempre haces trampas! ¡No sabes perder! —le grita ella.

—¿¡¡Yo!!? ¡jamás! ¡Tú, que no sabes cabalgar!

—¿¡¡Qué!!? ¡soy una amazona consumada!

—¡Ja!

Me estoy riendo a carcajadas. Ellos pelean como si fueran niños pequeños y me hace mucha gracia.

—¡Y tú no te rías, porque ahora te toca a ti montar! —me señala con un dedo acusador, toda enfurruñada.

—Vale, lo intentaré —respondo entre risas.

Henry desmonta y se acerca a mí, aproximando su caballo muy despacio para que no me asuste.

—¡Vete a correr un rato por ahí, anda! —echa a su hermana.

Primero fulmina con la mirada a su hermano y después me examina para buscar un gesto de aprobación o negación por mi parte. Asiento con la cabeza, ella se encoge de hombros y se aleja, no sin antes echarle una mirada desdeñosa a Henry.

—¿A qué venía eso? —pregunta extrañado.

—Ella cree que no debería quedarme a solas contigo.

—¿A sí? ¿Por qué?

—Piensa que eres peligroso para mí. Bueno... para todas las mujeres en general.

—¿Y tú qué piensas? —me observa con curiosidad.

—Que seguro tenga razón... ¿La tiene?

Él no desmiente ni afirma nada, solo me indica dónde debo poner el pie para subir al caballo. Hago caso y de un saltito me coloca sobre el animal sosteniéndome por la cintura. Me quita el pie del estribo, sube de un salto y se coloca detrás de mí. El rubor sube de inmediato a mi rostro. No tenía ni idea que montaría conmigo. Está pegado a mi espalda. Me agarra la cintura con un brazo, con la otra las riendas y acerca sus labios a mi oreja.

—Puede que la tenga... —susurra con voz ronca.

Siento como si sus palabras hubieran inyectado veneno por mis venas. El calor recorre todo mi cuerpo y su contacto me quema. ¡No sé qué hacer para aplacar mis nervios! Él está riéndose mientras empieza a dirigir al caballo hacia la arboleda.

—Por favor, relaja un poco los músculos, en especial los de las piernas, no me dejas dominar la montura —pronuncia con dulzura y mucha picardía haciendo que parezca otra cosa.

Le echo una mirada de soslayo y compruebo que se está riendo.

—Eres malo, muy, muy malo —lo reprendo.

—¡Que no es broma! Si tu aprietas los muslos, yo no puedo guiar al caballo. Estás muy tensa, relájate y déjalo en mis manos. —Lo

vuelvo a mirar de reojo con los ojos achicados.

—¿¡Qué!? ¿Ahora que he dicho? —Se carcajea—. Eres muy mal pensada.

Termino por reírme yo también, he intento hacer lo que me ha pedido, aunque me resulta difícil porque parece que voy a caerme a pesar de que me sujeta con solidez.

La verdad es que el paseo resulta muy agradable. El lugar es precioso: estamos en otoño y, aun así, la vegetación está muy verde todavía. Hay algunos estanques con peces. Sopla una suave brisa que mece las hojas de los árboles y hace caer algunas de ellas. Pero las que más me llaman la atención son las ramas de mi árbol favorito, el sauce. Sus ramas se balancean y las más cercanas al agua rozan la superficie con un agradable murmullo.

No sé cuánto tiempo ha pasado; sin embargo, no me hubiera importado estar más. Al llegar a los establos nos espera Jess con cara de preocupación.

—¡Hola, Jess! —saludo—. ¡Ha sido una maravilla! Este lugar es precioso.

—Me alegro —Suelta con poco entusiasmo—. ¿Tenías que montar con ella? —reprocha a su hermano.

—Sí —dice tajante—. Ella no sabe montar y yo no quería andar en círculos. Así, pude enseñarle un poco el terreno —termina con genio.

—Vale, pero la próxima vez irá sola.

—Lo dudo. Le da miedo el caballo —le contesta entre dientes.

Parecen estar teniendo una lucha de miradas, en la que seguro que pierde Jessica, porque él es bastante más intenso. Para mi sorpresa, es Henry el que baja la vista primero. Tras el duelo, nos vamos hacia la casa.

La comida que nos sirven es bastante ligera, lo cual agradezco porque la tensión que hay entre ellos no ha disminuido. Están de malas por mi culpa y eso hace que se me revuelva el estómago.

Nos vamos nada más terminar de comer. En el viaje están algo más calmados, y doy gracias, porque no sé si podría ir a una fiesta con ellos en ese plan, y nada menos que disfrazados.

Espero que tenga algún traje que me vaya y que el que conjunte le resulte agradable o aceptable a Henry, porque no quiero ser la

razón de otra discordia de nuevo.

CAPÍTULO 7

Al llegar a la casa Jessica ya está emocionada contándome lo que puedo probarme y las posibilidades que tengo de que me sirva. Henry sonríe, pero opta por no intervenir, porque seguro que sería contraproducente. Subimos a lo que creo que es el desván. La estancia es enorme. Hay muchas cajas ordenadas y clasificadas, y baúles y armarios de almacenaje. Enfrente de la ventana, se encuentran unos colgadores con disfraces. Están en ese tipo de perchas que hay en los teatros o los desfiles de moda.

—Empieza —me ordena Jess.

—¿Aquí?

—Sí, tienes un biombo ahí —señala con el dedo—. Vamos a ver... ¿vampiresa? —Saca un vestido negro muy largo.

—¡Puag! —finjo tener arcadas.

—¡Vale, vale...!

—¿Caperucita?

—¡No! —estallo. No quiero mirar a Henry, porque seguro que se está riendo.

—Bueno... ¡Qué exigente!

—¿Qué es eso verde? —acabo de ver un traje de un color brillante que me llama mucho la atención.

—¡Ah!, ese es de campanilla. Dudo que te valga, lo llevé en el instituto.

—¿Me lo dejas ver? Parece muy bonito.

—¡Oh, sí!, lo es. Espera... ahora que lo pienso... debía tener tu estatura. ¡Pruébatelo! —Me ayuda a ponérmelo y salimos de detrás del biombo.

—¿Qué tal? —consulto esperanzada.

—¡Tía, estás que te sales! —Sonríe de oreja a oreja.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—¡Joder! ¡bueno! Mírate al espejo.

Vamos hacia un espejo de cuerpo entero que hay al lado de una ventana. Al ver mi reflejo sonrío de gusto.

—Estoy mona, ¿verdad?

—Te sienta genial.

—¿Tú qué opinas? —Miro a Henry expectante— ¿Peter Pan... o Capitán Garfio?

—Estás encantadora. —Hace una pausa—. Me pongo leotardos, pero no llevaré barba ni me pintaré la cara.

—Entonces... ¿Peter? —intento verificar.

—Sí, voy de Peter Pan... —Pone los ojos en blanco, exasperado.

—¡Bien! —grita Jess—. Pues llamo ahora mismo a Manu para que nos consiga lo que nos hace falta. Luego nos maquillará y peinará. ¡Es un genio! —Henry carraspea—. ¡Tranquilo, a ti no! —Le saca la lengua como una niña repelente.

Jess se ha vuelto loca. Pienso que su vocación frustrada es ser actriz, dedicarse al mundo de la farándula o al transformismo. Habla con el tal Manu por teléfono como si le fuera la vida. ¡Solo son disfraces!

—¿No te gusta disfrazarte, Henry?

—Como a Jessica te aseguro que no. ¿Y tú? ¿Estás encantada, Campanilla?

—La verdad es que sí. Con los disfraces siempre me siento ridícula, pero este... no sé... me hace parecer bonita.

—No lo pareces, lo eres, con disfraz o sin él. Lo sé porque te he visto de ambos modos, incluso sin nada puesto.

—¡Cállate, por favor! No seas zalamero. Ya sé que no soy nada del otro mundo.

—¿Crees que te miento?

—Sí, descaradamente.

—¿Por qué? ¿Con qué fin?

—No sé. ¿Por costumbre? —me encojo de hombros.

—Sara, no tengo por costumbre mentir, antes prefiero callarme. Eres una chica muy guapa, proporcionada, honrada, sensible. Toda tú en conjunto eres preciosa. No te subestimes.

Ningún chico me había piropeado tanto nunca. Como siempre, me ha dejado muda. No soy capaz de ver la mentira en sus ojos. ¿Será

posible que lo diga en serio?

—¡Bueno, chicos! —Llega de nuevo Jess—. Manu vendrá sobre las siete. ¿Vemos una peli mientras?

—Estupendo —respondo.

—Yo tengo que hacer unas gestiones, pero me reúno con vosotras después.

—Vale. Pero luego no te quejes de la peli —le advierte su hermana.

—No lo haré. Además, como mucho, veré el final.

Cuando Henry ya se ha marchado, me quito el traje de Campanilla. Jessica, no sé por qué, no para de meterme prisa.

—¡Corre, corre! —me apremia—. ¡Tenemos muy poco tiempo para poder comer chucherías antes de que venga mi hermano!

—¿No te deja comer chucherías? —me sorprendo.

—No, ni en broma. ¿Es que no te has fijado que todo lo que comemos es muy saludable? Casi todo vegetales y frutas. Y no digo cómo se pone con el tema de los refrescos. Como te vea tomando uno, ¡menudo sermón te echará!

—Sí, tienes razón. Me echó una bronca al llegar a Madrid por tomar «bebidas carbonatadas en mi dieta».

—Entonces, ¿quieres o no?

—¡Corre! —La apremio yo ahora.

Decidimos poner la película «Orgullo y Prejuicio», por enésima vez para ambas, aunque nunca antes la vimos juntas. Soy una enamorada de las novelas de Jane Austen, en especial de esta. He visto todas sus versiones: la película más antigua, la serie de la BBC y la más actual con Keira Knighthey como Elizabeth Bennet y Matthew Macfadyen como Fitzwilliam Darcy. Aunque siempre opinaré que el mejor Darcy lo interpretó, sin duda alguna, Colin Firth en la serie de la BBC.

Nos estamos poniendo moradas con el arsenal de golosinas que esconde Rosa en la cocina para Jessica. Hemos comido tantas y tan rápido, para que no nos pille Henry, que ya empieza a dolerme la tripa.

—Un par de sorbos más a la Coca-Cola y lo guardamos todo, ¿vale? No quiero hacerlo enfadar, tiene que llevarnos a la fiesta.

Aunque luego no tengas hambre, haz que comes y bebe zumo o sospechará algo.

—De acuerdo. —Doy un último sorbo.

Recogemos y aspiramos las migas en un par de minutos para centrarnos en la tele de nuevo. Un poco después, antes de que se acabe la película, llega Henry y se acomoda en un sofá. No hace ningún comentario ni aspaviento acerca de lo que vemos, como hubiera hecho cualquier chico al darse cuenta del género de la película.

Cuando acaba, charlamos un rato y nos contamos los últimos libros interesantes que hemos leído. A Jess y a mí nos gusta la misma temática, novela romántica. Tenemos algunos libros favoritos en común, como los de vampiros macarras vestidos de cuero negro que seducen a las chicas. Henry no para de reírse al escucharlo y nos pregunta si en realidad leemos novela romántica o pornografía. La verdad es que muchas veces son más eróticos que sensibles o tiernos, pero me gustan de todos modos.

Al dar las siete de la tarde, llega puntual Manu y nos ponemos manos a la obra. Manu nos peina, nos pinta y ha traído el traje para Henry. Se quedará a cenar con nosotros por si necesitamos un retoque al terminar. Es un chico mulato, guapo y muy divertido. Cuando ya hemos cenado y terminado con los retoques, me pide permiso para hacerme una foto.

—Te prometo no colgarla en Facebook ni nada parecido. Estás espectacular y me gustaría conservar tu imagen.

—Bueno, si tú quieres...

Henry está muy irritado con la situación. Jessica está algo preocupada. No entiendo por qué.

Me ha hecho un par de fotos y ya nos despedimos, casi es la hora de marcharnos. Nos da unos besos, pero antes de salir Henry lo agarra por un brazo y le dice algo al oído con la mandíbula tensa. No logro escuchar lo que dice, pero Manu le jura que no lo hará.

—¿Qué pasa? —me dirijo a Jessica muy bajito.

—Procura que no te hagan fotos, al menos voluntariamente. Hoy vas a una fiesta con mi hermano de pareja, y no puedes ni imaginar lo que podrían hacer por internet con ellas.

—Pero, es Manu, ¡tú lo conoces! ¿No es tu amigo?

—Querida, olvídate. Los amigos que yo tengo se cuentan con los dedos de una mano y me sobran dedos.

—Lo siento —bajo la cabeza arrepentida.

—No, eres tú quien debe disculparme. Por conservar tu amistad no te he contado todo lo que debía.

—¿Cómo qué? —me da un poco de miedo su respuesta.

—Prométeme que no te asustarás.

—Claro —digo con poco convencimiento.

—Casi siempre llevo escolta, mi hermano también. Hemos sufrido varios intentos de secuestro, frustrados, gracias a Dios. O más bien gracias a los gorilas que nos siguen a todas partes. Tenemos que cuidar nuestra imagen, sobre todo Henry. Cualquier tontería se convierte en un escándalo que podría perjudicar a la empresa. Nuestras vidas privadas a veces tienen más de públicas que de íntimas. No podemos fiarnos de nadie, nos han traicionado en muchas ocasiones, y personas cercanas que considerábamos amigos.

Esa es una de las razones por las que mi hermano estaba tan preocupado por mí cuando Sánchez, mi guardaespaldas, no podía encontrarme la semana pasada, cuando nos conocimos. Una de las hipótesis podía ser el secuestro, pero como coincidía con mi pataleta, por si acaso, fueron como locos a buscarme por Santiago. No sé qué más contarte. ¿Me dejo algo, Henry? —mira a su hermano. Él está expectante para ver cómo reacciono.

—Te dejas muchas cosas, pero por el momento creo que ya llegan —declara sin dejar de mirarme.

—¡Bien! Así que nada de fotos y nada de llamar la atención —concluyo sin darle importancia.

Los dos me ojean de arriba abajo haciéndome recordar que voy disfrazada de Campanilla con la cara llena de purpurina. Y cómo no, estallan en carcajadas al ver mi cara seria.

Al entrar en el coche, veo cómo sube de copiloto un hombre con traje negro, al igual que el chófer, que es el mismo que nos vino a recoger al aeropuerto. Nosotros montamos detrás, pero esta vez, aunque vuelvo a estar en el medio, Jess no me empuja porque no

quiere estropear su espectacular vestido de Lily Monster. Lleva unos taconazos con plataforma que me hacen sentir enana a su lado. Está muy sexy con su generoso escote y una raja en su falda enseñando casi en su totalidad la pierna derecha. Su Herman Monster le espera en la puerta de la casa donde se va a celebrar la fiesta. Y Henry... ¿Qué puedo decir? Está para comérselo. Lleva unos pantalones de lycra ajustados de color verde, una camisa marrón acabada en picos, cinturón verde con hebilla dorada, un pequeño gorro y botas de cuero bajas. El pelo lo lleva con gomina, dando un aspecto despeinado.

Cada vez siento más curiosidad por los hombres que nos acompañan y al final no puedo contener la tentación de preguntar.

—Henry, ¿ese hombre es un escolta? —susurro.

—Sí. Son Sánchez y el chófer, Hierro.

—¿Son los dos?

—Sí. Lo normal es que nos acompañe solo uno, pero consideran que hoy es un día arriesgado, por los disfraces y, especialmente, por tu presencia. Creen que eres peligrosa —me dice muy serio.

¿Yo? ¿por qué? No entiendo por qué les parezco una amenaza, ¡si yo no haría daño ni a una mosca! Hasta que empieza a sonreír y me doy cuenta de que me está tomando el pelo. Jess también se está riendo.

—¡Eres un idiota! Me lo había creído... —protesto enfurruñada.

Entramos en los terrenos de otra residencia de exageradas dimensiones. ¿¡Para qué querrán tanta casa!? Hay mucho ajetreo de coches que aparcan y personas que caminan. No podía imaginar la magnitud de la fiesta, me siento un poco abrumada. No sé si voy a encajar aquí. Como si me hubiera leído la mente, Henry me aprieta la mano con ternura.

—No te agobies. No te dejaré sola —me asegura.

—Gracias...

—¡Ahí está Raúl! —grita Jessica—. ¡Raúl! —Vocea por la ventana —. Roberto, las puertas están cerradas, ¡ábrelas!

—Señorita, déjenos analizar el perímetro primero —contesta Hierro.

—¡Por Dios! Si ya estamos dentro del terreno perteneciente a la casa.

—Jessica... —le riñe Henry.

Jess empieza a resoplar como hace siempre que se enfada. Sánchez baja del vehículo y termina por abrir la puerta de Jess después de echar un vistazo.

—¡Joder! ¡qué agobio! —se queja ella al salir.

—Señor Cromwell, ya pueden salir —informa el chófer.

—Gracias, Hierro.

Al estar por fin fuera, todo son gritos, saludos y besos por parte de Jessica. Su acompañante chilla tanto como ella. Hay un jaleo impresionante y aunque me va presentado a todo el mundo, me siento fuera de lugar. Los halagos, las sonrisas e incluso sus agudas voces me parecen todas falsas. Cada vez hay más gente y tengo pavor a quedarme sola.

—Tranquila —me dice Henry al oído—. Yo llevo asistiendo a fiestas toda mi vida y toda esta hipocresía me saca de quicio. Sin embargo, Jessica intenta con todas sus fuerzas encajar. Así que te pido que no le tomes en cuenta los actos de hoy. Puede incluso que se vaya a bailar o a beber algo y no la vuelvas a ver en toda la noche.

—No lo haré. Lo entiendo, necesita sentirse aceptada. Pero, por favor... tú no me dejes sola.

Lo estoy mirando a los ojos y él a mí. Estamos muy cerca, con los empujones hemos acabado abrazados. Tengo las manos en su pecho y él me agarra la cintura.

—¿Henry? ¡Joder tío, vaya pinta! —lo critica un hombre disfrazado de marciano.

—¡Alfredo! Pues tú estás guapísimo —le contesta con ironía—. Esa tonalidad de verde en la cara te sienta de muerte.

—A qué sí... ¡Oye! de muerte está esta chavala —me examina con descaro.

A Henry se le ha cortado la sonrisa de golpe y comienza a apretarme con fuerza contra su pecho.

—¿Qué eres, una hadita...? ¡No, eres Campanilla! —exclama con una risa estúpida—. Oye, preciosa ¿y vas a echar tus polvitos a alguien esta noche? —suelta guiñándome un ojo.

Henry me está apretujando tanto que empieza a hacerme daño.

—No, yo solo echo mis polvos cuando me viene en gana y con quien me da la gana, y te aseguro que tú nunca serías el elegido —acabo con una sonrisilla falsa.

A Alfredo se le ha quedado la cara descompuesta. Mira a Henry, nos sonríe y se despide fingiendo naturalidad.

—¡Caramba! ¡Aquí tiráis con bala! —exclamo algo molesta.

Henry intenta disimular su enfado sonriéndome, aunque sigue un poco tenso. A partir de ese momento no paran de saludarnos. Ninguno es tan desagradable como el marciano, pero la mayoría son unos estirados. No me suelta ni un momento, y yo, encantada. Eso sí, la gente parece sorprendida de verlo abrazado a una chica. Le preguntan una y otra vez: «¿Tú abrazado a una mujer?».

Nos tomamos unas copas y acabamos bailando salsa y merengue. No lo imaginaba haciendo tal cosa, ¡además lo hace bien! Según me ha contado dio clases de baile cuando estudiaba Medicina.

Cada vez hay más gente y hace un calor bochornoso.

—Necesito salir un rato ¿tú no? —me abanico con la mano para poder aliviarme.

—Sí, ven. Por aquí está el jardín.

Conseguimos llegar bastante rápido, teniendo en cuenta la cantidad de personas que hay. Cuando estamos bajando las escaleras exteriores, me suelta y noto cómo su mano entrelaza sus dedos con los míos. Llevamos gran parte de la noche agarrados como lapas, y ahora este gesto tan inocente, fuera, los dos solos, hace que mi corazón brinque con fuerza en mi pecho y el rubor cubra mis mejillas.

—Verás —indica con el dedo—. ahí hay una fuente.

Nos estamos alejando de la casa y miro para atrás.

—Tenías razón, no hemos vuelto a ver a tu hermana. Quizás deberíamos ir a buscarla... —En ese momento él se para en seco.

—¿Te da miedo estar a solas conmigo?

—No —lo miro con cara de susto y él empieza a dar la vuelta.

—No te fías de mí. Vamos adentro.

—Sí me fío. Vamos a ver la puñetera fuente —tiro de su manga para intentar detenerlo.

—¿Segura?

—Segura —vuelve a girarse despacio y seguimos el camino.

Al pasar unos setos se oye ruido de agua. Es una fuente preciosa, el agua tiene una iluminación tenue. Es la clásica con una sirena y un pez. El lugar es un rinconcito encantador.

—¿Cómo sabías de este sitio? ¿Trajiste alguno de tus ligues aquí antes o qué? —intento sonsacarle.

—No. Me lo enseñaron los dueños de la casa. Tengo negocios en común con ellos. Aquí solo traigo a haditas para ver si quieren echarme sus polvitos —guiña un ojo, imitando al estúpido de Alfredo.

—¡Cállate, qué vergüenza! —le digo golpeándole el pecho—. No me hagas recordar a ese.

Pone sus manos sobre las mías, apretándolas contra su cuerpo para que cese con los golpecitos. Estiro mis dedos y siento cómo se extiende su calor por mis palmas.

—Estás muy caliente. —¡Pero qué digo! —Bueno... quiero decir, calentito... que desprendes calor. —¡Qué metedura de pata! Él, sin embargo, no se ríe ni me suelta.

—Sí... —susurra con voz profunda.

Sin decir nada más comienza a bajar sus manos por mis hombros, pasando por mis brazos y acabando al final de mi espalda, y me empuja hacia él. Sus pupilas están muy dilatadas. No aparta la mirada de mí, como un halcón acechando su presa. Vuelve a subir las manos y las pone a ambos lados de mi cara. Tiene la boca entreabierta y parece respirar con dificultad. Yo estoy muy ansiosa, me muero de ganas de que me bese. Está muy cerca, pero no lo hace. Casi puedo saborearlo y me paso la lengua por los labios en un acto reflejo. Eso parece haberle trastornado, suelta un suspiro y me besa con suavidad. El relámpago de placer que cruza mi cuerpo hace flaquear mis piernas. Subo los brazos alrededor de su cuello para sostenerme y porque deseo tenerlo más cerca de mí. Vuelve a besarme con más intensidad, yo gimo en su boca y al escucharme se altera por completo. Introduce su lengua entre mis labios buscando con ansia el contacto con la mía. Abro más la boca para permitir que lo consiga, nuestras lenguas se rozan y el placer es

asombroso. Pone una mano en mi nuca y la otra al final la espalda, estrechándome con fuerza para penetrar en mi boca con más profundidad. Sin dejar de besarme, se va dejando caer sobre un banco de piedra que hay al lado de la fuente y me coloca a horcajadas sobre él, apoyando mis partes más íntimas en su palpitante erección, frotándose con anhelo mientras acuna mis nalgas con las palmas abiertas ¡Creo que voy a estallar en llamas!

—¡Señor! ¡Señor Cromwell! Disculpe... —la voz de Hierro nos sorprende.

Como Henry no me suelta, no me puedo levantar y meto la cabeza en su cuello, ocultando el rostro, avergonzada.

—¿Qué ocurre? —gruñe entre dientes.

—Perdone, señor, pero no le molestaría en semejante situación si no fuera urgente. Creo que los están filmando —el pobre hombre creo que lo está pasando peor que yo.

—¡Joder! —se queja Henry mientras me ayuda a levantarme—. Gracias, Hierro, pero ahora márchate al coche, por favor, nos reuniremos contigo en un par de minutos.

—Lo siento, Henry... —me disculpo, aunque no sé muy bien por qué.

—Tú no has hecho nada malo, cielo —acaricia mis mejillas sonrosadas—. Vamos a mi casa. Intentaré localizar a Jessica y, si no, que vuelvan a por ella después.

—Vale —contesto con voz ronca porque aún estoy excitada por los besos que me ha dado.

Me mira examinándome con atención, pasa su pulgar por mis húmedos e hinchados labios y resopla con fuerza como hace su hermana.

—Vámonos a casa directamente. Que vuelvan a por ella después. Le dejaré un mensaje en el móvil para avisarle.

Rodeamos la casa para llegar al coche antes; es más rápido que atravesar la vivienda atestada de gente. Al llegar, me hace subir, cierra la puerta y se queda fuera con sus empleados. Termina teniendo una discusión acalorada con ellos. Al final suben al auto Henry y Hierro; Sánchez se queda en la propiedad. Arranca el motor y nos ponemos en camino.

—Sube la mampara —ordena a Hierro en tono desdeñoso. El hombre obedece sin decir nada; se levanta el cristal ahumado y quedamos aislados en la parte de atrás.

—¿Estás muy enfadado con él? —intento averiguar su estado de ánimo.

—Bastante. Me acusa a mí de ser el culpable de lo sucedido, cuando es él el que no estaba haciendo bien su trabajo. Debe vigilar todo mi entorno.

—No irás a despedirlo.

—No, no lo haré —me mira pensativo—. En realidad, tiene razón. He sido yo el que ha hecho algo inapropiado, pero no lo admitiré nunca, y menos después de haberme echado la culpa.

—Hacíamos algo muy inapropiado... —sonrío juguetona.

—Sí, has sido una niña muy mala... —pasa su brazo sobre mis hombros y comienza a darme ligeros besos por el mentón dirigiéndose a mi oreja—. Voy a tener que castigarte, señorita.

¡Y yo como una boba sonriendo de oreja a oreja! Sé que tengo que parar antes de que sea demasiado tarde. Nunca había sentido tanto deseo por un hombre en toda mi vida.

—Henry... ¿no crees que deberíamos parar?

—No. —Continúa besándome.

—¿Piensas que es buena idea?

—Sí. —Devora mi boca para que deje de hablar.

Ya estamos aparcando. Para que no nos sorprendan de nuevo, se separa de mí a regañadientes. Hierro sale del vehículo y espera con paciencia al lado de la puerta. Parece desconcertado con lo ocurrido y no sabe muy bien cómo proceder. Apenas puede vernos a través de los cristales tintados, y seguramente, después de lo que ha pasado hace un rato, tenga miedo de pillarnos otra vez en la misma tesitura.

Henry parece disfrutar de la incomodidad que sufre el chófer y lo hace esperar un rato. Al final golpea con los nudillos la ventana para que nos abra la puerta.

—Buenas noches. Ya hablaremos mañana —se despide de Hierro hablándole por encima del hombro.

—Buenas noches —responde, malhumorado.

Henry me agarra y hace que pase a la casa, empujándome para que no tenga la oportunidad de despedirme de Hierro.

—Has sido un poco borde —le informo.

—Sí —declara tajante.

—¿No te cae bien?

—¡Sí me cae bien! Es un buen hombre.

—Entonces, ¿por qué lo tratas mal? Dices que el error ha sido tuyo, y aun así te empeñas en culparlo ¿Por qué lo haces? —digo exasperada.

—¡Será porque soy un capullo! —exclama irritado recordándome que yo lo insulté en Santiago—. Verás, él trabaja para mí, y a veces pago con los empleados mis cabreos. Sobre todo, si me replica y me acusa de irresponsable.

—¿Desde cuándo trabaja para ti?

—No sé. Creo que yo tenía unos trece o catorce años cuando lo emplearon mis padres.

—¡Joder! ¿Ese hombre hace veinte años que trabaja contigo?

—Sí, eso parece.

—Pues le debes caer muy bien para aguantar tanto tiempo tus cabreos... —Meneo la cabeza asombrada.

—O pagarle muy bien...

—Por muy bien que pagues, nadie aguanta veinte años si no hay algo más.

—Si no se marchó cuando yo era un adolescente, que le hice infinidad de putadas, será que se le paga bien, no que me tenga estima.

Mientras me habla ha ido hasta el mueble bar y se sirve una copa de Brandy. Se acerca a mí y me la ofrece. Mojo los labios en el licor y se la devuelvo porque es demasiado fuerte.

—¿Fuiste muy malo? —reanudo la conversación.

—¡Uf! pregúntale a Rosa. Jessica fue una santa comparada conmigo.

—¿Y cuándo cambiaste?

—¿Quién te ha dicho que yo haya cambiado? —susurra con picardía.

Me hace sonreír, aunque no debería hacerlo. Sé que en cierto modo no me miente.

—¿Qué quieres de mí, Henry? —decido ser directa.

—Quiero tenerte en mi cama, desnuda y darte placer hasta caer rendidos.

Creo que él ha sido bastante más directo que yo...

—¿Y después...?

—Podemos continuar... —acaricia mi cara con el dorso de su mano.

—Henry... yo... me gustas mucho, mucho de verdad y, si me acuesto contigo, corro el peligro de enamorarme sin remedio de ti. Tú solo quieres pasar un buen rato. Seguro que si me insistes harás conmigo lo que quieras porque tengo tantas ganas como tú, pero te ruego que no lo hagas. No quiero sufrir...

Sin decir una palabra, se acerca a mí, me agarra la cabeza con ambas manos y se apodera de mi boca con intensidad, de un modo posesivo. En lo único que puedo pensar justo antes de deshacerme entre sus brazos es que estoy perdida. Pero para mi sorpresa, se detiene con un último beso tierno.

—Buenas noches, entonces —pronuncia con voz grave.

—Buenas noches, Henry...

Nos vamos cada uno a su habitación. Solos. Cuando cierro la puerta, doy un par de pasos y me dejo caer en la mullida alfombra y quedo sentada. Ni siquiera he encendido la luz. Abrazada por la oscuridad me echo a llorar en silencio, por dos razones. La primera, es que no creo que vuelva a tener la oportunidad de pasar la noche con él en su cama. La segunda, es que me ha demostrado que no siente absolutamente nada por mí.

Cómo he podido ser tan tonta. Jessica me avisó, ¡incluso él mismo!, y me he dejado seducir de todos modos. Por lo menos ha tenido la honradez de no arrastrarme a su cama cuando se lo he pedido.

Cuando termino de llorar, me levanto y decido darme una ducha para quitarme toda la purpurina y maquillaje que llevo en la cara; si no, pondría las sábanas perdidas. Al salir de la ducha recojo el disfraz que he dejado encima de la cama para ponerlo sobre el

butacón; en ese momento noto el olor a Henry en la tela, su perfume ha quedado impregnado. Me abrazo a la ropa, aspiro con fuerza y comienzan a caer las lágrimas de nuevo. Me meto en la cama y me voy quedando dormida mientras gimoteo.

CAPÍTULO 8

—Sara, Sara... Hola... —Jess está intentando despertarme y lo hace sin gritar, cosa rara en ella—. Es tarde, casi es la hora de comer.

—¿Qué hora es? —digo con voz ronca.

—Va a dar la una.

—¿¡Qué!? ¿Por qué no me has despertado antes? —salto de la cama.

—No quería molestarte. Bueno... vine a las once, vi los pañuelos de papel por todas partes y, como estabas abrazada al disfraz... supuse que te había pasado algo. Y salí corriendo en busca de mi hermano.

—¿Por qué hiciste tal cosa? —grito.

—Porque estaba segura de que él era el culpable de que tu estuvieras llorando.

—¿Qué te ha dicho...?

—No mucho. Me confesó que quiso seducirte, pero que tú lo rechazaste. Que ya me contarías tú los detalles si te apetecía. ¿De verdad rechazaste a mi hermano? —exclama incrédula.

—No en concreto. Le dije que no continuara, porque si me acostaba con él me enamoraría y le pedí que no me hiciera daño.

—¿Continuar con qué? —permanece incrédula.

—¡Joder, Jess! ¿Con qué va a ser? —salto irritada— ¡Que es tú hermano! ¿De verdad quieres que te cuente cómo me metió la lengua hasta la campanilla?

—¿¡Te besaste con mi hermano!?

—¡Sí! ¡Caramba!, ya sé que no soy gran cosa, pero para pasar el rato parece que le valgo —cada vez me siento más indignada.

—Henry no besa jamás a nadie —afirma con vehemencia.

—¿Crees que te miento?

—No, no pienso que mientas. Es que es muy raro...

—¿Qué necesidad tengo yo de inventarme tal cosa? Por favor, me estás haciendo sentir fatal...

—No es mi intención.

—¡Mira! ¡Ya sé cómo demostrarlo! Nos vio Hierro, o Roberto como tú lo llamas. Él te lo puede confirmar. Tuvo que avisarnos de que alguien nos estaba grabando.

—¿Dónde? ¿¡En la fiesta!?

—Fuera, en el jardín. Me llevó a ver una fuente. Empezó a tontear conmigo, a comerme el morro y acabé despatarrada sobre él en un banco, entonces fue cuando nos llamó la atención Hierro. ¡Joder! — No puedo soportar un segundo más su mirada escéptica; después de todo lo que le he contado, aún no me cree.

—A Roberto no le puedo preguntar, no me contaría nada, tiene los labios sellados, ¡te lo aseguro! Ya lo he intentado en otras ocasiones.

—Pues como no nos haya visto alguien del servicio al llegar a casa...

—¿Te besó en casa? ¿Dónde? —grita.

—Al lado de la entrada, en el salón, o biblioteca, o como le llaméis. Henry se sirvió una copa de licor y volvió a besarme.

—¡Ven, corre! vamos a verlo —sale disparada hacia la puerta—. Ponte cualquier cosa. ¡Vamos, apúrate!

Me visto con lo primero que pillo y bajamos corriendo hasta una habitación de la planta baja al lado de los garajes. Dentro hay un señor sentado frente a unos televisores. En ellas se ven distintos puntos de la casa.

—¡Hola, Mauricio! —saluda efusiva —Déjame ver unas imágenes de ayer en la biblioteca a... ¿A qué hora, Sara?

—No sé, no llevaba reloj. Puede que sobre las tres o las cuatro.

—Desde las dos hasta las cinco de la madrugada. ¡Venga! — ordena al hombre.

—Señorita, no puedo hacer eso. No tengo autoriz...

—¡No me jodas, Mauricio! —lo corta Jess—. Enséñamelas o le diré a mi hermano que te duermes en tu turno y que organizas timbas de cartas con el servicio. — El pobre hombre se gira y comienza la búsqueda de las grabaciones.

—Me ayudaría saber qué busco, señorita.

—A mi hermano con esta chica —contesta Jess entusiasmada como si se tratara de un estreno de cine.

—Aquí están. A las cuatro y cuarto de la mañana.

—Ahora conecta el audio y sal a dar una vueltecita. ¡Anda! —Lo empuja.

—Señorita, Jessica, por favor, no cuente nada de esto o el señor Cromwell me echaría a patadas —suplica el pobre hombre.

—Tranquilo. ¡Vamos, vete! —lo apremia.

Al quedarnos a solas, Jessica le da al play.

—Jess, esto no está bien. No me hace ninguna gracia que escuches nuestra conversación.

—Calla, no seas tonta, no voy a burlarme ni nada, solo necesito verlo.

Se dedica a ver las imágenes tres veces, no para de hacer aspavientos y decir «no puede ser», cada vez que observa cómo me besa.

—Me estás ofendiendo Jessica, lo digo en serio.

—Ya nos podemos ir.

—¡Menos mal! —grito aliviada.

Al salir de la estancia veo a Mauricio muy nervioso. Se retuerce las manos sin parar y la frente la tiene perlada en sudor debido a la inquietud.

—Hemos terminado, gracias —le indica al hombre, que corre a su puesto de trabajo.

—Te habrás quedado tranquila —la miro con enfado.

—Sara, lo siento, pero esto es muy raro. Debes gustarle mucho, o es que tenía tantas ganas de echar un polvo contigo que te besó para intentar conseguirlo.

—¡Pero se puede saber qué dices! El besará a montones de chicas, solo que es reservado y lo hace en la intimidad. Ayer debió pensar que estaba en un sitio seguro y cometió un desliz.

—¡No, Sara, no! A ver si me entiendes de una vez. Mi hermano no es reservado. No besa nunca, ni en la cama ni en público, ¡ni en ningún sitio!

—Sí claro... tú te acuestas con él y por eso lo sabes... —Esto cada vez me saca más de quicio.

—Yo no, pero sí la mitad de las chicas que conozco. Se acuesta con ellas y no besa jamás. Todas lo intentan y ninguna lo consigue. Le han tratado muchas veces de gay por eso. Algunas cuentan que les da asco porque en realidad le gustan los hombres. Otras, sin embargo, lo ponen como el ser más varonil del planeta por ir de duro y frío. En fin, tendrías que escucharlas. Estoy hasta la coronilla de oír lo bien que folla y lo grande que la tiene, pero ni una, ¡ni una sola!, dice que lo ha besado. No le creería nadie...

—Jessica...

—Dime.

—¿Henry se muestra cariñoso en público?

—¿A qué te refieres?

—Si abraza a las chicas, les da de la mano... ese tipo de cosas.

—¡No, no, no! igual que los besos.

—¡Ay, Dios...; ay, Dios...! Por eso todo el mundo nos hacía la misma estúpida pregunta. Di por hecho que la gente rica es imbécil. —Me echo las manos a la cabeza.

—¿A qué te refieres, Sara?

—Dentro de la casa estuvo toda la noche abrazado a mí delante de todos los asistentes y luego paseamos por el jardín cogidos de la mano. Para mí ha sido la noche más romántica de toda mi vida, sin embargo, parece que se está convirtiendo en una auténtica pesadilla, ¡Y no termino de entender por qué!

—¿Por qué lo habrá hecho? Él no se comporta así. —Se da toquecitos pensativa con el dedo índice en el labio—. Podría ponerte en peligro con la tontería. ¿Tienes idea de la cantidad de gente que os ha podido colgar ya en las redes sociales? Cualquier depravado ahora puede relacionarte con él, ¡Y tú estás desprotegida! ¿En qué narices pensaba?

—No será para tanto... —Me da la sensación de que está exagerando mucho.

—Vamos a enchufar el ordenador y después me cuentas, bonita...

No tardamos ni un minuto en encontrar imágenes nuestras por todos lados, Facebook, Twitter, YouTube... Los comentarios van de muy románticos a muy ofensivos, pero lo que más se especula es que soy su novia. Nadie sabe quién soy ni de donde he salido.

—¿No será mejor que le informes? —le sugiero —. Ve y díselo antes de que se lo cuente otro.

—No está en casa, se marchó después de hablar conmigo. Sé por el servicio que tuvo una pelotera con Roberto y terminó por marcharse con Sánchez. Por mí se lo puede quedar, prefiero a Roberto.

—Ya sé. Está cabreado con él desde anoche. Se echan la culpa el uno al otro. Aunque Henry admitió que es él el responsable.

—¡Niña! —nos interrumpe Rosa—. Unas amigas tuyas han venido a verte.

—¿Quiénes son, Rosa? —Jess frunce el ceño extrañada.

—La rubia repelente y su séquito —comenta con naturalidad.

—¿Están en la biblioteca?

—Sí. No tardes en bajar o empezarán a tocarlo todo.

—Vale, gracias. —La mujer vuelve a marcharse malhumorada. Al parecer no le gusta esta visita.

—¡Sara, tienes que esconderte! —susurra alterada—. Si esa arpía está aquí es porque te está buscando. A mí solo viene a verme para obtener algo o para poder ver a mi hermano.

—Bueno. ¿Dónde me meto? —¡Qué situación más surrealista!

—En tu habitación. Cuando me deshaga de ella vendré a buscarte.

—¡Hola, Jessica! —Nos sorprende una voz nasal—. ¡Uy! Sí que existe la dichosa Campanilla. Pero no es gran cosa ahora que no lleva el disfraz puesto —pronuncia con cara de asco.

—Hola, Belén... ella es mi amiga Sara —no le queda más opción que presentarme.

Belén me mira como si fuera una apestada. Ella va vestida con lo que seguro es ropa de marca, impecable y almidonada. Su melena de color rubio platino está como recién salida de la peluquería y, además, lleva maquillaje y perfume en exceso. Yo voy descalza, con un chándal cutre y mi maraña de pelos coronando mi cabeza.

—Sí, ya... Encantada —dice arrugando la nariz—. Las chicas están abajo, podríamos tomar el aperitivo y charlar un rato, ¿no crees? —se dirige a Jess.

—Sí, ¡claro! Espera abajo con las chicas —le indica Jess. Pero ella no hace ni el amago de salir de la habitación sin nosotras.

—Voy a ponerme las zapatillas y bajamos —les informo.

Me calzo y me hago una coleta lo más rápido que puedo. Tengo el presentimiento de que algo malo va pasar. Esta chica me da muy mala espina, ¡y encima no viene sola!

Al llegar a la biblioteca hay cuatro chicas, todas cortadas por el mismo patrón que Belén: bien vestidas, bien peinadas y demasiado maquilladas. Todas tienen un tono anaranjado en sus rostros.

—¡Chicas! —anuncia Belén con su estúpida voz—. ¿Os podéis creer que es «ESTA» la que acompañaba a Henry ayer? —Ríe con descaro.

—¡Belén, por favor! ¿qué haces? —la increpa Jessica.

—Nada, querida... —responde la muy pérfida.

Todas ellas están observándome y sonriendo con malicia. A Rosa, que ha entrado a servir unos aperitivos, casi se le cae la bandeja al escuchar a Belén.

—¿Qué os parece más ridículo, su chándal barato o su pelo de estropajo? —continúa la muy bruja.

Sus colegas ríen como auténticas hienas. Rosa sale corriendo de la biblioteca en cuanto deja el contenido de la bandeja en la mesa.

—Como podéis comprobar vosotras mismas, es imposible que fueran ciertos los rumores. Henry nunca se rebajaría tanto. Seguro que ha sido ella misma la que los ha difundido. —Todas asienten con vehemencia.

—Déjala en paz, Belén. Es una buena chica y no te ha hecho nada. ¡Termina con esto ya! —Jessica me defiende, aunque con poco valor. Juraría que tiembla de miedo.

—Jessica, que poco quieres a tu hermano... Esta embustera ha hecho correr el rumor de que es su novia con cuatro fotos mal hechas de ellos bailando y un video en el que se besan que nadie ha visto, ¡por supuesto! Yo he sido pareja suya y ¡jamás! besa a nadie. Tú lo sabes bien.

A mi pobre amiga la situación la está superando. Sabe que no puede hablar de más porque la liaría y la estoy viendo flaquear.

—No te preocupes, Jess, yo lo explico todo. —Le guiño el ojo. Ella con la mirada me suplica que no lo haga—. Tienes razón, Belén. Henry nunca me ha besado. Solo por cortesía bailó conmigo y cuidó

de mí como el hombre honrado que es. A alguien como él no se le puede relacionar con alguien como yo.

—¡Por supuesto! —grita Belén.

—Y lo de las fotos... debió ser algún desalmado sin escrúpulos, que no tenía otra cosa mejor que hacer. El resto, conjeturas infundadas.

—Sí, tienes razón. Por lo menos sabes cuál es tu sitio —concluye satisfecha.

A partir de ese momento se centró en beber, comer y explicar cómo fue de idílica su relación con Henry. Lo maravilloso que es en la cama y las muchas posibilidades que tienen de acabar juntos en el futuro. Y de vez en cuando, cómo no, recuerda mi inferioridad social.

Hace media hora que llegaron y no las aguanto más. Cuando ya decido marcharme, se abre la puerta y aparece Henry seguido de Miguel. Van con el traje puesto, deben venir de la oficina. Henry tiene la mandíbula apretada y su mirada es más fría que nunca. No sé cómo va a terminar esto, pero me alegro de volver a verlo, aunque sea con la cara de tirano.

—¡Henry, querido! —grita la arpía al verlo.

Él pasa a su lado echándole una ojeada de desprecio. Sin decir nada avanza hasta mí, me hace levantar de la silla y me da un morreo de no te menees delante de todas.

—Tenemos que hablar —susurra al finalizar el beso. Yo asiento, porque como siempre, me ha dejado muda.

—¡Hola chicas! —saluda Henry—. Veo que ya conocéis a mi novia —enfatiza el «novia».

Todo el mundo está petrificado y con la boca abierta, incluidos Miguel y Jess. Me resultan muy cómicos.

—Espero que entendáis que es tarde y tenemos una comida familiar, así que... ¡Muy buenos días a todas! —las despide con desaire.

Ninguna se atreve a pronunciar palabra. Salen de la habitación, Belén la última, pero no sin antes dedicarme una mirada envenenada.

—¡Yo de mayor quiero ser como tú! —contemplo a Henry embelesada —¡Vaya par de cojones tienes! Nos tenía aquí

achantadas, y llegas tú y... ¡Toma!

—Cuando sea mayor... —repite—. ¡De eso quiero yo hablar contigo! ¿Cómo no me habías contado que solo tienes veintitrés años? —me regaña.

—Pues porque creía que te lo había contado Jess. ¡Jolín! te cuenta todas mis cosas; lo del agua calentita, los caballos... ¿Qué edad pensabas que tenía?

—No sé, como mi hermana. Veintisiete años arriba o abajo. Me contó que eras repetidora como ella, que este año sería el definitivo, ¡que lo lograríais juntas! Eres muy niña y eso va a complicar más las cosas...

—¿¡Quéééé!? —protesto indignada—. ¿Entonces para qué me besas delante de esas arpías y les dices que soy tu novia? Tú eres el que la está liando parda, ¡bonito! —Le doy toquecitos con el dedo en el pecho mientras lo acuso.

El gesto le hace mucha gracia, pero está intentando contener la risa.

—Tienes razón... la culpa es mía —dice con dulzura —Verás, tengo algo que contarte. Es sobre lo que pasó ayer por la noche en la fuente. Sí que nos grabaron, he visto el video —me mira vacilante antes de continuar—. Me están amenazando con publicarlo si no pago una gran suma de dinero.

—¿¡Te hacen chantaje!? —me alarmo.

—Sí. Ya lo he denunciado. He hablado con la policía, con mi abogado y un detective. Han indagado un poco en tu vida, por eso sé tu edad ahora. No había mucho que investigar... tu abuela se porta peor que tú. No pagó un mes el recibo de la luz y tuvo un altercado con un vecino por un tema de marcos que lindan las fincas. Vamos, una auténtica delincuente —termina con sarcasmo.

—Pobre abuela... Ya me acuerdo de eso. Fue cuando murió mi madre. Nos quedamos sin dinero y nos cortaron la luz. Lo del vecino fue que se metió en las tierras de mi abuela, y pretendía quitarle un trozo. ¡El muy chorizo!

—Bien, para no liarte más, seguro que se va a filtrar igual y se hará público. Con respecto al arrebato de ahora, ha sido porque sé lo que ha pasado aquí con la dichosa Belén. ¡No aguanto a esa

idiota! Rosa me avisó y he podido ver en el sistema de vigilancia lo que ha ocurrido. Así que... si no te importa... serás mi novia por dos razones: por si se filtra el video y para darle en los morros a Belén.

—Qué listo eres... ¿De verdad crees que haciéndome pasar por tu novia la aceptación será mayor?

—Sí. Bueno, te tengo que enseñar el video. Es bastante fuerte —declara sonriente.

—¿¡En serio!? —aparece Jessica—. ¡Déjanoslo ver!

Agarro un cojín del sofá y le atizo a Jessica con él.

—¡Pero serás pervertida! —grito.

—Será mejor que vayamos a comer —nos recuerda Miguel.

—¡Sí, me muero de hambre! —contesta Jess.

Henry deja que avancen un poco para poder hablar a solas.

—¿Cómo estás? —pregunta lleno de culpabilidad.

—Bien —respondo sonrojada.

—En menudo lío te he metido. Voy a tenerte controlada una temporada. Te daré un móvil para que puedas llamarme en cualquier momento del día o de la noche. Lo harás si notas cualquier cosa fuera de lo normal o por la razón que tú creas conveniente. Más o menos conozco tus horarios, pero si haces algún cambio debes comunicármelo. Tu antiguo teléfono está bloqueado de momento. El nuevo número no debes dárselo a nadie, ni siquiera a tu abuela, serás tú la que la llames como una buena nieta. ¿Tienes alguna duda?

—¿Dudas? —pregunto desconcertada—. ¿De verdad crees que hace falta todo este tinglado?

—Sí.

—Me estás asustando.

—Prefiero asustarte a que te pase algo —puntualiza con severidad.

—Y el rollo ese de que soy tu novia, ¿qué pasa, me hago pasar por tu novia o lo niego? —le digo ruborizándome de nuevo.

—A cualquiera que te pregunte le dices que sí, que somos pareja —contesta sonriente—. Y cuando acabes el curso en junio, veremos qué hacemos.

—¿Hasta junio...?

—Y luego hablamos...

No entiendo muy bien qué pasa, pero asiento sin decir nada.

—Vamos a comer, te daré las cosas antes de que te vayas. Y si tienes cualquier duda, ya sabes. —Me agarra de la mano y me guía hacia la cocina.

A mi ese simple gesto hace que me suban los colores, aunque tengo que reconocer que me encanta que lo haga.

CAPÍTULO 9

Ha sido la única comida en la que nos han servido pasta y estaba deliciosa. Nos hemos distraído charlando mientras saboreábamos los tallarines. Miguel es muy divertido, ha contado chistes y parodiado a Henry cuando me besó al llegar. También, hizo bromas sobre el dichoso video, que al parecer lo ha visto con Henry esta mañana. Nos ha venido de perlas reírnos para relajarnos un poco.

Tras bajar nuestras maletas, nos acercan al aeropuerto. Mañana temprano tengo clase y no sé cómo me voy a concentrar con todo el barullo mental que tengo. Miguel se ha despedido de mí y Jessica, con un par de besos en las mejillas. Henry me ha estrechado en sus brazos y besado con fuerza en los labios. Tras su efusiva despedida, me asegura que se pondrá en contacto a través del nuevo teléfono que me ha dado.

Al día siguiente todo ha vuelto a la normalidad, con excepción de los escuetos mensajes que me manda Henry al móvil. Todo lo que me dice es de carácter informativo, y nada más. Soy tan tonta que pensaba que me trataría como su auténtica novia.

El resto de la semana ha sido igual: clases, estudiar, correr e ir a trabajar. Lo único liberador es pasar los pequeños ratos libres con Jess, incluso cuando estamos estudiando juntas. Henry sigue sin llamarme, solo los dichosos mensajes.

Cuando por fin llega el fin de semana salimos a tomar unas copas, pero como nos acompaña Sánchez, no tardamos en volver. ¡Qué agobio, por Dios!

La siguiente semana continuó igual, hasta el jueves. El teléfono empezó a sonar justo cuando iba hacia el trabajo.

—¿Sí? —contesto.

—¡Hola, cielo! —¡es la voz de Henry!

—Hola. ¿Qué pasa? —contesto malhumorada—. Entro a trabajar en unos minutos.

—Lo sé, por eso te llamo. No vayas —me ordena.

—¿Que no vaya a dónde, a trabajar? —Me siento muy confundida.

—Sí, no puedes ir. Hay alguien en la cafetería esperando a que llegues. Llama y avisa de que no irás.

—No puedo hacer eso, Henry, ¡me despedirán!

—No importa.

—¿¡¡Cómo que no importa!!? —grito furiosa—. ¡Necesito el trabajo!

—Ya no. Te he ingresado dinero en tu cuenta bancaria. —Tengo que pararme en seco en la acera porque me acabo de atragantar con mi propia saliva al escuchar lo que ha hecho. ¡Voy a matarlo! —. De momento hay cinco mil, si necesitas más pídemelo. El mes que viene te ingresaré de nuevo.

—¡Un momento! ¡para, para! —le digo incrédula—. ¿¡Pero tú sabes cuánto gano yo en la cafetería!?

—Mmm... sí, una suma muy ridícula.

—¡Eso es, muy ridícula! no llega ni a cuatrocientos euros. ¿Se puede saber por qué demonios me das todo ese dinero?

—Por las molestias que te ocasiono. Para mí no supone nada.

—No voy a aceptarlo. ¡Retíralo! —le mando.

—No, no lo haré. No puedes ir a trabajar por mi culpa y tengo que compensarte.

—¡Está bien! No voy a seguir discutiendo. Cogeré solo lo que me pagan por trabajar, el resto, te lo devolveré.

—Está bien, haz lo que quieras —termina por rendirse—. Tengo algo más que decirte...

—¿Qué pasa ahora? —pronuncio con cansancio.

—En unos días vamos de boda. Se casa Miguel el fin de semana que viene.

—¿Cómo qué vamos? dirás que vas. A mí nadie me ha invitado.

—Sara, eres mi novia, ¿recuerdas? Tú eres mi acompañante.

—¿Lo dices en serio? —digo agotada.

—Jessica te ayudará a encontrar un vestido apropiado y los complementos que considere oportunos.

—¡Sí claro, y las joyas a juego que no falten! —replico sarcástica.

—Si quieres... Cielo, tengo que dejarte. Ya nos veremos la semana que viene.

¡Y el muy arrogante coge y me cuelga! Si lo tuviera delante lo estrangularía con mis propias manos. Cojo el móvil de nuevo y llamo a Jessica.

—¿Diga?

—¿Dónde estás? —le pregunto de malas maneras.

—Estoy en mi apartamento. ¿Qué pasa?

—Voy para ahí y hablamos —corto la comunicación.

Cuando llego, ella ya me está esperando en la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta antes de que termine de entrar.

—¡Que le voy a cortar las pelotas a tu hermano! —digo despechada—. ¿Tú sabías lo de la boda y lo de mi trabajo?

—Pasa y tranquilízate, que no sé a qué viene todo este alboroto.

Tras tomar un par de tazas de té, he conseguido explicarle lo sucedido a Jess. Ella está contentísima, ya que ahora no tendré que ir a trabajar y tendremos más tiempo para estar juntas. Y también considera una idea estupenda que vaya a la boda, de ese modo podremos ir de compras a las tiendas que tanto le gustan.

Me encuentro psicológicamente agotada. Jess no puede entender mi postura, así que opto por dejarlo correr y la dejo con su parloteo de las mejores tiendas de Madrid.

Los días van pasando y no se me pasa el enfado. Me costó mucho despedirme de la cafetería; la señora Hortensia quedó muy disgustada. Que mal trago pasé. Y por muy mal que lo esté pasando, Henry no vuelve a llamar y no quiero contestarle los mensajes. Creo que de los nervios estoy perdiendo peso. Como ahora no trabajo hago más ejercicio y no como demasiado bien.

Quedan dos días para la boda y aún no me he comprado nada. Jessica está que trina porque cree que su hermano se va a enfurecer por no persuadirme para ir de compras. Llega el día de ir a Madrid y sigo igual.

—Sara, te paso a recoger dentro de diez minutos —me informa Jess por teléfono—. No te retrases o llegaremos tarde.

—Sí, sí, no te preocupes. Ya bajo.

Todo pasa igual que la otra vez. El vuelo fue rápido y, al aterrizar, nos esperaba Hierro con el coche negro.

—Buenas tardes, señoritas. El señor Cromwell las espera en casa —nos informa el chófer.

Por muy enfadada que esté, me ha dejado chafada que no viniera Henry a recogernos. Eso me cabrea más y paso el camino pensando en todas las barbaridades que le voy a soltar en cuanto lo vea.

Al llegar a la casa, Henry sale corriendo hacia el coche, abre la puerta del lado de Jessica, le da un beso en la frente, entra pasando por delante de ella y se sienta entre las dos.

—Vamos al centro, Hierro. ¡Hola, nena! —me mira y me besa con pasión— ¿Aún estás enfadada conmigo? —susurra.

—Sí, un poco —miento como una bellaca, porque se me ha pasado todo en cuanto me ha besado—. ¿A dónde vamos?

—A comprarte un vestido. Te ayudaremos los dos, ya que mi hermana sola no ha podido contigo.

—¡Sí, claro! Si yo pudiera besarla como haces tú, seguro que también me haría caso —protesta Jess—. Lo único que quería era estrangularte; al llegar, le das un morreo... ¡y ya está todo arreglado!

—¿Eso querías? —Henry me mira con diversión.

—¡Y cortarte las pelotas! —apuntilla Jess.

—Debería, porque te lo mereces... —le digo intentando sonar amenazante.

—Vale, pero después de las compras.

En la tienda, ya nos estaban esperando. Una vez dentro, cierran para que nadie nos moleste y atendernos exclusivamente a nosotros. ¡Eso solo lo había visto en las películas! En cuanto empiezan a enseñarnos vestidos, me doy cuenta de que los gustos de Henry se acercan más a los míos que a los de Jessica. Mientras me voy probando trajes, van llegando dependientas de otras tiendas con ropa interior, bolsos y zapatos. Los sujetadores y tangas son de seda con encaje, nunca he tenido la oportunidad de ponerme nada igual. Los zapatos son con mucho tacón y un poco de plataforma. Aunque sean muy altos, son suaves y cómodos. El vestido por el cual me decido es azul oscuro, de corte clásico —según me explican ellos,

porque para mí solo era el traje más bonito—. Tengo que reconocer que me gusta todo lo que me ha comprado Henry. Ha sido rapidísimo. Hemos terminado en menos de una hora y, para mi sorpresa, lo he disfrutado.

Al volver a la casa nos está esperando Raúl, el amigo de Jessica. Él también asistirá mañana a la boda y se va a quedar a pasar la noche con nosotros.

Nos sirven una agradable cena vegetariana. Entre bocado y bocado, hablamos sobre las últimas bodas a las que hemos asistido. Todo el mundo tiene anécdotas que contar sobre ellas, menos Henry. No sé por qué está tenso y no se une a la conversación. Antes de que tomemos el postre, se despide para hacer unas llamadas.

Raúl ha traído unas películas de terror de los 80. Afirma que no las hemos visto: «Los chicos del maíz» y «Viernes Trece», la primera. Tiene razón, no las he visto. Optamos por «Los chicos del maíz». Cuando ya llevamos veinte minutos de película, Jess y Raúl ya han montado su propia fiesta privada de cuchicheos y risitas. Empiezo a sentirme muy incómoda. Ella me ha contado que solo son amigos, pero a mí me da que aquí hay derecho a roce. A mitad de la peli llega Henry y se acurruca a mi lado en el sofá. Me pasa su brazo por los hombros y me besa con cariño en la frente.

—¿Vienes con el palo o sin él? —le pregunto gruñona.

—¿Qué palo? —exclama descolocado.

—El que llevabas en la cena metido en el culo. —Nada más soltarlo me arrepiento de cómo lo he dicho. Ahora me mira ceñudo.

—Eres muy mal hablada, niña. Tengo muchos problemas que resolver. Además, la boda de Miguel me trastoca muchos planes. Él se encarga de varias secciones de la empresa que tengo que delegar en otros durante medio mes. Tendré que supervisarlos de todos modos porque no me fio de las decisiones que puedan tomar. Nadie lo hará tan bien como él.

—Lo siento... No me gusta nada cuando estás tan tenso. Tengo que reconocer que me asustas un poco con esa mirada fría, tu traje oscuro y la corbata tan apretada. Parece que te estrangula. —Le pongo las manos en el cuello simulando que lo ahogo.

¡Por fin lo hago sonreír! Se quita la chaqueta, la corbata y se desabrocha un par de botones de la camisa.

—¿Mejor? —sonríe de medio lado.

—¡Mucho mejor!

Me vuelve a apretujar contra su pecho y lo rodeo con mis brazos. Como se ha quitado la chaqueta, percibo mejor su olor. Levanto la cabeza y acaricio su cuello con la nariz, que ahora está expuesto al llevar la camisa desabrochada. Su perfume se mete por mis fosas nasales y aspiro con profundidad. ¡Su aroma me vuelve loca! ¡Oh, oh...! creo que no soy la única que se excita. No me daba cuenta de lo descarada que estaba siendo. La mirada de Henry me lo dice todo... Me coge de la barbilla para obligarme a alzar la cara y se apodera de mis labios. Acaba por apartarse como si le faltara el aire. Apoya su barbilla sobre mi cabeza mientras me acuna en sus brazos.

Jessica y Raúl han dejado sus intrigas para observarnos con la boca abierta.

—¿Qué pasa, somos más interesantes nosotros que la película? —suelta Henry malhumorado.

—¡Oh, lo siento! Es que me resulta muy chocante —se disculpa Raúl.

—Yo igual. Aún me sorprende.

Henry está molesto, pero no les dice nada más. La pareja vuelve a mirar hacia la pantalla para no tentar a la suerte y terminar por cabrearlo de verdad.

—¿Nos vamos a tomar algo? Podríamos tomar una copa en la biblioteca —me tienta Henry.

—¿Y si salimos fuera? Podríamos ir a un bar cercano y bailar un rato, porfa...

—No, no me vas a liar. Mañana vamos de boda, ¿te acuerdas? ¿Quieres que me presente resacoso? Quien se casa es Miguel, no le voy a hacer ese feo.

—Me apetece escuchar música. En esta casa seguro que tienes un buen equipo en algún rincón. Mientras ponemos unas canciones, nos tomamos esa copa.

—Sí que hay un buen equipo, pero está en mi habitación y no creo que sea una buena idea llevarte allí.

—¿De qué tienes miedo? —pregunto haciéndome la inocente.

—Mira que eres peligrosa... Si te llevo a mi habitación, te aseguro que no será para escuchar música. Así que vamos a tomar esa copa aquí al lado. Y si me sigues provocando, para quitarte la calentura, te sacaré al jardín, que hace un frío de la virgen.

—¿Estás sugiriendo que estoy caliente? —me hago la indignada.

—No sugiero nada, ¡lo afirmo!

Me coge como si fuera un saco, me coloca sobre un hombro y sale de la sala conmigo dando gritos y patadas. Al llegar a la biblioteca me deja en el sofá con cuidado.

—¿Quieres una porquería de Coca-Cola?

—¡Si en esta casa no hay! —contesto con los brazos cruzados, molesta por cómo me ha llevado.

—¿Me tomas por tonto? ¿Crees qué no sé que Rosa guarda en la cocina toda esa basura para mi hermana? Hago como que no me doy cuenta y así ella consume menos.

—Pobre Rosa... Ella lo cambia de sitio cada semana para que tú no te enteres.

—¡Si, ya!, pobre Rosa... ¡Si es ella la que está compinchada conmigo!

—¿De verdad crees saberlo todo?

—Sobre esta casa sí.

—¿Y si te digo que sé algo de alguien que trabaja para ti que tú desconoces...? —suelto misteriosa.

—A ver. Hazme reír —dice con chulería.

—Es de Mauricio...

—¿Qué sabes?

—No te lo voy a decir. Lo despedirías.

—Si no me lo dices, lo despido ahora mismo —lo dice con tal frialdad que no tengo dudas de que lo vaya a hacer.

—¡No ha hecho nada! Me lo he inventado. Solo quería hacerte pensar que no lo tenías todo bajo control. Pero como puedes ver, te doy la razón. Tienes el control absoluto de la casa.

Termino fingiendo una sonrisa para ver si así se traga el embuste. Él me está mirando con cariño, sonríe y me acaricia la cara.

—Eres una buena chica... no lo has delatado. Sé lo que hace Mauricio en su turno, pero tranquila, no le doy importancia.

Suelto con fuerza el aire que estaba conteniendo. Ahora, más aliviada, lo observo con admiración. Se hace el tipo duro ¡y lo es si tiene que serlo!, pero me doy cuenta de que es condescendiente y comprensivo sin que los demás lo aprecien.

—Nena, deja de mirarme así, te lo ruego... Me muero de ganas de hacerte el amor y tú no me ayudas nada a frenarme.

No le digo nada y continúo perdida en su mirada, deseando con todas mis fuerzas que no se detenga. Cuando ve cómo reacciono a lo que me acaba de decir, me empuja con delicadeza hacia el sofá hasta quedar tumbados en él. Pone una mano en mi cadera, la baja despacio, acariciando mi pierna, hasta agarrarme la rodilla y la levanta haciéndome rodearle la cintura. Al sentir su enorme erección en contacto con mi cuerpo, Henry cierra los ojos y suspira.

—¡Me estás volviendo loco, Sara! —susurra —Tengo que parar esto ya. No dejo de pensar en ti en todo el día. En todas y cada una de las veces que podría haberte tenido y no lo he hecho. Yo cuando quiero algo lo cojo, y contigo no puedo, ¡no debo! ¡Oh... Dios...! ¿Qué estoy haciendo? —Se levanta despacio y se echa las manos a la cabeza—. No tendría que haberte dicho nada. Perdóname... Me voy a dormir, será lo mejor. Buenas noches. —Se da media vuelta y sale de la biblioteca.

Estoy sola, tumbada en el sofá y suspirando de nuevo por él. ¡Ya está bien! Quiero hacer el amor con Henry, ya no me importa qué ocurra después. El deseo y el enfado pueden más que el miedo a salir dañada.

CAPÍTULO 10

Por la mañana, todo es un trajín de idas y venidas de peluqueros y maquilladoras. Nunca me había ocupado tanto de mi apariencia física y hoy me siento espléndida. A las once ya estamos listas Jess y yo. Me siento muy segura de mí misma con este aspecto, y me sorprende mucho, porque creí que sería al revés.

—Sara, te falta algo —Jess me echa un vistazo poniendo los brazos en jarras.

—No, me lo he puesto todo. Te lo aseguro.

—No llevas joyas.

—Ya sabes que no tengo ¿qué más da?

—No sabes lo que dices. Tienes que llevarlas. Tengo que hablar con Henry para ver cómo lo solucionamos. —Coge su teléfono y lo llama—. ¿Puedes subir a mi habitación? Tenemos un problemilla. Gracias. —Corta la llamada—. Ya sube. —En menos de un minuto, ya están llamando a la puerta.

—¡Pasa! —grita Jessica.

—A ver... ¿Cuál es el problema? —pronuncia Henry, hastiado al entrar.

—Que le faltan las joyas a Sara, no pensaste en eso.

—Sí que he pensado, listilla. Vamos a la habitación de mamá.

—¿Le vas a dejar joyas de mamá? —La voz de mi amiga ha sonado especialmente dulce.

—Sí...

Pasando el cuarto de Henry, dos puertas más adelante, entramos en lo que era la habitación de su madre. Al mirar sus caras me doy cuenta que les está costando un poco estar aquí dentro.

Henry saca del bolsillo una llave y abre con ella un mueblecito de madera oscura, con incrustaciones de nácar que forman flores. Una vez abierto, empieza a tirar de los cajones. Esta maravilla es un joyero y tiene pinta de ser muy antiguo y valioso. Está lleno de

collares, pendientes, pulseras... y me temo que no hay ninguna falsa.

—Jessica, ¿Quieres ponerte algo de mamá? He pensado que quizás te gustaría.

—No estoy segura. ¿Qué quieres ponerle a Sara?

—El collar de zafiros y diamantes. Le pega con lo que lleva, ¿no crees?

—Si, estará preciosa.

Nunca los había visto tratarse con tanto cariño. Se sonríen, se hablan con dulzura y casi en susurros. Creo que el lugar y los objetos de su madre aún les afectan mucho. Los veo tan emotivos que me pondré lo que ellos quieran sin protestar.

Henry saca un collar exquisito y me rodea el cuello con él. Es de piedras azules y brillantes. Tiene el tamaño perfecto para el escote que llevo y no considero que sea exagerado. Los pendientes son a juego y no superan el lóbulo de la oreja. Con el semirrecogido que me han hecho los peluqueros, no podría quedar mejor.

—Estás preciosa, princesa —me susurra al oído—. Pero te falta otra cosa o pasarás frío. —Se mete en el vestidor y saca un abrigo de visón corto y me ayuda a ponérmelo—. Ahora ya estás lista...

Estoy viéndome en el espejo y no puedo creer que sea yo. Como Henry acaba de decirme, me siento como una princesa.

—Gracias a los dos por prestarme estas cosas. Me siento muy dichosa al llevarlas y os prometo que cuidaré de ellas —explico emocionada.

—¡Vámonos, chicas! —Henry corta con rapidez el ambiente emotivo antes de que alguien eche unas lagrimitas—. No quiero llegar tarde.

Montamos todos en el coche. Raúl va delante con Hierro y nosotros tres detrás. Henry no para de mirarme y sonreír. Me está poniendo muy nerviosa.

—¿Qué pasa? —termino saltando—. No me pongas de los nervios. Hasta ahora estaba muy tranquila.

—No pasa nada malo. Es que estás encantadora. Solo me estoy recreando la vista.

—¡Pues deja de hacerlo!

—Vale —pero baja la cabeza y me huele el cuello—. ¿No llevas perfume?

—No, yo solo tengo mi colonia fresca y no me parecía buena idea ponerme el de tu hermana.

—Tienes razón, no me gustaría nada. Aunque me gusta mucho el olor de tu colonia.

—¡Jo!, si lo hubiera sabido, me la hubiera puesto. —Frunzo el ceño.

Él se está partiendo de la risa con mi gesto y yo me giro a mirar por la ventana haciéndome la indignada.

La boda no es religiosa. Se va a realizar en un hotel espectacular. Todo el lugar está reservado para el acontecimiento. Según me ha contado Jessica, lo ha pagado todo Henry como regalo a los novios. Habrá una pequeña ceremonia, banquete, orquesta, cena, más orquesta... y estamos todos invitados a pasar la noche.

CAPÍTULO 11

La boda ha sido tan rápida que casi no me he enterado. Cuando ya están casados, Henry me presenta a la novia. La verdad es que me ha chocado mucho cuando la he visto. Esperaba una mujer alta y despampanante. Es guapa, pelirroja y parece encantadora, pero no le pega nada. Es como si no tuvieran nada en común. Tengo la sensación que no hay chispa entre ellos. Jessica no para de mirarla y me da mucha pena.

—¿Estás bien, Jess? —le digo con cariño.

—Sí, claro. No te preocupes. Voy al lavabo, vengo enseguida. —Se aleja con los ojos vidriosos.

Todo el mundo está a lo suyo. Henry está inmerso en una conversación con varios hombres y mujeres. Creo que hablan de inversiones en bolsa, pero soy incapaz de centrarme en lo que dicen porque estoy preocupada por Jess, que aún no ha vuelto y, aunque me centrara, seguro que no entendería ni la mitad.

—Henry —le susurro al oído—. Voy a buscar a Jessica, vuelvo enseguida.

—Vale, cielo. Estaré aquí —dice despreocupado y reanuda la charla.

Jessica no está en los lavabos. No la encuentro en ningún sitio. Echo un vistazo a los jardines, pero sigo sin verla y vuelvo a los aseos. Cuando estoy a punto de entrar, oigo un gimoteo y la voz de Miguel que susurra. Proviene de una puerta al fondo que está entreabierta. Me acerco y veo a Miguel que besa con pasión a Jessica. Entro donde se encuentran ellos y cierro la puerta lo más rápido posible, para que no le dé tiempo a nadie de ver nada.

—¡¡Estáis locos!! —les grito histérica. —Podría haber sido cualquiera el que os viera, ¡incluso tu mujer! —Señalo a Miguel con dedo acusador.

Miguel está desesperado. No para de moverse de un lado a otro y no deja de apretarse la boca con una mano.

—Miguel... calma, ¿vale? Ve a lavarte las manos y la cara para que no te queden restos de pintalabios o perfume de Jess y vuelve a la fiesta antes de que alguien te eche de menos. Yo me quedo con ella.

Sin decir nada, mira a Jess con arrepentimiento y sale corriendo haciéndome caso.

—Jessica...

Me abrazo a ella porque está hecha un mar de lágrimas. Están enamorados de verdad y él se acaba de casar con otra...

—Escúchame, ¿quieres que llame a Raúl para que te saque de aquí? Si me voy contigo, Henry podría sospechar que ha pasado algo y no tengo muy claro, al ser su acompañante, si me dejaría marchar.

—Sí, creo que será lo mejor. Raúl está siendo muy bueno conmigo. Ya teníamos pensado ir a una fiesta después, pero me he venido abajo antes de tiempo...

No tardamos apenas nada en encontrar a Raúl. Me quedo mirando cómo se la lleva abrazada hasta que desaparecen por la puerta de entrada.

Estoy con el corazón en un puño por lo que acabo de presenciar. Tengo que disimular, o Henry se dará cuenta de que algo no va bien. Cuando me acerco a él, ya me estaba buscando con la mirada y parece algo mosca.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Jessica? —cuando llego a su lado empieza a interrogarme.

—Nada. Jess no se encontraba bien, no soportaba estar más tiempo aquí y se ha marchado con Raúl —le cuento lo imprescindible sin mentir.

—¿Por qué? —continúa en el mismo plan.

—¡Parece mentira, Henry! Es tu hermana y acaba de asistir a la boda del hombre al que ama. ¿Cómo quieres que esté? —No sé cómo lo hace, pero tengo la sensación, por su ceño, de que sospecha que hay algo más.

—¿Se ha ido con Raúl? —y sigue...

—Síííí...

—¿A dónde?

—A una fiesta, creo...

—¿Tienes algo más que contarme?

No puede ser, ¡este tío es impresionante! ¿Cómo puede saber que pasa algo? El corazón está martilleándome en el pecho por los nervios y no quiero mentirle, así que opto por no decir nada. Una solución sencilla, pero que seguro me traerá consecuencias.

—Sara, la mentira es algo que no soporto y no perdono.

Su cabreo es monumental. Cuando se pone en ese plan me da miedo de verdad. Hace que me tiemblen las rodillas.

—No te he mentido, lo prometo, pero no te lo he contado todo...

—Bien, cuéntamelo.

—No puedo, al menos no ahora. Por favor, confía en mí —le suplico.

—¿No te das cuenta de que cuanto más tardes, peor será?

—Henry, me tiemblan las piernas de verte así, pero no te voy a contar nada.

—¡Me cago en la p...!

Me coge del brazo y me arrastra hasta el *parking*, hasta que localizamos su coche y nos metemos dentro.

—¡Ahora! —grita— ¡Dímelo ahora mismo! —En la fiesta conservaba las formas, pero aquí ya no.

—Por favor, no me grites —le digo temblando de pies a cabeza.

Él parece darse cuenta de lo asustada que estoy. Se tranquiliza un poco, mirando por la ventana hacia el exterior y respirando con profundidad unas cuantas veces.

—Lo siento. No volveré a gritar. —Se mira las manos incómodo—. No soporto que me mientan y me oculten cosas. Todo el mundo lo hace. Siempre intentan engañarme de algún modo; en el trabajo y en casa. Creo que solo Rosa tiene el valor de decirme siempre la verdad. Incluso Miguel y Jessica me ocultan sus tonteos, aunque eso puedo entenderlo. Imagino que si no hablas es porque estás protegiendo a alguien que, si no me equivoco, será a mi hermana. Contigo, no sé por qué, me duele especialmente. Con lo poco que te conozco, parece mentira que me dé cuenta de que me mientes con solo echarte un vistazo. Tu cara es un poema, parece que sufres y te

retuerces las manos con nerviosismo. No te gusta hacerlo. Por tus gestos es evidente.

Quedamos en silencio durante un rato. El solo se mira las manos, que tiene sobre el regazo.

—Henry...

—Dime, cielo.

—Te lo contaré ahora todo, si me prometes que guardarás la calma y que, cuando salgamos del coche, harás como si no te hubiera contado nada.

—Te doy mi palabra. —Ahora me mira a los ojos con seriedad.

—Bueno... pues ahí va... —Como me ve tan nerviosa, me agarra las manos y me besa los nudillos.

—Tranquila, sabré controlarme —susurra.

—Cuando he ido a buscar a tu hermana al baño de señoras, escuché voces al final del pasillo. Fui a mirar porque me pareció oír la voz de Miguel y el llanto de Jess. —Hago una pausa para analizar su estado y él me anima a continuar con aparente calma—. Se estaban besando cuando llegué. Cerré la puerta tras de mí en cuanto entré para que no los viera nadie. Mandé a Miguel de vuelta a la fiesta, y Jessica le pidió a Raúl que se la llevara. Se fueron al momento. Después me he encontrado contigo.

Henry cierra los ojos con fuerza y tengo muchas dudas de que cumpla su promesa.

—No me extraña que no quisieras contármelo. Si me lo llegas a explicar dentro, pienso que me hubiera liado a puñetazos con Miguel.

—Entonces me alegro de que haya servido de algo dejar que te enfadaras tanto conmigo.

—No sé cómo voy a hacer para compensarte por todos los líos en los que te meto. —Me acaricia la mejilla con el dedo índice.

—¡Pues empieza llevándome a bailar! —Consigo hacerle sonreír, aunque sea solo un poco, y abre la puerta del coche.

—¡Vamos! Bailaremos hasta que te hartes.

CAPÍTULO 12

Durante el resto de la celebración, no ha vuelto a acercarse a Miguel, y él lo ha esquivado igualmente. A partir de ese momento, se ha centrado en mí. Bailamos, bebemos y, de vez en cuando, me presenta a alguien que se cruza con nosotros. Sigue presentándome como su novia y, en una ocasión, me vi en una situación embarazosa cuando se puso a hablar con unos hombres y las parejas que los acompañaban acabaron contándome que era una lástima que Henry ya no estuviera en el mercado. Luego continuaron diciendo lo bueno que es en la cama y alabaron el tamaño de su verga. ¡Qué bien...! Todas parecen haberse acostado con él, menos yo. Bueno... acostado, con exactitud, no. Por lo que explican de las posturitas, no hay apenas nada en posición horizontal.

—¡Por el amor de Dios, Henry! ¿De verdad haces todas esas cosas? —pregunto exaltada.

—¿Qué cosas?

—Sexo ¡me refiero al sexo! Que todas han estado contigo, menos yo. Y por cierto, qué pasa, ¿todas llevan un metro en el bolsillo cuando te las follas?, porque todas saben el tamaño de tu... de tu... ¡cosa! —Señalo enfurruñada hacia su bragueta.

Henry está apretando los labios para no reírse de mí.

—Pareces enfadada...

—¿¡Cómo no voy a estarlo!? ¡Es frustrante!

—Tú me pediste que no lo hiciera para no hacerte sufrir —me recuerda muy serio.

—¡Lo sé! ¡Sí, ya sé que lo dije! Vamos a dormir. ¡Quiero ir a dormir ya!

—Está bien. Vamos a la habitación. —Me guía hacia los ascensores.

—Solo una cosa... Necesito saber si es cierto o no. Porque se me queda cara de gilipollas cada vez que me preguntan: «¿Verdad?» —

sigo incrementando el cabreo—. Se supone que soy tu novia ¡y no sé una mierda de lo que te gusta!, pero ellas sí, claro...

—Ya basta, Sara —me pide con calma.

—¿Por qué? Quiero saberlo. Quiero saber si es verdad que te gusta tanto que te la chupen, hacerlo fuerte desde atrás, ¡no, perdón!, era que te gusta dar «caña» desde atrás. Que no sé si te gusta vía vaginal o anal, porque yo... ¡no lo sé! Y no sé qué decían de un potro y que montas de maravilla, seguro, pero yo... ¡no lo sé!

—¡Ni lo vas a saber! Porque yo nunca te trataría como a ellas. Lo que deseo hacerte, no tiene nada que ver con lo que hice con ellas. Así que, aunque me acostara contigo, no podrías contestar a sus estúpidas preguntas porque seguirías sin saber de qué te hablan. —Está molesto, pero no me grita.

Noto como si me corriera veneno por las venas. Estoy muy enfadada. Se mezcla el deseo que siento hacia él, con las ganas de abofetearlo por no acostarse conmigo.

Al salir del ascensor, abre la puerta de nuestra habitación. Es como un apartamento de lujo. Hay champán, flores y velas encendidas, y por un momento se me ocurre que lo ha podido pedir en especial para nosotros, y que puede que esta sea mi noche.

—¿Has pedido tú esto? —pregunto algo animada.

—No, esto es cortesía de la casa. Va incluido en la *suite*.

—Ya me extrañaba a mí... —digo en voz baja alejándome de él.

Me pongo a dar vueltas observándolo todo. Las vistas desde la terraza son espectaculares. Creo que lo que se ve es la sierra Norte. En el baño hay bañera con hidromasaje, velas encendidas y pétalos de rosa para el agua. Salgo del lugar porque me cabrea no poder utilizarlo con él, y acabo delante de la enorme cama, que tiene muchos cojines en tonos dorados y marrones, y las sábanas y el edredón impolutamente blancos.

—¿Cómo vamos a hacer para dormir? —Señalo a la única cama.

—Esa cama tiene más de dos metros de ancho, creo que podremos dormir sin problemas los dos en ella.

De pronto, me asalta la inspiración y me acerco a él con mucha calma.

—Está bien, dormiremos juntos... Si a ti no te importa, a mí tampoco —suelto con zalamería —Necesito que me desabroches el vestido, yo sola no puedo —Le doy la espalda y levanto los mechones de pelo sueltos con mis manos.

Él baja la cremallera sin decir una palabra. Cuando ya llega al final, dejo caer los brazos de golpe, haciendo que el vestido se deslice hasta mis pies. Ahora estoy solo con la ropa interior, con la lencería fina que él mismo me compró: sujetador, minitanga y medias con liga. Teniéndolo a solo un par de centímetros de mi cuerpo, me agacho a recoger la prenda del suelo sin doblar las rodillas, dejando mi culo casi desnudo pegado a su bragueta. Lo escucho aguantar la respiración. Maldice en voz baja todo lo que le viene a la cabeza, posa las manos sobre mis nalgas durante unos segundos y luego se aparta un par de pasos atrás.

—¡Basta, Sara! No intentes seducirme más. No quiero hacerte daño, ¿entendido? —declara con enfado.

Miro mi cuerpo semidesnudo y la humillación que siento es tan profunda que no puedo contener las lágrimas. Me rodeo con mis brazos intentando taparme sin poder conseguirlo. Deseo ocultarme, desaparecer donde nadie pueda encontrarme, así que no se me ocurre otro lugar que ir corriendo hacia la cama para poder esconderme bajo las sábanas. No puedo parar de llorar. Siento tal congoja que no puedo controlarme. Abrazo mi cuerpo con fuerza buscando consuelo, pero no sirve para nada. Noto cómo Henry se está subiendo a la cama. Me abraza desde atrás, pero está encima del edredón.

—Por favor, no llores... no quiero que sufras por mi culpa —me susurra al oído.

—Dé-ja-me... —le digo entre hipadas.

—¿Tanto deseas hacer el amor conmigo?

—Síííí... —sollozo.

—Está bien, lo haremos. Si me prometes que no cambiará nada entre nosotros y no volveremos a hacerlo.

—¿Por-qué-no...?

—Siento un impulso sexual hacia ti muy intenso, pero no te voy a engañar; no hay nada más, no estoy enamorado. Lo que hagamos

esta noche se acabará hoy mismo. Si no te parece bien, lo entenderé, o incluso, si quieres, me iré a dormir al sofá.

—No, quédate, por favor... quiero estar contigo...

—Vale, está bien. Tengo que salir un par de minutos, vuelvo enseguida. —Se levanta de la cama y se dirige a la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunto confundida.

—A comprar preservativos. Cuando sé que voy a estar contigo nunca los cojo. Creía que me ayudaría a superar la tentación de sucumbir a tus encantos.

—Pero yo tomo la píldora.

—Yo... no... pero... —Se ha puesto muy nervioso, coge aire y lo suelta con fuerza—. ¿Desde cuándo?

—Desde enero de este año.

—¿Te la has tomado hoy?

—Aún no, la tomaré ahora, antes de acostarme. —Me sonrojo con la explicación.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales?

—El año pasado.

—¿El año pasado? —exclama con duda—. Estamos en noviembre, ¿hace más de un año que no tienes sexo?

—Yo no te he preguntado nada sobre cuándo fue tu última vez ni nada.

—Yo me hago pruebas médicas cada seis meses y jamás mantengo relaciones sin preservativo. ¡Nunca! Tú me propones hacerlo a pelo, qué menos que saber un poco de tu vida sexual.

—Vale, ¡está bien! En junio del año pasado, dos veces, las dos con preservativo. ¡FIN! ¿Estás contento? —Sonríe algo más relajado.

—¿Fue la primera vez el año pasado? —insiste con las preguntas, pero ahora su voz se ha dulcificado.

—Sí, y ya puestos, fue el mismo tío las dos veces. No me preguntes más, por favor, me da mucho corte...

—No lo haré. Te agradezco que hayas sido tan sincera, eso ayudará.

—A qué, ¿a abochornarme?

—No, así sé cómo debo tratarte. —Sonríe con ternura, me hace sentar al borde de la cama y se coloca a mi lado—. Tómate la

píldora ahora, que después uno pierde la cabeza.

Me levanto de un salto y voy en busca de mis cosas.

—¿Dónde está mi maleta? ¡Ah! ya la veo. —Saco el neceser, busco la cajita y le enseño cómo me meto la pastilla en la boca para que él pueda verlo y no tenga dudas.

—Ven aquí —me dice abriendo los brazos—, que con ese modelito me estás poniendo malo. —Voy hacia él y me siento en su regazo.

—No es justo, tú estás vestido, no te has quitado ni la corbata. ¿No te agobia?

—No, cielo. La llevo siempre, y tanto rato que ya no me acuerdo de que la llevo puesta. Además... a ti parece que te impone, así que me la voy a dejar un ratito mientras me divierto contigo.

—¿Lo dices en serio?

No recibo respuesta. Me coge en brazos y me tumba en la cama con la cabeza en los almohadones. Se echa sobre mí y empieza a besarme en los labios, primero despacio y luego con más fuerza, abriéndome la boca con su lengua y frotándola con la mía. Solo con besarme ya siento el anhelo entre mis piernas. Las abro para poder notarlo mejor y le rodeo la cintura con mis muslos. Él responde empujando hacia mi centro. Se apoya en los codos, me acaricia los pechos, que solo están cubiertos por el fino encaje, y comienza a jugar con mi pezón, que se ha convertido con rapidez en un duro botón.

—Esto quiero saborearlo —pronuncia con voz ronca.

Aparta la tela a un lado y comienza a lamer, chupar y mordisquear con suavidad. Yo subo las caderas para poder aliviar el ansia que se apodera de mí con cada roce. Sigue jugando conmigo, pasando de un pecho al otro. El ardor que me hace sentir en tan poco tiempo me desespera. Estoy que no aguanto, y él está tranquilo y controlado.

—¡Ooh... Henry... por favor...! —ronroneo—. ¿Cómo puedes estar tan calmado?

Él para en ese momento porque le he hecho reír y no puede continuar. Me besa los labios y se queda mirándome a los ojos.

—Sara, yo tengo que contenerme a diario por muchas razones. Aun así, a veces, no lo logro y te aseguro que ahora no estoy tan

controlado como tú te piensas. Yo te estoy estimulando y estás casi desnuda, notando cada roce, y yo estoy del todo vestido y nadie me estimula.

—¡Pues quítate la ropa de una vez! —le propongo, indignada.

Entre risas, otra vez, se incorpora para poder quitarse la chaqueta, y yo le empiezo a aflojar la dichosa corbata.

—Mira, Sara, tienes que pensar solo en ti. No te preocupes por mí. Los hombres somos unos facilones. Yo sentiré placer si tu disfrutas, ¿vale?

—¡Sí, sí, lo que tú digas! —exclamo, tirando de su apretada corbata. —Si yo estoy como una moto, tú también. ¡Por fin! —grito al conseguir quitársela.

Él ha pasado de las risas a las carcajadas cuando me ha visto tirar la prenda al suelo con desprecio.

—Con eso se puede jugar... —señala con un gesto de cabeza a la corbata.

—¡Y una mierda! —le suelto—. No me vas a atar ni en broma.

—¡No mujer! —Se ríe—. Solo pretendía taparte los ojos.

—No, no pienso perderme nada. ¡Vamos, quítate todo!

Y sigue tronchándose de lo lindo con cada una de mis respuestas, pero no me voy a amilanar, hoy va a ser mío...

—Está bien... ya me lo quito.

Se saca los gemelos, se desabrocha un par de botones de la camisa y se la retira por la cabeza como un jersey. Se suelta el cinturón, desabrocha el botón y baja la cremallera muy despacio. Luego suelta el pantalón y lo deja caer hasta el suelo, como hice yo con mi vestido. La sonrisa pícara que se dibuja en sus labios no tiene precio.

—Eres muy malo ¿sabes? —lo regaño.

—Soy terrible... —Y con mucha chulería coloca las manos en las caderas.

Al estar en esa postura, me fijo en su bóxer. Es suelto, clásico, de cuadros blancos y azules. Pero lo que me llama la atención es lo que esconde... Parece un palo grueso. Debe gustarle mucho jugar conmigo, porque está totalmente erecto. Es más grande de lo que me pareció cuando nos bañábamos en el *jacuzzi*.

—Ya estamos igual. —Me empuja a la cama—. ¿Me dejarás ahora que continúe con lo que hacía? No interrumpas más.

Esta vez es él el que abre mis piernas para colarse en medio. Vuelve a besar y lamer mi cuello y mis pechos.

—Esto me estorba. —Desabrocha el sujetador, me lo quita y lo lanza a su espalda—. Mucho mejor...

Se lanza otra vez a besar mis pezones, que ya están tiesos. Sus manos me acarician todo el cuerpo. Pasa las manos con suavidad por el abdomen hasta llegar al principio de mi tanga y mete los dedos en él, acariciando mis rizos.

—Esto también sobra.

Arrastra del tanga bajándolo por las piernas y lo tira al suelo. Luego, saca las medias y las deja al lado de mi ropa interior, dejándome por fin desnuda y expuesta para él. Se agacha entre mis muslos y comienza a besarme, muy despacio, desde el tobillo hasta la cadera. Sus dedos me acarician otra vez el vello púbico, pero ahora, sin la prenda que le estorbaba; abre mis pliegues y hace ligeros movimientos circulares, hasta que introduce un dedo con lentitud en mi hendidura, y me hace soltar un grito sofocado.

—Quítate el calzoncillo... por favor... —le ruego.

—Calma, no hay prisa. —Sigue metiendo y sacando su dedo de mí.

—Henry... no puedo aguantar... —Estiro la mano y logro meterla dentro del bóxer y agarrarle el miembro para acariciarlo como él me hace a mí.

—¡Para! —me pide desesperado—. Estoy muy caliente y vas a hacer que termine ya.

—¿Y cómo crees que me siento yo...? —explico jadeante.

—Si te la meto ahora, no duraré ni dos meneos y te dejaré con las ganas.

—Te quiero dentro de mí... Te necesito.

Henry, con el corazón martilleándole, suelta un ligero gruñido y se arranca el bóxer de un tirón. Agarrándose el miembro con una mano, lo apunta hacia mi hendidura y comienza a mover su gordo y redondeado glande para abrirse paso al interior. Solo con notar la punta en la entrada de mi vagina, ya noto sacudidas de placer. Va

dejándose caer sobre mí para penetrarme muy despacio. A medida que va entrando, noto la presión cada vez mayor de su verga, hasta el punto en que, cuando llega al fondo, siento un poco de dolor. Empieza a bombear con lentitud. A pesar de todo, cuando se hunde por completo en mí, me hace daño. Bajo las piernas para que no pueda entrar tanto, pero él me agarra la rodilla y la sube, penetrándome de nuevo hasta el fondo.

—¡Ay! —sale de mis labios sin poder evitarlo.

Henry queda petrificado al oírme. Me agarra la cara para obligarme a mirarlo.

—Cielo, ¿te estoy haciendo daño? —susurra con aflicción.

—Solo cuando llegas al fondo...

—¿Y por qué no me lo dices? Ya lo hacía despacio para no causarte molestias, pero si, aun así, si te duele, me avisas.

—Pero quiero hacerlo —protesto como una niña.

—Y lo haremos, pero con más cuidado. Hay diferentes formas de hacerlo para que no te resulte doloroso. Incluso, si es necesario, no tiene por qué haber coito.

—No, yo quiero tenerte dentro...

—Vale. Entonces espera. —Se levanta de la cama, va hasta el baño y vuelve con una toalla de mano—. Mira, si la anudo en la base, hará de tope y no la meteré entera. Eso puede que ayude a que no te moleste.

—¿Y a ti te gustará así? —lo miro preocupada.

—Claro, pero a quien tiene que gustarle es a ti. Vamos a probar, sé sincera y te prometo que lo pasaremos bien.

Está de rodillas frente a mí. Me pongo en su misma postura frente a él. Con lo alto que es me siento muy pequeñita, seguramente me influya lo vulnerable que me siento. Estiro la mano y le acaricio el rostro, paseo los dedos por sus labios y empiezo a besarlo con mucho cuidado, rozando su boca con la lengua. Con ese contacto ya está excitado. Bajo la mano y rozo su glande hinchado. La piel está tensa y suave como la seda. Está controlado y deja que examine su duro pene. Retiro la toalla para verlo mejor y tocarlo en su totalidad.

—Ahora entiendo, con conocimiento de causa, de lo que hablaban todos tus líos. No hace falta una cinta métrica para saber que esto

es grande.

Al mirarlo a los ojos me doy cuenta de que he conseguido ruborizarle. Coge la toalla y vuelve a colocarla donde estaba sin decir una palabra. Me tumbo de espaldas en la cama y abro las piernas, invitándolo a seguir. Se coloca sobre mí, teniendo cuidado de no aplastarme, y me besa con ardor, aunque distinto al de antes. Ahora es dulce como la miel... Estamos abrazados con fuerza, las caricias, sus roces, su lengua... todo parece distinto.

Comienza a hundirse en mí con calma, sin dejar de besarme y abrazarme con ternura. Penetra hasta la toalla, que hace de tope, y aguardo a sentir la punzada que, sin embargo, no llega. Se retira y embiste de nuevo. Me hace sentir del todo llena sin molestarme. Prosigue con el bombeo, una y otra vez, creciendo el placer a cada acometida. Sus manos están enredadas con las mías sobre mi cabeza. Sus labios devoran los gemidos que salen de mi boca. Yo también saboreo sus suspiros que cada vez son más profundos. El gozo cada vez es más intenso entre mis muslos. Siento que voy a estallar de dicha en cualquier momento.

—Cuánto deseaba este momento, Sara —murmura con voz estrangulada.

El regocijo que siento al escuchar sus palabras hace que llegue, como una explosión, un potente orgasmo que me hace gritar de placer, provocando a su vez la llegada del clímax de Henry, y quedamos los dos, laxos, uno sobre otro.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado.

—Ahora sí, Henry... de verdad, gracias —lo que digo casi no se escucha, porque la emoción me embarga y hace que mi voz se rasgue.

—Nena... tranquila. No tienes que darme las gracias por nada. —Rueda sobre la cama y me coloca sobre su pecho. Me estrecha entre sus brazos con cariño. —A mí también me ha gustado mucho —me susurra al oído y luego besa mi coronilla.

Estoy entre los brazos de Henry, he hecho por fin el amor con él ¡y no quepo en mí de dicha!

CAPÍTULO 13

Llevamos un buen rato tumbados, abrazados. Me hace caricias subiendo y bajando por mi espalda. Tengo la cabeza apoyada en su pecho y escucho su respiración acompasada. Estoy muy relajada y empiezo a notar cómo se me cierran los párpados. Henry se incorpora un poco sin dejar de sostenerme con un brazo, y con el otro busca el edredón para taparnos. Levanto la cabeza y lo miro con curiosidad.

—¿Tienes sueño? —le pregunto en voz baja.

—Estoy un poco cansado. Pensaba que eras tú la que te dormías.

—Es que estaba tan a gustito... Me encanta que me hagan cosquillitas.

—Ya me he dado cuenta.

—Creo que será mejor que vaya al baño a lavarme un poco. Tengo algo pringoso entre las piernas... —Pongo cara de asco y me levanto de la cama.

Él está sonriendo, con las manos en la nuca, en una actitud muy relajada. Al verlo en esa postura, me paro en seco y vuelvo a la cama atraída como un imán. ¡Jo, qué bueno está el condenado! Tengo que tocarlo otra vez. Empiezo a acariciar sus bíceps, sus hombros, su pecho... Debe hacer mucho deporte para tener estos músculos tan trabajados, pero no sé qué practica ni de dónde saca el tiempo para hacerlo.

—¿Cuándo haces deporte? ¿Y cuál? —comienzo el interrogatorio sin dejar de sobarlo.

—Todos los días, si puedo. Una hora, a veces más si tengo tiempo. Menos cuando vienes tú, que no encuentro el momento... —Nos sonreímos el uno al otro —Trabajo varias cosas: corro, hago pesas y practico karate desde niño. Me gustan mucho las artes marciales. Miguel y yo, siempre que podemos, nos colocamos los guantes y nos

ponemos finos. Después de un día duro nos viene de perlas —concluye con una sonrisa torcida.

—¿Y quién gana, tú o Miguel? —intento picarlo.

—¡Ja! qué pregunta... Yo, por supuesto —responde con chulería—. No es cierto... Miguel es muy bueno. Él controla mejor los sentimientos y eso hace que tenga mejor control de su cuerpo. A mí, sin embargo, me dan arrebatos y provocan que pierda el dominio. Muchas veces, como me conoce, deja que yo lleve ventaja para que no me deje llevar por la ira. Soy algo más fuerte que él y, si me cabreo mucho, acabo haciéndole daño. Soy un malcriado, no soporto perder. Ya de pequeño, siempre tenía que ser el mejor en todo: en clase, en el gimnasio, y en casa era el rey. Hasta que llegó Jessica, claro.

—¿Sentiste celos?

—¿Celos? ¡eso es quedarse corto! —exclama elevando las manos al aire para después volverlas a colocar en la nuca—. Ella llegó cuando yo tenía diez años...

—¡Un momento! —le corto—. Si os lleváis siete años. ¿Cómo es posible?

—Mi hermana no es hija biológica de mi madre, lo es solo de mi padre.

—No lo sabía... Sois muy parecidos y los dos queréis mucho a tu madre.

—Es que para mi hermana ha sido su madre, no ha conocido a otra.

—¿Qué ocurrió? ¿Quién es la madre biológica?

—Mi padre viajaba mucho por negocios. A veces, pasaba largas temporadas fuera de casa y terminó liándose con una mujer alemana. Ella era una mujer muy bonita y joven, hija de un gran empresario con el que mi padre tenía trato. Cuando ella se quedó embarazada, le pidió que dejara a su mujer y él se negó. A partir de ahí, hubo un barullo impresionante: abogados, denuncias y la peor crisis que ha sufrido la empresa. Y en mi casa aún fue peor.

—¿Qué hizo tu madre cuando se enteró?

—Perdonarlo, cómo no... —Pone los ojos en blanco—. Ella era así, lo quería con locura. Después de las denuncias cruzadas y el juicio,

acabó todo cuando ella se enamoró de un francés. Entonces le estorbaba la niña. Mi madre la acogió con los brazos abiertos y me dejó a mí destronado.

—¡Jo!, vaya historia. Pobre Jessica...

—¿¡Y yo qué!? —dice indignado.

—Tú no perdiste nada, ¡ganaste a una hermana! Como mucho te tocó compartir, nada más, quejica.

—Ya sé que no perdí nada, pero era un niño muy mimado y sentí que me habían robado a mi madre. La niña era como una muñequita y todos la adoraban: mamá, papá, Rosa, el servicio al completo... A partir de ese momento, me convertí en una auténtica pesadilla para todo aquél que me rodeaba. Odiaba a la niña con todas mis fuerzas. Ideaba planes para deshacerme de ella cada día.

—No le harías daño, ¿verdad? —pregunto aterrada.

—Se libró de unas cuantas de milagro. Cayó accidentalmente infinidad de veces, le abría puertas para que pudiera escaparse, la metía con los caballos y le cerraba la cancilla... Los pobres animales jamás le hicieron nada, claro. También le corté sus preciosos rizos dorados; estuvo medio calva una temporada. Y aun así, la muy boba siempre iba detrás mío. Por más que le hiciera, ella pegada a mi culo.

—Menudo cabrito estabas hecho... ¿Y es que nadie te daba un par de bofetadas bien dadas?

—Sí. Solo una persona se atrevió a ponerme las manos encima.

—¿Quién?

—Roberto Hierro.

—¿¡Y no lo despidieron!? ¡No me lo puedo creer! ¿Qué pasó? —La intriga me mata.

—Un día, cuando llevaba casi cuatro años torturando a la niña, y Hierro hacía unos tres meses que trabajaba como mi escolta que, por cierto, no puedes ni imaginar la de putadas que llegué a hacerle a él y a los anteriores, cogí a mi hermanita de siete años y la llevé a los jardines a jugar con la tierra recién abonada. La niña estaba de mierda hasta las orejas. Aun así, ella sonreía feliz porque yo la acompañaba. Me dio tanta rabia que le dije que me siguiera al garaje. La subí en uno de los coches de copiloto sin sujetarle el

cinto; yo me senté al volante con el cinturón puesto, lo saqué al exterior y lo estampé contra el muro de la casa. Jessica se golpeó contra el salpicadero y se hizo un chichón enorme, aparte de sangrar por la nariz y por la boca. Todo el que había en la casa salió a ver qué había ocurrido. Estaban todos, menos mi padre, que estaba trabajando. Mi madre gritó: «¡¡Henry!! ¿¡Qué has hecho!?» Y yo contesté riendo: «Nada...». A partir de ahí, solo recuerdo que me hostiaron de lo lindo. Hierro me tenía sujeto por el pecho y me arreaba una y otra vez en la cara con la mano abierta. La única persona que decía algo en mi defensa era Jessica. No paraba de decir: «¡No pegues a mi hermano, no pegues a mi hermano, Roberto!» Cuando se cansó de atizarme, me obligó a mirar a mi hermana y empezó a gritarme: «¡¡Gilipollas, mira lo que has hecho!!». Cuando pude enfocar la mirada, vi a la pobre niña que lloraba a moco tendido y empujaba a Roberto con sus manitas. Tenía la cara hecha un cromo y por lo único que se preocupaba era porque no me pegaran. Caí de rodillas al suelo y abracé a mi hermana como si me fuera la vida. Rompí a llorar en cuanto me dijo al oído: «No dejaré que te pegue más». Mi madre, que lloraba desconsolada por todo lo que había presenciado, se enjugó las lágrimas, se acercó a Hierro, lo abrazó, y le dijo: «Gracias Roberto. Ahora llamaremos al médico y le diremos que los niños cogieron el coche y que ninguno de los dos llevaba el cinturón». Todos los presentes asintieron. Yo no sabía a qué venía eso hasta que me vi en un espejo. Tenía la cara peor que Jessica. Desde entonces, pasé de torturarla a quererla y protegerla. Y de Hierro, qué te voy a contar... El amor-odio que siento por él es mutuo. Eso sí, no volví a tocarle las pelotas ni a él ni a nadie.

—¡Qué fuerte! —exclamo alucinada—. Podrían haberlo denunciado y metido en la cárcel.

—Sí, hubieran podido... A mí nadie me había puesto una mano encima, e imagino que mi madre agradeció que lo hiciera él. Yo estaba totalmente descontrolado y ella no tenía el valor, ni el corazón, para hacerlo. Y con mi padre pasaba igual. ¡Ah! y además le subieron el sueldo.

—La verdad es que las tortas te las merecías.

—Puede, pero no debería haber sido Hierro. Aunque en el fondo se lo agradezco, tendría que haberlo hecho mi padre o mi madre ¡y mucho antes! —pronuncia con cierto rencor.

—¿Así lo harías tú con tu hijo? Cuando lo tengas, por supuesto.

—Te lo aseguro. No delegaría en otros mi función y no dejaría que llegara tan lejos. Pero dudo mucho que yo tenga hijos.

—¿No te gustan los críos?

—Sí... Yo considero que a un hijo hay que traerlo al mundo en un buen entorno familiar, bien estructurado. Y no me refiero a una pareja convencional, eso no tiene importancia. Lo esencial es una buena unidad familiar y eso yo no puedo ofrecerlo. Soy incapaz de llevar una relación estable y mi instinto paternal no lo tengo nada desarrollado. No deseo traer a este mundo a otro vándalo como yo.

—Vaya... Me sorprendes. Pensaba que no querías casarte, pero sí tener a alguien a quien dejar tu legado.

—Para eso ya tengo a Jessica. Confío en ella —termina con guasa —. Oye... ¿tú no ibas a lavarte en lugar de estar aquí sobándome y acribillándome a preguntas? A lo mejor lo que estás buscando es que te lave yo... —Frunce el ceño simulando enfado.

—Puede... —continúo con su juego.

—Mmmm.... Señorita, no tendré más remedio que acompañarla —me coge en brazos y me lleva al cuarto de baño—. Pequeñaja, no pesas nada —me suelta besándome la nariz.

—¡No soy tan pequeña y peso suficiente! —Sonríe al verme enfurruñada.

—Mira, hay hidromasaje, ¿te apetece? —me incita con pillería.

—Abre el grifo, granuja... —Le doy un cachetito en la nalga.

Mientras se ríe, hace girar el grifo para llenar la bañera y yo ya empiezo a notar mariposas en el estómago. Aunque me da un poco de mal rollo si acabamos teniendo sexo, que es lo más probable. ¿Cómo vamos a hacer dentro del agua para que no me haga daño? Me doy cuenta de inmediato de que no tengo razones para preocuparme. Es Henry, ya inventará algo.

En poco tiempo la bañera está llena y nos metemos en ella, no sin echar primero unos cuantos pétalos de rosa en el agua. El ambiente

está caldeado y el vapor hace que se potencie el aroma de la flor. La habitación se ha convertido en un lugar muy sensual...

Henry me hace sentar sobre sus piernas y acaricia mi cuello con su nariz, dejando un reguero de besitos hasta que llega a mis labios. Ahora soy consciente de lo caliente que está cuando mete su lengua en mi boca con desesperación, como si le faltara el tiempo o se hubiera estado conteniendo.

—Voy a comerte entera... —susurra contra mis labios—. Quiero hacer que goces como nunca. Te voy a lamer hasta que alcances el orgasmo...

Solo con decírmelo casi lo consigue... Se levanta y me coloca donde él estaba sentado.

—Sara, agárrate fuerte a los soportes —Los señala para que sepa a qué se refiere—. No te sueltes.

Hago lo que me dice y se coloca de rodillas entre mis piernas. Agarra mis nalgas y me sube hasta el borde del agua, dejando mi cabeza apoyada en la pared de la bañera. Me mira a los ojos con lujuria, baja su boca hasta mi piel más delicada y besa y lame mi clítoris. La desesperación que siento es infinita y me pongo a gemir cada vez más fuerte.

—Grita para mí, cielo —me incita.

Sus lametazos y chupetones me tienen al borde del clímax. Cada vez chillo más, como él me ha pedido. El placer es tan grande que no logro contenerme y él sigue con el dulce tormento, hasta que consigue hacerme llegar al más espectacular orgasmo mientras sigue lamiendo sin parar.

Cuando cesan mis gemidos, levanta la cabeza y apunta su magnífico miembro a la entrada de mi vagina. Cuando empieza a penetrar, se para, aprieta la mandíbula y se muerde los labios.

—Tendrás que venir tú sobre mí —me indica con voz profunda.

Cambiamos de lugar y me ayuda a colocarme a horcajadas sobre él.

—No apoyes los pies, ponte de rodillas. Tú marcas el ritmo y la profundidad. Yo intentaré no moverme demasiado.

Haciendo lo que me manda, acabo penetrada por su verga. Él está quieto, esperando a que yo dé el visto bueno. En cuanto empiezo a

moverme, gime de placer. Me agarro a sus enormes hombros para poder balancearme mejor. Coge mi pelo por la nuca y me aproxima hasta juntar nuestros labios. Aprieta contra su boca para poder hundir con profundidad su lengua. Antes se ha tenido que contener cuando me daba placer con la lengua y ahora está muy excitado. Cuanto más gime él, más rápido me muevo yo. La pequeña molestia que sentía por tenerlo dentro, va desapareciendo por completo sustituyéndolo por puro placer. Ahora no puedo parar y él lame y mordisquea mis erectos pezones. Quiero que esto dure para siempre... Se va volviendo más intenso, moviéndose conmigo cada vez más fuerte, entrando y saliendo de mí con rapidez. Creo que podría estar así el resto de la noche y parece que él también. Me aferro a su cabeza y pongo la frente pegada la suya. Nos miramos a los ojos, jadeantes. Eso lo desarma por completo y noto que está a punto de llegar al orgasmo.

—¡Oh, Sara! ¡Dios! —grita entre resuellos.

Y como la vez anterior, su voz me provoca un cosquilleo que hace que desemboque en un gran éxtasis para mí también.

CAPÍTULO 14

Cuando despierto, la habitación está iluminada por la luz del sol. Estoy apretada al cuerpo de Henry, en el centro de la enorme cama. Él está dormido y me quedo mirándolo, observando sus ojos cerrados, su pelo revuelto y sus labios carnosos, algo abiertos. Está en calma y eso me hace sonreír, porque nunca está del todo relajado. Intento moverme un poco sin despertarlo y me doy cuenta del dolorcillo sordo que siento entre las piernas. Aunque no me extraña... después de haber terminado en el *jacuzzi*, continuamos un buen rato en la cama. ¡Menuda nochecita!

—¿Qué hora es? —pregunta Henry adormilado.

—No lo sé, me acabo de despertar.

Coge su reloj de la mesilla y se frota un par de veces el puente de la nariz con los dedos para poder enfocar la vista.

—¡Ay, Señor! ¡son las once y media! A la una tengo que estar en casa. ¡Vamos, corre! —Se levanta de un salto—. Tienes un traje nuevo en el armario. ¡Póntelo! —me ordena.

—¿Cuándo has tenido tiempo para comprarlo? Yo contigo alucino. —Me siento en la cama.

—Mientras estabas probándote el de la boda. Hice que te pusieran unas cuantas cosas más para hoy. No vas a aparecer con la ropa de ayer...

Estoy tan satisfecha con la noche que he pasado, que no tengo ganas de estropearlo, así que no replico.

Henry ya está duchándose en el baño, así que aprovecho para guardar las joyas de su madre que aún llevo puestas, no vaya a perderlas, y luego voy a ver que me ha comprado. Es un vestido estrecho hasta la rodilla, con cinturón ancho y manga tres cuartos. Es de color crema, va con su abrigo a juego, zapatos de tacón y un bolso. Todo es elegante y muy para estar con él.

Para que no tengamos bronca de buena mañana, dejo todo listo en un santiamén y bato mi récord al ducharme, secarme el pelo y vestirme. Cuando he terminado, los dos estamos de punta en blanco y listos para marcharnos.

—¡Vámonos, pequeñaja! —Me ofrece el brazo y yo me cuelgo de su manga.

—No soy pequeña. Tú eres muy alto. —Él, cómo no, ya se está riendo de mí.

Hierro ya nos estaba esperando en la entrada. Al verlo, recuerdo todo lo que me explicó Henry y por primera vez me fijo en él. Debe tener unos cuarenta años y es casi tan alto como Henry. Es musculoso y atractivo, su traje negro siempre está impoluto y creo que lleva una pistola en la sobaquera. Me entra un escalofrío solo de pensar que tenga que utilizarla. No da la sensación de que sea agresivo ni lo veo capaz de pegar a un niño de trece años; pero claro, en aquella época, él tendría unos dieciocho, y posiblemente no haya tenido el temple para contenerse en semejantes circunstancias. ¡Y a Dios gracias!, porque no sé cómo hubiera acabado Jessica si Hierro no hubiese frenado a Henry.

—Buenos días, Hierro —saluda Henry.

—Buenos días, Cromwell. Tenemos que hablar —le informa con seriedad.

—Bien. ¿Ahora?

—Sí.

—Sara, sube al coche, acabamos enseguida. —Me abre la puerta para que espere dentro.

Al sentarme, cierra la puerta y empiezan a hablar en voz baja, muy cerca el uno del otro. No oigo nada. La cara que pone Henry no me gusta nada. Hay algo que me llama la atención, Hierro está tocando a Henry, lo agarra del brazo como si fuera un familiar, ni siquiera un amigo suele tener ese gesto. También me doy cuenta de que, aunque se llamen por el apellido, se tratan de tú el uno al otro. Siempre me pareció que Hierro lo trataba de usted, pero es solo cuando alguien extraño pueda estar escuchando. Han terminado de hablar, asienten los dos y se meten en el coche.

—¿Qué pasa? —pregunto en cuanto entran.

—Nada importante. Reajustes de seguridad en el entorno familiar. —Ni siquiera me mira cuando me lo dice.

Vaya, vaya... Él sí puede mentir, pero el resto no.

—¿Eso que no me cuentas es para protegerme de algún modo? —Por un momento creo que va a hacer oídos sordos, pero se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos.

—Sí —dice sin más, y vuelve a girarse a mirar por la ventanilla.

Tengo mil preguntas rondándome la cabeza, no obstante, me muerdo la lengua porque sé que será inútil hacérselas, y menos delante de Hierro.

—Roberto, por favor, ¿puedes subir la mampara?

El hombre, sin decir nada, mira a Henry por el retrovisor, y él asiente con la mirada. La mampara comienza a subir.

—Nunca me haría caso sin tu consentimiento, ¿verdad? —afirmo en voz alta en cuanto estamos a solas.

—Es evidente —confirma muy serio—. ¿Qué quieres? —pregunta con frialdad.

¡Menudo cambio de carácter!, aquí está mi tirano.

—Relájate, ¿quieres? —lo regaño—. No voy a preguntar más sobre el tema, sé que no me lo quieres contar y no insistiré. Solo quería abrazarme a ti un poco y preguntarte por Jess y quién espera en tu casa. —Le acaricio el mentón con los dedos.

Me coge la mano y la pone sobre mi falda.

—Sara, la noche se acabó. Lo dije muy claro antes de empezar y lo aceptaste.

Me siento como si me hubiesen tirado un jarro de agua helada.

—Lo sé, Henry. Sé que no tendremos sexo nunca más, pero como tú dijiste, creí que nuestra amistad quedaría intacta, que todo sería como antes.

—Eso es: amistad; el resto queda eliminado —suelta con rotundidad.

¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el hombre que estaba conmigo hace unos minutos? No soy capaz de mover un solo músculo. Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar y las traicioneras lágrimas amenazan con brotar en cualquier momento.

Con un esfuerzo titánico, trago el nudo que me acongoja y me alejo de él todo lo que puedo.

—De acuerdo —logro pronunciar con esfuerzo. No volvemos a dirigirnos la palabra en todo el trayecto.

Cuando el coche se detiene al llegar a su casa, me saco los puñeteros zapatos de tacón, salgo disparada y no dejo de correr hasta que llego a mi habitación. Me escuecen los ojos, pero no voy a llorar. Me saco toda la ropa y complementos que me ha comprado y lo coloco todo sobre la cama. Me visto con mi propia ropa, lo que de inmediato me hace sentir más segura. Cuando ya estoy calzada, el personal del servicio me trae la maleta pija que me habían prestado, saco mi neceser y el resto lo dejo dentro. Cojo mi teléfono... ¡No, es el suyo! Bueno, en cuanto hago la reserva del billete de tren a Santiago, lo tiro encima de la cama con el resto de las cosas. Salgo al pasillo con mi mochila al hombro y llamo con urgencia a la puerta de Jess.

—¡Ey, hola! —saluda animada.

—Jessica, me voy a la residencia ahora mismo. Pídeme un taxi, por favor.

—¿Qué ha pasado? ¿qué te ha hecho? —pregunta angustiada.

—Te lo pido por favor... llama ahora y hablamos mientras esperamos a que llegue.

—Vale, ya lo hago. —Hace la llamada y le informan que llegará en cinco minutos—. Llegará pronto, pero dudo mucho que te subas a ese taxi.

—¿A qué te refieres? —Estoy desconcertada.

—¿De verdad crees que te va a dejar marchar?

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Henry? —Ya empiezo a exaltarme —. ¡Que lo intente! Me iré en cuanto llegue el puñetero taxi.

—¡Oh... Sara...!, te has acostado con él —me mira con lástima—. ¿Verdad que es eso? Te veo muy cambiada, tienes el dolor reflejado en la cara. No sé qué te habrá dicho para que te sientas así, pero te aseguro que siente más por ti de lo que quiere reconocer.

—¡No digas estupideces! —grito—. ¡Me ha follado esta noche hasta hartarse! y cuando ya ha conseguido su objetivo, ya no quiere que vuelva a tocarlo nunca más y apenas me dirige la palabra.

Según él, no somos más que amigos y que ya me lo advirtió. —Trago saliva para no echarme a llorar—. Y tiene razón.

—Sara, lo siento. Siento que lo pases mal. Mi hermano puede llegar a ser muy cruel, pero aunque ahora no me creas, él te quiere, no sé hasta qué punto, pero te quiere. Si no, no haría muchas cosas de las que está haciendo.

—¡Basta! es tu hermano, qué me vas a contar...

—Es el mayor hijo de puta que te puedas encontrar, te lo aseguro, tú solo has atisbado la punta del iceberg. No te miento, no tengo por qué. El comportamiento que tiene contigo, no lo ha tenido nunca con nadie. ¿Puedes entender que desde que empezó la universidad jamás ha tenido novia, ni besado a chicas, ni ha demostrado ningún tipo de sentimiento por ninguna? ¡Solo sexo!

—Deja de decir tonterías. —Miro por la ventana para ver si llega el taxi, y así es, está entrando por el camino que lleva a la puerta principal—. Ya está aquí, me voy. Nos veremos en Santiago. —Le doy un beso en la mejilla.

—No te enfades... pero no creo que subas a ese taxi.

Miro otra vez por la ventana y veo a Hierro que se dirige al taxi con un billete de cincuenta en la mano. Salgo corriendo por las escaleras para intentar detenerlo antes de que se vaya pero, cuando llego a la puerta, el taxi ya está a medio camino de la salida, y en otro de mis arrebatos, salgo corriendo detrás del coche.

—¡Mauricio, cierra la puerta en cuanto salga el taxi! —grita Hierro al *walkie* que tiene en la oreja.

Yo no dejo de correr y Hierro me sigue. Yo soy más rápida y no creo que logre alcanzarme, pero Henry ha salido como una bala desde dentro de la casa y va tras de mí también. El coche ya ha salido y las puertas se están cerrando, sin embargo, yo corro de todos modos. Si hace falta, saltaré la valla.

—¡¡Va a saltar!! ¡Desactivad la puta valla, Roberto! ¡¡Ya!! —vocifera Henry a unos pasos detrás de mí.

A Hierro lo oigo gritar algo a Mauricio, aunque no logro entenderlo por culpa de mi respiración jadeante y los atronadores latidos de mi corazón. Tengo un dolor insoportable en el pecho. Ya voy a alcanzar la puerta y lanzo mi mochila, sin dejar de correr, por encima de ella.

Salto apoyándome en los resortes de las grandes bisagras, impulsándome hacia arriba. Cuando ya casi llego a lo más alto y estoy a punto de agarrarme, me cogen de un tobillo con fuerza, tiran de mí, y caigo de espaldas hacia atrás. Henry me recoge antes de que toque el suelo.

—¿¡Se puede saber qué pretendes!? —me grita jadeante por la carrera—. ¡La valla está electrificada! ¡Podrías haberte hecho mucho daño!

Henry está fuera de sí. Me tiene agarrada por los hombros y me está zarandeando. Hierro le pone una mano sobre el brazo para detenerlo.

—¡Eh, basta, Henry! —le chilla—. Mírala a la cara, está muy asustada —le dice ya calmado.

Henry parece confundido, pero hace lo que le indica Hierro. Se queda mirándome a los ojos muy quieto, observando mi rostro cubierto de lágrimas, medio asfixiada por el esfuerzo y los ojos abiertos como platos por el miedo. Niega con un gesto de cabeza, me abraza con todas sus fuerzas y me besa con desesperación.

—¡¡A ti qué te pasa!! —le grito a pleno pulmón, en cuanto me zafo de él, al tiempo que empiezo a darle manotazos sin parar. —¿¡Tienes un trastorno psiquiátrico o qué!? —Ahora sigo dándole con los puños cerrados, pero él no se defiende.

—¡Hierro, no! no la toques —le indica al hombre levantando su palma abierta.

A Roberto lo tengo detrás con la mandíbula apretada, alerta, preparado para reducirme y cumplir con su trabajo. Entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo. ¡Estoy pegando a Henry! Caigo de rodillas sollozando, tapándome la cara con las manos. Estoy hundida, abatida y ya no tengo fuerzas ni para sostenerme en pie. Noto que me están cogiendo del suelo y yo no me resisto. Me llevan entre los dos, uno de cada brazo. De pronto, percibo un dolor punzante en el tobillo cada vez que lo apoyo en el suelo.

—Cojea. Suéltala, que la llevaré en brazos. —Henry me coge.

—¿Quieres que acerque el coche?

—No, no hace falta, pesa muy poco.

Si yo me hubiera encontrado en condiciones ya estaría protestando, pero no tengo energía y dejo que me lleve.

Como vamos andando, tardamos un buen rato en llegar a la casa. Hierro nos va abriendo las puertas y Jessica nos sigue de cerca sin atreverse a decir una palabra. Me llevan arriba donde están las habitaciones y cuando entramos en una, Jessica y Hierro, se quedan en el umbral.

—Podéis pasar —les informa Henry con calma.

Debido al comentario me entra curiosidad por saber dónde me encuentro y echo un vistazo a mi alrededor. Debe de ser su habitación. No he estado nunca dentro y por lo que veo está prohibido entrar sin su permiso.

Al llegar a la cama me tumba en ella, poniéndome unos cuantos cojines en la espalda.

—Sara, te voy a examinar —explica con tranquilidad—. Te quitaré los zapatos.

Me saca las zapatillas deportivas y los calcetines con mucho cuidado. Palpa el tobillo derecho, que es el que me duele, y con solo rozarme ya noto como un calambre.

—Habría que hacer una radiografía, pero parece un esguince, ya está muy hinchado. Estas marcas son mis dedos... ¡Joder! —pronuncia entre dientes—. Espero que no sea rotura de fibras. —Me mira con pesar—. ¿Te duele mucho?

Lo miro y apenas entiendo lo que me dice. No encuentro las palabras ni la fuerza para hablar. Tengo la sensación de estar dentro de un bote de cristal, como si alguien hubiera cerrado la tapa. Con cada minuto que pasa noto que me va faltando cada vez más el aire y no soy capaz de reaccionar.

—Sara, cariño... por favor, contesta.

—Henry, ¿qué le pasa? —pregunta Jessica, alarmada.

—Está en estado de *shock* o a punto de sufrir una crisis de ansiedad. Me ayudaría que reaccionara de algún modo. —La angustia de Henry va en aumento.

—¡Joder! eres médico, si no lo sabes tú...

—No soy médico, estudié Medicina y no he ejercido en mi vida. Un médico no para de estudiar y reciclarse durante toda su trayectoria

—suelta malhumorado.

—¿¡Entonces, ¿¡qué hacemos!?

—Jessica, cállate un rato que no ayudas nada. Lo único que haces es ponerlo más nervioso —le sermonea Roberto que, hasta ahora, había permanecido callado y apartado.

—¡Ya estamos! ¿Por qué siempre tengo yo la culpa? —Jessica se cruza de brazos, enfurruñada.

—¡Callaos los dos de una vez! —Los fulmina con la mirada y después vuelve a mirarme con preocupación—. Cariño... cielo... te lo ruego, dime algo... —suplica—. ¡Habla ya, por Dios! —explota sacudiéndome por los hombros.

Con el sobresalto que me ha dado Henry, cojo una bocanada de aire, la expulso con fuerza y empiezo a llorar de nuevo.

—Respira, cielo, respira con calma o vas a hiperventilar. —Me aparta con ternura los mechones de pelo de la cara.

—Me duele el pecho —digo con voz ronca por los gritos y lloros de antes.

—Estás dolida. Has estado aguantando las ganas de llorar mucho rato, desde que veníamos en el coche, más la carrera y la rabieta...

—Niño, ¿puedo pasar? —pregunta Rosa metiéndose ya en la habitación.

—Sí, claro, Rosa —pronuncia con cansancio.

—¡Madre mía, ¡cómo está ese tobillo! ¿Se lo ha torcido o es un golpe? —La mujer me toca la zona inflamada.

—¡Ay, ay! —grito.

—¡Quita las manos, Rosa! Le duele —le reprende Henry y la aparta a un lado—. No es una torcedura ni un golpe. Se lo he retorcido yo al agarrarla para que no saltara la valla. Seguro que fue cuando caías de espaldas. ¿Es ahí cuando te dolió? —Me mira con culpabilidad.

—El único dolor que recuerdo es el de mi amor propio por no haber podido escapar.

Jessica, Rosa y Roberto están conteniendo las ganas de echarse a reír, sin embargo, a Henry no le hace ni pizca de gracia.

—¡Bueno, ya está bien! Todo el mundo fuera de aquí —los echa extenuado—. Jess, por favor, trae una compresa de frío del botiquín.

—¡¡Sí, señor!! —le contesta al modo militar y sale corriendo.

Después de Jess, salen los demás y por fin quedamos solos. Henry no se aparta de mi lado.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas marchar? ¿Por qué cambias del amor al odio a cada momento? Tus cambios de humor me están haciendo mucho daño, ¡no sé a qué atenerme! Tengo que estar siempre a la defensiva y ya no puedo más con esto... Ya me has dicho que no quieres nada de mí, ¡pues déjame marchar!

—No puedo.

—¿¡Cómo que no puedes!?

—Tengo dos razones muy importantes. La primera: te he puesto en peligro al hacerte pasar por mi novia. Los primeros días, te seguían de un periodicucho local y de una revista. Hasta ahí, todo controlado, con un poco de vigilancia y jugar un poco al despiste, no les interesó demasiado. Lo que no esperaba era a alguien tan peligroso. Han considerado la posibilidad de que sea un profesional por sus recursos. Han amenazado con vi... con hacerte daño. —La angustia le ensombrece el rostro.

—¿Por qué o para qué?, ¿por dinero? —Llaman a la puerta y me sobresalto.

—¿Puedo pasar? Traigo la compresa fría... —Jess asoma la cabeza.

—Dámela y vete, por favor. —Henry estira la mano.

—¡Jolín! Vale, ya me voy. —Se la da y vuelve a marcharse malhumorada.

Henry tiene en la mano una especie de almohadilla azul y me la coloca en el tobillo hinchado.

—No sé el porqué —retoma la conversación tras unos segundos—. Nadie entiende las razones de este individuo. Lleva detrás de mí unos tres años. Hacía tiempo que no sabía de él, pensé que se habría cansado. Pero como he sido tan tonto de exhibirme contigo por todas partes, ahora he vuelto a llamar la atención y su objetivo ahora eres tú. Por eso no puedo dejar que vayas sola a ningún lado.

—¿Y la segunda? ¿Cuál es la segunda razón?

En cuanto lo he preguntado se ha puesto muy tenso. Se pasa las manos por la cabeza varias veces. ¿Pero qué es lo que me tiene que decir? ¡No puede ser peor de lo que me ha contado!

—Te quiero —se levanta y se pone a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado—. Me voy abajo. He dejado tirados a un amigo y a su mujer. —Abre la puerta y se va.

¡¡Pero qué ha dicho!! Qué capacidad tiene este hombre para desconcertarme, no he podido decir ni «mu». ¿Cómo puede decirme que me quiere y largarse sin más?

CAPÍTULO 15

No sé cuánto tiempo llevo esperando sola. No hago más que pensar en todo lo que me acaba de contar y he perdido la noción del tiempo. Debería estar dándole vueltas a lo del degenerado ese que quiere violarme por ser la novia de Henry y, sin embargo, yo solo pienso en que me ha dicho que me quiere. ¡Es de locos! No soy capaz de creerlo... ¿Cómo podría ser cierto? No creo ser lo bastante buena para él. Yo no soy nadie. Estoy muy asustada.

Noto que se abre la puerta y entra alguien. Es Henry, acompañado de un hombre que no conozco. Traen una caja grande.

—¡Hola, Sara! —saluda Henry un poco incómodo—. Perdona por tardar tanto. Iremos a comer en cuanto te examine mi amigo Fernando. Él ha traído un ecógrafo para confirmar que no tienes nada grave.

—¡Hola, bonita! —me cae simpático solo con el saludo—. ¡Vamos a ver cómo está ese pie! Vaya, ya está un poco morado... ¿Te duele mucho? —me quita la compresa fría.

—No, solo si lo apoyo o lo muevo.

—Bueno... ahora voy a tocar un poco, puede que te duela, pero acabaré pronto. ¡Henry!, pásame el gel, tiene que estar ahí abajo —le habla en un tono muy autoritario.

—Toma... —Le ofrece el bote manso como un corderito.

¿Qué le pasa a Henry? está muy raro... El no deja que le hablen en ese tono y mucho menos se comporta con sumisión.

—Vamos a ver... —continúa Fernando—. ¡Dale al botón, coño! ¿Si no lo enciendes cómo voy a ver? Henry... estás muy espeso, tío.

Henry no se ríe ni se rebota con su amigo, se limita a hacer lo que le manda sin protestar. Esta muy rarito... Yo diría que parece... ¿tímido?

—¡Bien! Ahora que ya está encendido... —Mira de reojo a Henry—. Es por aquí, por el lado externo. No parece haber rotura. Es una

distensión, leve, diría yo. ¡Mira tú que seguro que lo verás mejor que yo! —lo reprende de nuevo.

Henry me mira fugazmente a los ojos y me examina él mismo con el ecógrafo.

—Tienes razón —susurra—. La lesión del ligamento es leve. No hay rotura.

—Entonces, ya sabes lo que hay que hacer. Reposo, compresas frías y... ¡bueno, ya sabes! ¿Quieres algo para que pase bien la noche?

—¿Cómo qué? ¿Tienes algo aquí?

—Sí, claro. ¿Qué te parece esto? —Le enseña unas pastillas y Henry las ojea unos segundos.

—¿No tienes algo más suave?

—Sí, estas otras. Puedes darle media.

—Estas sí, gracias. —Se las mete en el bolsillo.

—Yo te he dado las pastillas y te he dejado el ecógrafo, ahora tú dame de comer, que es tarde y tengo hambre. ¡Y no me des esas mierdas de verduras y frutas! —se queja Fernando.

—¿Quieres un chuletón?

—¡Qué menos! —Se hace el ofendido—. Me llevo el trasto este al coche y nos vemos abajo. ¡Hasta ahora, guapa!

—¡Espera, que te ayudo! —se ofrece Henry.

—No, gracias. Ayuda a tu chica, que no puede caminar. Yo ya me apaño bien, musculitos... —Sale por la puerta con una sonrisilla burlona.

Henry me mira dubitativo, aunque termina por acercarse para llevarme en brazos.

—¡Eh, para! —le aviso—. ¿Qué te pasa? Estás muy raro... Y raro, raro, ese que acaba de salir. ¿Ese es médico de verdad?

—Sí, bueno... no como tú crees. Es ginecólogo —confiesa mirando el suelo.

—¡Qué guay! Un ginecólogo me acaba de examinar un pie...

Mi sarcasmo hace que Henry levante la cabeza. Tiene un aspecto tan culpable que no puedo evitar que me entre la risa.

—¿Se puede saber por qué llamas a un ginecólogo para esto? —Me señalo el pie.

—Es que vive aquí cerca, es amigo mío y aunque no lo parece es discreto... No quería llevarte a un hospital para hacerte una placa. Necesitaba descartar que tuvieras una lesión importante y, bueno... como yo sé que tiene un par de ecógrafos... le he pedido el favor. ¿No tienes hambre? —Es evidente que se avergüenza y quiere cambiar de tema.

—Sí, Henry, tengo mucha hambre. Llevo todo el día sin comer. Me vas a bajar a comer y a mí también me darás un chuletón con patatas fritas, ¡y una Coca-Cola! Después vamos a hablar. Dejaremos las cosas claras de una vez. A ti no te gustan las mentiras, pero a mí tampoco y no soporto que sigas jugando conmigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurra.

—Vamos a comer —Levanto los brazos para que me coja.

Me levanta de la cama sin esfuerzo, acunándome contra su cuerpo y baja con mucho cuidado para no golpearme el tobillo herido con las esquinas. Al llegar a la cocina, Jess, Rosa y Fernando, están charlando muy animados. Hablan de la familia del ginecólogo; de cómo están su padre y su madre, que si su hermano había vuelto ya no sé de dónde... Vamos, que parece que se conocen bien, pero más que la conversación, lo que me llama la atención es el delicioso olor a carne que sale de los fogones, ¡se me hace agua la boca!

—¡Rosa!, Sara también quiere carne —avisa nada más llegar.

Me giro con mirada asesina hacia él, suelta el aire con fuerza y se dirige a Rosa de nuevo.

—¡Y patatas fritas y Coca-Cola! —pide con los dientes apretados.

Sonrío con satisfacción por salirme con la mía.

—¡Jo, yo también quiero! —protesta Jess.

—¡A la mierda! ¡Chuletón para todos! —Henry termina por rendirse y todos le aplaudimos la decisión.

Basta que te prohíban algo para que lo desees con más ganas que nunca, porque yo no soy de comer mucha carne ¡y madre mía! está tan buena que no voy a dejar ni los huesos. Todos lo estamos disfrutando, incluido Henry.

Cuando acabamos con el banquete carnívoro, Jess y yo nos vamos al salón a ver una película, aunque lo que de verdad queremos es hablar un rato a solas. Así que agradecemos que ellos se vayan al

despacho. Llevan un buen rato discutiendo sobre algo y creo que lo van a buscar en internet. Necesitan el ordenador porque las imágenes de los teléfonos no son lo bastante grandes para ellos. Hombres...

—¿Qué tal te encuentras, Jess? —intento romper el hielo, ya que con todo lo sucedido se me ha olvidado el mal trago que pasó ella ayer.

—Bien, ¿y tú? —responde poco convencida.

—Me parece que no estamos lo que se dice bien ninguna de las dos. —Ella me sonríe, pero sus ojos están apagados—. ¿Te ayudó Raúl a superar el disgusto?

—Sí, mucho. La verdad es que es muy bueno en muchos aspectos.

—¿Cómo en qué?

—Pues, ya sabes...

—No, no sé. ¿Quieres decir que te acuestas con él?

—¡Hombre, pues claro! —Exclama como si fuera evidente.

—¿Así que cuando dices que es bueno, es por qué es bueno en la cama?

—¡Mira que eres ingenua! —Se ríe de mí—. Nos divertimos juntos.

—Vale, vale... —Levanto las manos y me río yo también.

—Y tú con mi hermano, qué, ¿te lo has pasado bien?

Me enciendo como una bombilla por la vergüenza. No sé si voy a ser capaz de hablar con ella de esto. Nunca he tenido una amiga con la que hablar de este tipo de cosas. ¡Y encima ella es su hermana!

—Bien... —logro decir en voz baja.

—No te habrá hecho daño, ¿verdad? Antes me dijiste que te folló toda la noche, ¿no sería muy duro contigo?

—¡No, no, no te preocupes! —¡Me arde la cara! —. No me hizo daño... bueno sí, un poco... pero no voluntariamente... y luego arreglamos con una toalla.

—¿Con una toalla...? ¿Qué habéis hecho con una toalla? —nunca había visto a Jessica tan desconcertada.

—¡Joder, Jess! pues ponérsela en el pene como tope para no hacerme daño. —¡Por Dios, qué vergüenza explicar estas cosas!

Jessica comienza a reír a mandíbula batiente. ¡La tía se está revolcando por el sofá! ¿Por qué siempre consigo hacer reír a estos

dos? cuando no es a Henry, es a Jess.

—¿Se puede saber por qué te ríes de mí? —digo indignada.

—Lo siento... de verdad... ¡Mi hermano no es ningún actor porno para que te haga falta una toalla como tope! Debes de tener menos experiencia sexual de la que me imaginaba. —Sigue carcajeándose.

—Espera un momento... ¿Tu consideras que no la tiene grande? —pregunto incrédula.

—Sí. Claro que tiene buen tamaño pero, vamos... normal. En cuanto te acuestes unas cuantas veces con él, eso se pasará. ¡Y después querrás más! —me asegura riéndose.

—¿Tú qué vas a saber? ¡Es tu hermano! No puedes estar segura.

—Yo ya he visto unas cuantas, ¿sabes? y a mi hermano lo he visto desnudo muchas veces. Es un tío grande y la tiene a proporción, ¡nada más! ¡No es un elefante!

—¡Qué bruta eres!

Jess sigue riéndose de mí, y ahora empiezo a sentirme como una tonta por mi falta de experiencia. Quizás tenga razón y solo necesite un poco de rodaje.

—Porfa... no te rías más de mí o no volveré a contarte nunca nada.

—Perdona, ya paro. —Se muerde los labios—. Bueno, entonces, ¿lo pasaste bien o no?

—Sí...

—¿Cómo qué «sí...»? ¿Cuántas veces te corriste?

—Tres... o cuatro.

—¡Joder, pues sí que se le da bien a Henry! Yo apenas puedo conseguir uno...

¡Menos mal que algo sí se me ha dado bien!

—¿Nunca has conseguido más de uno? —pregunto con timidez.

—Sí, solo una vez...

—¿Con quién fue y cuántas veces?

Ella se ha quedado muda, con la mirada perdida, ¡si estaba bien hace unos segundos! Debe de haber sido mi pregunta, pero, ¿por qué? Ella se siente cómoda hablando de sexo, lo único que se me ocurre es el «quién». ¡No! no puede ser que sea...

—¿No sería con Miguel? —suelto con voz chillona.

—¡Cállate! —susurra mirando hacia la puerta—. Podría oírnos alguien.

—¡Oh, Jessica! ¿pero cuándo? —le hablo en voz baja.

—Antes de su compromiso, cuando me confesó que me quería. Hacer el amor con él ha sido lo mejor que me ha pasado.

—¡Madre mía! Hicisteis el amor y al día siguiente te llama para decirte que no podía ser. Tres semanas después está comprometido con otra y, para colmo, el día de su boda se estuvo morreando contigo. ¿No me dejo nada, ¿verdad?

—Básicamente, no, no te dejas nada.

—¡No tiene ningún sentido! —digo exaltada.

—Si solo piensas en Miguel, no, no lo tiene.

—Me estás diciendo que es Henry, ¿no? ¿Pero por qué le hace caso? ¡Menudo manipulador está hecho!

—Sara, creo que ahora puedes llegar a entender lo persuasivo que es y que consigue todo lo que se propone, ¡ya te lo expliqué! No puedes creerlo hasta que hace de ti lo que quiere. ¡Mírate! —Me señala con ambas palmas abiertas—. ¡Tú lo rechazaste hasta que consiguió llevarte a la cama!

—Espera... no fue así con exactitud. Le pedí que no me tocara y lo respetó. Luego, fui yo la que insistí y él se negó para cumplir con su promesa. Total, que acabé llorando, humillada y en ropa interior, y fue entonces cuando accedió a hacer el amor, con la condición de que no lo volveríamos a hacer.

—¿Sabes qué? —Jessica eleva las cejas como hace su hermano.

—Dime.

—Creo que contigo se ha encontrado con la horma de su zapato.

—¿A qué viene eso? No te entiendo...

—Que creo que tú puedes hacer de él lo que te dé la gana, ¡se va a resistir, ¡cómo no! y probablemente no le haga ninguna gracia, pero está enamorado de ti como un becerro.

—¿¡Qué dices!? —La miro como si estuviera loca.

—Piénsalo un poco. Aunque te diga que no a lo que sea, acaba accediendo —concluye dándose golpecitos con el índice en la sien.

—Eso no es cierto. Nunca consigo que haga nada de lo que yo quiero, ¡solo tienes que mirar mi pie! ¿Es que ya no te acuerdas de

lo que ha pasado hace un rato? Yo quería irme y él decidió que no, ¡y fue que no!

—Eso es porque te quiere proteger y controlar... pero termina cediendo a tus deseos. ¡Está rompiendo todas sus reglas! Te besa, te abraza, ríe más que nunca, te ha permitido llevar cosas de mi madre... ¡A mí no me deja ni mirarlas! Hoy hemos comido carne y refrescos porque tú se lo has pedido. ¡Señor, solo le falta decirte que te quiere! —termina sonriente.

El rubor sube a mi cara como si me hubieran abofeteado y miro hacia la ventana en un pésimo intento de disimular.

—¡Madre mía, Sara! ¿Ya te lo ha dicho? —se carcajea—. ¡Como un becerro... está por ti como un becerro...! —canturrea alrededor del sofá haciendo un estúpido bailecillo.

—¿A qué estáis jugando? ¡yo me apunto! —Fernando acaba de entrar y le sigue de cerca Henry con el ceño fruncido mirando hacia su hermana.

Jessica corre a sentarse y tengo la impresión de que el corazón se me va a salir por la garganta del susto. Espero que no haya escuchado nada...

—Jess, ¿tienes preparada la maleta? —pregunta Henry aún ceñudo.

—No, pensé que no iríamos con Sara lesionada...

—Sara no va, tú sí —suelta cortante.

—Pero... alguien tiene que estar con ella —se excusa.

—Yo cuidaré de ella. Tiene que guardar reposo y en un par de días hará fisioterapia. Con un poco de suerte, en una semana podrá caminar con normalidad y volver a las clases.

—¿No vas a ir a la oficina? —insiste Jess—. No puedes dejarla sola todo el día.

—Y no lo haré. Trabajaré desde casa todo lo que pueda. ¡Basta ya! Ve a preparar tu maleta ahora mismo. En media hora sales para el aeropuerto con Hierro —termina con genio y se deja caer en el sofá, a mi lado.

—Henry, yo mejor me voy con ella. No puedo faltar a las clases ni desaparecer de la residencia toda una semana.

—¿Tú no querías hablar conmigo? —me susurra al oído—, pues tendremos toda la semana para hacerlo. Ya me encargaré yo de dar los justificantes pertinentes a la residencia.

Qué equivocada está Jess, ¡soy yo la becerra! Voy a hacer todo lo que él me pida. Solo con pensar en estar juntos toda la semana, ya empiezo a sentirme húmeda entre las piernas...

—¡Qué! ¿No vas a protestar? —Jessica se dirige a mí con los brazos en jarras y el rostro crispado por la irritación.

—Verás, Jess... necesito reposo. Solo serán unos días...

—Maldita traidora... —pronuncia en voz baja mientras se va.

—Pobre Jessica —dice Fernando fingiendo lástima—. ¿Por qué no la dejas quedarse?, total, es solo una semana.

—No. Que vaya a estudiar que buena falta le hace —responde Henry, intransigente.

—¿Te has parado a pensar que puede que no sea el mejor momento para que se quede sola? —mi advertencia le llama en un primer momento la atención, pero enseguida la desestima con un gesto de la mano.

—Estará Sánchez.

—Ya... ¿El mismo Sánchez al que despistó el octubre pasado? Creo que no he llegado a explicarte nunca cómo encontré a tu hermana, ¿verdad? —Lo miro con aire misterioso sembrando la duda en él.

—¿Crees de verdad que no debería dejarla ir? —Su cara demuestra preocupación.

—Pienso que no es una buena idea, pero bueno... tú tienes la última palabra.

—Mierda —suelta entre dientes. Se levanta, se pone el teléfono al oído y sale hablando por la puerta.

—Esto es asombroso... guapa, lo tienes metido en el bolsillo —dice Fernando perplejo—. No le hace caso nunca a nadie, al menos no sin discutir un buen rato. Tú le sugieres algo y ¡zas!, cambia de opinión de inmediato. Ha sido divertido verlo. Por cierto, no se lo digas porque lo negará todo.

—No se me pasaría por la cabeza mencionarlo.

—¡Chica lista! —sonríe—. ¿Te ha dicho ya que soy ginecólogo?, ¡espero que sí! Me lo he pasado bien mirando un pie para variar...

No puedo evitar echarme a reír por lo ridículo de la situación y él también sonríe.

—Toma —estira su mano ofreciéndome una tarjeta—. Por si me necesitas, a ser posible en mi campo.

—Gracias —la cojo entre risas—. Lo tendré en cuenta.

Mientras estamos todavía entre risas, entra Henry con su hermana; ella está dando saltitos de alegría y él nos mira con cara de malas pulgas. Se sienta a mi lado pasándome su brazo por encima de los hombros con posesividad.

—¿De qué os reís? —pregunta Henry molesto. Tiene la vista fija en la tarjeta que sostengo en la mano.

—Solo le ofrecí mis servicios como profesional —contesta Fernando con falsa inocencia—. A Sara le hace mucha gracia que me haya ido tan abajo. La próxima vez será donde yo tengo experiencia.

Jessica y yo nos reímos de las tonterías y caras de Fernando, sin embargo, a Henry no le hace ninguna gracia.

—Dudo mucho que vuelvas a ponerle una mano encima —suelta Henry amenazante, cortando de raíz la sonrisa a todos.

—Henry, relájate, ¿quieres? —Fernando se pone a la defensiva, pero de un modo menos agresivo—. Sabes que soy bueno y muy profesional dentro de la consulta, así que no te pongas tonto, ¿vale? ¿O vas a echarme una meadita para marcar territorio?

Si Henry sigue apretando así los dientes, se le van a partir las muelas.

—Fernando, será mejor que tú y yo nos vayamos a dar un paseo antes de que a mi hermano se le termine de cruzar el cable. —Jessica coge a Fernando del brazo y lo arrastra hacia la puerta.

Henry sigue a Fernando con mirada asesina hasta que desaparecen por el umbral. En cuanto están fuera, me quita la tarjeta de la mano, la rompe en cuatro trozos y se los mete en el bolsillo. Estoy tan sorprendida con su comportamiento que me he quedado con la boca abierta.

—¡¿Estás celoso?! —exclamo incrédula.

—No —responde con rotundidad, haciéndose el ofendido.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¡No quiero que te toque! —susurra entre dientes.

—Claro, eso lo explica todo... ¡Estás como una regadera!, ¿¡sabes!? ¿A ti te parece normal tu conducta? ¡Joder, de verdad! me dan ganas de volver a intentar salir de esta casa de locos.

—¿Qué quieres que haga?, ¡no puedo evitarlo! No estoy acostumbrado a sentir estas cosas —pronuncia con asco—. Yo tengo mal genio, lo reconozco, aunque lo controlo bastante bien; pero desde que tú has llegado a mi vida no controlo una mierda, y cada día que pasa lo hago peor. ¡Por Dios!, mira cómo me he puesto con Fernando, ¡si yo mismo lo he llamado! Ya ves tú qué puede tener de excitante que te haga una revisión ginecológica. Pues te juro que solo pensaba en arrancarle la cabeza si osaba tocarte. ¡Y no me lo digas!, ¡lo sé!, es de locos... —Se cubre la cara con las manos.

Lo veo tan atormentado que me dan ganas de abrazarlo y decirle que no pasa nada, pero si lo hago le estaré permitiendo ser posesivo y controlador conmigo y después no habrá marcha atrás.

—Quizás la única solución sea que hables conmigo e intentar llegar a una conclusión, la más adecuada para ambos. Tenemos que concretar y dejar las cosas claras definitivamente. Tú me has dicho que me quieres, bien, pero tengo la sensación de que luchas con todas tus fuerzas con tus sentimientos. No deseas quererme. Y mi pregunta es ¿qué quieres entonces?

—Llevo dándole vueltas un par de días. —Hace una pausa y me mira con incertidumbre—. Sería una solución temporal, no obstante, si la aceptas, puede que sea la mejor. —Vuelve a pararse para respirar unos segundos, como si midiera con cuidado sus palabras—. Tú tienes que irte a terminar tus estudios a Galicia y yo no puedo irme de Madrid. Además, tengo que viajar de vez en cuando por negocios. Yo no he tenido nunca una relación estable y no estoy seguro de saber llevarla, no creo que pueda ser fiel y mucho menos a distancia. Para concretar... ¿querrías tener una relación abierta conmigo? por lo menos hasta junio, hasta que acabes de estudiar. Sería como Jessica y su amigo Raúl. ¿Qué opinas? —suelta el aire con fuerza y se aprieta las manos con nerviosismo.

—No, no quiero. Mejor dicho, no puedo tener una relación abierta contigo porque te quiero y no deseo a otra persona que no seas tú. No podría soportar saber que te acuestas con otras chicas. Y a no

ser que la relación abierta solo la quieras por tu parte, que no me extrañaría nada viniendo de ti, me parece a mí que no llevarías muy bien que yo me acostase con otros. Solo tienes que pensar en cómo te has puesto hace un momento con Fernando por haberme dado su tarjeta.

—No pretendía ofrecerte algo así solo para mí. ¡Por supuesto que los dos podríamos! —se defiende muy ofendido.

—De todos modos, no, no lo acepto.

—¿Ni siquiera lo quieres pensar?

—No tengo nada que pensar.

—¡Vale! —suelta con enfado—. ¿Entonces qué hacemos? ¿Hubieras preferido que dijera que sí, que ahora somos novios de verdad y mientras estés en Santiago te ponga los cuernos y ni te enteres?

—Sé que eso no lo vas a hacer. Por lo poco que te conozco, sé que no te gusta mentir y confío en ti en ese sentido.

—¡Joder! Pues dime tú qué hacemos —dice derrotado.

—Tenemos dos opciones: o somos pareja o somos amigos.

—No me queda otra, solo amigos. No te puedo prometer estupideces que luego no voy a cumplir.

—Bien, como tú quieras... —murmullo con tristeza.

—No me dejas otra alternativa —Se levanta del sofá dando por zanjado el tema.

—Gracias, Henry.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por ser honesto conmigo...

—Sara, para mí no hay otra forma de hacer las cosas. —Sigue caminando, se para y vuelve a mirarme—. Quizás en junio podamos volver a tener esta conversación. Si tú quisieras venir a vivir a Madrid, podríamos plantearnos nuestra decisión.

—Eso solo el tiempo nos lo dirá. —Henry asiente y se va.

Menudo nudo tengo en la garganta. No pienso derramar una lágrima. Él me ha ofrecido más de lo que esperaba y, sin embargo, para mí no es suficiente. Puede que a él le parezca normal ese tipo de relación, pero yo no podría soportarlo. Y, por supuesto, por mi parte no habría otros. En fin, ¡que no puede ser!

CAPÍTULO 16

Intento ponerme en pie para salir a tomar un poco el aire y caigo en la cuenta de que me han dejado sola y que no tengo muletas para desplazarme. Decido ir dando saltos porque si me quedo sentada me echaré a llorar. Hay unas puertas justo enfrente que dan al jardín, así no tendré que ir muy lejos. Al abrirlas me golpea el aire frío en la cara. Termino de salir al exterior, en precario equilibrio sobre mi pierna buena, hasta que llego a la barandilla de piedra y me apoyo en ella. ¡Qué frío! Estoy en camiseta a mediados de noviembre en Madrid y ya está oscureciendo. Pensé que me ayudaría estar fuera un rato, sin embargo, encima de dolida sentimentalmente, estoy tiritando y el pie que llevo descalzo me duele horrores. Cuando ya estoy a punto de dejarme llevar por el llanto, Henry me cubre con su chaqueta y me coge en brazos. No me dice nada, pero murmura maldiciones una detrás de otra y no creo que sea porque pasa frío. Ya en el interior, me vuelve a poner en el sofá y se apresura a cerrar el ventanal.

—Lo siento, Henry —logro articular entre castañeteos de dientes. Se sienta a mi lado y me frota los brazos con sus manos.

—¿Qué es lo que sientes? —murmulla— ¿No sucumbir a mi propuesta? Sé que lo que te pido no es justo. Si fueras como yo aún tendría algún sentido pero, si te parecieras a mí, seguro que no me sentiría atraído por ti. —Me mira y sonríe con cariño—. ¿Qué voy a hacer contigo? No quiero renunciar a tenerte a mi lado —susurra. Me acaricia la cara muy despacio y termina por rozar mis labios con la punta de sus dedos—. Me muero por besarte... —posa sus labios en los míos con mucha suavidad, dándome ligeros besos uno detrás de otro—. Qué bien sabes, me encantan tus besos... eres tan dulce... —Suelta un fuerte suspiro y apoya su frente en mi hombro.

Pasa un buen rato en esa posición. Creo que está intentando tomar una determinación. Termina por levantar la cabeza y quedarse

sentado a mi lado.

—¿Quieres que pongamos una película? —propone pasándome el brazo sobre los hombros—. Te dejo elegir.

—¿Estás seguro? ¿No será mejor que busquemos algo que nos guste a los dos?

—¿Eso va con doble sentido?

—No pretendía, aunque podemos aplicarlo a nosotros también.

—Ya... ¡Oh, Señor! Vale, vamos a intentarlo. Si tú aceptas tenerme a prueba, claro.

—¿A prueba? —digo vacilante.

—Esta semana vas a estar aquí. Bien, pues voy a probar a ver si soy capaz de comportarme.

—¿Comportarte...? ¿Te refieres a no ponerme los cuernos?

—Sí. Que me aguantes más o menos es otra historia, lo que me inquieta es no saber tener la bragueta de mis pantalones cerrada.

—¿Quieres tantear durante una semana?

—Sí.

—Trato hecho. —Levanto la mano para que me la estreche y él levanta la suya; las estrechamos sellando así nuestro acuerdo—. ¿Crees que lo vas a lograr? —le cuestiono cuando todavía están nuestras manos unidas.

—No lo sé, tengo dudas. Si no las tuviera no la liaría de este modo, ¡y déjame, no me hagas pensarlo más! Voy a intentarlo y punto. —Suelta mi mano, incómodo.

Su contrariedad me hace reír, aunque no creo que deba porque tengo serias dudas de que lo logre.

—¡Bueno!, no te torturo con más preguntas. Voy a buscar una peli que nos gust... —Acabo de levantarme y apoyar los pies en el suelo y me he quedado sin habla por el dolor de mi tobillo. Henry me ayuda a tumbarme en el sofá y me quita el calcetín para ver qué tal está.

—Llevas toda la tarde sentada sin elevar el pie, ¿a que sí? —me riñe—. Está muy inflamado. No te muevas de aquí, vuelvo enseguida.

Yo apruebo con un gesto de cabeza porque me duele mucho. No tarda en volver con un par de cajitas en las manos.

—Estás muy pálida, ¿te duele mucho? —acaricia mis mejillas con preocupación.

—Ahora sí. No me ha molestado casi nada en todo el día. Al salir al jardín, empecé a notar el dolor con el frío, y ponerme de pie ha sido el remate final.

—Voy a aplicarte esta crema. No te haré ningún daño, o al menos no mucho. Luego lo vendaré, ya verás cómo eso te alivia. Al acostarte tendrás que quitarte el vendaje y ponerte crema de nuevo. Por último, tómate esto. —Me mete en la boca una pastilla pequeña de las que le dio Fernando y empieza a untarme con la crema.

—¡Vale, vale, haré lo que tú digas! —Me rindo porque las friegas en el tobillo me resultan dolorosas.

—¿Con tan poquito ya me harías caso? —farfulla entre dientes y después suelta una sonrisilla traviesa.

—¿¡Qué!?

—Nada, nada... —Y aprieta un poco más haciendo que me olvide por completo de lo que me decía por la pequeña tortura.

Tras unos minutos de masaje, me venda y noto cierto alivio. Y mucho más cuando coloca mis piernas en un reposapiés, me abraza y me da un beso en la frente.

—¿Mejor?

—Sí... —respondo con cara de boba.

—¡Anda! iré a lavarme las manos antes de que me meta el dedo sucio en un ojo o te lo toque a ti.

Mientras se va veo la hora en un reloj de pared. Marca casi las siete de la tarde. Aún falta mucho para ir a dormir, pero ya me cuesta mantener los ojos abiertos.

—¿Estás cansada? —ya lo tengo sentado a mi lado.

—Solo un poco —miento.

Me acurruca en sus brazos y comienza a acariciarme la espalda con ternura.

—¡Eh! eso es jugar sucio —le digo con voz pastosa.

—Duerme un ratito hasta la cena —susurra entre risitas.

Nada más decirlo me quedo frita. Más tarde me despiertan los cuchicheos de Jessica y Henry.

—¿Qué tal está? —murmura Jess.

—Está agotada. Lleva tres horas durmiendo. El tobillo lo tiene hinchado y le duele.

—¿Cómo no va a estar agotada? Me ha contado que no le has dejado dormir mucho esta noche...

¡Pero será traidora! ¡Se lo cuenta todo! ¡No pienso contarle nada nunca más!

—¿Te lo ha contado...? ¿Qué te ha dicho?

—No mucho, la verdad. Sé cuántos orgasmos ha tenido, y lo mejor de todo... —contiene la risa— que te pusiste una toalla.

¡Por favor! ¡Esto sí que no se lo perdono!

—No se te ocurra contarle eso a nadie, ¿me oyes? —advierte a su hermana—. A nadie le importa.

—Tranquilo, solo te lo digo a ti —continúa con su risa burlona—. ¿No habrás sido tú el primero?

—No. ¡Mira, ya está bien! Ve a decirle a Rosa que vamos a cenar. ¡Vamos, vete! —Termina por echarla, como siempre.

Ella se va sin decir nada, pero estoy segurísima de que se ha marchado riéndose.

—Sara, vamos, sé que no estás dormida. —Sacude con suavidad mi hombro.

—¿Cómo lo sabes?, no me he movido. —Levanto la cabeza para poder observarlo.

—Cambiaste la forma de respirar en cuanto se puso a hablar Jess y contenías la respiración con sus preguntas. No te preocupes, ella no dirá nada a nadie.

—¡Te lo ha dicho a ti! ¿Para qué narices le habré contado lo de la toalla? —Pienso avergonzada—. Me ha explicado que no me hará falta en cuanto lo hagamos unas cuantas veces. Bueno, si lo volvemos a hacer... —Mis últimas palabras apenas han sido audibles.

—Soy tu novio, ¿no?

—A prueba —puntualizo.

—Entonces, no tendremos más remedio que probar, ¿no crees?

Afirmo con un contundente gesto de cabeza y me da un fuerte beso en los labios.

—Comemos algo ligero y nos vamos a la cama. —Se levanta y me coge como si no pesara nada—. Tengo muchas ganas de comprobar

hasta qué día hará falta ir con cuidado.

En cuanto me dice eso, escondo mi cara entre su cuello y el hombro, porque con el calor que siento, debo de estar roja como un tomate maduro.

—¿Cuánto crees tú? —susurra.

—No lo sé. Unas semanas, o días, quizás...

—Yo apostaría por horas —murmulla en mi oído haciéndome estremecer de pies a cabeza.

Al llegar a la cocina, me deja en una silla y me echa una de sus sonrisas traviesas que tanto me gustan.

—No tardes. Come deprisa —me ordena.

—Si lo prefieres, nos saltamos la cena... —lo reto con descaro.

Él me mira con seriedad y creo que se está planteando hacerme caso o no.

—Tienes que comer para tener fuerzas, si no, con lo cansada que estás, no me durarás nada en la cama.

Aunque todo me lo está diciendo al oído, Jessica se entera de lo que pasa y golpea a su hermano con la servilleta.

—¡Pervertido!, para de una vez —lo increpa en voz baja para que Rosa no la oiga.

Henry hace oídos sordos y se sienta a la mesa sirviendo zumo en su vaso y en el mío.

—¡Date prisa! —me apremia de nuevo.

Está de un humor excelente, así que le sigo el rollo y empiezo a comer a toda prisa, engullendo como si alguien hubiera puesto un cronómetro y quisiera ganar el primer premio. Él, cómo no, intenta superarme.

—¿Tenéis prisa, niños? —Rosa se extraña con nuestra conducta.

—Sí —contesta Henry con la boca llena.

—Rosa, por tu bien, no preguntes más —aconseja Jessica.

Rosa se da la vuelta meneando la cabeza y farfullando. Henry apura su vaso de zumo y se levanta.

—Vamos —anuncia con prisas.

Trago lo que tengo en la boca, bebo un poco de zumo para ayudar y levanto los brazos para que me coja. Me coloca en su regazo y sale corriendo hacia la habitación. El corazón me late a toda prisa, ¡y eso

que es él el que corre! Entramos en su cuarto y me deja encima de la cama, echándose sobre mí. Sin perder más el tiempo, me besa con pasión. Me va quitando la ropa sin sacar su lengua de mi boca.

Como la otra vez, estoy del todo desnuda y él con todo puesto, aunque parece que hoy no se anda con tonterías y se quita la ropa con celeridad.

Cuando ya está desnudo, empieza a tocar mis pechos y se mete un pezón en la boca, chupando y lamiendo con fuerza. Es una dulce tortura. Una de sus manos baja pasando por mi vientre plano hasta alcanzar su objetivo. Mientras sus labios van pasando de un pecho al otro, introduce uno de sus largos dedos en mí, proporcionándome un placer asombroso. El dedo se mueve cada vez más rápido en mi vagina y ya me tiene al filo del orgasmo.

—¿Quieres que siga o prefieres que te penetre? —susurra con voz ronca.

—Métela ya... por favor —le ruego.

Saca su dedo, coloca su miembro hinchado y se hunde en mí de una sola estocada.

—No levantes las piernas, a ver si así no te molesta —explica antes de moverse.

¿Si me molesta? ¡No sé de qué me habla! Solo me siento llena y gozando con cada acometida. ¡Me muero de ganas de rodearlo con mis piernas! así que termino pasando los muslos alrededor de su cintura. Noto una ligera punzada, pero el placer se sobrepone al dolor, hasta que a la tercera o cuarta vez que se hunde en mí tengo que bajar las piernas.

—Tranquila, cielo. Al final de la semana seguro que esto estará superado —me alienta con dulzura.

Me está mirando a los ojos y puedo ver en ellos sincero afecto.

—¿Quieres que pare? Podemos hacer otras cosas.

—No, no quiero que pares, pero esta vez te haré caso y no subiré las piernas.

Sonríe y me besa con lentitud, saboreando con calma mis labios, moviéndose al mismo ritmo, entrando y saliendo sin ninguna prisa. A partir de ahí solo percibo placer. No para de acariciarme y tocarme, tengo sus manos en todos lados. Me roza con la palma los duros

pezones y después pellizca con los dedos. Vuelve a repetirlo una y otra vez, haciéndome sentir cada vez más ansiosa por alcanzar el clímax.

De pronto para de tocar mis pechos. Me quedo anhelante, necesito que continúe. No hace caso de mis quejas y baja su mano entre mis piernas, y sin dejar de meter su verga, roza con delicadeza el clítoris y traza pequeños círculos en mi sexo empapado. Como si hubiera tocado un botón de encendido, me pongo a dar gritos de placer al alcanzar un espectacular orgasmo.

Cuando todavía estoy sintiendo los cosquilleos de placer, se sale de mí, me pone de lado y se coloca detrás, me penetra haciendo que continúe el cosquilleo. Aprieta mis pechos y roza los duros botones con las yemas de los dedos. Se va hundiendo en mí cada vez más deprisa. Está duro como el acero y sus gemidos van en aumento.

—Sara... me encanta hacerte el amor. No sabes cuánto placer siento estando dentro de ti... Adoro oír cómo te corres...

Sus gemidos y sus palabras me vuelven loca y noto cómo otro orgasmo se acerca, provocado por su dulce voz. Jadeo con fuerza con la satisfacción del placer del nuevo orgasmo y, al escucharme, se deja llevar él también.

—Nena... eres muy receptiva... —declara con la respiración acelerada.

—¿Eso es malo? —me doy la vuelta para poder mirarlo.

—¿Malo? ¡No, al revés! es muy, muy bueno... Creo que tú y yo vamos a pasar muy buenos ratos juntos.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque, por la poca experiencia sexual que tienes, es muy fácil estimularte y te corres en distintas posiciones y con rapidez.

No sé muy bien cómo tomarme su comentario. Me hace sentir como si fuera una guarrilla facilona y me siento avergonzada.

—¿Qué te pasa? —se preocupa al ver mi cambio de actitud.

—Nada... es solo que... no sé, parece que sea...

—¿Compatible en la cama conmigo? —termina la frase por mí—. No sé cómo lo has interpretado, pero te aseguro que no es nada malo. Es muy difícil encontrar a alguien con quien te compenetres

tan bien en la cama. Esto no es muy común y tengo algo de experiencia para comparar.

—¿Me estás diciendo que te gusta especialmente hacerlo conmigo?

—¡Sí!

Estoy tan alucinada con lo que me está contando que no sé qué pensar. ¿Cómo puede ser cierto si ni siquiera puede dejarse llevar sin hacerme daño? No quiero seguir dándole vueltas, me siento muy cansada.

—Estoy agotada. ¿Te importa que durmamos ya?

—No, claro que no. Voy a lavarme los dientes, si necesitas ir al baño tú primero, te cedo el paso.

Al decir lo de los dientes recuerdo que mi neceser estaba dentro de la mochila que lancé por encima de la valla. Contenía mis pocas pertenencias y las píldoras anticonceptivas.

—¡Henry! ¿mandaste a alguien a recoger mi mochila? —grito alterada.

—Calma. La habrán llevado a la habitación de invitados.

Salto de la cama y justo antes de que toque el suelo con los pies, Henry me sujeta.

—¿A dónde vas, locuela? —dice riendo—. ¿Ya no te acuerdas del tobillo? Ya voy yo a buscarla.

Va hasta el baño, sale con un albornoz puesto y se va. Vuelve en menos de un minuto con mi mochila en la mano. Suelto el aire, aliviada.

—¿Están las píldoras dentro? —su pregunta tiene un matiz de reproche.

—Sí, están en el neceser. —Lo abro y busco dentro, desesperada. Por fin las encuentro y me meto una en la boca.

—Tómatela con un poco de agua. —Me pasa la botella que tiene en su mesilla—. Deberías tomarlas con la comida, así no te olvidarías con tanta facilidad. Y si nos hubiéramos quedado dormidos, ¿eh? —apuntilla.

—Tienes razón. Cuando empiece a tomarlas el próximo mes, lo haré con la comida.

—¡Anda, ven! Vamos a lavarnos los dientes y a dormir, que estoy hecho polvo. —Me acerca al baño.

—Necesito hacer pis y lavarme un poco —digo con timidez—. Déjame sola, porfa.

—Llámame cuando acabes, no quiero que vayas saltando, podrías caerte. —Sale y cierra la puerta.

En cuanto termino, no le hago ningún caso y salgo saltando hasta llegar a la cama. Henry está dormido, con la boca abierta y, al sentarme, muevo el colchón y se sobresalta.

—Me he quedado dormido. ¿Me has llamado?

—No. Ve a lavarte los dientes y vuelve pronto. —Me hace gracia su cara de desconcierto.

En poco tiempo ya se está tirado de bruces en la cama, se agarra a mi cuerpo como si fuera un osito de peluche y se le cierran los ojos al instante.

CAPÍTULO 17

La voz de Henry me despierta. Está hablando bajo, no entiendo bien lo que dice. Miro a mi alrededor. Me doy cuenta de dónde estoy y de que aún es de noche. Tiene una discusión en sueños. Habla en inglés, por eso no lo entendía, ¡se pelea hasta dormido! Voy entendiendo palabras sueltas. Si no me equivoco, discute con su padre sobre caballos o casas. ¡Qué lástima que no domine el idioma! El cabreo aumenta cada vez más y ya no entiendo nada, salvo «papá» *'dad'*. De golpe abre los ojos y me mira desubicado.

—Hola, ¿quién ganó, tu padre o tú? —me burlo de él—. Lo digo por la refriega que tenías hace unos segundos con él.

—¿Hablaba en voz alta?

—«Yes», en inglés.

—Con mi padre solo hablo en inglés. ¿Qué has entendido?

—Poca cosa. La pelotera era con tu padre porque repetías «dad» varias veces, y pienso que iba sobre caballos o casas...

Me está mirando con una sonrisa de oreja a oreja.

—No hablas inglés, ¿verdad?

—No, a no ser que me vea obligada para comer, hospedarme, comprar o algo por el estilo.

Él sigue riendo como si le estuviera contando un chiste.

—¡Deja de reírte de mí! —le riño.

—Es que me hace mucha gracia que confundas *«horses»* con *«houses»*.

—No, ahora que lo pronuncias bien y no farfullas, definitivamente decías: *«Horses»*. ¿Discutías por caballos? —suelta una carcajada, sin poder contenerse más.

—Sí, discutía con mi padre por unos caballos. En especial por la yegua de mi madre. Pretendía llevarse al animal, que es mío. Todos los de las cuadras que viste cuando fuimos a montar lo son. La que montamos nosotros es Molly, la yegua de mi madre.

—¿La discusión fue real?

—No, nunca ha sucedido. Lo único que tenía en testamento que no tuviera que compartir con mi hermana fueron los caballos. Mi madre los adoraba y yo compartía su cariño mucho más que Jess o mi padre. Yo siempre discuto con él por cualquier motivo y si no lo hay me lo invento, como en este caso con los caballos de mi madre.

—¿No te llevas bien con él?

—No es eso. Quiero a mi padre, solo es que chocamos mucho. Aunque me cueste admitirlo, me parezco demasiado a él.

El sonido del teléfono de Henry corta nuestra conversación. ¿Quién demonios llamará a estas horas?, ¡si parece todavía de noche!

—Tengo que coger, es de la oficina —contesta la llamada y sale disparado al ordenador que tiene en el escritorio.

No sé quién ha llamado, pero el tono que emplea Henry con él no me gusta nada. Si yo trabajara para él, me daría miedo. Después de unas cuantas indicaciones, termina por decirle que estará en la oficina dentro de una hora.

—Tengo que ir a trabajar un rato. Siento mucho dejarte sola pero, si no voy, son capaces de hundir la empresa —suelta con enfado.

—¿En unas horas te hundirían la empresa?

—¡No, mujer! Es una exageración. Es que, si no estamos Miguel o yo, los altos cargos tienen tendencia a pelear por quién manda más y, a veces, toman decisiones equivocadas por querer estar por encima del resto. Solo con que yo esté presente dejan de hacer el gilipollas y se portan con profesionalidad, cada uno donde le corresponde.

—¿Y si enfermas o tienes que ir de viaje?

—Miguel ocupa mi lugar. Él causa casi el mismo efecto. De todos modos, en alguna ocasión nos hemos ausentado los dos y no ha pasado nada grave.

Mientras habla ya se ha preparado la ropa y se dirige al baño.

—Intentaré llegar a la hora de comer. ¡Te llamaré! —Cierra la puerta tras de sí.

Me levanto de la cama con cuidado y apoyo la punta de los dedos de mi pie hinchado. No me duele tanto como ayer, pero está como

una pelota. De repente, se abre la puerta del lavabo y aparece Henry a medio afeitar.

—¡Perdona! no te he dejado entrar a ti primero, ¿necesitas ir?

—No te preocupes, puedo esperar —digo sonriente.

—Lo siento, no suelo compartir habitación.

—Tranquilo, lo entiendo.

Vuelve a cerrar la puerta para terminar con su aseo matutino. Quince minutos después ya está duchado, vestido y perfumado. Jo... hoy está buenísimo incluso con su apretada corbata.

—Te sienta bien esa corbata azul. Estás muy guapo.

—Gracias. —Sonríe algo ruborizado—. A mi gusta tu pelo alborotado, estás muy sexy. —Se sienta a mi lado, me acaricia la cara y me besa—. ¡Uf!, mejor me voy antes de que no encuentre la voluntad para hacerlo. —Va hacia la puerta—. Te llamo luego —dice por encima del hombro.

¡Qué irónico! me deja en casa y con la pata quebrada, ¡y para colmo estoy contenta!

Más tarde, cuando por fin he conseguido asearme en la pileta del lavabo, porque me daba miedo meterme en la ducha, voy en busca de Jessica que, cómo no, me acribilla a preguntas sobre lo que pasó anoche, pero no le cuento nada ¡por chivata! Luego me intereso por lo que ocurrió con Fernando cuando se lo llevó, y ella se ha negado a explicármelo en venganza por no querer contarle lo mío.

—Mira que eres mala. No puedo explicarte lo que hago con tu hermano en la cama. ¿Cómo puedes ser tan morbosa?

—Solo quiero saber si lo pasaste bien —insiste.

—Sí, lo pasé muy bien, dos veces. ¿Contenta?

—¡Serás jodida! qué suerte tienes. ¡Llevas seis en dos días!

—No grites tanto, por favor —susurro mirando para todos lados, porque el personal de limpieza está por toda la casa.

—Todo el mundo sabe que te acuestas con Henry.

—Pero no tienen por qué saber cómo, ni cuándo, ni cuántas veces.

—Van a saberlo por los condones —suelta toda llena de razón.

—¿Qué condones? No se pone nada... —¡Oh, ya he hablado de más!

—¡¡Qué no se lo pone!!

—¡Por Dios! te lo ruego, baja la voz.

—Lleva toda la vida dándome la vara con que hay que ponérselo siempre, alardea de usarlo en todo momento, ¡y ahora tú me dices que no se lo pone! —continúa alterada, pero en un tono más moderado.

—Tiene una explicación: yo tomo la píldora y él no llevaba condones encima para intentar, de ese modo, no acostarse conmigo. Total, que llegamos al acuerdo de hacerlo sin más protección que la píldora. Como él lo hace siempre con preservativo y yo solo he estado con un chico hace más de un año y además fue con condón... ¿pero por qué te estoy contando todo esto? —digo en tono quejumbroso.

Ella me mira muy seria, incluso diría que está enfadada.

—Jess, ¿estás cabreada?

—¡Pues sí, sí lo estoy! Él puede hacer lo que le dé la gana, incluso acostarse con la primera amiga que tengo de verdad en mucho tiempo. ¡Encima parece que va en serio! ¿Sabes cuántas veces me ha dicho que no tenga relaciones a pelo hasta que no tenga una pareja estable? ¡Cientos! ¿Por qué coño no se enamora de una de esas guarras con las que se acuesta? ¡No! tiene que ser mi amiga... Que se líe con Claudia, por ejemplo. Esa arpía aparecerá tarde o temprano y te pondrá los cuernos con ella, ¡te lo aseguro!

Jessica en ese momento se da cuenta de lo que ha dicho, me mira a los ojos y frena su lengua. Estoy a punto de echarme a llorar.

—Sara, lo siento, ¡soy una estúpida! No debería decirte esas cosas. El cabreo es con Henry, no contigo.

—¿Quién es Claudia? —murmuro.

Jess suspira con fuerza. Se está debatiendo entre si contármelo o no.

—Es una antigua amiga de Henry, una especie de amante. Cada cierto tiempo llega, tienen sexo durante unos días y se vuelve a largar. Se asemejan bastante: es fría y calculadora, carismática, siempre consigue lo que quiere y es una manipuladora —dice la última palabra entre dientes—. Se ha casado dos veces y nunca ha dejado de ver a mi hermano. Para ella es suyo y no creo que tarde

en venir a verlo en cuanto llegue a sus oídos que tú estás en su casa y en su cama.

—Jessica, ahora sí es mi novio de verdad. Ha prometido intentarlo... —Yo misma no me creo mis propias palabras y ya me caen algunas lágrimas.

—No llores, ¡anda! —me anima—. Si te lo ha prometido, puede que lo haga. La verdad es que nunca antes se había comportado así, y es evidente que te quiere, ¡venga, cuñada! No soy más que una bocazas y en realidad me muero de envidia.

—Sabes qué, que no importa lo que pase. Voy a disfrutar de cada segundo a su lado, confío plenamente en él. No quiero decir con esto que me vaya a ser fiel, sino que me avisará si no puede serlo y, hasta que llegue ese momento, gozaré todo lo que pueda de su compañía. —Me limpio las mejillas húmedas y sonrío a Jess.

—Solo te pido una cosa —declara con tristeza—. Si lo vuestro acaba mal, no dejes de ser mi amiga, por favor.

—¡Claro, Jess!, no dejaré de serlo. Te lo prometo. —Las dos nos fundimos en un entrañable abrazo.

—¿Sabes cómo vamos a pasar la mañana? —reaparece su entusiasmo—. Nos inflaremos de gusanitos, patatas fritas y Coca-Cola, mientras vemos a vampiros buenorros en la tele. ¡Tengo una serie que te va a encantar!

—¡Venga! ¿a qué esperamos?

CAPÍTULO 18

Estamos en el sofá, poniéndonos moradas de comida basura y viendo una serie que no sé de qué demonios va, pero los tíos están buenísimos y vamos pasando a las escenas que nos interesan.

—¡Hola! —saluda Henry con tranquilidad a nuestro lado.

Jessica, del susto, ha tirado todos los gusanitos y yo me he atragantado con las palomitas que masticaba. Henry me da unos golpecitos en la espalda y me ofrece el refresco que tengo delante, para que trague y no me ahogue.

—Vaya, vaya... Creo que he llegado demasiado pronto y no he tenido la delicadeza de avisar por teléfono —se mofa de nosotras—. Menudo fiestorro tenéis montado antes de las doce del mediodía. —Nos ofrece la caja de pañuelos de la mesa—. Limpiaos la cara, la tenéis llena de esa porquería naranja que Jessica ha tirado al suelo.

Nos miramos la una a la otra y comprobamos que es cierto. Jess tiene restos hasta en las cejas. No puedo evitar echarme a reír a carcajadas, y Jessica, cómo no, me secunda.

—Sois incorregibles —nos dice sonriendo—. Me voy a cambiar. Tardaré unos quince minutos. Por favor, recoged y ventilad esta habitación, apesta al queso de los gusanitos.

—¿A que es la leche? —exclama Jess en cuanto se va su hermano —. Ni siquiera ha gritado un poquitín.

—Nos va a dar un capón como no recojamos antes de que él vuelva. ¡Venga! pide un aspirador y un paño y yo abro la ventana.

Cuando Henry vuelve estamos sentadas, todo está recogido, ventilado y hasta nos hemos cepillado los dientes. Se coloca a mi lado, mira el sofá, coge una palomita de entre los cojines y la deja en la mesilla que tenemos enfrente.

—Hoy vamos a comer a la una —enfatiza la «una»—. ¿Verdad que tendréis hambre? —Hace una pausa esperando a que asintamos—.

Hoy hace un día precioso para ir a montar, así aprovecharemos la tarde. ¿A que es una idea estupenda, chicas? —Volvemos a asentir.

Ninguna de las dos nos atrevemos a decir nada, así que optamos por callar hasta la hora de la comida. A la una en punto nos hace sentar a la mesa. Rosa nos sirve un puré verde, bastante espeso y muy poco apetecible.

—¿Qué es esto? —suelto con asco.

—Puré de guisantes. Empieza a tragar que tenemos que marcharnos. —Me ofrece la cuchara, echándome una mirada de advertencia.

Cojo la cuchara y observo a Jessica para ver qué hace. Ella ya se ha metido una cucharada en la boca y, después de tragar, cierra los ojos y se estremece. Sin embargo, vuelve otra vez, sin pensárselo dos veces.

Henry está de brazos cruzados de un modo muy amenazante. Al final, sin pensarlo más, comienzo con el engrudo. El sabor no es malo, pero no lo han colado para quitarle las desagradables pielecillas de los guisantes, y está soso. No creo que pueda terminarlo sin vomitar. Vuelvo a mirar a Henry para ver si se apiada de mí, pero no, él sigue en sus trece. Bueno... continuaré mientras pueda.

Él se ha tomado el suyo sin hacer un guiño, y Jessica casi lo ha terminado. Yo estoy haciendo grandes esfuerzos por mantener en el estómago lo poco que he comido. En la siguiente cucharada ya me entra una gran arcada y casi lo echo todo en la mesa. Henry me quita la cuchara de la mano y aparta el plato de mi vista.

—¿Estás bien? —dice alarmado.

—No, necesito ir al baño con urgencia...

Me coge de un plumazo y me lleva a un lavabo pequeño que hay cerca de la cocina. Nada más llegar, lo vomito todo en el retrete. Henry me aparta el pelo de la cara porque apenas me puedo sostener de pie.

—¿Mejor? —me mira preocupado.

—Un poco —pronuncio en voz baja—. Creo que no voy a volver a comer guisantes en toda mi vida —aseguro.

—Perdóname, no debería haberte obligado a comerlo.

—¿Por qué lo has hecho? si nos hubieras pillado fumando unos porros, aun lo entendería, ¿pero por unas cuantas chucherías?

—Te vuelvo a pedir disculpas. Te estoy tratando como si fueras un miembro más de la familia, aunque realmente eres mi invitada y mi novia desde hace apenas unas horas. —Baja la vista hacia sus manos, como hace siempre que se siente avergonzado.

—Así que un familiar, ¿eh? ¿Debo sentirme halagada? —bromeo.

—No volveré a cometer una estupidez semejante. ¿Me perdonas?

—Si no se repite, estás perdonado.

—Gracias. Me gustaría pedirte algo de todos modos.

—Dime —le digo sorprendida por su tono de súplica.

—Dentro de casa, para mí y para los míos, y ahora tú estás incluida, me gusta llevar una vida lo más sana posible. Por eso tengo una serie de normas con referencia a la alimentación, las cuales tú ya conoces en parte. Lo que te pido es que intentes cumplirlas. No te lo voy a imponer, solo te pido que lo respetes. Para mí es importante.

—Lo cumpliré con la condición de que me expliques el porqué de semejante obsesión.

—Por la salud y el bienestar de las personas que quiero —pronuncia con orgullo.

—A ver... ¿qué está prohibido?

—Toda la comida basura: refrescos, *snacks*, precocinados, todo lo que tiene aditivos y colorantes artificiales.

—¿Y unas palomitas? ¿qué tienen de malo unas palomitas? —me exaspero.

—Nada si están hechas en casa, no las de microondas. Yo se las pido a Rosa algunas veces para ver una película.

Sé que tiene razón, que no es bueno comer esas cosas, pero de vez en cuando...

—Vale, está bien. No romperé las normas de tu casa.

—Me gustaría que fuera siempre, no solo en mi casa. No obstante, es un comienzo. Gracias.

—No abuses. ¿Y ahora puedo comer algo sólido? Nada de papillas ni purés.

Me lleva en brazos hasta la cocina y pide a Rosa que nos sirva unos champiñones rellenos que saben a gloria.

Al final, vamos a ver los caballos Henry y yo. Jessica se niega a venir con nosotros para mirar, según ella, cómo nos hacemos arrumacos. Estoy encerrada desde que me torcí el tobillo y no estoy acostumbrada a pasar tantas horas dentro de casa. ¡Me muero por salir a tomar el aire, aunque huela a caca de caballo!

—¿Quieres montar tú sola? —Saca a la yegua de la cuadra.

—No, gracias. Ya tengo bastante con haberme torcido un pie, no quiero partirme el cuello. —Mi tono suena asustado.

Henry sonríe meneando la cabeza, me ayuda a subir como la otra vez y monta detrás de mí. Agarra con vigor mi cintura, gobierna con facilidad a la yegua y salimos a pasear hacia el prado. Hace frío y agradezco que me apretuje de ese modo. Cómo me gusta tenerlo tan cerca, en esta postura resulta muy excitante.

—¿Te gustaría que nos diéramos un revolcón en la orilla del estanque? —Pone cara de travieso cuando me giro a mirarlo.

No sé si me lo ha dicho en broma. El corazón se me pone a mil por hora en cuanto veo lo serio que está.

—¿Quieres hacerlo al aire libre? Hace mucho frío, ¿no?

Su mirada es de lo más pícara y su sonrisa torcida no presagia nada bueno... Al llegar al estanque, desmonta y me ayuda luego a mí. Estamos al lado de un árbol, un sauce precioso. Me apoyo en el tronco mientras el coge la manta que puso sobre la silla cuando estábamos en el establo. La estira en la hierba y me ofrece la mano para que pueda sentarme con comodidad en la cálida lana.

—No hace falta que tengamos sexo, había pensado que te gustaría que nos besáramos aquí. Imaginé que te resultaría romántico. —Nada más decirlo, mira incómodo hacia cualquier lado, menos a mí.

¡Qué mono...! ¿Se me está volviendo blandito o qué?

—Es una idea estupenda —contesto sonriente.

—Ven sobre mí. —Se palmea las piernas—. ¡Móntame, muñeca! —Los dos nos echamos a reír y subo sobre él a horcajadas como si fuera la montura.

—¿Estás cómoda?

—Mmmm... no mucho, la verdad. Me molesta un poco el tobillo en esta postura.

Me abraza y se echa para atrás apoyando la espalda en el árbol, yo quedo encima de su cuerpo y desaparece al instante la presión que ejercía sobre mis pies.

—¡Eh, mucho mejor! —grito jubilosa—. ¿Tú estás bien?

—Estoy en la gloria. —Sonríe pasándome las manos por las nalgas y me besa con dulzura.

Cuando ya llevamos un buen rato sin parar ni para respirar, Henry empieza a desesperarse e intenta quitarme prendas.

—¡Para! —Aparto sus manos de mi pantalón—. Para... —Quito sus hábiles dedos del enganche del sujetador—. ¡Henry! —Me baja la cremallera de los vaqueros.

—¿Qué? —contesta como si no hiciera nada.

—Será mejor que nos vayamos.

—¿Por qué no quieres hacerlo aquí? A mí me parece excitante... —Insiste con el manoseo.

—Me da mal rollo. Tengo la sensación de que podrían vernos.

—¿¡Quien, Molly!? —Señala a la yegua—. La finca está vallada, no puede haber nadie paseando.

—Por favor, aquí no —suplico.

—Está bien, vámonos —suelta molesto—. ¿Quieres tomar un té? —intenta sonar de mejor humor.

—Sí, no estaría mal.

Nos subimos a la yegua y no me dirige la palabra en todo el camino. Decido no hablarle para que se le pase el calentón y el cabreo.

Después de haber dejado a Molly en la cuadra, entramos en la encantadora casa rústica a tomarnos un té en el porche, pero pronto nos volvemos de regreso a su casa, porque aún continúa de morros. ¡Mira que es cabezota! ¡Teníamos que echar un polvo campestre, sí o sí!

—¿Te va a durar mucho el cabreo? —Empiezo a estar algo molesta con él.

—No estoy cabreado, estoy decepcionado. No se me pasó por la cabeza el que te negaras. Pensé que te resultaría agradable, como

me parecía a mí.

—Siento haberte decepcionado. Si no me hubiera sentido incómoda no me habría negado. Tenía la desagradable sensación de que nos observaban. Si puedo compensarte de algún modo, lo haré gustosa. Podemos reproducir la postura en tu casa, si quieres, o pedirme alguna otra cosa que no hayamos hecho. —Ya me suben los colores...

—¿Ah, sí?, ¿qué estarías dispuesta a hacer? —me pregunta algo más animado.

—No sé. ¿Qué te gustaría hacerme o que yo te haga?

—A mí, se me ocurren unas cuantas, pero dudo mucho que tú estés interesada.

—Tiéntame.

—No, no lo haré. Al menos no de momento, es muy pronto.

—De verdad, no quiero parecer tonta, pero me gustaría saber qué cosas podríamos hacer o hasta dónde te apetece llegar conmigo. Si no me lo dices empezaré a pensar cosas raras.

—Quizá esas cosas raras para mí no lo sean tanto. ¿Qué son cosas raras para ti?

—Orgías, sexo duro, sumisión... ¿sexo anal? —Me arde la cara y tengo pavor a que quiera algo de eso.

—Soy demasiado posesivo y dominante, lo de compartir se me da bastante mal; más de una mujer son muchas. Orgías descartadas. Sexo duro... ¿qué entiendes por sexo duro? ¿Hacerlo con fuerza? A eso sí me apunto, pero no tengo prisa, ya llegará el momento. Por Dios, espero nunca me pidas que te pegue porque no lo haré y tampoco consentiré que tú lo hagas. Lo único que me daría morbo sería atarte con mi corbata o taparte los ojos, eso puede ser divertido, siempre y cuando tú consientas. Sumisión fuera. Y el sexo anal... no voy a negar que me guste, pero solo me resulta placentero si también disfruta mi pareja, y si tú lo has metido en el mismo saco que el resto, dudo mucho que te interese.

—Dime una sola cosa que me pedirías hoy mismo.

—Sexo oral. Tú a mí.

¡Es verdad! Él siempre me toca y me lame hasta volverme loca de placer y yo nunca le hago nada.

—¡Oh...! lo siento, tienes razón. Esta noche sin falta te lo haré. —Sonríe satisfecho.

—Soy muy dominante en la cama; si no lo has hecho antes, es porque no te he dejado opción.

—¡Pues hoy será lo primero que hagamos!

—¡Te tomo la palabra! —Comenzamos a reír los dos, dejando olvidado lo sucedido esta tarde.

El teléfono de Henry suena con insistencia mientras aún estamos riendo, y conecta el manos libres.

—¿Qué pasa Roberto, me echabas de menos? —está tan animado que hasta bromea con Hierro.

—¿Estoy en el manos libres?

—Sí, solo está Sara conmigo. ¡Habla de una vez!

—Tú mismo... Se acaban de recibir unas fotos vuestras con una nota. Las fotos son de esta misma tarde en el estanque. Conozco bien la finca, y por muy buen objetivo que tuviera, tenía que estar cerca, son muy nítidas.

—¿Estamos en el suelo apoyados en un árbol? —la mandíbula se le tensa al hablar.

—Sí —El ambiente se ha vuelto tenso y nadie sabe qué decir—. Henry, ¿cuánto os falta para llegar?

—Diez minutos o menos. —Pisa el acelerador.

—Ve con cuidado. Nos vemos ahora en la entrada. —Y cortan la comunicación.

Henry me mira de reojo y no parece encontrar palabras que decirme.

—No te preocupes, seguro que Roberto terminará pillando a ese tío —le aseguro poniendo mi mano sobre la suya.

—Eres increíble... ¿No me lo reprochas?

—¿El qué?

—¿¡El qué!? ¡Joder! ¿te imaginas por un momento que te convenzo para hacerlo? —grita indignado.

—¿Por qué razón voy a molestarme por algo que no ha pasado? —explico tranquila—. Da gracias a mi sexto sentido y no le des más vueltas.

—Podría haberse acercado a nosotros, estábamos solos... Nos ha hecho fotos, pero podría habernos disparado.

—¡Deja de comerte la olla! eso no ha pasado y ya estamos llegando a tu casa, ¿vale? ¿O quieres insistir hasta que me entre miedo?

—Tienes razón, cielo, perdóname. —Entrelaza sus dedos con los míos y no hace más comentarios.

Al llegar a la casa, Roberto está esperando fuera. Nos hace parar el vehículo nada más pasar la valla y, por señas, nos indica que salgamos cuanto antes. Hay un coche de policía y varios agentes esperando.

—¡Señora, apártese del vehículo lo antes posible! —me ordena un policía nada más bajar.

Henry llega corriendo a mi lado y me lleva hacia la casa lo más rápido que puede.

—Quédate aquí, ahora vuelvo —me pide dejándome junto a su hermana en la puerta.

Las dos nos quedamos mirando cómo corre hacia Roberto, pero él le hace señas para que no se acerque y es Hierro el que viene.

—Meteos en casa y cerrad la puerta. No os acerquéis a las ventanas a cotillear. ¡Por favor, Henry, no me repliques! —Roberto levanta la mano hacia él.

—Vale, me meto dentro, ¡y tú también! ¡Que lo hagan ellos! —grita desdeñoso.

Roberto lo mira y sonríe, negando con la cabeza. Se acerca y le pone la mano en el hombro.

—Henry... me pagas para esto. Yo me encargo de tu seguridad y la de tu familia. Cuando me asegure de que todo está bien, entraré y hablaremos —dicho esto, se gira y va disparado hacia el coche, donde todos están esperando por él.

—¿Qué pasa, Henry? —Mis ojos reflejan lo asustada que estoy.

—Imagino que creen que podría haber algún tipo de artefacto explosivo ¡o qué sé yo! ¡Pasad adentro ya! —nos grita.

Me lleva en brazos hasta la cocina, que se encuentra al otro lado de la casa, para alejarnos lo más posible del supuesto peligro. Está tan alterado que no me atrevo a dirigirle la palabra.

—¡Ay, mi niño! —se lamenta Rosa al vernos—. Gracias a Dios que estáis bien. Pasad que os pongo una infusión para calmar los nervios.

—Tomadla vosotras, yo no quiero nada. Estaré en mi despacho. —Sale como un torbellino de la cocina.

Las tres quedamos mirando cómo se va y permanecemos en esa postura unos minutos, como petrificadas.

—¡Hay que ver qué genio tiene este chico! No se le acabará en la vida —protesta Rosa.

—¿Tú has visto algo? —pregunta Jess.

—¡Yo qué voy a ver!

—¿Qué clase de fotos os han hecho? Roberto no me las ha querido enseñar.

—En el estanque, Henry puso una manta bajo un árbol y nos estuvimos besando. Por lo visto es ahí donde nos las hicieron. No sé nada más, al igual que Henry, por eso tiene ese monumental cabreo, no tiene el control sobre nada.

—Enseguida vendrá Roberto y le contará lo que sepa. Lo malo es que, si no quiere explicarnos nada a nosotras, no nos enteraremos.

—Esta vez sí que hablará, no tiene más remedio. Yo estoy implicada —garantizo.

Media hora después, aún estamos sin saber nada. Hace unos cinco minutos que Roberto y un par de policías entraron en el despacho con Henry. Tienen la puerta cerrada y no se oye nada.

—¡Por Dios!, ¿qué pasará? —dice Jessica irritada.

Justo en ese momento empiezan a oírse gritos. No se entiende lo que dicen, se escuchan varias voces y la de Henry es la que se oye por encima de las demás. La puerta se abre de golpe.

—Señor Cromwell, le ruego que se controle y recapacite —dice un sofocado policía con la cara roja por la discusión.

—¡¡Fuera de mi casa!! —vocifera Henry —¿¡Cómo se atreve a decirme que me controle cuando un demente me sigue y no hacen nada!? ¡¡Encima, ahora sugiere que mi novia podría estar compinchada con... ese!! ¿¡Por qué no hace bien su trabajo y lo atrapan en lugar de estar molestándome con gilipolleces!?

—No estamos diciendo que sea culpable, solo hay que descartarla como sospechosa, es algo rutinario. Tengo que hablar con ella para hacer bien mi trabajo, como usted me ha sugerido. —Al policía parece que se le está acabando la paciencia.

¡Creen que estoy implicada! Tengo que hablar con ellos y todo se aclarará. Salgo de la cocina y voy lo más rápido que puedo, cojeando, hacia el despacho.

—¡Sara, no, no vayas! ¡mi hermano se pondrá colérico! —Jess intenta pararme, pero yo ya estoy a medio camino y los policías ven cómo me acerco.

—Henry, por favor, no te enfades. Déjalos que hablen conmigo y que me descarten de una vez. Si no, haces que parezca sospechosa. Solo serán unas preguntas, ¡a mí no me importa! Así se centrarán en el verdadero problema.

Henry está tan perplejo que ni se acerca para ayudarme ni dice nada. Es Roberto el que viene para ofrecerme su brazo, como apoyo hasta llegar a la silla.

Uno de los policías se sienta junto a mí y me da las gracias de antemano por colaborar, mirando de reojo a Henry. Después se centra en mí, verifica mis datos personales y le contesto a todas las preguntas que me hace. Hay un momento, en el que pido un calendario para orientarme. Hay unos días que no recuerdo muy bien qué hice y necesita que se lo aclare lo mejor posible. También me preguntó si había conocido a alguien peculiar últimamente. Fue la pregunta que más gracia me hizo, porque desde que conozco a Jessica y a Henry, no paro de conocer a gente de lo más variopinta.

—Señorita Estévez, le vuelvo a dar las gracias. Nos ha sido de mucha ayuda. —El hombre se levanta.

—Es lo menos que puedo hacer.

Henry sigue en el umbral de la puerta mirando hacia mí.

—Señor Cromwell, nos pondremos en contacto con usted a lo largo de la semana. Esperamos que nos comunique cualquier cosa fuera de lo común. No lo molestamos más, buenas noches —se despide envarado y salen acompañados por Roberto, porque Henry no le ha hecho ni el más mínimo caso.

Cuando ya se han marchado, se acerca y me lleva a la cocina de nuevo. No me da la sensación de que esté enfadado, más bien parece derrotado.

—¿Estás bien? —susurro.

—Sí, no te preocupes —dice con voz queda.

Cuando llevamos un rato en la cocina, Rosa ya empieza a servir la cena. Ninguna de nosotras se ha atrevido a decir nada.

—Rosa, no me sirvas nada, no tengo hambre —Henry habla en un tono monocorde.

—¿Te guardo un poco para más tarde? —pregunta la mujer con cariño.

—Sí, quizás más tarde. Sara, necesito estar solo. Voy al gimnasio, no me esperes levantada.

—Si lo prefieres, puedo irme a la habitación de invitados —le informo con tristeza mientras se está marchando.

—No, cariño, no quiero que te vayas. Solo necesito aclarar las ideas y me harás falta cuando vuelva. —Se gira y se va.

Tengo muchas ganas de ir tras él, pero tanto Rosa como Jessica se dan cuenta de mis intenciones y niegan con un gesto de cabeza.

—Déjalo que se calme, niña. Ya volverá.

—Sí, Sara, necesita relajarse, no lo atosigues. Lo conozco y sé que está al límite —Jess me da un apretón en la mano para infundirme fuerza.

—¿Crees que está así por mi culpa? —Me aborda la congoja.

—¡No!, no es culpa tuya.

—¡Es por ese degenerado! ¿Por qué lo hace? ¿¡Qué quiere!? —empiezo a elevar el tono por la rabia.

—No le deis más vueltas, niñas. Comed un poco y a descansar, que nos irá muy bien a todas.

Intento hacerle caso a Rosa, pero no puedo, tengo un nudo en el estómago. Estoy muy preocupada por Henry. No sé si hice bien al ir a hablar con los policías, él no quería y yo procedí según me pareció a mí mejor. Quizás fue la gota que colmó el vaso.

—Perdonadme, no soy capaz de comer un bocado más. Me voy a dormir.

—¡Espera! yo te ayudo a subir las escaleras —se ofrece Jess.

—Come tranquila, yo iré despacito. No te preocupes.

—¡Ni en broma! Solo falta que te caigas por el camino y te hagas más daño. Mi hermano no me lo perdonaría. —Me agarra del brazo.

Cuando ya estamos en el dormitorio, se queda tranquila. Me desea buenas noches y se va enseguida, lo cual agradezco porque no veía el momento de quedarme a solas.

Mi ropa está colocada en una parte del vestidor de Henry, y mi neceser, en el mueble del baño, al lado derecho. Todos sus utensilios de higiene personal, los ha retirado al izquierdo. Me está cediendo parte de su espacio para que me sienta cómoda.

Me muero de ganas de salir en su busca, los nervios me consumen. Termino por darme una ducha caliente para relajarme. Utilizo el gel de Henry, es su olor, la misma marca que su perfume. Envuelta hasta los pies de uno de sus albornoces, busco entre su ropa algo que ponerme, ya que no me queda de la mía. Elijo lo más típico y sexy; su camisa. Me cubre hasta las rodillas como si fuera un camisón, y a las mangas les he tenido que dar tres vueltas para que me queden a la altura de la muñeca. El estrés de estos días me está pasando factura y me meto en la cama destrozada. Deseo que llegue antes de que me quede dormida, sin embargo, el cansancio puede conmigo.

La oscuridad me envuelve, apenas puedo ver. Las paredes son estrechas, creo que estoy en un pasillo. Enciendo mi móvil para intentar ver algo mejor. El suelo es de grandes baldosas negras y blancas como un tablero de ajedrez. Es un pasillo interminable donde no veo el fin, y de pronto oigo a alguien que se acerca. El pánico me domina e intento correr pero apenas tengo fuerzas, mis piernas no responden. La persona que me acecha cada vez está más cerca. Empiezo a correr, pero mucho más lento de lo normal. Estoy muerta de miedo. El chirrido de una puerta que se abre con sigilo me sobresalta, abro los ojos espantada, y descubro con gran alivio que estoy en la cama y es Henry el que abre la puerta para entrar en el dormitorio.

—Siento haberte despertado —susurra.

—No, si te lo agradezco. Tenía una pesadilla horrible. Ahora que estás aquí ya me siento mejor.

Lleva una camiseta y un pantalón de deporte que, al encender la luz del baño, me doy cuenta de que están empapados en sudor, y no tiene muy buena cara.

—¿Te encuentras bien? —digo alarmada.

—Estoy muy cansado, nada más, duerme. Me ducho rápido y me acuesto que ya no puedo más.

Al cerrar la puerta, enciendo la luz de la mesilla y miro el reloj. Son las dos y él se fue antes de las diez, ¡lleva haciendo ejercicio más de tres horas! Además, no ha cenado y apenas comió al mediodía nada más que el pastoso puré de guisantes. Vuelvo a apagar la luz y espero.

Pronto deja de correr el agua, y unos segundos después sale Henry con una toalla alrededor de sus caderas, la deja caer al suelo y se desploma en la cama a mi lado. Se revuelve entre las sábanas y me busca para poder abrazarme. Aprieta tan fuerte que me está haciendo daño.

—¡Abrázame, por favor! —exige angustiado.

—¿Qué tienes, cariño...?

Su respiración es agitada, se estremece tembloroso entre mis brazos y cada vez se agobia más.

—No puedo respirar... —pronuncia como un suspiro—. La ventana... abre la ventana, te lo ruego... ¡Luz, la luz, enciéndela...!

Le doy al interruptor de la luz, corro a abrir la ventana para que entre aire frío y en dos brincos vuelvo a estar a su lado. Él se ha sentado y aprieta con tal fuerza el edredón que tiene los nudillos blancos. Me pongo de rodillas delante de suyo.

—¿Qué necesitas ahora, mi vida? —Le acaricio la cara con preocupación.

—En el cajón de la mesilla... hay unas pastillas pequeñas... de color rosa, dame una...

Dentro del cajón hay tres cajas de medicamentos y solo uno es rosa. Se la doy junto con la botella de agua que tiene siempre sobre la mesa.

—Toma. Ya verás cómo pasa pronto. No te dejaré solo, yo cuidaré de ti —le aseguro para intentar tranquilizarlo.

A él parece que le hace gracia lo que le digo y suelta una pequeña sonrisilla torcida.

—Cariño, ¿sabes qué me ocurre? —Respira algo más tranquilo.

—No sé, ¿nervios? No creo que sea nada grave...

—Es un ataque de ansiedad. Hacía mucho que no me daba —Se vuelve a angustiar—. La primera vez fue un par de días después de la muerte de mi madre. Mi padre me informó que él se marchaba y me dejaba al frente de la empresa. Me dijo que yo ya había demostrado que podía hacerlo mejor que él... ¡que tenía visión de futuro! Yo con lo chulo y prepotente que soy, no tuve cojones de decirle que estaba cagado de miedo, ¡que necesitaba un tiempo a su lado! Si yo ya era un tío difícil, a partir de ese día, ni te cuento. El orden, la disciplina y la carencia de sentimientos gobernaron mi vida. Pero cuando llegaba la noche, el silencio, la oscuridad, la soledad... me caía el mundo encima. Fui en secreto al psicólogo y al psiquiatra, me avergonzaba que pensaran que era débil. En unos cuantos meses lo superé, salvo en momentos puntuales de mucho estrés, que me dan pequeñas crisis. No tenía una tan fuerte desde las primeras. Tengo mucho miedo de que te hagan daño por mi culpa. ¡No puedo controlar la situación! ¡tengo que protegerte! yo... no me lo perdonaría.

—Henry, no te preocupes por mí. Haré todo lo que tú me digas sin protestar. Entiendo lo que ocurre y también te entiendo a ti. El diálogo será de gran ayuda. Si me impones las normas sin más, lo más probable es que no te haga caso; yo también soy una cabezota, pero informada razono bastante bien.

—Contigo me resulta fácil hablar. Eres la primera persona a la que le cuento mi problema, no lo sabe nadie —confiesa avergonzado.

Le acaricio la incipiente barba con ternura y siento un profundo dolor por no poder aliviarlo de algún modo.

—¿Te serviría de algo si te abrazo? —se me quiebra la voz.

Me agarra con fuerza y me estrecha contra su pecho.

—¿Que si me sirve? me da la vida... —susurra.

Nos tumbamos bien apretujados, haciéndonos caricias. Henry ya respira con normalidad y el medicamento parece hacerle efecto,

porque en pocos segundos se queda dormido, y yo, calentita y protegida entre sus brazos, no tardo en hacer lo mismo.

CAPÍTULO 19

El zumbido de un teléfono me despierta. ¡Demonios! ya estamos otra vez, ¡ya lo están llamando! Salto de la cama, cojo sus móviles y desenchufo el fijo. Salgo cojeando de la habitación y voy hacia el despacho. El aparato sigue sonando con insistencia.

—¡Diga! —contesto algo grosera.

—Buenos días... ¿El señor Cromwell? —La persona que me habla parece confusa.

—El señor Cromwell no puede ponerse —suelto cortante.

—¿Quién es usted?

—Soy la señorita Estévez y hoy seré la asistente personal del señor Cromwell. No podrá atender a nadie hasta la tarde. Le tomaré los datos y le informaré de su llamada en cuanto sea posible. Le atenderá en función de la prioridad de la demanda. —Rezo para que no se dé cuenta de que soy una pardilla sin experiencia alguna.

—Eh... bien... Soy Manuel Rodríguez. Es sobre la reunión con los de Columbia para este jueves. Necesito saber quiénes tienen que asistir por nuestra parte.

—¿Le puedo hacer una pregunta, señor Rodríguez?

—Eh... sí.

—Ya se han reunido con anterioridad con ellos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Me está diciendo que no sabe tomar la decisión de ir las mismas personas o variar en función de la negociación con Columbia? Seguro que el señor Cromwell confía en su criterio, si no, no estaría en su equipo. De todos modos, se lo comunicaré si no se ve capaz.

—¡Sí soy capaz! es solo que...

—Muy bien, entonces seguro que hará lo acertado. Pase usted un buen día señor Rodríguez —me despido cortante.

—Buenos días...

Cuelgo el teléfono antes de que vuelva a insistir. Ya no tenía argumentos que darle.

—¿Qué haces?

—¡¡Joder!! ¡Jess, qué susto me has dado! —Suelto los teléfonos como si quemaran.

—¿Te estás haciendo pasar por asistente de mi hermano? Se va a liar muy, muy gorda.

—¡Es que no lo dejan descansar! Te aseguro que lo necesita, si no, no lo haría.

El teléfono empieza a sonar de nuevo y Jessica ya empieza a reírse.

—¿Qué creías? ¿que no llamarían más? —se burla.

—¡Dígame! —contesto de nuevo.

—¿Cromwell?

—El señor Cromwell no puede atenderlo este momento.

—¿Quién es usted?

Jessica, mientras continúo con la pantomima, me está diciendo por señas que Henry me va a estrangular cuando se entere.

Las llamadas empezaron antes de las siete de la mañana. Son casi las once y no he tenido tiempo más que para ir a hacer pis una sola vez. ¡Qué pesadilla! Jess me ha traído café y una magdalena para que pueda desayunar algo.

—¿Sabes qué, Jess? me ha llamado la auténtica asistente de Henry y me ha preguntado que quién demonios era yo. Ha sido la única que se ha enfrentado a mí. Pero lo más sorprendente es que cuando le he dicho que era la señorita Estévez, ella ya sabía quién era. Me ha dicho: «¿Eres Sara, ¿no?» Me ha dejado alucinada. No le dije el nombre a nadie, ¡y sabe que estoy saliendo con tu hermano!

—Normal, es Sofía, la secretaría de mi hermano, ¡la de verdad! A esa mujer se lo cuenta todo. Le tramita toda la documentación: si coge un vuelo, reservas de comidas, cenas... de lo que sea, lo hace ella. Henry, Miguel y Sofía son amigos. Casi siempre desayunan juntos y aprovechan para contarse sus cosas, por eso tienen datos privados los unos de los otros.

El móvil suena por enésima vez y contesto de nuevo poniendo los ojos en blanco.

—¡Diga!

—¿Señorita Estévez? —es la primera llamada que contesto en la que preguntan directamente por mí.

—¿Sí?

—Soy Emma Vázquez, de personal. El señor Cromwell me dijo que le avisara cuando tuviera información sobre la nueva fábrica de metal. Se ha hecho balance y el resultado es positivo a solo un mes del cambio. Los quinientos quince trabajadores, de momento, son rentables, pero solo rozan los objetivos estimados.

Esto me suena. Henry me explicó algo sobre la decisión de seguir contratando o no a más de quinientos trabajadores, y que los tenía a prueba durante tres meses hasta tomar una determinación, en función de los objetivos obtenidos.

—Bien, si el balance en solo un mes es positivo, en los dos que restan de prueba alcanzarán sin duda los objetivos previstos. Hay que darles una oportunidad, el futuro de mucha gente está en juego.

—¿La decisión del señor Cromwell será definitiva? —La duda parece invadirla.

—Señora Vázquez, en un caso así, ¿qué cree usted que es lo correcto? —la instigo.

—Entiendo, unas cosas compensan otras. Haremos definitivas las contrataciones. Buenos días, Señorita Estévez —se despide con seguridad.

—Buenos días.

—¿Qué estás haciendo?

Me he quedado paralizada. Tengo a Henry delante, ¡y estaba escuchando!

—Sara, contéstame —me apremia.

—Yo solo quería que descansaras...

—¿Y por eso diriges mi empresa sin mi permiso? —Se cruza de brazos y alza las cejas.

—¡No!, bueno, solo un poco... Yo no he tomado ninguna decisión, se las he hecho tomar a ellos, ¡son tu equipo! Me dijiste que sabían lo que hacían... No quería que te molestaran en unas horas.

—¿Llevas mi camisa puesta? ¿solo mi camisa? —dice desconcertado.

—También llevo bragas y calcetines. Los teléfonos no paraban de sonar y no he podido ponerme otra cosa. ¿Estás enfadado conmigo?

—Me lo estoy pensando, pero me cuesta mucho viéndote así vestida. —Me observa muy serio.

Viste una camiseta y un pantalón de deporte. No lo lleva precisamente holgado, y puede intuirse con facilidad la erección que no le deja pensar con claridad.

Jessica, que no se ha atrevido a decir esta boca es mía, se va escabullendo con sigilo del despacho para no comerse la bronca. Sin mirar un segundo hacia su hermana, Henry continúa valorando qué debe hacer conmigo.

—Vamos a ver si priorizo. ¡¿Te han hecho caso los directivos de mi empresa?! —exclama aturdido.

—Sí, eso creo...

—¿Quién les has dicho que eres? ¡porque no lo entiendo! ¿Cómo lo has conseguido? ¡De verdad, esto es para echarlos a todos a la puta calle! ¿Qué pasa, si me secuestran y mis captores les dan órdenes, les harían caso? —Está muy indignado con lo ocurrido, pero no pierde los papeles.

—Les he dicho que hoy sería tu asistente personal. He tomado nota de sus peticiones. Mira —Le señalo las notitas colocadas por orden de llamada—. Les he recordado que forman parte de tu equipo y que saben tomar decisiones apropiadas. Vamos, les he dado un empujoncito para que lo hicieran ellos mismos...

Se pone a mi lado y yo me levanto de inmediato para cederle la silla, pero me obliga, poniéndome una mano en el hombro, a sentarme otra vez, y comienza a leer las notas.

—Las que tienen una cruz, —empiezo a explicarle— quiere decir que han continuado sin la necesidad de confirmación o cambio por tu parte. Las que llevan un círculo son las que necesitan de tu firma o autorización. Y las restantes, tendrás que hablar con ellos a lo largo de la tarde, o mañana, según la prioridad que tú les des. La única que se me revolvió fue Sofía, pero cuando le dije mi apellido,

ya sabía quién era y se relajó un poco. De todos modos, quiere hablar contigo en cuanto estés disponible.

—¿Y lo de las contrataciones? —Ahora no me mira y su tono es agresivo.

—¡Eso!, le dije que podía hacerlo ella sola. No, perdona, no es cierto... a esta la engañé un poco. Le hice creer que yo sabía de antemano tu respuesta. Lo hice porque están rozando los objetivos en un solo mes. En los dos siguientes seguro que los superan con creces. Trabajarán duro, ¡ya verás!

—Sara, no tienes ni idea de lo que hablas. No depende de lo bien o mal que lo hagan los trabajadores, depende de la rentabilidad de la empresa. La rescaté movido por los mismos sentimientos que tú; esa fábrica no era mía. Si pasado un tiempo no da ganancias, no tendré más remedio que desmantelarla.

—¡No!, aún no han pasado los tres meses, por favor, dales más margen. —Junto las palmas de las manos, suplicando.

—No voy a negarles un tiempo más, pero tú ya estabas autorizando la continuidad sin esperar a los resultados. Hasta ahora solo me ha dado pérdidas.

—¿De verdad? Lo vi tan claro... —Me dejo llevar por la pena—. La voy a llamar ahora mismo y le diré que lo interpreté mal, que continúan a prueba dos meses más.

—No, estate quietecita con el teléfono y no la líes más, ¿de acuerdo?

—Sí —digo avergonzada.

—Ahora bien, tengo que reconocer, que no lo has hecho nada mal. Parece ser que tu carisma no solo me afecta a mí. Tienes valor, coraje y poder de decisión. Cuando acabes los estudios, me pensaré muy seriamente instruirte para formar parte de la compañía.

—¿En serio? —grito de contenta.

—Que no se te suba a la cabeza, bonita —me regaña—. ¿Has desayunado?

—Un café y una magdalena que me trajo Jess. Del café, me tomé la mitad, y de la magdalena no han quedado ni las migas.

—Pues vamos a desayunar y después volvemos a la cama. Tú me debes algo, ¿recuerdas? —me dice por encima del hombro mientras

camina hacia la puerta—. ¡Vamos! Y deja ahí los teléfonos —ordena.

Recuerdo a la perfección lo que le prometí ayer que le haría, y solo de pensarlo ya me entran los calores. Comienzo a caminar con mucha calma. Ya puedo apoyar el pie, pero sin forzarlo. Él se gira para ver como ando y ya no viene a cogerme en brazos.

—Voy a llamar a la fisioterapeuta. Quiero que venga lo antes posible para empezar con la rehabilitación.

—Me parece genial. Me muero de ganas de caminar con normalidad. ¡Oh!, escucha. —Señalo mi oído—. Tu teléfono suena de nuevo. —Empiezo a girar para ir a buscarlo.

—¡Pasa a la cocina! —Señala en la dirección con una pose muy autoritaria y obedezco sin rechistar.

CAPÍTULO 20

Rosa nos prepara un montón de cosas y empezamos a comer con hambre canina. Llevamos muchas horas sin apenas ingerir nada. Yo aún he comido algo, pero Henry, nada en absoluto desde el dichoso puré de guisantes.

Al acabar, me siento saciada y somnolienta. En esta casa, por una razón o por otra, no hay manera de dormir de tirón.

—Ven aquí antes de que te quedes dormida en la silla. —Henry, con una sonrisa burlona, me coge y me lleva hacia su habitación.

—Qué buenas estaban las tortitas de Rosa... ¡Y el sirope sabía de maravilla!

—Sí, ¿verdad? A mí me encantan, ¡son su especialidad! De niño me las hacía todos los fines de semana.

—Mmmm... qué suerte —digo con envidia.

—Cambiando de tema, ¿te duchas conmigo? —suelta con naturalidad.

—¡Vale!, me muero de ganas. Tus teléfonos me han hecho sudar tinta.

Henry se ríe a carcajadas de mi comentario y ya me mete directamente en el baño.

—¡Por Dios! ¡que sexy estás con mi camisa! —Empieza a desabrochármela y a besarme el cuello—. ¿Sabes cuánto he tenido que controlarme para no tirarte sobre la mesa de mi despacho y hacértelo allí mismo? —Besa mis labios con fuerza mientras me quita las bragas.

—Hubiera sido divertido... —suelto juguetona.

Se separa de mí unos centímetros y me mira alzando las cejas.

—¿Te daría morbo?

—Un poco sí. Hoy he sido tu secretaria y me he portado un poco mal... Tú eres el jefe, y puede que tuvieras que darme una lección...

—Sonrío y me abanico, muy coqueta con mi propia mano, haciéndole ver que tengo mucho calor.

—Así que quieres jugar a esto, ¿eh? —me dice con voz ronca —Señorita Estévez, no puedo hacer eso en la mesa de abajo, nos graban las cámaras con sonido incluido, pero el castigo que se merece se lo puedo dar en el escritorio y en la silla que tengo aquí mismo —Me coge y, en pocas zancadas, me sienta sobre la mesa.

Llevo la camisa desabrochada y sin bragas. Me abre las piernas para colocarse entre ellas, se pone de rodillas y, sin más miramientos, comienza a lamer mi sexo. Me empuja con sus manos para que me tumbe y me abre más los muslos para poder seguir chupando. Con cada lengüetazo me pone más caliente. Sus manos parecen estar en todas partes y el dulce tormento que siento en mi entrepierna sube de intensidad con rapidez, haciendo que jadee con desesperación.

—Aún no, señorita Estévez... —Para de golpe, mientras niega con su dedo índice—. Su castigo no puede acabar tan pronto.

—¡Por Dios! ¡sigue! —le exijo.

—No, no... —Se pone de pie y rodea un pezón con la boca—. Tu castigo acaba de empezar. —Y vuelve a succionar mi pecho.

Con sus hábiles dedos comienza a rozar en círculos la entrada de mi hendidura, mientras sigue jugueteando con su lengua en mis senos. Levanto las caderas, impaciente, para que meta, aunque solo sea uno de sus dedos dentro de mí, pero él no me complace.

—Por favor... —suplico—. Penétrame ya...

—¿Tan pronto? —se mofa de mí—. No hay prisa.

—¡Métela, Henry!

—Señorita Estévez, no se dirige usted con la debida consideración a su superior. —Continúa lamiéndome.

—¡Ooooh... Señor! ¡Sigue...!

—No me habla con respeto, ¿no le han enseñado modales? —Se le escapa la risa mientras me besa y sigue paseando sus dedos entre mis muslos.

—¡No, señor Cromwell, soy una pervertida redomada y deseo fervientemente que me folle de una vez! —suelto desesperada.

Ahora sí que ha parado, al no controlarse, para poder reírse a gusto.

—¡Oh, nena!, esa contestación te da derecho a lo que tú quieras.

Se yergue y empuja su redondeado glande hacia el interior de mi vagina, y cuando me ha embestido algunas veces, ya alcanzo el anhelado orgasmo que con tanta desesperación buscaba.

—¿Más tranquila? —susurra entre risas.

—Síííííí... —suspiro—. Ahora te toca a ti.

Me levanto de la mesa y lo empujo hacia la silla.

—Siéntese, señor Cromwell. —Sonrío con picardía.

—¿Qué quieres hacerme?

—Sufrir... —Me pongo entre sus piernas y me agacho para poder chupar su magnífico e hinchado pene.

A él ahora se le ha cortado la sonrisa de golpe y gime con fuerza mientras su verga entra y sale, sin parar, de mi boca. De vez en cuando paro para pasar la lengua por la punta de su miembro y eso parece volverlo loco de placer. Creo que está a punto de reventar de lo dura que la tiene y empiezo a notar que sale una pequeña gota de sabor salado de su glande. Sin aguantar más, se levanta y me hace girar de espaldas a él.

—Échate sobre la mesa —ordena.

En cuanto mis pezones tocan la mesa, él me penetra con fuerza desde atrás agarrando mi cintura y arremete contra mí hasta alcanzar el clímax entre jadeos.

—Sara... no tienes ni idea del poder que tienes sobre mí.

No contesto a lo que me acaba de decir, porque me temo que lo ha dicho por el arrebato del momento. Se retira de dentro de mí con lentitud y me gira para abrazarme.

—Me vuelves loco, cariño —explica antes de besarme.

Diciéndome esas cosas hace que me derrita en sus brazos. Lo que siento por él es tan intenso que parece que mi corazón va a estallar de dicha.

—Te quiero —sale de mis labios sin poder evitarlo.

—Y yo a ti, Sara.

Después de un largo abrazo, me suelta y me lleva al baño de nuevo.

—Ahora sí que tenemos que ducharnos, ¿no crees? —Sonríe.
—Sí —Señalo entre mis piernas.
—¡Vamos allá!

CAPÍTULO 21

Al terminar de comer, viene la fisioterapeuta con la que ha contactado después nuestra ducha juntos. Es una chica joven y menuda y, a pesar de eso, tiene una fuerza tremenda. También es bonita y muy sexy. No me gustan nada las confianzas que se toma con Henry. No para de sobarlo con la excusa de comprobar sus trabajados músculos. Él, visiblemente incómodo, se excusa para ir a trabajar a su despacho y arreglar el desaguisado que he provocado esta mañana.

He de reconocer que, aunque no me cae nada bien, es excelente en su trabajo. Me ha hecho masajes, ejercicios y me ha pasado una máquina por el tobillo. Es como un milagro, ya no está nada hinchado y puedo caminar casi con normalidad. Solo falta que desaparezca el dichoso moratón. Dentro de dos días volverá para rematar la faena.

Al despedirse, Henry la acompaña a la salida y le entrega un talón. Ella se estira y le cuchichea algo en el oído, él dice que no y ella dice que otro día será.

—Te acuestas con ella, ¿verdad? —pregunto nada más cerrar la puerta.

—Sí —responde con rapidez.

—¿Y no podías llamar a otra? Lo digo para que resultara menos incómodo.

—Ella es muy buena en su trabajo, no he pensado en nada más. No tienes por qué sentirte amenazada. —Se acerca y acaricia mi mejilla.

—Si sigo contigo no tendré más remedio que acostumbrarme. —Hago una mueca de asco y me río.

—Tranquila, tampoco son tantas, y que ella haya venido a casa ha sido una excepción.

—¿Nunca traes a tus ligues a casa?

—No —pronuncia con rotundidad.

—¿Por qué?

—Porque esta es mi casa, mi espacio, mi vida privada, y ellas no forman parte de nada de eso. Casi todas tienen sus parejas estables y no esperan nada de mí, salvo un buen rato.

—Entonces, ¿dónde lo haces?

—Tengo un piso en el centro, a veces en un hotel, o en casa de ellas, depende. —Se encoge de hombros.

—¿Las escoges casadas a propósito?

—Sí, son las que me dan lo que quiero y ahora, después de los treinta, es mucho más fácil. Casi todas lo están. —Sonríe con descaro.

—Yo no lo estoy.

—No, pero lo tuyo no tiene nada que ver. Tú solo tienes veintitrés años, te me has metido bajo la piel, y nada menos que desde el primer día que te conocí y me insultaste en mitad de la calle sin conocerme de nada. —Me mira con intensidad—. Me gustaría saber si hubiera reaccionado igual si no te hubieses encarado de ese modo.

—¿Quieres decir que te gusta que me ponga chula contigo? —pregunto confusa.

—Me gusta tu forma espontánea de reaccionar, no que seas chula, tú no eres así. Esa noche estabas borracha, ¿a qué sí?

—¡No es cierto! Solo estaba un poco... achispada —digo con petulancia.

—Ya veo... ¡Menuda trolera! —me acusa entre risas. Yo ya no aguanto y empiezo a reír también—. Mira, yo ahora voy al gimnasio un ratito, ¿qué quieres hacer tú mientras? ¿Ver la tele un poco, leer, tomar unas cuantas copas para achisparte...?

Le miro ceñuda e intento ser amenazante como él, pero parece que no surto el mismo efecto.

—¿Puedo ir contigo?

—Si quieres... ¡Pero no quiero quejas! No me pedirás que cambie la música o que la baje.

—¡Por Dios!, ¿qué escuchas?

—Te aseguro que no es Rihanna ni Shakira ni Beyoncé.

—¿Entonces, ¿qué? ¿No será Pit Bull? —Henry me mira con cara de repulsión.

—No me insultes de ese modo. Me gusta principalmente el *heavy* —pronuncia con orgullo.

—¡Jo!, ¿de verdad? ¡Si pareces un pijo! —Ahora sí que me mira con cara de cabreo.

—Sara, yo tengo pasta, no soy un puñetero pijo, y me ofende que pienses que lo sea.

No voy a discutírselo, porque no estoy muy puesta en el tema, pero yo juraría que un auténtico *heavy* no llevaría el jodido traje oscuro y la corbata fusionados con la piel como lleva él a diario.

—Está bien. Pon la música que te gusta, prometo no protestar.

—Vamos de una vez —suelta algo molesto.

Sale a toda prisa en la misma dirección del garaje. Yo lo sigo a mi ritmo, porque puedo andar, pero no correr. Cuando va a meterse por una puerta, se percata de que no estoy con él y me busca con la mirada.

—¡Oh, lo siento! —Se acerca a mí—. Caminas bastante bien. Vas mejorando.

—Sí, pero aún no puedo correr detrás de ti con esas zancadas que das con tus patas largas. Pronto podré, ya verás.

Me sonríe y me ofrece el brazo para acompañarme. Al pasar por la puerta y encender la luz, veo el tremendo gimnasio que tiene montado. Una zona de máquinas, un saco, espadas y palos colgados de la pared, y una amplia zona de entrenamiento con el suelo entarimado.

—Ponte cómoda —suelta mi brazo y va a poner en marcha el equipo de música.

La canción empieza a sonar con fuerza en toda la sala. Aunque me lo había tomado un poco en broma, sí que es *heavy*. Iron Maiden si no me equivoco. Bueno... ahora que lo veo todo de negro, subiéndose a la cinta de correr, le pega mucho más de lo que me imaginaba.

Aprovechando el mullido suelo, empiezo a hacer unos estiramientos. Al cabo de diez minutos, sigue corriendo a buen ritmo y no me mira en ningún momento. Comienzo otra tabla de

estiramientos que me enseñaron unas compañeras de clase. Henry para en seco y viene hacia mí.

—No puedes hacer eso —explica—. Te vas a contracturar. No estiras bien la espalda y después te dolerá. —Se coloca detrás de mí y me obliga a poner la espalda derecha—. Levanta los brazos y ahora agáchate. —Con su mano empuja con suavidad en mitad de la columna—. No fuerces, que estás fría. Rebota, vuelve arriba y otra vez. ¿Sientes menos tensión ahora?

—Sí, tienes razón —asiento sorprendida.

—Ve despacio, tómatelo con calma. Allí, en ese estante —me señala la esquina— tienes unos libros de tablas de ejercicios. Mírate en el espejo para corregir la postura. —Miro hacia el gran espejo que cubre la pared.

Pensé que no me hacía ningún caso y, sin embargo, estaba pendiente de mí. Me acaricia la espalda y vuelve hacia la cinta, toca unos botones y sube la intensidad del ejercicio.

Intento hacer como él, ignorarlo, aunque me resulta difícil, y de vez en cuando le echo una miradita de soslayo. Me he puesto a ojear los libros que me indicó, ¡están en inglés! No creo que lo haya hecho a propósito, se ha criado con los dos idiomas y le resulta tan natural el uno como el otro. No es consciente de que yo no lo entiendo bien. Me vuelvo a sentar en el suelo y planto el libro delante de mí, fijándome en los dibujos y fotografías. Comienzo con los ejercicios. Henry, que ahora está haciendo estiramientos, vuelve a parar y se acerca a mí otra vez.

—¿Qué haces? ¡sigue las instrucciones! Estas son para después de haber calentado, ¿no lo ves? Mira, lo pone aquí. —Señala con el dedo el texto.

Me quedo mirándolo expectante, para ver cuando cae de la burra y se da cuenta de lo del idioma.

—¿Qué te pasa? —Frunce el ceño, extrañado.

—Nada, que lo debe explicar muy bien, pero yo no lo entiendo.

—No es tan técnico como para que no lo entiendas, Sara, mira...

Cuando se dispone a leerlo, y justo antes de pronunciar la primera palabra, se da cuenta de lo que ocurre.

—¡Mierda...! lo siento, no me daba cuenta.

—Ya lo sé. Ha sido divertido. —Me río de él.

—Ja, ja, qué risa... a mí no me hace gracia. Deberías aprender inglés, lo vas a necesitar. Para trabajar conmigo lo exijo, además de valorar otros idiomas.

—Perdona... ¿me lo exiges? —Pongo los brazos en jarra.

—¡Por supuesto! Tienes que ir a una academia y, después, conversación puedes practicarla conmigo o con Jessica, ¡o con Miguel cuando vuelva!

—Tengo que ir... —susurro ofendida todavía con los brazos en jarra.

—Sí, tienes. Por favor, no es nada malo. ¿Dominas algún otro idioma?

—No, dominar... ninguno. ¿Y tú, listillo?

—Sí —suelta como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Cuáles?

—Francés, alemán, italiano y, por motivos de negocios, lo estoy intentando con el chino y con el ruso.

—Lo... intentas... —Lo miro con la boca abierta—. De verdad, me haces sentir tonta.

—¿Por qué? ¡eres muy lista! Si no sabes más, es porque no has tenido las facilidades que tuve yo ni unos padres que te lo impusieran. ¿Crees que no me tuvieron que obligar? Odiaba cualquier idioma que no fuera el de mi padre o el de mi madre. Hoy en día les agradezco mucho su paciencia conmigo.

—Tienes mucha suerte, ya vienes de base con el castellano y el inglés.

—Sí, en eso te doy la razón. Además, mi educación se repartió entre los dos países. Mi suerte, en ese sentido, no se puede comparar con la tuya. Pero ahora me tienes a mí, ¡utilízame!, y no solo para darte placer... —Sonríe de medio lado como solo él sabe hacer.

—No sé... me da mucha vergüenza. —Me pongo roja—. No pronuncio nada bien. Te reíste de mí cuando dije que te había escuchado decir en sueños: *«Horses»* o *«Houses»*.

—Jamás me reiría de ti, te lo prometo.

—¿Y cuándo podríamos? Me voy el domingo y tengo que estudiar.

—No pongas excusas. Todos los días puedes hablar conmigo por teléfono. Puedes preparar el tema de conversación, explicarme lo que has hecho a lo largo del día... Durante el fin de semana, cuando vengas, veremos películas en versión original con subtítulos en inglés y te ayudaré a entenderlas, ¿vale? —dice animado.

—Bueno, pero no todo el rato. Solo me hablarás en horas establecidas, no en cualquier momento, ¡que te conozco! Seguro que acabarías haciéndolo todo el tiempo.

—¡Ok! —pronuncia con acento, y empieza a reírse.

—¡Ahora no!

—No, tranquila. Ahora voy a entrenar, ¡que ya estoy frío otra vez! tendré que calentar de nuevo... —Me besa y se va corriendo.

Decido estarme quieta para no interrumpirlo más. Me dedico a observarlo, que también es muy entretenido. Va tarareando las canciones de vez en cuando, mientras le atiza patadas y puñetazos al saco. Después de su pelea a muerte con el pobre fardo, se seca el sudor con una toalla y se coloca en el centro de la sala mirando hacia el espejo. Respira en profundidad unas cuantas veces y se coloca en posición para empezar una kata de Karate. Lo sé, porque cuando era pequeña, me apuntaron durante unos años a un gimnasio para aprenderlo. Cuando nos trasladamos de Barcelona a Cádiz no quise continuar porque ya no eran ni mi maestro ni mis compañeros. Tenía diez años recién cumplidos. Unos meses después, murió mi padre. Mi madre y yo nos fuimos a vivir con mi abuela a Galicia, al pueblo, y ahí sí que no tenía ninguna posibilidad de continuar con el deporte, ya que no había ningún gimnasio cerca.

La Kata que él hace no la conozco. Es muy complicada, yo solo sé las primeras. No soy una experta en el tema, pero el tío es una máquina, lo hace espectacularmente bien. Al acabar, que me dan ganas de aplaudirle, aunque me contengo. Vuelve a hacer otra. Cuando termina la segunda, se pone de rodillas con las manos sobre sus piernas y cierra los ojos durante un rato, respirando con calma absoluta. Luego pone las palmas de las manos en el suelo estirando los brazos y pegando la frente al entarimado, y queda durante unos segundos más, respirando despacio en total relajación. Levanta la

cabeza y de un salto se pone de pie con agilidad felina, y viene hacia mí.

—Vámonos, cielo, necesito una ducha con urgencia.

—¿No quieres beber? debes estar deshidratado con lo que has sudado. —Le toco la cara empapada en sudor.

—¿Por qué crees que tengo agua siempre en mi habitación? Así no tengo que pasar por la cocina.

CAPÍTULO 22

Después de cenar llega Raúl y propone que echemos una partida de póquer. Yo, entusiasmada, digo que sí. A esto sé jugar, en la resi organizamos timbas de póquer y muchas veces gano. Ilusa de mí... Cuando empiezan a sacar el tapete verde, las fichas, las cartas nuevas y con precinto, y comienzan a servirse las copas de licor, me doy cuenta de que no tengo nada que rascar. No gano ni una sola vez y no sé yo si hacen trampas. A Henry y a Jess les van todos los ases y a Raúl las figuras. Si no fuera porque están todos remangados hasta el codo, pensaría que se los guardan en la manga. Para ellos es condición indispensable jugar así, el que no lo hace no puede participar. ¡Menudos fulleros deben ser para no fiarse los unos de los otros! Me aburro tanto de perder, que le pido a Henry que me deje ver lo que hace. Acepta a regañadientes, con la condición de que no haga ni un guiño al ver las cartas y de que no pregunte. Solo observar. La mayoría de las veces van de farol. Si yo jugara así en la residencia, las desplumaba a todas y las dejaba sin la paga mensual.

—¿Por qué no apostáis con dinero de verdad? —pregunto después de más de una hora de partida.

—Porque ganaría siempre Henry —puntualiza Jessica como si fuera algo evidente.

—¿Por qué? —insisto.

—Al no haber dinero real, juega y disfruta, pero si la pasta circula por la mesa... solo piensa en ganar y se vuelve agresivo. Creo que no hace falta que te cuente cómo se pone cuando no consigue lo que quiere. —Mira a su hermano y ambos se sonríen.

Cuando ya está todo guardado, Jess y Raúl se van a tomar una última copa a un bar cercano y Henry me pide ir a dormir porque mañana irá temprano a la oficina.

—Me gustaría que vinieras mañana conmigo —me pide Henry.

—¿A dónde, a la oficina? —digo con voz chillona.

—Sí, me gustaría presentarte a mi equipo.

—¡No!

—Esta mañana no les tenías miedo.

—Si a ellos no les tengo miedo, ¡es tu propósito lo que temo! Te conozco, y tramas algo. Castigarme a mí, o a ellos, o a todos. ¡No sé!

—Te prometí no volver a cometer esa estupidez contigo —me recuerda.

—¡Entonces es a ellos! —Él sonríe sin contestar, confirmando mis sospechas.

—¿Qué pretendes, Henry? Dímelo... Si me lo cuentas, colaboraré contigo.

—Quiero que te conozcan, que vean que tú tienes las aptitudes de las que muchos de ellos carecen y, a la vez, quiero que se den cuenta de lo fácil que ha sido engañarlos. Nadie hizo comprobaciones, no indagaron, se limitaron a informarte sobre los asuntos de la empresa, ¡y a hacerte caso! —Eleva las manos sobre la cabeza, indignado.

—Me das miedo... pero iré si me prometes que no gritarás ni despedirás a nadie.

—No tengo intención de despedir a nadie, pero no puedo prometerlo, no sé cómo reaccionarán algunos y, si se rebotan, no lo consentiré. Nunca ha pasado nada semejante y no creo que quieran perder el empleo. Seré educado y no gritaré, eso sí puedo prometértelo.

—Está bien, te acompaño. ¿Qué tengo que ponerme? Porque solo falta que me presentases en vaqueros y zapatillas deportivas.

—Sería divertido. —Se ríe, pero enseguida corta y se pone serio al ver mi mirada asesina—. Puedes ponerte el traje de después de la boda, ese es perfecto.

—¿Y los zapatos? Puedo caminar, pero no creo que pueda llevar tacones.

—Pues miramos en el armario de mi madre. Ella era pequeñita como tú. —Se levanta y tira de mi brazo.

—¡Y dale con que soy pequeña! Además, el tamaño del pie no depende de la altura.

—Ahora lo comprobaremos... pero yo diría que sí te irán.

¡Qué ojo clínico tiene el tío! Efectivamente, los zapatos de su madre me van ¡y están nuevos! Algunos no han sido usados ni una sola vez.

—¿Por qué guardas todas las cosas de tu madre? —susurro—. Podrías haberlas donado.

—No fui capaz en su día; me dije que ya lo haría y hasta hoy no lo he hecho. Y como dice mi psicóloga, mi palabra favorita es «mío». ¡Mi! madre era «mía» y sus cosas son «mías». ¿Es que no me oyes hablar? Todo es mío de un modo posesivo, mi casa, mi hermana, mi madre, mi empresa, mi novia... ¡Por Dios! si te presento siempre como mi novia, ¡no eres Sara! No quiero que nadie me quite nada y no me gusta que toquen mis cosas.

—Claro que me doy cuenta, pero no sabía que eras consciente. ¿Intentas evitarlo?

—Sí, pero no sé dónde está el límite, no me doy cuenta cuando me paso. —Deja escapar el aire y se encoge de hombros.

—¿Qué pasaría si quisieras tener sexo y yo me negara? —pregunto con falsa inocencia.

—Intentaría persuadirte. —Sonríe travieso.

—¿Y si aún así me negara?

—Pues me jodería, ¿qué voy a hacer?

—¿No te enfadarías? —digo sorprendida.

—Claro que me cabrearía, ¡y mucho! ¿Por qué me preguntas estas cosas? ¿Qué tramas? —Frunce el ceño y se cruza de brazos.

Me echo a reír porque, solo de pensar que pueda negarme, ya se está cabreando.

—¡No te preocupes! —le digo entre risas—. Aún no ha llegado el día que no sucumba a tus encantos. —Lo beso en los labios.

—¡Vale!, pues ahora mismo tira para «mi» cama, que me vas a dar el sexo que «aún» no me niegas. —Me coge como un saco de patatas al hombro y me lleva a la habitación sin importarle mis protestas.

CAPÍTULO 23

—¡Venga, dormilona! —La potente voz de Henry me despierta.

—¿Qué hora es? —pronuncio aturdida.

—¡Es tarde! A mí solo me falta vestirme. ¡Vamos! —Me destapa y me da un cachete en la nalga.

Me incorporo y miro el reloj, ¡son las siete y media y él ya está casi listo!

—Voy a bajar al despacho. Tengo que enviar unos correos y hacer unas llamadas. ¿En media hora estarás lista? —Termina de vestirse apretando la corbata.

—Sí, lo intentaré. —Froto mis ojos mientras me dirijo al baño y él sale disparado de la habitación.

Treinta y cinco minutos más tarde, llego a su despacho; un poco tarde, pero de punta en blanco. Hierro ya está con él charlando y, al verme, paran de hablar y me miran.

—Por favor, no me digáis que hay malas noticias de ese degenerado otra vez. —Los miro con tristeza.

—No, cielo. Estamos hablando del itinerario del día de hoy, nada más. —Henry sonríe un poco.

—¿Y por qué habéis dejado de hablar al verme?

—Para recrearme la vista un poco, estás muy bonita —dice con zalamería.

—¡Y yo igual! —suelta Roberto y se aparta con rapidez del lado de Henry. —Voy a sacar el coche. —Sale corriendo antes de que pueda decirle algo.

—¡Será cabrón! —Me mira ceñudo y señala hacia la puerta por la que acaba de salir Hierro.

Me hace mucha gracia la respuesta de Roberto y la cara que se le ha quedado a Henry; no puedo parar de sonreír.

—Y a ti, encima, te hace gracia —me riñe— ¡Anda, vámonos! — Salimos riendo hacia el coche.

Por el camino ya empiezo a ponerme nerviosa y comienzan a temblarme las rodillas. No sé con exactitud qué pretende hacer conmigo, ¡seguro que nada bueno!

—Tranquila —Acaricia mis piernas al notar el temblor—. No va a pasar nada.

—Sí, ya... —Me retuerzo las manos.

Al llegar a las oficinas, ya tienen preparada para mí una tarjeta de visitante, para acceder al edificio. Es enorme, muy moderno, todas las ventanas brillan como espejos con la luz del sol y, en cuestión de seguridad, hay más que en una cárcel: códigos, cámaras y vigilantes por todas partes.

—¡Buenos días, Sofía! —saluda Henry a la mujer que nos espera.

—¡Buenos días, Cromwell! ¿te encuentras mejor? —pregunta muy atenta.

—Sí, gracias. Ella es Sara Estévez, mi... —Y queda atascado en el «mi» mirándome avergonzado.

—¿Tu qué? ¿Ahora te da vergüenza decir que es tu novia después de anunciarlo a bombo y platillo? —Se ríe Sofía.

—No es por eso —se defiende, enfurruñado.

—Bueno, Sara, soy Sofía. —Estrechamos la mano—. Qué rarito viene este hoy, ¿no? —cuchichea.

—Me temo que yo ya sé por qué se ha atascado en el «mi» —le digo en voz baja, aunque él nos escucha de todos modos—. ¡Encantada de conocerte!

—Es un placer tenerte aquí. —Agarra mi brazo y me acompaña a una silla—. ¿El tobillo ya está mejor?

—Sí, mucho mejor, gracias. —¡Esta mujer está en todo! —. ¿Sabes qué pretende hacer Henry hoy conmigo? ¿Para qué me quiere aquí?

—Presentarte al equipo directivo.

—Eso ya me lo ha dicho, pero seguro que tú tienes más información.

—Sí, la tengo. —Sonríe sin decir una palabra más.

—Vale, ya lo pillo... —Miro hacia Henry—. No me dirás nada nunca.

—Ahora mismo vas a ver qué pasa, Sara, no te voy hacer esperar más. Sofía, avisa a todos y empecemos de una vez —le indica Henry

en tono autoritario.

Ella, obediente, se pone frente a la pantalla del ordenador y comienza a escribir el aviso.

—¡Listo! en cinco minutos estarán en la sala de juntas —anuncia con rapidez.

—Bien, gracias, Sofía. Ven, Sara, te enseñaré mi despacho antes de ir. —Me ayuda a levantarme y vamos cogidos de la mano.

Es mucho más grande de cómo me lo imaginaba. Ocupa toda una esquina del edificio, uno de los laterales es un ventanal que da a la ciudad y la otra pared exterior da a una gran terraza ajardinada con una fuente cuya cascada fluye entre dos rocas. Tanto el entarimado del despacho como los muebles son de tonos oscuros, mientras que las paredes son de color claro. No hay plantas en el interior. A la derecha hay una gran librería y sofás de cuero negro frente a una mesa baja de cristal, creando un rincón acogedor; frente a la puerta está su gran mesa, con su enorme silla de cuero, mullida y cómoda; las vistas de Madrid a su espalda y dos butacones delante para recibir a las visitas.

—Es espectacular... —Miro a mi alrededor boquiabierta.

—¿Te gusta?

—¡Mucho! Es muy espacioso y a la vez resulta acogedor.

—Paso muchas horas aquí, por eso he intentado que sea lo más cómodo posible, con mucha luz natural y un jardín para cuando me estreso.

Se dirige a su silla, se sienta y me invita, con un gesto, a que me acomode en sus rodillas.

—Ven aquí un par de minutos, así tendré algo agradable que recordar los días interminables que paso en la oficina. —Sonríe con los brazos abiertos.

Me tiro sobre él y hago que la silla ruede y que casi vuelque. Henry ha compensado el impulso con su fuerza, y evitó que caigamos. Del susto, me pongo a reír a carcajadas y él, al verme, también lo hace.

—Casi nos caemos y tú te partes de la risa. ¡Podríamos habernos partido el cuello! ¿Te imaginas qué estampa se hubiera encontrado Sofía al entrar? —Continúa riendo.

—Qué guapo estás cuando te ríes... —Comienzo a besarlo cortando su risa.

Su reacción es espontánea y me aprieta con fuerza hacia su pecho. Noto cómo aumenta su erección en mi cadera. Para nuestra sorpresa, la puerta se abre de golpe y los dos saltamos de la silla como accionados por un resorte.

—¡Por Dios! ¡No perdéis el tiempo! Hace nada más que un par de minutos que os he dejado solos. —Sofía mira extrañada a su jefe—. Ya están preparados para la reunión.

—Vamos, entonces —pronuncia Henry con voz estrangulada.

—Perdón, Cromwell, pero date un minuto, por tu bien. Sacaré a Sara de aquí mientras te refrescas la cara en el baño. —Agarra mi brazo y me empuja con suavidad hacia fuera—. Te esperamos en la puerta, tómate tu tiempo.

—Lo habrás pillado más de una vez, ¿verdad? —le pregunto en cuanto cierra la puerta.

—No, esta es la primera y aún estoy un poco asombrada. Me ha cogido desprevenida. —Frunce el ceño y queda pensativa.

—¿Tampoco trae aquí a sus ligues?

—Jamás, él es muy organizadito con ese tema. Solo hay una que a veces me da algún que otro problemilla, pero poca cosa.

—Claudia, ¿verdad? —indago con mucha curiosidad.

Ella me mira y parece irritada. Empieza a negar con la cabeza.

—No me hagas ese tipo de preguntas. Lo que quieras saber del tema lo hablas con él, que yo ya he metido la pata explicándote de más. No quiero parecer desagradable, él confía en mí y no quiero que eso cambie.

—No considero que seas desagradable y me alegro mucho de que te tenga a su lado. Te pido disculpas, no volverá a ocurrir. —Le sonrío.

—Gracias. Pareces muy sensata. Ahora empiezo a entender por qué está tan coladito por ti. —Me mira con los ojos achicados, repiquetea sus largas uñas en la carpeta que lleva y sonríe con calidez.

No sé qué decir a eso, me da un poco de vergüenza y comienzo a retorcerme las manos con nerviosismo. Por fin se abre la puerta,

sale Henry muy serio y no mira a Sofía. Creo que también se siente avergonzado. Agarra mi mano y tira de mí hacia el pasillo. No tardamos mucho en llegar a unas puertas dobles que Henry, sin más miramientos, abre y entramos en una sala con una gran mesa ovalada, rodeada de hombres y mujeres que nos miran expectantes.

—Buenos días —saluda Henry en tono malhumorado.

—¡Buenos días! —contestan casi al unísono.

Yo me voy escondiendo detrás de Henry, pero él no me lo permite. Me tiene bien agarrada la mano y me obliga a sentarme en la silla que preside la mesa. ¡Su silla! Intento negarme, pero la mirada gélida que me echa hace que desista de inmediato y, aunque roja como un tomate y deseando que me trague la tierra, no tengo más remedio que levantar la vista hacia las personas que me observan, la mayoría con el ceño fruncido y cruzados de brazos. Sofía se ha quedado de pie cerca de la puerta, y Henry detrás de mí agarrando la silla.

—Bueno, ¿alguien sabe decirme quién es esta señorita? —No puedo verle la cara, pero suena muy, muy cabreado. Nadie se atreve a decir nada.

—¿Ninguno? —insiste—. Todos habéis hablado con ella.

—¿La señorita Estévez? —pregunta un hombre a mi izquierda, cerca de mí.

—Muy bien, Rodríguez, tú fuiste el primero en hablar con ella ayer y el primero en decir algo hoy. ¡Sigue! ¿Qué más sabes? —suena sarcástico y agresivo.

—¡Dijo que era tu asistente! —dice Rodríguez a modo de excusa.

—Sí, eso os dijo a todos, ¿y no os extrañó? ¿A alguien se le ocurrió la genial idea de indagar un poco? Simplemente llamar a Sofía. ¡Insisto! ¿A alguien? Ya veo que no. ¡Esta señorita no es mi asistente! ¡Es una estudiante de empresariales de veintitrés años! Y es mi novia.

Si hasta ese momento parecía que apenas respiraban, después de esto se les cortó la respiración de golpe.

—Ella ha demostrado más valor que todos vosotros juntos. No recibía instrucciones mías. Yo me encontraba mal y estaba dormido. Cogió los teléfonos, se metió en mi despacho y os hizo creer a todos

que era mi asistente; así demostró que os da igual quién os dé las órdenes, siempre y cuando penséis que vienen de mí. Salvo una excepción, tomasteis vosotros mismos las decisiones, pensando que habíais recibido una orden. A mí me parece vergonzosa vuestra forma de actuar, y no por el hecho de que toméis decisiones por vosotros mismos, sino porque aceptarais órdenes de alguien a quien no conocéis, que nadie os ha comunicado que existe en la empresa. Ninguno comprobó que estuviera en plantilla, ¡ni siquiera Vázquez, que se encarga de eso! —Henry parece muy exasperado, pero no grita.

Sé quién es Emma Vázquez porque la pobre chica no para de pasarse las manos por la cabeza y es la más angustiada de todos los presentes y, por lo que acaba de decir Henry, me doy cuenta de que cometió dos errores: uno, hacerme caso con las contrataciones, y dos, no comprobar que estuviera dada de alta en la empresa. ¡Hasta yo me doy cuenta de eso! qué metedura de pata...

—¿Tiene algo que decir en su defensa la aludida? —se dirige a ella con tal autoridad que me recuerda a un juez.

Vázquez, hecha un manojo de nervios, se pone en pie mientras todos la miran expectantes.

—No, no puedo decir nada, Cromwell. Acababa de llegar de una de las fábricas y todos con los que hablé me dijeron que la señorita Estévez estaba asistiéndote desde casa, que atendía todas las llamadas y anotaba todas las peticiones, así que no dudé ni por un segundo que fuera cierto. Pensé que podrías haber tramitado algo desde tu casa y que llegaría el papeleo al día siguiente. Si además le sumamos el hecho de que acepté la orden de contratar definitivamente sin que terminase el periodo de prueba que estableciste para los empleados de la fábrica de metal, mi error ha sido garrafal. Arreglaré este entuerto de inmediato y, en cuanto esté resuelto, te presentaré mi dimisión por escrito. —Se desploma en su silla.

¡Dios mío, no! Que no sea tan tonta de hacer eso, no la va a despedir, me lo ha prometido. Estoy dando saltitos en la silla y a punto de hablar cuando Henry me pone la mano en el hombro y me guiña un ojo para que me tranquilice.

—Vázquez, no es necesario que presentes tu dimisión, no la voy a aceptar. Asumo mi parte de culpa en todo este embrollo, pero me gustaría que sirviera de ejemplo para el futuro.

La pobre chica asiente y parece estar intentando tragar el nudo que tiene en la garganta.

—¡Quiero que sirva para todos! Sois unos grandes profesionales, por eso estáis en mi empresa. Dejad de ser tan dependientes de mi aprobación para todo. Podéis consultarme en cuestiones importantes, pero no por sistema. Y la señorita Estévez no volverá a hacer tal cosa a no ser que haya terminado los estudios y la tengamos en plantilla.

Cuando hace alusión a mí, todos me miran de nuevo con ojos asesinos y siento calor en el rostro debido al bochorno. Henry está ahora a mi lado, mirándome. Me acaricia la mejilla, y con una ligera sonrisa, me susurra:

—¿Estás bien?

No le contesto porque solo tengo ganas de estrangularlo y la expresión homicida de mi cara se lo dice todo. Lejos de asustarlo, parece que le hace gracia, ya que no puede retener la sonrisa.

—Bien, antes de que terminemos con la reunión, y aprovechando que estamos juntos, quisiera tratar un par de temas y, si alguien quiere hacer una pregunta, que lo haga ahora.

Todos parecen tener preguntas que hacer, y antes de dejarlos hablar, Henry puntualiza:

—No contestaré a ninguna pregunta relacionada con mi vida privada. Vuelvo a repetir que ella es mi novia, se llama Sara Estévez, pasé una mala noche y ella intentó ayudarme. No hay más que hablar de este tema. ¿De acuerdo?

Ahora ya no tienen interés y solo tres tienen preguntas. Durante una media hora charlan sobre inversiones, compras, ventas, contrataciones, viajes, y qué sé yo, porque no entiendo ni la mitad. Me siento como una estúpida. Henry debe de estar muy colado por mí, porque si no, no entiendo cómo puede creer que yo soy mejor que cualquiera de ellos. Es de locos.

—Estás muy callada, cielo —me dice al volver a su despacho.

—A veces es mucho mejor mantener la boca cerrada. —Camino perdida en mis pensamientos, sin mirarlo—. No te preocupes, he aprendido la lección. Moraleja de la historia, no volver a tocar los teléfonos jamás. ¡Ah! y calladita estoy más guapa.

—No te lo tomes así. Sí que puedes utilizar mis teléfonos cuando quieras.

—Sí, ya...

—Oye, sé algo que puede que te anime... —me dice al oído—. Podríamos jugar un ratito en mi mesa. Aquí no hay cámaras y es bastante grande, da más opciones que la de mi habitación...

—¡Sí, claro! ¡Y tienes una secretaria que abrirá la puerta en cuanto tenga algo que decirte! —no he gritado, pero no he moderado el tono, y Sofía, que va delante, se gira con el ceño fruncido y sonríe, negando con la cabeza.

Al llegar a la puerta del despacho de Henry, Sofía se dirige a su mesa y se sienta en la silla, mira hacia Henry, manifiestamente incómoda con la situación, y empieza a colocar los papeles de su mesa.

—Esto... Sofía.

—¿Sí, Cromwell?

—No abras la puerta ni me pases llamadas...

—No te preocupes, no volveré a cometer el mismo error. Y... bueno... solo una cosa, lo que se grita ahí dentro, se oye aquí afuera, ¿vale? Si viene alguien no quiero tener que dar explicaciones ridículas. —Y continúa con su trabajo como si nada.

En cuanto se cierra la puerta me aparto de él lo más deprisa que puedo.

—No pienso hacerlo aquí contigo —digo ya desde la otra esquina.

—¿Quieres apostar a que sí? —Se está divirtiendo de lo lindo con la actitud que he adoptado en cuanto hemos quedado solos.

—No seas malo. Tú eres más fuerte y más rápido, nadie lo duda, pero te lo pido por favor...

Él viene hacia mí como si acechara una presa y utilizo la mesa de escudo. Hemos comenzado a girar alrededor de ella.

—Henry... por favor, no —suplico sin dejar de dar vueltas a la mesa.

—Deja que te ponga las manos encima y me pedirás por favor que no pare —advierte sin dejar de seguirme—. ¡Para de una vez! Sabes que te puedo coger cuando quiera.

—Quiero que me repitas eso dentro de una semana, veremos entonces quién corre más de los dos —lo increpo parándome en seco y dirigiéndome hacia él—. Cuando tenga el tobillo bien podré demostrártelo.

—Vale, la semana que viene haremos esa carrera, ahora ven aquí, que te haré correr de otro modo. —Me agarra y me sienta en la mesa.

—No quiero hacerlo aquí, pervertido —le riño.

Él se está mordiendo los labios para no echarse a reír.

—¿Por qué no quieres, cielo? —Me besa con ternura en la frente y sigue conteniendo la risa.

—Porque se oye todo y yo sé que grito mucho, ¡tú me haces gritar! —le golpeo con el dedo en el pecho—. ¿Qué clase de imagen quieres dar, ¿eh? ¿Y qué pensarán de mí? Ya deben pensar que estoy como una cabra por lo de ayer, para que encima montemos el numerito porno en tu despacho. ¡No, y punto! —Cruzo los brazos.

—Está bien, tienes razón. —Besa con suavidad mis labios—. Solo un beso y ya está.

Me aprieta contra su cuerpo y lame mis labios con cuidado para que abra la boca y pueda meter su lengua. El beso cada vez es más intenso, y el calor y el deseo traicioneros también aumentan, haciéndome cambiar de inmediato de opinión.

—Está bien —susurro—. Rapidito, ¡y no dejes que grite!

Cuando aún no he terminado la frase, ya me está quitando las bragas.

—De acuerdo, nada de gritos y rapidito —suelta con una sonrisilla triunfal—. Túmbate.

Me sube las piernas, las apoya en sus hombros y estas quedan verticales. Se desabrocha el pantalón, lo deja caer al suelo, y sin más miramientos, me penetra hasta el fondo, haciéndome soltar un grito sofocado. Acerca su mano derecha a mi boca y posa su dedo índice sobre mis labios.

—¡Ssssh!, no grites, Sara... —me recuerda.

Pero él está entrando y saliendo de mí cada vez más rápido y apenas puedo contenerme.

—Bésame... ¡bésame o gritaré! —exijo entre gemidos.

Abre mis piernas, apoya las manos a ambos lados de mi cuerpo y devora mis labios como si de un manjar se tratara. Lo tengo rodeado con mis muslos. Cada vez se mueve más deprisa y el orgasmo me llega con facilidad.

—Sí, cielo, adoro darte placer... Me encanta estar dentro de ti... —Y con un par de embestidas más, termina derrumbándose sobre mí —. Ahora sí que tendré algo bueno que recordar los largos días que paso en la oficina —murmura jadeante en mi oído.

Cuando ya nos hemos adecentado los dos, empiezo a pensar en lo que acaba de ocurrir y me pone de mal humor. ¿Es que no soy capaz de decirle «no» nunca? ¿Qué pasa? ¿Si me lo pide en un ascensor repleto de gente, también le diré que sí? ¿O es que soy yo, que soy una viciosa y no lo sabía? Ahora que lo pienso, cuando estuvimos en el estanque, me negué y no lo hicimos, ¡y menos mal! porque no quiero ni imaginar cómo se hubiera puesto Henry al haber llegado las fotos de nosotros en plena acción a la policía y a Roberto.

—¿Te parece bien, Sara? —pregunta extrañado Henry alzándome la barbilla con su mano para que lo mire.

—¿El qué...? —Estaba tan absorta en mis pensamientos que no sé de qué me habla.

—Te he ofrecido mi portátil. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? Necesito hacer unas llamadas y revisar unos papeles. ¿Estás bien...? —Me mira con preocupación.

—Sí, solo pensaba en... en mí, en cómo he cambiado o me haces cambiar...

—¿Te hago sentir mal?

—¡No, tú no! Es mi comportamiento. Yo... no necesitaba del sexo antes, y ahora... soy una... una pervertida.

—¿Por qué piensas eso? Lo que dices no es más que una tontería. Eres una chica sana y normal, que está descubriendo el placer del sexo conmigo. Las relaciones sexuales las empezamos el sábado pasado y estamos a jueves, es normal que lo hagamos con frecuencia. Cuando te vayas el domingo, empezaremos a hacerlo

solo los fines de semana y en vacaciones. Y, aunque viviéramos juntos y lo hiciéramos todos los días, no tendría nada de malo. —Me sujeta la cara para que lo mire.

—Pero yo no empecé este sábado las relaciones sexuales; fue hace más de un año, y no me he sentido así hasta ahora.

—¡Claro! ¿Ese tío te dio placer?, ¿te hizo desearlo?, ¿consiguió que llegaras al orgasmo? —pregunta algo molesto. Le niego con un gesto de cabeza—. Entonces fue este sábado cuando empezaste a experimentar el placer sexual, y no hace más de un año...

—Me hubiera gustado que tú fueras el primero... —digo acongojada.

—¡Pues a mí no! Hubiera preferido que tuvieses más experiencias y relaciones, así, ahora, no te parecería tan extraño lo que hacemos —lo está diciendo casi en susurros, sin embargo, juraría que está enfadado.

—¿Estás molesto conmigo?

—Un poco sí, la verdad. Me entrego a ti en cuerpo y alma, como nunca lo había hecho antes, y que pienses que es una perversión, algo sucio, me molesta, ¡sí!

—No, por favor, ¡soy una estúpida! No sé explicarme bien. No elijo las palabras adecuadas. Lo que yo hago contigo es maravilloso, no lo cambio por nada del mundo. El día más feliz de mi vida fue cuando hicimos el amor por primera vez, y he estado igual de contenta hasta hoy. —Qué angustia me está entrando, no quiero hacerlo enfadar por nada del mundo—. Lo que yo quiero decir es que me siento como una guarrilla, como una calentona que siempre está pensando en lo mismo. En cuanto tú me miras, me tocas o me besas, ya estoy lista para ti.

—¿Y qué tiene de malo? ¡Si eso me halaga! A mí no me hace falta ni que me toques. A veces, ni siquiera me hace falta que estés presente, solo con pensar en ti, ¡ya me apetece! Pensar así no es malo, es agradable y sano, y si además le sumas que nos correspondemos, es lo mejor que nos podía pasar.

—¿Tú no piensas que soy una viciosa? —Me estremezco solo con imaginarlo.

—¡No! ¡Por Dios! Una viciosa... Mira, deja de pensar tonterías de una vez, te lo ruego. Vamos a dejar el tema porque me haces hervir la sangre, nena. —Da unos pasos y se gira de nuevo hacia mí—. Ven, aquí te dejo mi portátil, mi tablet; perdón... el portátil, la tablet, los periódicos... Si lo prefieres, Sofía tendrá revistas del corazón. No tardaré mucho, lo prometo. —Su mirada se ha dulcificado y acaricia con el dorso de la mano mi mejilla.

Le sonrío con timidez y cojo el portátil. Voy a aprovechar para enviar unos correos que tengo pendientes. No volveré a abrir la boca, que cada vez que digo algo la cago más. Me acomodo en el sofá procurando no hacer ruido, no quiero molestarlo mientras trabaja. Estar separados un rato nos irá bien en este momento. Quiero que nos tranquilicemos y que corra el aire, para que se le pase el enfado que le he provocado, y yo, no sé... reflexionar sobre lo que me ha dicho. Me siento un poco perdida. Son experiencias nuevas en un mundo muy distinto al que conocía. Mi mente está hecha un caos y no me entiendo ni yo, cosa que antes jamás me había ocurrido. Siempre he sido decidida, centrada y siempre he dicho y hecho lo correcto. Me doy cuenta de mi extraño comportamiento, pero a la vez, no puedo evitarlo. ¿Esto es estar enamorada? ¿Perder la capacidad de razonamiento lógico por un tío? Pues debe ser, porque se me cae la baba solo con mirarlo. Voy a dejarlo correr y a centrarme en los correos que tengo que enviar o me volveré loca de verdad.

Mientras he estado enviando mensajes y charlado con amigos por Facebook, Henry ha estado hablando casi todo el tiempo por teléfono. Me ha hecho mucha gracia oírlo hablar en alemán. También ha firmado un puñado de papeles, un par de talones y, para terminar, habla con Sofía y le comunica que ya nos vamos.

—Venga, cielo, vámonos —me indica de un evidente mejor humor.

—Adiós, Sofía, ¡hasta la próxima! —me despido de ella dándole dos besos.

—Adiós, Sara, ya nos veremos. —Nos acompaña hasta el pasillo.

Estamos solos en el ascensor. Me abrazo a él con fuerza, apoyando la cabeza en su pecho. Henry acaricia mi pelo y me besa en la coronilla. En ese momento, las puertas se abren y nos giramos para

ver quién entra. En el umbral se encuentra solo una mujer: Vázquez. La pobre está paralizada, con la boca abierta y se aferra al portafolios que lleva entre las manos. Se ve en sus ojos que se debate entre entrar en el ascensor o dejarlo ir. Henry se acerca al visor de la puerta y coloca la mano para que no se cierre.

—Pasa, Vázquez, no te voy a morder —dice con voz calmada.

Ella entra de un salto, nos mira un instante y después agacha la cabeza.

—Mañana quiero hablar contigo. Te llamaré sobre las nueve, ¿te parece bien?

—Sí —contesta Vázquez con timidez.

—Estate tranquila, ¿vale? Solo quiero hablar del tema. Trae la documentación y la repasaremos.

—Bien, así lo haré.

Las puertas se abren de nuevo y Henry se apresura en salir, tirando de mi mano, pero yo me detengo evitando que el ascensor se cierre y me giro hacia la mujer que me observa extrañada.

—Emma, lo siento. —Se me anegan los ojos al decírselo.

—Tranquila, gracias... —Sonríe ligeramente y dejo que las puertas se cierren.

—Pórtate bien con ella, que la culpa es mía —pido a Henry, mirando al suelo.

—No te preocupes. ¿Es que no he hecho todo lo que te prometí?

—Sí, pero podrías moderar un poquitín tu forma de hablar. Creo que la asustas.

—¿¡Qué!? —se ríe—. No la he despedido, no he gritado y le he dicho que esté tranquila. ¿Qué es lo que quieres, que la invite a tomar un té con pastas y que compartamos secretos? —se burla poniendo un tono de voz femenino.

—Tampoco hace falta eso, pero ser un poco menos déspota estaría bien. Habla con ella como si fuera conmigo.

—¡Eso es una estupidez! No puedo hablar con una empleada como te hablo a ti, ¡y no soy déspota! —Lo estoy cabreando otra vez...

En mi mente no paro de repetirme que me muerda la lengua y que no diga nada, pero mi boca me traiciona.

—¡Sí lo eres!, ¡eres un tirano!

Henry se ha parado en seco y me aprieta la mano con fuerza. Estamos en el *hall*, al lado de recepción, y los guardias de seguridad y recepcionistas nos están mirando con los ojos como platos.

—Te agradecería que dejaras el tema hasta salir del edificio. Esto no te lo perdono —masculla entre dientes.

Bueno, lo he conseguido, ¡lo he cabreado, pero de verdad! Le pega un tirón a la identificación que llevo en la solapa y la entrega al personal de recepción de muy malas maneras. Sin despedirse, nos dirigimos otra vez hacia el ascensor, coge su móvil y me suelta de la mano.

—¡Sofía!, cancela la reserva del restaurante. ¡Sí, la de hoy! —Parece que en lugar de hablar ladra, y sin más le cuelga.

—¿Ibas a comer con alguien? —pregunto en voz baja.

—¡Contigo!, pero se me han pasado las ganas. —Su enfado va en aumento.

Al llegar al garaje. vuelve a tirar de mi mano y sale dando grandes zancadas del ascensor, haciéndome correr detrás de él.

—¡Ay, ay! —Comienzo a cojear.

Me coge en brazos sin ningún cuidado y sigue con sus largas zancadas hasta llegar al coche. Dentro está Roberto leyendo el periódico, se da cuenta de que nos acercamos y sale para ver qué sucede.

—¿Qué ha pasado? —Se extraña el hombre.

—¡Déjanos a solas, Hierro! ¡Márchate! ¡Ya te llamaré! —escupe las palabras con enojo.

El pobre Roberto me mira y duda.

—¿No me has oído? —suelta amenazante, Henry.

Al final, se va alejando poco a poco, mirándome con preocupación. Por el gesto que tiene, no creo que se vaya muy lejos.

Henry abre la puerta del vehículo, me hace entrar y cierra tras de sí con un tremendo portazo.

—¿¡Qué coño te pasa!? —brama nada más cerrar la puerta—. ¿¡Por qué cojones te comportas de esta manera!? ¿Eh? ¡¡Dime!!

Yo solo lo miro, no sé qué contestar, no me atrevo. No recordaba lo agresivo que puede llegar a ser. Y lo peor de todo, es que no sé

por qué lo he hecho. No tenía motivos. Está alteradísimo, sin embargo, veo que está respirando en profundidad para calmarse.

—¿Por qué, Sara...? —susurra —¿Qué te pasa hoy? dime... Yo diría que llevas buscando de hace un buen rato cabrearme, no sé... discutir conmigo. ¿Lo has hecho a propósito?

—No lo sé —murmullo.

—Sara, no te enfrentes a mí porque perderás, ¡te lo aseguro! Te quiero mucho, pero no me voy a dejar mangonear. Quiero pensar que todo esto ha sido debido a que eres muy joven y yo estoy volviendo tu mundo del revés. Sé que a veces soy muy duro con mis empleados, no me muerdo la lengua y no tengo remordimientos, ¡pero no soy un déspota ni un tirano! Los ayudo a todas horas, perdono muchos fallos y a cambio les exijo un buen trabajo. Espero que quede zanjado este tema para siempre.

Asiento, no digo nada y procuro no mirarlo, porque tengo las lágrimas a punto de desbordar.

—Cariño, no perdono ni me olvido con facilidad. Lo que me dijiste en el despacho después de hacer el amor aún lo tenía presente cuando me has insultado en recepción delante de todos. No sé si eres consciente de que ya lo debe saber todo el edificio. Soy el jefe, la diana para todos los desprecios e insultos. Tengo que cuidar mi imagen y reservar mi vida privada. —Resopla varias veces.

—Perdóname, lo siento. Hoy estoy que no me reconozco—. Las lágrimas me caen, ya no puedo retenerlas, y Henry me ofrece una caja de pañuelos que tiene en el coche.

—No lo vuelvas a hacer, por favor.

—No, te lo prometo. Te quiero... —Empiezo a sollozar como una niña pequeña.

Me agarra y aprieta con fuerza contra su cuerpo y me deja llorar hasta que me calmo.

—Voy a llamar a Roberto —dice con seriedad—. Tengo ganas de llegar a casa.

Cuando Hierro ya está al volante, Henry vuelva a dirigirme la palabra.

—Sara, voy a demostrarte algo. ¡Roberto! —llama al chófer.

—¡Sí!

—¿Has ido arriba?

—Sí.

—¿A que ahora sí sabes por qué estoy cabreado?

—Pues... sí.

—¿Puedes explicárselo a Sara? Por favor. —Hierro me mira por el retrovisor antes de hablar.

—¿De verdad? ¡Vale! «La niñata esa, que se ha echado por novia el jefe, después de haberla liado parda con toda la directiva haciéndose pasar ayer por su asistente, engañar a Vázquez y hacer que casi la despidan, lo ha llamado TIRANO en mitad del *hall*. Él, se la ha llevado a rastras, probablemente para darle con su látigo. Porque con la mala leche que tiene ese...».

—¡Basta!, creo que ya es suficiente —Lo corta.

Henry me mira con intensidad y luego se gira a mirar por la ventana. ¡Qué estúpida he sido! Yo aún pienso que estoy en el patio del colegio y esto no es un juego. Puede que sea muy madura para algunas cosas, pero para otras soy una cría. Creo que en este momento acabo de tener consciencia de lo que supone ser la pareja de Henry Cromwel. Puede que ni siquiera lo entienda aún del todo. No solo es un tío que está bueno, es listo y encima tiene dinero. Es un hombre complicado, con muchas responsabilidades y del que depende mucha gente. Tiene que andar siempre con pies de plomo con todo lo que hace. No es libre de hacer y decir, aunque parezca lo contrario, lo que le dé la gana. Comienzo a entender muchas cosas: su comportamiento, sus reservas, sus relaciones, incluso su carácter. Si no es duro, se lo comen. Y si yo quiero seguir con él, también tendré que serlo, al menos según delante de quien, y guardarme mis comentarios para la intimidad.

CAPÍTULO 24

Ya hemos llegado a casa y sé que no va a querer estar conmigo, al menos en un buen rato.

—Henry, sé que ahora no te va a apetecer, pero cuando tú quieras me gustaría que habláramos.

—Vale, después —responde cortante, y se marcha a su despacho.

En cuanto se va, voy a buscar a Jessica. Lo último que necesito ahora mismo es estar sola. Oigo su voz y la de Rosa, que provienen de la cocina, y me dirijo hacia allí con rapidez.

—Hola —saludo al llegar.

—¿Qué ha pasado? —Jess, se levanta de un salto de su silla. En cuanto me ha mirado, se ha preocupado al verme llorosa.

—Que he metido la pata hasta el fondo... —les explico por encima lo que ha pasado, saltándome los detalles del polvo sobre la mesa del despacho.

—¡Por Dios, niña! —dice Rosa—. Mira que eres remilgada. ¿Por qué crees que eres una pervertida? Hasta a mí, que soy vieja, me parece normal que quiera acostarse contigo a todas horas, ¡y tú igual! ¿Cuándo quieres hacerlo, a los sesenta? ¿O acaso te obliga a hacerlo?

—¡No! —respondo con rapidez.

—¡Pues, entonces, de qué te quejas! De lo único que me preocuparía es de haberlo llamado «Tirano» en público. Eso ya verás cómo va a traer tela. Le costará mucho olvidarse. Lo conozco bien y sé que es un rencoroso.

—Nada más decírselo, me dijo que no me lo perdonaría.

—¡No!, ¿de verdad? —grita Jessica—. Seguro que sí lo hace, no te preocupes. Deja que se le pase el cabreo. Aunque estoy de acuerdo con Rosa, le va a costar —se pone a tamborilear los dedos en la sien —. ¡¡Ya sé!! —explota—. Sorpréndelo con unas galletas caseras de

chocolate... ¡O con un *brownie*! ¿Qué es más rápido de preparar, Rosa? —Mira hacia la rechoncha mujer.

—Las dos cosas son fáciles de hacer. Puede que se horneen más rápido las galletas, pero sin duda alguna le gusta mucho más el *brownie* bien cargado de chocolate. —Sonríe como si recordara algo.

—¿Le gusta el chocolate? Pensaba que no comía dulces. —Me sorprende mucho, debido a la animadversión que tiene hacia las golosinas.

—Pues el chocolate es su talón de Aquiles. Tenía que tener alguna debilidad, ¿no? —dice, Jessica como si fuera algo obvio.

—¡Venga, niñas! Si os dais prisa lo tendremos listo para el postre —nos azuza Rosa.

Me ha sorprendido lo fácil que ha sido de hacer. Tiene una pinta exquisita, ¡y huele de maravilla! Mientras Rosa y Jess terminan de poner la mesa, me mandan con el recién horneado pastel a enseñárselo a Henry. Estoy como un flan. ¿Y si lo rechaza? Llamo a la puerta del despacho y espero.

—¡Adelante! —En cuanto oigo su voz, abro la puerta con cuidado.

—Hola... mira —Le enseño lo que llevo en las manos—. Te he preparado una cosa para el postre. Bueno, no lo hice sola, claro. Me ayudaron Rosa y Jessica. Es un *brownie* de chocolate. Está recién sacado del horno. —Estiro los brazos para que pueda verlo sin acercarme demasiado.

—¿Estás intentando sobornarme con chocolate? —La pregunta ha sonado a afirmación. Está muy serio. Sigue enfadado.

—No, solo pretendía pedirte disculpas, nada más...

Mira hacia el pastel y luego vuelve a mis ojos de nuevo. Me temo que lo va a rechazar.

—No te preocupes, me lo llevo. No te molesto más. La mesa está puesta, ¿vendrás a comer? —Me está costando mucho no romper a llorar y creo que se nota en mi apagada voz.

Se levanta, viene hacia mí y se agacha a oler el dulce que sostengo.

—Qué bien huele. Sara, acepto tu pequeño soborno, y sí, iré a comer. No hace falta que te disculpes otra vez. Acepté las primeras que me diste hace rato. Si hubieras hecho algo que me resultara

imperdonable, no estarías en mi casa. De todos modos, el cabreo sigue ahí. Ya se me pasará, ¿de acuerdo? —Su tono, aunque bajo, suena duro.

—Bien. Te esperamos en la cocina. —Y salgo corriendo antes de empezar a lloriquear.

Rosa y Jess esperan expectantes mi llegada. Al ver mi cara de disgusto aguardan para ver con qué nuevas vengo.

—Dice que el *brownie* es un soborno, aunque lo acepta de todos modos. Sigue de morros.

—¿Vendrá a comer? —Levanta las cejas Jess al preguntar—. Entonces todo va bien. —Y muy risueña, se da media vuelta y se sienta en su silla.

Cuando por fin llega, intentamos hablar con él en varias ocasiones. Solo contesta con monosílabos y evasivas. Eso sí, con el postre se ha explayado. Se ha comido dos porciones bien grandes, con su bola de helado y chocolate caliente por encima. Al acabar, nos da las gracias, me besa la coronilla y se vuelve a marchar.

Sobre las seis de la tarde, estoy en la habitación leyendo, porque a Jess la han venido a visitar unos amigos. No me apetecía quedarme a fingir todo el rato una sonrisa hipócrita. La puerta se abre sin previo aviso y hace que me sobresalte. Es Henry, que entra quitándose la ropa por el camino.

—Hola —pronuncia con sequedad— ¿No te gustan los amigos de Jess?

—No mucho. —Me encojo de hombros.

—Tengo una cena de negocios esta noche, ¿quieres venir conmigo o prefieres quedarte? —Su tono es tan poco amistoso que pienso que no quiere que vaya.

—Si fuera un día normal, te diría que quiero ir. Me da la sensación de que no quieres tenerme cerca. —Cierro el libro con cuidado y espero su respuesta.

No me contesta y sigue quitándose la ropa. Comienza a resoplar unas cuentas veces y se sienta a mi lado en la cama.

—Me gustaría que vinieras. Va a ser una cena familiar y tu compañía me serviría de mucho. —Está haciendo un gran esfuerzo

por dar el primer paso a la reconciliación, aunque aún se le nota un poco afectado.

—Está bien. Iré contigo encantada. —Yo también quiero colaborar en que volvamos a hacer las paces—. ¿Qué pasa, son guiris?

—¿Cómo? ¿que si son guiris? Son españoles, ¿por qué lo preguntas?

—Pues porque te estás arreglando para cenar a las seis de la tarde. —Levanto las manos hacia él mostrándole lo evidente.

Pone cara extraña y después se ríe.

—La cena será a las diez, no ahora —explica sonriente.

—Entonces, ¿por qué estás desnudo? —le miro el pene y tengo dudas de si lo que quiere es sexo. —¿Quieres hacerlo? —digo muy bajito.

—Si a ti te apetece, ¡yo encantado! pero no me desnudaba para eso. Voy a entrenar un ratito. Hacer ejercicio me ayudará a relajarme.

—No había pensado en eso... Pues si te ayuda, ¡adelante! ¡Una cosa! ¿a qué hora debo de estar lista? ¿Y qué me pongo?

—¡Mierda!, no recordaba el problema con la ropa. ¡Me quedo sin hacer deporte! Me visto y vamos de compras. —No le hace ninguna gracia el cambio de planes.

—Espera un momento... ¿Me permites que mire en el ropero de tu madre? Seguro que me vendrá bien cualquier cosa. Si a ti no te molesta, por supuesto.

—No me molesta en absoluto. Aunque no estoy muy seguro. La ropa estará anticuada y pasada de moda. Tú eres joven. No sé si será adecuada para ti.

—Por echar un vistazo no perdemos nada. Si no, Jessica podría prestarme algo. ¡Vete al gimnasio! yo me apaño sola —Salto de la cama, le doy un beso y me voy en busca de Jess.

Mi amiga ha aceptado ayudarme encantada. Deja a sus amigos charlando para acompañarme a la habitación de su madre.

Los vestidos y trajes que hay en el vestidor son de gran calidad y buenas marcas. Son demasiado clásicos y muy poco juveniles. Sin embargo, a Jess se le ocurre una idea: no utilizar todo lo que incluye

el traje y combinarlo con otros complementos que lo hagan parecer más moderno.

—¡Mira este vestido! —exclama—. Es precioso, pero si le pones la chaqueta, parece que vas a un entierro. —Señala las prendas para demostrarme lo que dice—. Añádele esta otra azul, ¡y mira qué cambio! —Su cara de entusiasmo me resulta divertida.

Cuando lo tenemos conjuntado, me pide que me lave el pelo para poder peinarme y luego maquillarme como a ella le gusta. Pasadas las ocho y media, ya estoy lista. Jessica se empeña en acompañarme a la habitación de Henry, para ver si le parece aceptable mi aspecto.

—¿Henry? —llamo desde la puerta.

—Estoy aquí —Sale del ropero abrochándose los gemelos.

—Jess y yo queríamos enseñarte lo que hemos conseguido. —Entramos con timidez. Levanta la vista para ver a qué me refiero y queda petrificado.

—¿Ese vestido es de mamá? —pregunta extrañado a su hermana.

—Sí. ¿A que le sienta bien? —Sonríe de oreja a oreja.

—Bien es quedarse corto. Jamás había visto a mamá vestida de este modo. No recuerdo que enseñara tanto las piernas. —Observa mi cuerpo con admiración.

—¡Mira que eres tonto! Claro que las enseñaba, pero era tu madre y no la mirabas como lo haces con Sara. —Pone los ojos en blanco y se da la vuelta para marcharse—. ¡Que lo paséis bien! —Se despide corriendo por el pasillo.

—¿No te gusta que lleve falda corta? Puedo ponerme otra cosa si no te parece apropiado—. Nerviosa, aliso la falda con las manos.

—Me parece bien. Estás muy guapa. Es solo que me ha sorprendido lo bonita que puedes estar con cualquier cosa.

—Gracias. —Me hace sonrojar con su comentario—. De todos modos, te aseguro que la ropa de tu madre no es cualquier cosa. La combinación de las distintas prendas es gracias a tu hermana. Esa cabecita que tiene sirve para mucho más de lo que parece.

CAPÍTULO 25

La cena de negocios... al final, no entiendo muy bien qué ha tenido de negocios. Sin embargo, él dice que ha salido todo a pedir de boca. Si le parece bien a Henry, yo no tengo nada que decir. Ha sido una situación muy extraña, con una familia aún más rara si cabe. El padre, madurito, venía acompañado por su novia, de la edad de Henry más o menos. El hijo mayor, de alrededor de los treinta, estaba con una mujer bastante mayor que él. Vamos, que daba la sensación de que padre e hijo se habían intercambiado las parejas. Y luego estaba el hijo menor. Este venía solo y no paraba de guiñarme el ojo y sonreírme cuando creía que Henry no miraba. Ha sido una velada divertida. Chistosa, más bien.

Cuando volvemos a casa es más de la una, y él tendrá que madrugar para ir a la oficina. No sé cómo aguanta este ritmo. Yo estoy que me caigo de sueño. Lo que más me sorprende, es que después de haber salido todo como él quería y tenido una velada agradable, aún parece cabreado por lo de la mañana.

—Mañana a las diez llegará la *fisio* a casa. No vayas a quedarte dormida —me recuerda al entrar en su casa, y ni siquiera me mira para decirlo.

—Vale. ¿Irás a la oficina?

—Claro —responde con brusquedad.

—Mira, si no quieres que esté contigo esta noche, me voy a otra habitación. Ya sabes que solo tienes que decírmelo —lo he soltado, pero estoy rezando para que me diga que me quede.

—Me gustaría que no volvieras a repetir eso. Me siento muy cansado y algo molesto. Y si algún día quiero que no duermas conmigo, será para siempre. Ahora mismo solo quiero hacer el amor y dormir —lo ha dicho serio y en plan duro, y ya se está quitando la ropa.

Me ha dejado helada. Estoy asustada. No quiero hacer el amor con él, si es frío y duro conmigo. Aun así, comienzo a quitarme la ropa con timidez. Henry ya está desnudo cepillándose los dientes frente al espejo del baño. Acaba enseguida, se mete en la cama y espera sentado a que vaya.

—¿Tienes problemas con la ropa? —pregunta, extrañado al ver que solo me he quitado la chaqueta.

—¡No, no! Ya voy.

Me saco el vestido, la ropa interior y corro hacia el lavabo. Al salir, continúa en la misma posición, esperándome. Me pongo nerviosa por momentos. ¿¡Qué hago!? Al notar mi indecisión, levanta las sábanas para que me tumbe en la cama.

—Venga, métete, que hace frío.

¿Que hace frío?, ¡él sí que es frío! No parece que quiera hacerme el amor, ¡y me estoy congelando!

—Sí, es verdad. El invierno está a la vuelta de la esquina. Aquí con la sierra al lado, hace una temperatura a la que no estoy acostumbrada. En Santiago, no baja tanto el termómetro. Eso sí, llueve mucho más...

—Cariño, ¿estás nerviosa? —Frunce con fuerza el ceño.

—No —miento.

—¿Entonces por qué me hablas del tiempo? Ven de una vez, es tarde. —Palmea el colchón como indicando dónde debo tumbarme. Debe pensar que se me ha aflojado un tornillo.

Termino por meterme en la cama y me tapa con mimo. Se echa sobre mí y acaricia mi cara con suavidad. Peina mi pelo con sus dedos mientras me mira a los ojos con cariño.

—Qué bonita eres —susurra justo antes de apoderarse de mis labios.

Tenía miedo de que fuera frío. Me asustaba que fuera duro y que me trasmitiera su enfado en la cama, ¡y qué equivocada estaba! Es como si hubiera acumulado toda la ternura que no ha sido capaz de demostrarme en todo el día y la volcara concentrada en este momento. La dulzura de sus labios y sus tiernas caricias, hacen que me estremezca de placer. Cuando empieza a penetrarme, no hace más que incrementar lo que ya sentía. No empuja con fuerza, lo

hace con lentitud, como si quisiera saborear cada centímetro que entra en mí. Es la unión más dulce que hemos experimentado, y el orgasmo más placentero e intenso con diferencia.

Estoy locamente enamorada de él.

—Sara, ¡Sara! —la voz de Henry me sobresalta, aunque no termino de espabilarme—. Perdona que te despierte. Solo quería recordarte tu cita de las diez con la *fisio*. No te vayas de casa, volveré pronto. Saldremos a comer fuera. Te llamo más tarde para decirte la hora. ¿Te parece bien, cielo? —En la comisura de sus labios baila una sonrisa al verme medio dormida.

—¿Qué hora es? —protesto con voz pastosa.

—Creo que será mejor que se lo explique a Rosa. En cuanto te duermas no te vas a acordar de nada de lo que te he dicho. Le diré que te despierte antes de las nueve y media. Duérmete. —Me besa entre risas.

Lo veo salir de la habitación vestido con un traje gris que le sienta de maravilla, ¡como todo! Me acurruco, bien arropadita, y cierro los ojos disfrutando la fragancia de Henry que ha quedado en el ambiente. A los pocos segundos me quedo dormida.

Al cabo de un rato, vuelvo a abrir los ojos y miro el reloj por curiosidad, pensando que solo han pasado diez minutos desde que Henry se marchó a la oficina. Tengo que mirarlo tres veces para asimilar la hora. Pasan cinco minutos de las nueve. Salgo disparada de la cama para asearme y desayunar antes de mi cita de las diez. Ella estará conmigo durante una hora y, después, si no lo he soñado, saldremos a comer fuera. Al salir de la ducha y envolverme con la toalla, escucho ruido en la habitación.

—¡Rosa, estoy aquí! ¡Gracias por venir, pero ya me he despertado yo sola! —No obtengo respuesta—. ¿Rosa? Jess, ¿eres tú? —Salgo a la habitación para ver quién es.

Al lado de la cama hay una mujer alta y guapísima. Parece una modelo de Victoria´s Secret. Tiene el pelo corto y rubio. Lleva un vestidito rojo y ceñido, enseñando sus interminables piernas. Sus preciosos zapatos tienen un tacón altísimo que la estiliza aún más si cabe. Pero lo más impactante de todo es su rostro. Tiene una piel inmaculada, maquillaje perfecto, labios generosos y unos magníficos

ojos oscuros, que me observan con desprecio y frialdad. Hacen que me recorra un escalofrío por la espalda.

—Hola —saludo intimidada.

—No me puedo creer que seas tú. No eres más que una cría que parece que no ha acabado de crecer. ¿Llegas al metro sesenta? —El descaro de esta tía no tiene límites.

—¡Sí que llego! —replico indignada.

—Claro... y cuánto pasas, ¿un centímetro? —Su mirada pícara y burlona me repasa de arriba abajo.

—¿Quién coño te has creído que eres? —exploto—. Entras aquí, ni siquiera te presentas y te burlas de mi estatura. Yo por lo menos estoy proporcionada. ¡Tú pareces una garza con esas patas tan largas y flacas! —Seré estúpida, ya mordí el anzuelo.

Ella empieza a reír y se le suaviza la mirada.

—Ahora lo entiendo, tienes carácter. —Amplía su sonrisa—. Eres muy bonita y proporcionada. —Mira mi cuerpo semidesnudo.

Estoy tapada solo por una toalla y no es muy grande. Su forma de escudriñar mi figura me incomoda.

—De todos modos, sigo pensando que te falta un palmo —sigue pinchándome.

—¡Basta! ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¿Quién demonios eres? —grito exasperada.

—¡Claudia! ¡te dije que esperaras abajo! —Jessica acaba de entrar en el cuarto como un torbellino.

¿¡Qué!? ¡Claudia! ¿qué hace ella aquí? ¿A qué ha venido? Después de todo lo que pasó ayer, solo faltaba que se presentara esta hoy para terminar de rematarlo. ¡Ahora que se le estaba pasando el enfado!

—¡Déjala en paz! ¡fuera de aquí! —Jess está fuera de sí.

Claudia la mira y se ríe con desprecio.

—Si vuelves a mirar a mi amiga de ese modo, juro que te voy a poner un ojo morado. —La amenaza sibilante que ha salido de mis labios no le ha hecho ninguna gracia. Avanza hacia mí y se queda a pocos centímetros de mi cara, desafiante.

—Inténtalo, enana. —Su mirada gélida se clava en mí.

—¡Señoritas, basta ya! —la potente voz de Roberto resuena en la habitación—. Señorita Márquez, salga de aquí. No me obligue a echarla. —Señala hacia la puerta con el brazo estirado.

—¡Oh... Hierro...! Ya sabes que me gusta mucho cuando te pones así de chulo. —Le soba con descaro el torso, baja hasta la cintura y acaba en la entrepierna.

Roberto no se mueve un ápice. Tiene una mueca de asco reflejada en el rostro. Ella, al notar su rechazo, le mira furiosa a los ojos.

—¿Dónde está Henry? No me coge las llamadas. En la oficina me han dicho que no estaba. ¿Ha llegado contigo? —le suelta las palabras con desprecio.

—Espéreme abajo, en la biblioteca, y contestaré a sus preguntas —responde con una sonrisa hipócrita y sin dejar de señalar la puerta de salida.

—Está bien, te espero abajo. Aquí me están dando náuseas. —Se gira con desdén y se marcha.

—¿Pero de dónde os habéis sacado a esta soberbia? —grito de indignación.

—Lo siento —se disculpa Jess—. Se me escapó cuando fui a la cocina a buscarle un vaso de agua.

—Sara, toma. Yo solo vine a traerte estos paquetes —Roberto sale de la habitación y coge un montón de bolsas y cajas que hay en el pasillo—. Te lo ha comprado Henry para que te lo pongas hoy. —Fuerza una sonrisa, ya que está un poco tenso con la arpía esa—. Iba a marcharme de nuevo, pero me quedaré por si trae problemas. —Señala a la puerta por donde acaba de desaparecer Claudia—. Cuando estés lista, avísame. Te llevaré junto a Henry. Tenéis una reserva para comer, así que no te entretengas demasiado.

—Y a la petarda esa, ¿qué le vas a decir? Roberto, de verdad, esa mujer me da muy mala espina. Ten cuidado con ella. —Le pongo la mano en el hombro con afecto.

—A ella, por desgracia, la conozco más de lo que me gustaría. Sé lo que le tengo que decir y hacer, así que no te inquietes por eso. —Desvía la mirada a la mano que tengo en su hombro y después la desplaza a mis piernas—. Será mejor que me vaya de aquí. Si se entera Henry de que he estado hablando contigo desnuda dentro de

su habitación, me cortará las pelotas. Por cierto, bonitas piernas. —Con una sonrisa picarona, se va y nos deja a Jess y a mí con la boca abierta.

—¡Coño con Roberto! Y parecía tonto... —Jessica aún no se cree lo que me acaba de decir.

—Es la segunda vez que me hace algo parecido, ¡y la otra fue con Henry delante! —exclamo aún sonrojada—. Una cosa... ¿a ti te ha parecido que Roberto insinuaba que ha habido tema con Claudia? Cuando ha dicho que sabía qué hacer con ella, me ha dado esa sensación. ¿O son imaginaciones mías?

—Sí, es cierto. A mí también me ha parecido eso. No me extraña nada. Roberto está bueno y ella se cepilla a todo aquél del que se encapricha. Si algún día le dio morbo, lo sedujo seguro. —Sonríe de medio lado como hace su hermano—. ¡Oye! ¿qué te habrá comprado mi hermano? —Miramos ambas hacia las bolsas.

—No tengo ni idea. ¿Me ayudas a averiguarlo?

—Eso ni se pregunta. —Nos lanzamos a abrir paquetes.

—¡Qué bonito! Mira qué abrigo. —Le enseño la prenda.

—¡Dios, es precioso! ¿Y has visto este vestido?, hace juego con el abrigo. ¡Aquí hay de todo!: ropa interior, medias, zapatos... ¡Ostras!, qué monada de bolso. Mi hermano hoy se ha lucido. —El entusiasmo de Jess es contagioso.

—La verdad es que sí.

—Ahora que lo pienso, ¿Sabes lo que más me sorprende? —Tamborilea los dedos en la sien como hace siempre que reflexiona.

—No, ¿qué?

—El color. ¡Es rosa! ¡Él odia el rosa! Quizás lo eligió otra persona...

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que puede que alguien haya elegido esto sin saber que a Henry no le gusta el color, que me presente en la comida y que no le guste?

—Puede. Pero no sé, es tan bonito... —Acaricia el abrigo.

—No puedo arriesgarme. Voy a salir de dudas. Le mando un WhatsApp al móvil y que me diga si ha elegido él el color, ¡y ya está! —Cojo el teléfono y le envío la pregunta.

Las dos nos quedamos mirando la pantalla, expectantes. Pocos segundos después entra el mensaje con la respuesta: «Sí, ¿no te

gusta?» Le contesto que es una preciosidad y que lo llevaré encantada.

—Bueno, ahora que lo pienso, no sé de qué me sorprendo porque haya elegido el rosa para ti. Está enamorado... —Aletea sus pestañas exageradamente mientras se da golpecitos en el corazón. Cuando ve que me río a carcajadas, tira de la toalla que cubre mi cuerpo y forcejeo con ella para que no me la arrebate—. ¡Vístete de una vez, que van a dar las diez!

—¡Oh, no!, las diez. ¡Mi cita! —tiro la toalla al suelo y me pongo el chándal que tengo preparado—. No he desayunado y me rugen las tripas. —Hago un puchero.

—Ya me encargo yo de que comas algo durante el masaje si no te da tiempo ahora. ¡Vamos para abajo!

Cuando llegamos a la planta baja, no hago más que mirar en todas direcciones. No sé si Claudia aún está por ahí.

—No la busques más, niña, ya se encarga Roberto de ella. —Me sobresalto al encontrarme de frente a Rosa.

—Buenos días, Rosa. ¿La ha echado? —La curiosidad me puede.

—No —responde tajante.

—¿Y dónde está?

—Se está ocupando de ella y punto. No le des más vueltas. Come algo que ya va a llegar la masajista. —La mujer planta un vaso de zumo y unas tostadas delante de mí. Jess está a mi lado, mirándola con la boca abierta.

—¿Dónde lo hacen, Rosa? —Jessica no se reprime en preguntar lo que yo no me he atrevido.

La mujer hace como si oyera llover. Se da media vuelta y la ignora por completo.

—Dímelo, anda... —insiste—. Solo quiero saberlo. No iré, ¡te lo juro!

—No tengo nada que decirte, niña entrometida.

La mujer sigue dándome cosas para desayunar. Al darse la vuelta, veo que se le escapa una sonrisilla y huye de la cocina en cuanto escucha el timbre de la puerta. ¡Menuda es esta mujer, también!

La fisioterapeuta ha llegado. Como hoy no está Henry para magrearlo, empieza con mi tobillo enseguida y me dedica toda su

atención. Obra su milagroso trabajo en mí y se marcha al terminar. Me temo que tenía la esperanza de ver a Henry hoy y se ha ido un poco cabizbaja. No la culpo... en su situación yo también me habría desilusionado. Cuando ya ha salido por la puerta, veo a través de los ventanales que dan al jardín a Roberto apoyado en la barandilla de piedra.

—Roberto —lo llamo al salir al exterior—. ¿Cuándo tenemos que salir? —se lo pregunto para tener una excusa y acercarme a hablar con él.

—Cuando estés lista nos vamos —No se ha girado para decírmelo y aunque no le veo la cara, lo conozco lo suficiente como para saber que no está de muy buen humor.

—¿Te encuentras bien? —Me sitúo a su lado.

—Sí. —Tiene la mirada perdida en la distancia, se da cuenta de que lo estoy observando y me dedica una leve sonrisa—. Cámbiate rápido y aprovecha el día con Henry. Luce un sol estupendo para pasear.

—¿Dónde está Claudia? —Necesito saber qué ha ocurrido con esa mujer.

—Olvídate de ella y hazme caso. Date prisa.

Solo hay que mirarlo para darse cuenta de que no va soltar prenda. Me doy media vuelta y voy a cambiarme como me ha pedido. De todos modos, no puedo evitar pensar en qué habrá sido de ella y qué le pasa al hombretón de Hierro.

CAPÍTULO 26

Cuando ya estoy en el coche en dirección a las oficinas, sigo dándole vueltas a lo que ha pasado y cada vez se me ocurren cosas más retorcidas.

—¿No te habrá pedido Henry que te la cepilles para quitársela de en medio? —Ya no aguantaba un segundo más sin preguntar, ¡los nervios me están consumiendo! A Roberto, por su expresión, lo ha pillado de sorpresa.

Me observa por el retrovisor y no dice nada. ¿Conque esas tenemos...? a mi mente en ebullición se le acaba de ocurrir una estrategia para tirarle de la lengua.

—¡Cuando llegue le voy a echar una bronca a Henry que se va a enterar! ¿Quién se ha creído que es para mandarte semejante cosa?

—¡No se te ocurra decirle nada! —grita—. No me lo ha pedido. Él no sabe nada. —Parece avergonzado.

—¿Por qué lo haces, entonces? Ya sé que es guapa. Bueno, guapa es quedarse corto, ¡pero es detestable! y... ¿dónde está ahora?

—La he saciado de momento y le pedí que se fuera, pero volverá. Ella busca a Henry e insistirá hasta que lo consiga. Lo siento mucho, pero la cosa es así. Esto va a ser la prueba de fuego. Si lo que siente por ti Henry es lo bastante fuerte, la rechazará, si no... ella conseguirá lo que quiere. Ahora, al llegar, no le hables de mí ni de ella. Disfruta de su compañía y demuéstrale tu amor. Haz tu vínculo más fuerte con él, porque a lo largo del día de hoy, o a lo más tardar mañana, lo encontrará.

—¿Henry sabe que Claudia ha estado en casa?

—Si no lo sabe con certeza, se lo imaginará. Sara, te lo vuelvo a repetir, no saques tú el tema. Si él te pregunta, adelante, explícale lo justo. Si no, mantén la boca cerrada. —Se calla y no vuelve a dirigirme la palabra en todo el camino. Se ha vuelto tan hermético como siempre, por lo que decido no insistir.

Al entrar al edificio, Roberto me indica que tenemos que esperar en el *hall* al lado de recepción. Por lo visto ya le ha avisado por el móvil de nuestra llegada y está bajando. Cuando se abre el ascensor y veo que sale Henry, voy a su encuentro y me lanzo a sus brazos sin pensármelo dos veces. Me pongo de puntillas y le estampo un sonoro beso en los labios.

—¡Vaya! qué recibimiento —me dice al oído.

—Te echaba de menos. —La tensión acumulada por los últimos acontecimientos y los consejos de Roberto, hacen que me tiemblen las palabras en los labios.

—¿Te apetece pasear? Hoy es un día precioso, podríamos ir al Retiro. ¿Has estado alguna vez? —Acaricia con sus largos dedos mi mejilla y sonríe entusiasmado.

—Me encantaría ir. Estuve de pequeña con mi padre y me compró una manzana de caramelo. El recuerdo de ese día es entrañable y quizás hoy contigo podamos superarlo. —Sonrío emocionada.

—Pues agárrate a mi brazo, nena, que te voy a lucir un rato. Por cierto, de color rosa estás encantadora. —Me guiña un ojo y, como si de un chulapo madrileño se tratara, salimos por las puertas bien agarraditos. Roberto nos sigue a pocos metros.

Primero tenemos que coger un taxi para acercarnos al emblemático parque, ya que las oficinas no están muy cerca. Aun así, llegamos en menos de media hora y cuando me quiero dar cuenta ya estamos caminando bajo los árboles. Como me gusta este lugar...

—He hecho una reserva para comer en un mesón que te va a encantar. El sitio es muy íntimo y la carne es espectacular —me va explicando Henry mientras observamos a los turistas en las barcas del Retiro.

—¿Has dicho carne? —Dejo de mirar cómo se esfuerzan por utilizar bien los remos y lo miro a la cara. La boca se me hace agua solo de pensar en hincarle el diente a un filete.

—¡Hoy sí, cielo! —Se empieza a reír a carcajadas de la cara que he puesto y yo me uno a él.

Sobre las dos, nos vamos hacia el restaurante, no sin antes haber ido al Palacio de Cristal. Me encantó de niña y me moría de ganas de

volver a verlo. Lo recuerdo como un lugar mágico. Además, hoy he tenido la grandísima suerte de poder entrar. Cuando vine con mis padres estaba cerrado y me quedé con las ganas de entrar en «el Palacio de las Hadas». Mi madre, que era muy dada a contarme cuentos, me explicó que pertenecía a las hadas del bosque, que un brujo las había atacado y por eso tuvieron que cerrarlo, para que no les robaran la magia que el palacio esconde. Yo me lo creí sin dudarlo. Bendita inocencia.

El restaurante, en un primer momento, me sorprendió y no para bien. Estuve a punto de preguntarle si me tomaba el pelo. Es un lugar feo, viejo y no muy bien iluminado. Sin embargo, la amabilidad del personal me hizo cambiar de idea al instante. Y la comida, sin duda alguna, lo mejor de todo, ¡qué maravilla! Todo fue a base de muchos y pequeños platos. Cuando pensabas que no podías probar algo mejor, llegaba el siguiente y lo superaba. Una ternera... un buey... ¡hasta cocodrilo! ¡Las carnes más exquisitas que he comido en mi vida!

Luego hemos ido al Museo del Prado, capricho de Henry. Me he divertido bastante, no por el contenido, sino por las explicaciones y por el entusiasmo de él. Al salir, hemos deambulado por las calles y mirado escaparates. Imagino que quería compensar las dos horas y media que me ha tenido mirando cuadros y dándome clase de historia. Nunca hubiera imaginado que le gustara tanto esa materia. Pensaba que era más de ciencias y matemáticas.

La siguiente tienda en la que paramos vuelve a ser una joyería. No sé por qué, pero son los comercios en los que más se detiene. ¿Se querrá comprar un nuevo reloj?

—Pídeme lo que quieras y te lo compro. —Señala hacia el escaparate sonriente. ¿Me quiere comprar algo a mí? ¿Por qué?

—No necesito nada. —Me encojo de hombros.

—¿Tienes alguna piedra preferida? —Levanta las cejas, pensativo.

—No, cariño. Me son indiferentes.

—¡Ven! vamos a entrar. —Abre la puerta y me arrastra al interior.

La dependienta, en cuanto ve a Henry, abre los ojos como platos. Supongo que debe ser por lo atractivo que es y que es evidente que está forrado, llevando ese traje hecho a medida y el Rolex en la

muñeca. Si va a comisión, tiene que estar frotándose las manos. Nos trata con mucho mimo. Pierde el culo por enseñar a Henry todo lo que le pide: collares, pulseras, anillos...

—Este es muy bonito, Sara. Dame tu mano. —Me agarra los dedos y me desliza un anillo con un pedrusco en el anular.

Cuando él me mira a los ojos esperando mi aprobación, se apodera de mí el bochornoso rubor. Él, al darse cuenta, me pasa la mano por la mejilla.

—¿Nos deja solos un momento, por favor? —se dirige a la dependienta.

—Por supuesto, estaré ahí mismo para lo que necesiten. —Se va hacia los relojes que hay en una esquina.

—Sara, no implica nada. Solo es un anillo. —Me agarra de las manos.

—Ya lo sé, pero parece un anillo de compromiso.

—Es que es un anillo de compromiso.

—Entonces, no puedes comprarlo.

—¿Por qué? ¡Vamos a ver! ¿Te gustaría estar casada conmigo algún día? —pregunta como si me ofreciera un simple café.

—Sí... claro que me gustaría, algún día...

—¡Pues, hala! ¡ya está! ya podemos comprarlo. Este es el que más me gusta, ¿y a ti?

—Es precioso, pero no me hace falta.

—Y la medida está bien, ¿verdad? —Comprueba que se mueva bien por mi dedo—. ¡Señorita! Nos quedamos con este. No hace falta que lo empaquete, lo llevará puesto.

—Henry, yo... no sé —balbuceo.

—No te preocupes, yo sí sé. —Sonríe con pillería.

Después de pagar, nos felicitan por el compromiso y Henry, contento como unas castañuelas, les da las gracias.

—Los has engañado —lo acuso una vez en la calle.

—¿A quién? —pregunta con inocencia.

—¡A los de la joyería! Les has hecho creer que estamos comprometidos. Me dijiste que no mentías nunca.

—¡Y no lo he hecho! Antes de comprarlo te he preguntado si te gustaría casarte conmigo, tú me has dicho que sí y al final lo he

comprado. —Chasquea la lengua como si eso le diera más la razón —. Empieza a hacer mucho frío, ¿vamos a casa? —Me rodea con su brazo para protegerme.

Me ha dejado tan alucinada que ni contesto, ¡no puedo! No hago más que darle vueltas a lo que ha pasado. ¿Estoy comprometida o me está tomando el pelo? ¡Menuda semanita llevo! Mi vida era tranquila, monótona y bastante aburrida; los Cromwell aparecieron en ella y ahora me siento como dentro de un huracán, un torbellino sin descanso donde no sé qué ocurrirá al minuto siguiente.

—¿Henry? —la voz de un hombre nos sorprende.

—¡Manuel! ¡Cuánto tiempo sin verte! —Se abrazan palmeándose en la espalda.

—¡Tío, te ves genial! ¿Qué haces por aquí?, ¿de compras? —El hombre sonríe con genuina alegría.

—Estamos de paseo y, bueno, al final sí hemos comprado algo. —Coge mi mano y le muestra el anillo que llevo en el dedo—. Manuel, te presento a Sara.

—No me lo puedo creer... ¿¡Vas a casarte!? ¡Encantado de conocerte, preciosa! —observa a Henry incrédulo —. ¡Joder! No me tomas el pelo, ¿verdad? Perdóname, Sara, es que esto es una verdadera sorpresa para mí. Pero si nos vimos esta primavera y no dijiste nada de que tuvieras novia.

—Y no la tenía. La conocí el mes pasado. Y para que Sara se tranquilice un poco, el anillo promete boda, pero sin prisas. —Me echa su sonrisilla torcida.

¡Gracias a Dios! Ahora por lo menos lo tengo claro. No nos casamos en unos meses ni nada parecido. El suspiro de alivio que doy hace que los dos empiecen a reírse a carcajadas.

—¡Oye, parejita! —anuncia Manuel después de las risas—, si no tenéis nada mejor que hacer, podríais venir a mi casa. Hoy hacemos una cenita. Algo de picoteo, música suave... No somos muchos, será algo tranquilo.

—¿A ti qué te parece? —me pregunta Henry con entusiasmo.

—Sí a ti te apetece, ¡adelante!

—Perfecto. ¿A qué hora y dónde? —Mira a Manuel.

—¡Venid conmigo ya si queréis! Este es mi coche. —Señala el que tenemos enfrente— ¿Os acompaña Roberto Hierro? ¿Está por aquí? —Echa una ojeada alrededor—. Dile que venga, Henry, que no lo veo.

Henry hace un gesto con la mano y unos segundos después ya podemos ver cómo se acerca a nosotros. Es curioso... ya ni me acordaba de él. Hace horas que no lo veía. Pobre hombre...

—¿Dónde está tu coche? —pregunta Manuel.

—Está en las oficinas. ¿Qué quieres, que te sigamos con él?

—Os llevo hasta allí y luego que Hierro nos siga en tu coche. Así podremos hablar por el camino. —Henry mira a Roberto para cerciorarse de que lo ha entendido; él asiente.

Cuando nos disponemos a subir al coche y su amigo le pide que vaya delante con él, me mira para saber si yo lo apruebo. Le hago un gesto afirmativo con la cabeza, me besa en la frente y sube de copiloto. Yo entro atrás con Roberto a mi lado.

En el trayecto hablan sin parar. Se cuentan batallitas de cuando estudiaban. Estuvieron juntos en Inglaterra. Se me escapa la sonrisa al ver cómo se ríen con sus recuerdos. Roberto hace un pequeño movimiento y reparo en él. Pobre hombre. Lleva toda la tarde detrás nuestro: esta mañana temprano en la oficina, también estuvo en casa con las compras, luego ha tenido que acostarse con la pérfida de Claudia... ¿Este hombre no descansa nunca? Siempre está, ¿no tiene vida privada? Ensimismada como estoy en mis pensamientos, no me he dado cuenta de que me mira ceñudo y me pregunta, sin emitir sonido, «¿Qué pasa?». Le contesto del mismo modo, «nada» Al hacerlo, gesticulo agitando las manos. Entonces, Roberto ve el anillo en mi dedo y me agarra la mano para contemplarlo mejor.

—¡Menudo pedrusco! —susurra sin soltar mi mano.

Henry se gira de inmediato hacia nosotros, se fija en nuestras manos unidas y le echa una mirada envenenada a Roberto. Él sonríe con malicia sin soltarme la mano. ¡Vaya par! No sé cómo se han aguantado el uno al otro durante tantos años.

—Jo, tío... ¡Qué celoso eres! —dice Manuel a su amigo al darse cuenta de la situación.

—Mucho —contesta entre dientes sin dejar de mirar a Roberto. Cuando se da cuenta de mi cara de perplejidad, se gira a regañadientes hacia adelante.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero te aseguro que no es nada bueno ser celoso y posesivo. A mí me costó el matrimonio.

—Manuel, tú me conoces, soy muy posesivo, y ahora... —me señala con el pulgar— he descubierto que soy muy celoso. A veces no soporto ni que la miren. —Se mira las manos avergonzado—. ¡No lo entiendo! ¡Yo nunca he sido celoso! —acaba lleno de frustración.

—Nunca te había importado alguien lo suficiente como para que afloraran los celos. —Manuel le sonríe con pesar—. Y creo que te importa mucho, mucho.

Henry me observa de soslayo y, con un gesto afirmativo de cabeza y muy abochornado, contesta a su amigo. Manuel le da un pequeño puñetazo en el hombro.

—¡Bienvenido al club! —Sonríe—. Yo también estoy enamorado. Y estamos esperando un bebé, ¿te lo puedes creer?

—Felicidades —la palabra a salido de los labios de Henry de inmediato, sin embargo, ha sonado a pregunta y su cara de desagrado lo dice todo. Roberto se ríe de su reacción y él le resopla a modo de aviso.

—Relájate, para mí sí es algo que me hace feliz. Con Marisa es todo muy distinto, ¡nada que ver con mi ex! Yo la dejo vivir y ella a mí. Nada de tener celos, confío en ella. Algunas veces sigo teniéndolos, aunque procuro no demostrarlos, y en cuanto reflexiono un poco me doy cuenta de que no tengo motivos. Así vivo más tranquilo, ¡te lo aseguro!

Henry parece contrariado. Está cruzado de brazos y es evidente que le da vueltas a la cabeza con lo que le ha explicado Manuel.

Tras llegar a las oficinas, Roberto recoge el coche y nos sigue los veinte minutos que faltan para llegar a casa de Manuel. Por el camino, su simpático amigo ha cambiado de tema de conversación para no importunar más a Henry.

En casa de Manuel el ambiente ha sido familiar, como nos había prometido, muy tranquilo. Para mí ha sido muy agradable. A Henry,

sin embargo, lo he notado agobiado. Nada más ver a la mujer de su amigo, que está embarazada, y a otra pareja que tenía un bebé, la angustia se ha visto reflejada en su cara. Se sentía fuera de lugar. De hecho, nos hemos marchado pronto con la excusa de estar agotados por haber pasado toda la tarde caminando.

—Creo que deberíamos hablar un poco —digo cuando ya estamos en casa.

—¿De qué quieres hablar? Me duele mucho la cabeza. —No sé si le duele de verdad, aunque lo veo muy cansado—. Necesito un analgésico y dormir un buen rato.

—Ya hablaremos mañana. Será mejor que descanses. —Acaricio sus mejillas con cuidado.

—Gracias. —Coge una pastilla del cajón de su mesita y en cuanto la toma se va a lavar los dientes.

Hoy es el primer día que me pongo el pijama estando en su cama y no me pone pegas. Así que entiendo que no está de humor para tener sexo. Lo que sí hace es abrazarse a mí como si se estuviera ahogando y yo fuera su salvavidas. Le paso la mano por la frente y diría que tiene unas décimas.

—Henry, ¿no tendrás un poco de fiebre? Estás muy caliente.

—No, solo tengo un terrible dolor de cabeza. —Junta las cejas como si le doliera al hablar.

Comienzo a masajearle la sien muy despacio, esperando que él me pida que pare. Como no lo hace, comprendo que le alivia y pronto se queda dormido.

CAPÍTULO 27

Cuando despierto por la mañana, lo primero que veo es a Henry apoyado en un codo que me mira con sus preciosos ojos azules.

—Hola —saluda con una espléndida sonrisa.

—Hola, ¿te encuentras mejor? —Le pongo la mano sobre la frente.

—Sí, ya estoy bien —Mientras lo dice, ya está intentando quitarme el pijama.

—Ya veo... —Le doy unas palmadas en las manos para que pare—. Me gustaría hablar contigo.

—Después

Ya no puedo protestar más. Ha empezado a besarme y a mí me apetece que siga tanto como a él. Su caliente y dura verga está apretada contra mi cadera. Con un par de tirones me quita el pijama. Aborda, extasiado, mis pechos: primero un pezón y después el otro. Al instante ya los tiene erguidos para él. Cada vez que pasa su lengua, me recorren relámpagos de placer por el cuerpo. Tengo tantas ganas de tenerlo dentro que no puedo evitar mover las caderas. Al notar mi meneo me acaricia el clítoris con delicadeza, haciendo pequeños círculos. Luego empieza a introducir un dedo en mi hendidura. Lo mete y lo saca unas cuantas veces y vuelve a estimular el clítoris, repitiéndolo una y otra vez hasta volverme loca de placer. Estoy tan mojada que sus dedos resbalan con facilidad por mi sexo. Su boca continúa pasando de un pecho al otro y grito cada vez más fuerte.

—Henry... no aguanto más... —susurro jadeante.

—Pues déjate llevar, cielo —pronuncia entre lametazos.

Al segundo siguiente un placer devastador inunda mi cuerpo de pies a cabeza. Cuando las sacudidas cesan, me relajo entre sus brazos y me besa los labios con dulzura.

—Ahora quiero que me des placer tú a mí. Ponte encima mío —me ordena.

Agarra mis caderas y me sube encima de él hundiéndose en mi vagina empapada. Henry da un grito sofocado al notarme alrededor de su miembro, se deja caer de espaldas a la cama y me quedo erguida y de rodillas sobre él.

—Sara... por favor, fuerte. Hazlo fuerte —suplica jadeante.

Me pongo a brincar sobre su verga cada vez más rápido. Me sorprende que ya no me moleste nada hacerlo en esta postura. De todos modos, soy yo la que marca la presión. Procuro seguir cada vez más fuerte para darle lo que quiere, y él gime de gusto.

—Más, Sara. Sigue... —murmulla con voz ronca por el placer.

Con desesperación absoluta por alcanzar el éxtasis, clava los dedos en mi cadera y me ayuda a hincarme en él con más intensidad, hasta que alcanza el orgasmo entre gritos y jadeos. Me tumbo a su lado y, cuando nuestras respiraciones alcanzan un ritmo pausado, vuelvo a insistir en nuestra conversación pendiente.

—Ahora ya no tienes excusa. Necesito hablar contigo.

—Me ha gustado un montón el polvo que acabamos de echar. Podríamos repetir...

—¡Henry! —lo regaño.

—Está bien, está bien —Levanta las palmas en alto a modo de rendición—. Tú dirás.

—Son varias cosas y te agradecería que me dejaras terminar todas, ¿vale?

—Vale —Me mira muy serio. Creo que es porque teme parte de lo que quiero decirle.

—En primer lugar, quiero pedirte disculpas por lo que te dije el jueves en las oficinas. —Él ya está negando con la cabeza—. Por favor, déjame acabar. —Resopla y asiente para que continúe—. No he sido consciente de lo que supone ser tu novia hasta ese día. Es como si Henry y el señor Cromwell fueran dos personas distintas pese a que están incluidas en el mismo lote. Me enamoré de Henry, pero el señor Cromwell te pisa los talones allá donde vas. Incluso en ocasiones tengo la sensación de estar solo con el señor Cromwell. Creo que me estoy liando y te confundo...

—No, tranquila, creo que te sigo —me anima a continuar.

—Bien. Lo que te quiero decir, es que acepto el lote y asumo la responsabilidad que conlleva. Tienes razón al pensar que soy muy joven para muchas cosas, no para otras, claro. —Sonríe por el gesto de mi cara—. En resumen: no volveré a hacerlo. Tu privacidad por encima de todo.

—Te repito que esto no hacía falta. Ya te había perdonado y entiendo lo difícil que tiene que ser para ti el estar conmigo. Siempre que pueda te facilitaré la situación. Contigo puedo ser yo mismo, tú haces que me resulte fácil estar relajado y no estar a la defensiva. Sin embargo, ante el mundo tengo que ser fuerte para protegerme. Me enfrentaré a lo que sea para defender y conservar lo mío y a las personas que quiero. Me imagino que esto es Henry y el señor Cromwell, ¿no? —Asiento y me encojo de hombros—. También comprendo que tengas la necesidad de aclararlo y has sabido esperar al momento adecuado. Te doy las gracias por ser tan paciente y comprensiva; sé que soy muy jodido. —Termina poniéndose la mano derecha sobre el corazón.

Sonrío y le doy un beso para dejar zanjado el primer punto.

—En segundo lugar, quiero hablar de lo que pasó anoche. —Lo observo y compruebo que no pone pegas—. ¿Qué problema tienes con los bebés y las embarazadas? Te pusiste enfermo solo con tenerlos cerca. —Espero para ver si responde.

—No tengo problemas con los bebés ni con las embarazadas. He de reconocer que ayer me agobié un poco con el conjunto. Empecé a pensar que es eso lo que tú esperas de mí y yo no quiero ser padre, no me siento capaz. Al menos lo siento así en este momento. Quizás cambie de opinión con el tiempo, no lo sé...

—Yo sí quiero ser madre. No ahora, por supuesto, dentro de unos cuantos años, sobre los treinta más o menos. —Sonrío algo nerviosa, esperando que le parezca bien.

—En siete años puede que esté preparado. Si logro tener una relación estable y monógama contigo, es más que probable que quiera.

—Hay mucho tiempo para pensarlo. —Tomo sus manos y los dos nos quedamos mirando el anillo que me ha regalado.

—¡Ves! esto sí que lo tengo claro. —Señala la sortija—. Quiero casarme contigo en cuanto acabes de estudiar.

—¿¡Qué!? —respondo con los ojos como platos—. ¡Ayer le dijiste a Manuel que sería dentro de mucho tiempo!

—¡Joder! el próximo año, no ahora.

—¿¡Tan pronto!? —chillo con voz aguda.

—¿Pronto? ¿qué es lo que pretendes que hagamos? ¿quieres que estemos yendo y viniendo sin parar? Ya va a ser bastante duro esperar a que llegue junio. —Empieza a molestarse.

—Podría venir a vivir aquí contigo sin la necesidad de casarnos —se lo digo entre caricias para ver si se tranquiliza.

—No, ni hablar. Quiero que seas mi mujer. Quiero que seas legalmente parte de mi familia. Tengo contactos y, aunque es casi imposible, te conseguiré la doble nacionalidad, así tendrás pasaporte británico y mi apellido. Eso nos facilitará las cosas a la hora de viajar a según qué país. Me has dicho que aceptabas el lote y el señor Cromwell necesita que estemos casados. Viajo mucho por negocios y si quieres que esto dure tendrás que acompañarme.

—¿Seré la señora Cromwell? —pregunto atónita.

—Solo en el pasaporte británico, en la documentación española conservarás tus apellidos.

—Pero si hoy en día no es necesario cambiar el apellido, las mujeres pueden consérvalo.

—Ya lo sé, pero yo lo prefiero así. En ese aspecto soy muy conservador. El apellido y el matrimonio. Los hijos, si es que algún día llegan, única y exclusivamente dentro del matrimonio. Además, viviremos en España, ni te darás cuenta ni utilizarás mi apellido, salvo que tú lo prefieras. Ambos serán legales y podrás elegir el que quieras.

—Bueno, como tú digas. —No sé siquiera si será capaz de serme fiel cuando me vaya a Santiago y ya lo tiene todo planeado. No entiendo nada.

Hablando de fidelidad... he dejado para el final a Claudia. Veremos si ahora no le tengo que devolver el anillo.

—Y por último...

—¿Hay más? —protesta con fastidio.

—Sí, esto es muy importante. Creo que ya sabes muy bien de qué quiero hablar y lo has estado evitando. Es por Claudia. —Cierra con fuerza los ojos y se agarra el puente de la nariz.

—A ver, cuéntame. —Abre los ojos y espera a que continúe.

—Ayer vino a casa, se metió en tu habitación sin llamar cuando yo estaba saliendo de la ducha. Sin ni siquiera presentarse me insultó. Miró de muy mala manera a tu hermana, le dije que le pondría un ojo morado si volvía a hacer algo similar y acabó amenazándome ella a mí. Gracias a Dios que llegó Roberto en ese momento y la convenció para que se fuera. ¿Sabías que se la tuvo que follar para que se largara de casa? —Mi tono de voz ha sonado lastimero.

—¡Bueno! seguro que lo pasó fatal —suelta con ironía.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —Me sorprende mucho su actitud. ¿Es que no se va a poner ni un poquito de mi parte?

—Sí, lo he oído todo. La conozco y sé que no me mientes. Ella es mi amiga, ¡y mi amante! por llamarlo de alguna manera. Tengo más en común con ella de lo que puedas imaginar y, aunque no comparto muchas otras cosas, la entiendo bastante bien.

—Ella ha venido a follar contigo, ¿le dirás que sí?, ¿lo harás con ella? —Ya se me está formando el nudo en la garganta.

—No lo creo, cielo —No me mira a los ojos y eso no me gusta nada.

—¿No estás seguro...? —la voz se me quiebra.

—Me va a insistir mucho y es muy persuasiva. Me conoce demasiado bien y utilizará todas sus armas. No será fácil. —Sigue sin levantar la vista.

—Confío en ti. —Le cojo la cara para que me mire y sus ojos parecen suplicarme que no me fie de él—. Deja que te encuentre de una vez, que sé que la estás evitando, y acaba con todo esto cuanto antes.

—Tienes razón —dice con tristeza—. Saldremos esta noche y le diré dónde vamos a estar.

Le sonrío porque ya no encuentro fuerzas para responderle sin echarme a llorar. Mañana, cuando me vaya con Jessica a Santiago, sabré si tengo novio o no.

CAPÍTULO 28

La mañana pasa bastante deprisa. Henry estuvo tranquilo y muy cariñoso. Mientras ha estado trabajando en su despacho, Jessica y yo hemos ido a comprar unos pantalones vaqueros, en principio. Lo digo porque al final se ha comprado media tienda y, por supuesto, me ha comprado cosas a mí también. Le he explicado lo que pasará esta noche con Claudia, y Jess se ha empeñado en que tengo que estar más sexy que nunca. He aceptado con la condición de que sea algo juvenil, que me lo pueda poner a menudo y que no sea una minifalda. He acabado con unos vaqueros ajustados, botas de caña alta con tacón, una chaqueta y un top con un escote generoso. No me preocupa demasiado lo del escote porque no tengo mucho que enseñar. Por esa razón también se ha empeñado en comprar un sujetador que me realzará los pechos. Sigue sin preocuparme. Donde no hay, ¿qué demonios quieres realzar?

Al volver de las compras, hemos comido todos juntos frutas y verduras, ¿cómo no? Cuando aún tenía el último bocado del postre entre los dientes, Henry me ha cogido de la mano y me ha llevado a la habitación para hacer el amor de nuevo. Ha sido muy dulce. No puedo evitar el pensar que me ha sabido a despedida.

Al terminar nuestra agradable sobremesa particular, estamos bajando las escaleras para reunirnos de nuevo con Jess, cuando escuchamos voces y risas.

—¡No puede ser que ya esté de vuelta! —Henry se ha parado entre dos escalones y está muy sorprendido.

—¿Quién, cariño? —pregunto con curiosidad.

—¡Miguel! ¡Es la voz de Miguel! No tenía que volver hasta dentro de una semana. —Su rostro demuestra una mezcla de confusión y felicidad. Y baja con rapidez para poder encontrarse con su amigo.

En la cocina encontramos a Rosa, Roberto, Jess y, como dijo Henry, Miguel. Me quedo algo extrañada por no ver a su mujer. ¿Qué

habrá pasado? Cuando se dan cuenta de nuestra presencia, paran de hablar, las sonrisas cesan y los rostros se vuelven serios. Henry está mirando fijamente a Miguel.

—Miguel, ven. Tomaremos una copa en mi despacho. —Y sale de la cocina sin esperar respuesta. Ahí va el señor Cromwell a su despacho. Qué miedo me da...

Miguel, obediente, hace lo que le pide. Al pasar por mi lado sonríe y me da una ligera caricia a modo de saludo. Cuando ya se ha cerrado la puerta tras ellos, empiezo a angustiarme. Deseo de todo corazón que no sea tan rencoroso como dicen Rosa y Jess, porque si no, se liará a puñetazos con su amigo por haber besado a su hermana el día de su boda.

—¿Roberto? —lo llamo con nerviosismo.

—Tranquila, Sara —responde calmado.

—No, no, me temo que tú no sabes lo que pasó con Jess el día de la boda y Henry sí lo sabe. —Miro suplicante a mi amiga—. Perdóname, pero me obligó a contárselo.

—Déjalos que aclaren las cosas entre ellos. No tienes de qué preocuparte. —El hombre parece convencido de lo que dice.

—Tiene razón Roberto. Ellos siempre se han entendido muy bien, no te agobies. No se van a pegar si es eso lo que te preocupa. —La explicación de Jess me relaja un poco, me siento en una silla y apoyo los codos en la mesa.

Rosa me guiña un ojo y me sirve un té. Todos sugieren que puedo estar tranquila, así que le doy unos sorbitos a la infusión y comienzo a relajarme.

—¿Por qué ha vuelto tan pronto? —Como me he calmado, acabo de recordar que no tengo ni idea del porqué está aquí Miguel y me entra curiosidad por averiguarlo.

—Según él, se aburrían y estaban hartos de los mosquitos —Jessica contesta al instante como para demostrar que ella no ha sido el motivo.

¡Qué excusa más tonta! ¿Cómo te vas a aburrir en menos de una semana en el Caribe con tu reciente esposa? Todos están mirando hacia cualquier lado, menos a mí, por lo tanto, creo que no soy la única que piensa que pasa algo raro.

Al cabo de un buen rato, siguen encerrados y no se oyen gritos. Jess, cansada de esperar, me pide que nos vayamos a cambiar para salir de marcha. Está muy nerviosa con la presencia de Miguel y la acompaño arriba para que se distraiga.

—Mi hermano se va a caer de culo cuando te vea —comenta Jess mientras termina de arreglarme el pelo.

—¿¡Yo!? —grito extrañada— ¡Tú sí que estás de infarto!, menudas piernas tienes. Con ese microvestido a Miguel se le va a caer la baba.

¡Hala! ya he vuelto a meter la pata. Estamos las dos en silencio, mirándonos a través del espejo.

—¿Sabes qué? a Miguel le gustas mucho, me da igual que se haya casado con otra. Cuando te vea va a alucinar. —Jess sonríe con timidez— ¿Tú te has creído el rollo ese de los mosquitos?, ¿a qué no? —Niega con la cabeza—. No creo que tarde mucho en pedir el divorcio. Está claro que ha sido un error. Solo faltará que Henry consienta de una vez lo vuestro. Yo te prometo que pondré todo mi empeño en hacerle ver que os queréis y que tenéis futuro —concluyo con vehemencia.

—¿De verdad crees que tendríamos futuro juntos? —Jess está acongojada y el labio inferior comienza a temblarle.

—¡Por supuesto que sí! Si te soy sincera, por mucho que me duela, tenéis más posibilidades vosotros que tu hermano y yo.

—¡Mi hermano está enamoradísimo de ti!

—¡Y Miguel de ti!

—Sí, pero el mío está casado...

—Y al mío lo persigue un zorrón para follárselo...

Las dos nos miramos y terminamos por echarnos a reír.

—¡Vale!, que sea lo que Dios quiera. Si son tan tontos de no escogernos, que se vayan al cuerno, ¡nos tendremos la una a la otra! —Me levanto de la silla, pletórica—. ¡Vamos!

—¡Vamos! —grita ella también—. Pero que te quede claro, la loca soy yo, no vayas a asumir tú ahora ese rol, ¿de acuerdo?

—¡Sí!, me parece bien. —Y salimos del cuarto, entre risas.

Cuando llegamos abajo, ellos aún están en el despacho, aunque la puerta ahora está entreabierta. Jessica me pide que vaya a husmear

mientras ella se esconde en la cocina.

—¡Perdón!, ¿puedo pasar? —Asomo la cabeza y los veo a los dos de pie junto a la mesa.

—Sí, pasa, Sara. —Henry agita la mano indicando que entre.

En un par de saltitos me coloco a su lado, sonriente.

—¿Cuándo nos vamos? —¿Qué demonios les pasa? No me contestan y me están mirando... ¿las tetas?

—Joder, nena... No sé si quiero salir hoy —suelta sin dejar de mirarme el escote.

Miguel está mordiéndose los labios para no echarse a reír y se ha girado a mirar por la ventana.

—¡Venga, hombre!, pero si apenas tengo tetas.

—¿¡Cómo qué no!? —estalla Miguel sin que me lo espere.

—¡Tú cierra la boca! —le ordena Henry señalándolo con el dedo—. No sé de dónde sacas que apenas tienes, cielo, pero te aseguro que sí tienes.

—Eso debe ser el puñetero sujetador que me ha comprado tu hermana.

—Sara, no. ¡Que yo te veo desnuda! Tus pechos no son pequeños, tienen el tamaño apropiado para tu cuerpo y estatura.

—Sí, sí, estoy de acuerdo —apuntilla Miguel.

—¡Tu calla, cabrito! —Le da un empujón Henry.

Mientras los dos se están dando empujones como dos críos, a mí me empieza a entrar muchísima vergüenza. ¿Cómo voy a llevar este top? Empiezo a recular hasta la puerta.

—¡Nos vamos cuando queráis! —les chillo saliendo a toda prisa en dirección a la cocina—. ¡Jessica, corre! Tienes que ayudarme. Déjame un pañuelo, fular, bufanda... lo que sea que me tape. —Pongo las manos sobre el pecho.

—¿Estás de broma? —Mi amiga alucina con lo que le acabo de pedir.

—No. Por favor, préstame algo o no saldré así. —Por el tono de mi voz, accede a mi petición y me presta un pañuelo de seda negro que me tapa toda la delantera.

A partir de ese momento, evito encontrarme con Henry y Miguel, hasta que estamos todos con los abrigos puestos y listos para salir.

Miguel se ha apuntado a venir con nosotros. No sé qué habrán estado hablando cuando estaban ellos solos, pero ahora son uña y carne como siempre. Jessica está eufórica desde que se ha enterado de que nos acompaña.

Roberto nos lleva hasta el restaurante que Henry le indica. Es un bufet con unas terrazas preciosas donde hay mesas con aperitivos, canapés, carnes, pescados y un sinfín de comidas. Es para comer rápido y sin sentarse. Estamos bajo una carpa y hay estufas de gas para caldear el ambiente. Cuando hemos terminado, nos vamos al bar de copas donde Henry ha quedado con algunos amigos, incluida Claudia. Es un lugar muy pijo, con varias salas y ambientes. Tomarse algo aquí debe valer un ojo de la cara. Según me cuenta Jess, el local lo frecuentan jugadores de fútbol de primera división, actores, presentadores de medios de comunicación y demás famosillos. Además, parece que tenemos una zona reservada para nosotros, ¡menudo lujazo!

—Dame tu abrigo, Sara. Vamos a dejarlos aquí en el ropero. —Me ayuda a quitármelo e intenta sacarme el pañuelo que me ha prestado Jess.

—¡No! —Agarro el pañuelo con fuerza para que no me lo saque—. Perdona, es que tengo dolor de garganta y no quiero coger frío.

Henry me mira ceñudo y luego empieza a sonreír de medio lado con picardía.

—Cariño, aquí hace un calor brutal. Has elegido una excusa muy mala para taparte el escote. No debes tener vergüenza, eres preciosa. —Mientras me da un beso apasionado, me arrebata la ligera prenda.

Jessica y Miguel, que han presenciado lo ocurrido, se están partiendo de risa a mi costa. Yo, algo enfurruñada, me aparto a un lado haciendo como que miro despreocupada el lugar mientras Henry deja las cosas en el ropero. A los pocos segundos, noto que alguien me toca el hombro y me giro pensando que es Henry.

—Hola, guapa, ¿has venido sola? —¿Quién narices es este? Es un chico rubio, jovencito, muy perfumado y me mira con descaro las tetas.

—No, he venido acompañada.

—Pues no le debes importar mucho, porque te deja sola. ¿Puedo invitarte a una copa? —Henry está apoyado en el mostrador, riéndose con Jess y Miguel por lo que me ocurre. ¡Me dan ganas de matarlos!

—Te lo agradezco, pero no —contesto con una sonrisa amable.

Cuando me dispongo a caminar, el rubito me agarra de una mano, para frenarme en el acto, y me pone su otra mano en el hombro.

—¡Oye!, te he dicho que no, ¡suéltame! —aún no he terminado la frase que Henry se ha metido entre los dos.

—¡Henry Cromwell! —grita sobresaltado el chico.

—Hola, David —la voz de Henry es gélida—. Veo que has conocido a mi novia.

—¡Oh!, ¿es tu novia? no me lo dijo. Bueno... un placer. Me esperan los amigos... me voy.

—Bien. Saluda a tu padre de mi parte.

—Claro, ¡adiós! —Y huye como alma que lleva el diablo.

—Vaya, vaya... no te puedo dejar sola un segundo. —Se gira con calma para mirarme—. Estoy por ponerte otra vez el dichoso pañuelo. —Acaricia con el dedo mi escote.

—Yo no quería quitármelo... —refunfuño roja como la grana. Empieza a reírse mientras me roza la sofocada cara.

—Tú quédate a mi lado y nadie volverá a molestarte. No me importa que te miren, lo que no soporto es que te pongan las manos encima. —Me toma de la mano y nos vamos los cuatro al reservado.

—¿Quién era ese crío? —pregunto con insolencia.

—Ese crío, es mayor que tú. Tres o cuatro años más. Su padre tiene la empresa de *catering* mejor considerada de Madrid. He tenido trato con él en varias ocasiones. Es un emprendedor con ideas innovadoras. También conozco a su madre y a su hermano pequeño. —Se para unos segundos y me examina con su mirada acusadora—. Conque crío, ¿eh? —Niega con un gesto de cabeza, apretando los labios.

—A mí me ha parecido eso. Tú eres más... hombre.

—¿Más viejo? Sí, lo soy. —¡Ay, madre...! me está mirando tan serio que pienso que se está enfadando.

—No me refería a eso. Tú me resultas más atractivo, más maduro, más masculino. Él parece un niño. —La vocecita interna me grita que me calle de una vez—. ¡Jo!, por favor, no me mires así. Sé que me entiendes.

—¡Claro que sí! Te estoy tomando el pelo. —Sonríe el muy engreído—. ¿Quieres una copa? —cambia de tema para no seguir incomodándome.

—Sí, gracias. Algo fresquito.

Tomamos unos cuantos mojitos que aquí los preparan especialmente bien. Bailamos, charlamos y reímos. Jessica, a cada copa que se toma, se le echa más encima a Miguel. Él la trata con cariño, aunque no le da pie a nada. De vez en cuando, echo un vistazo por si llega Claudia. Son casi las tres y empiezo a pensar que no va a aparecer. Qué equivocada estaba...

Se nos han unido al grupo tres chicos y tres chicas, conocidos de Henry. Uno es el típico graciosillo que conoce infinidad de chistes y le pasan anécdotas surrealistas que, al explicarlas, nos hace saltar las lágrimas con la gracia con la que las cuenta. De golpe, Henry se queda paralizado. Se le ha cortado la risa y mira por sobre el hombro de su amigo. Yo, al ser más baja, no veo nada. Empiezo a sentir un vacío en el estómago porque presiento que la persona que menos deseaba que apareciera, acaba de llegar. Y no me equivocaba: es Claudia.

¡Madre mía! decir que está espectacular es quedarse corto. Tanto hombres como mujeres se la quedan mirando al pasar. Es como si acabara de salir de una pasarela de moda. Va vestida de negro, con una camisa de seda de tirantes muy finos, pantalones cortísimos exhibiendo sus interminables piernas, botas altas de taconazo y en su estilizado cuello luce un gran collar plateado. Cuando por fin llega a nuestro lado, primero saluda a Miguel y lo felicita por su reciente boda.

—No sabes cuánto me alegro de que te hayas casado. —Claudia mira burlona hacia Jess— ¡Tienes que presentármela!

—La próxima vez, hoy no ha podido venir. —Miguel sonríe, aunque la conversación no le hace mucha gracia. Él es siempre tan comedido...

—¡Claro! voy a estar toda la semana. —Me mira de reojo—. Ya encontraremos el momento.

Ahora ha centrado la vista en Henry. Se lo está comiendo con los ojos y le importa un comino que estemos cogidos de la mano.

—Hola, Henry... —arrastra las palabras con provocación—. Veo que has traído a tu niña. ¿Tienes miedo de que se pierda? —Observa nuestras manos unidas, con desagrado.

—Hola, Claudia. Creo que ya conociste a Sara ayer. —Henry ignora su pregunta—. Sabes que no puedes entrar en mi habitación sin permiso y menos ahora que mi novia duerme conmigo.

—Bueno, bueno... —Le acaricia con sus largas uñas el mentón—. No te pongas así. Ya sabes que entraría en el mismísimo infierno por encontrar lo que busco.

—Por favor —Le aparta la mano—. Preferiría que cambiaras de actitud. —Lo está poniendo en tensión. Cada vez me aprieta más y me duelen los dedos.

—No haré nada que tú no quieras, ya me conoces. —Se gira y se ríe de sus propias palabras.

—¿Y tú dices que eres igual que ella? —le susurro cuando ya está saludando a los demás.

—No, yo no soy igual que ella. Tenemos muchas cosas en común y, aunque no te lo creas, soy más parecido a ella de lo que me gustaría. —Henry parece asustado de sus propias palabras.

—Tú no te comportarías nunca de ese modo. —Señalo a Claudia, que está metiéndoles mano a dos amigos de Henry a la vez.

—Sara, contigo y por ti me comporto con civismo. No soy tan descarado y actúo con discreción, pero mi forma de actuar es similar a la de ella.

Me ha dejado helada. Sé que es un mujeriego, él mismo me avisó. Yo no he visto esa parte de él y no podía o no quería visualizarlo. Al ver en acción a Claudia lo he comprendido. Tengo la sensación de que es eso lo que desea, volver a ser quien era, y no tiene la seguridad en sí mismo de siempre.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Quieres irte con ella? —susurro acongojada.

—¡No!, por Dios, no. Te quiero, cielo. Mi deseo es estar contigo —Me observa con atención y su mirada es limpia, sincera.

—Yo también te quiero, Henry. Por un momento yo pensé... —Henry niega con la cabeza, entristecido—. Dame un beso y olvidémonos de esa tía. —Le rodeo el cuello con mis brazos y nos damos un apasionado beso.

Claudia nos ha visto y me mira como si quisiera estrangularme. La ignoro y voy a charlar con Jess y las otras chicas.

Llevamos un buen rato bailando las chicas solas, menos Claudia, claro. Ellos siguen bebiendo y charlando en nuestra mesa. Unos minutos después, me vuelvo a girar buscando a Henry y no lo veo. Puede que fuera al lavabo, pero me doy cuenta de que tampoco está Claudia. El corazón me da un vuelco.

Me dirijo hacia los servicios, esperando encontrarlo por el camino. Y sí, lo encuentro. Está pegado a la pared con Claudia abrazada y acariciándole el paquete. Henry tiene los ojos cerrados y agarrando a ella por la cintura. Abre los ojos y se encuentra con mi mirada vidriosa. Se la saca de encima de un empujón y viene hacia mí. Me doy media vuelta y corro hacia la salida. Cuando me alcanza ya estoy fuera del local.

—¡Espera, por favor! ¡deja que te explique! —grita desesperado. Todo el mundo nos mira.

—Henry, baja la voz —susurro para que solo él me escuche—. Acompáñame hasta el *parking*.

Obedece y se pega a mi lado sin decir nada. Puedo notar la tensión de su cuerpo.

—Avisa a Roberto, dile que me tiene que llevar —digo con toda la calma que puedo demostrar.

—Me voy contigo —suelta con rapidez.

—No, no quiero que vengas.

En ese momento llegamos al coche, Roberto ya se encuentra dentro leyendo, así que no hace falta que lo llame. Mejor, porque no creo que pueda aguantar la compostura por mucho más tiempo.

—He confiado en ti y me has engañado. ¡Y lo peor de todo es que lo has hecho delante de mis narices! —Resbalan las lágrimas por mi cara.

—¡No es lo que parece!

—Por favor, no seas hipócrita.

—Te lo prometo...

—¡No! —le corto— ¡Basta! no puedo competir con ella. Después de esto no confío en ti. Si no hubiera aparecido, ya te la estarías follando en el lavabo, y si no mañana, cuando me hubiera ido a la residencia. —Me saco el anillo que me regaló y se lo pongo en la mano—. No soy un juguete. Te ruego que me dejes ir. No quiero tener que correr como una loca para poder conseguirlo. Quiero que tú me dejes marchar. Si es verdad que te importo algo, déjame ir.

—¿No vas a permitir que me explique?

—Lo siento, no.

—Muy bien, entonces, puedes irte, yo no te lo impediré. —Se agacha y abre el coche—. Roberto, llévala a casa y vuelve después. —Antes de que yo entre, ya se aleja sin mirar atrás.

Ya hemos salido del garaje y estoy llorando con desesperación. Los sollozos son incontrolables. Tengo un dolor insoportable que me oprime el pecho. Roberto detiene el coche a un lado y sale para volver a entrar a la parte trasera sentándose a mi lado.

—Ven aquí, anda. —Me mete entre sus brazos y aprieta con fuerza contra su pecho.

Me agarro a la solapa de su chaqueta como si me fuera la vida. Lo estoy empapando con mis lágrimas, aun así, parece no importarle.

—¡Oh... Roberto...! —susurro entre hipadas—. Me duele muchísimo, no puedo respirar.

—Cálmate, respira con calma. ¿Quieres contarme lo que ha pasado? —Acaricia mi pelo con ternura.

—¿¡Qué va a pasar!? ¡¡que esa arpía se ha salido con la suya!! —Sollozo—. Parecía ir todo bien y, de pronto, los encuentro en el pasillo. Henry apoyado en la pared disfrutando del magreo de Claudia...

—Puede que no fuera lo que tú crees.

—¡Por Dios, Roberto! ¡le estaba acariciando la polla! —grito desesperada.

—Tienes razón, sí era lo que parecía. ¿Pero le diste tiempo a rechazarla?

—Se la quitó de encima de un empujón cuando me vio, ¡no antes!

—¿Lo habéis hablado? —insiste.

—No, no he querido. Solo quiero irme, Roberto, marcharme lejos de él. Mañana me iré a la residencia y no volveré a verlo más. —Y me echo a llorar de nuevo.

—Ya veo... Pasa al asiento delantero conmigo. Métete en la cama nada más llegar, ¿vale? Yo tengo que volver a recogerlos. —Me ayuda a salir del coche y cierra la puerta con cuidado una vez que estoy sentada delante.

¿Cómo puede doler tanto? Nunca me hubiera imaginado que físicamente pudiera ponerse uno enfermo por amor; más bien por la falta de él. Estaba avisada, todos me lo dijeron, incluido Henry, y aun así no estaba preparada. Creía que yo era especial, que a mí, no me pasaría.

Al llegar a casa de Henry, me voy a la habitación de invitados y lloro hasta quedar dormida. Jessica me despierta al llegar, se mete en la cama conmigo y vuelvo a llorar entre sus brazos.

CAPÍTULO 29

A la mañana siguiente, nos levantamos muy tarde. Así solo tendremos que comer y ya nos iremos al aeropuerto.

—Jess... necesito que cojas mis cosas de su habitación. No quiero encontrarme con él —le suplico después de apenas haber comido.

—Sara, cariño, si quieres vamos juntas. Henry no está, no ha dormido en casa.

Qué tonta soy. Una vez que yo me fui ya tenía el campo abierto. Se iría con ella al apartamento del centro.

—Te agradezco que me acompañes. Vamos y acabemos con esto de una vez.

Nos vamos al aeropuerto en taxi, nos acompaña Sánchez. Como no está Henry, no está Roberto para acompañarnos, y me hubiera gustado despedirme de él.

Al llegar a la residencia se me viene el mundo encima. ¿Cómo voy a recuperar mi monótona vida? ¿De dónde voy a sacar las fuerzas para seguir estudiando? ¿Cómo voy a vivir sin él...?

Las clases me resultan infernales. No entiendo nada de lo que dicen los profesores, llego todos los días agotada, me duermo llorando cada noche y tengo terribles pesadillas que me desvelan durante horas. El único momento del día en que me siento un poco mejor es cuando voy a correr por la alameda. Voy sola porque Jessica dice que hace demasiado frío para correr por la calle. Así que ese momento de soledad es el que me trae un poco de paz.

Ya han pasado tres semanas. Vamos a empezar el mes de diciembre y Jess me ha pedido que me traslade con ella a su apartamento. Está muy preocupada por mí. Casi no como, apenas duermo y tengo un aspecto horrible. Ella, por miedo a que le diga que no, me ha dicho que le asusta estar sola por las noches. He accedido porque tengo la esperanza de recuperarme un poco a su lado y que su

presencia aplaque mis pesadillas. Quizás se me abra el apetito si como siempre con ella. He perdido cinco kilos.

Hace una semana que vivo con Jess. Estamos estudiando juntas porque, aunque parece mentira, es ella la que me está ayudando a mí.

Suena el timbre de la puerta y las dos nos sobresaltamos al oírlo.

—¿Quién será? ¿Esperas a alguien? —le pregunto.

—Yo no, ¡voy a ver! —Corre hacia la entrada.

Al abrirla, aparece Henry ocupando casi en su totalidad el umbral con su amplia espalda y su gran estatura. Me quedo paralizada. El corazón me late como si acabara de correr un maratón. Miguel también lo acompaña.

—¡Henry! —se abraza a su hermano—. Pasad. ¿Qué hacéis aquí?

—Hace un mes que no te veo, ¿no me echabas de menos? —Alborota con la mano el pelo de su hermana.

—¡Déjame, que me lo enredas! —se queja y luego le pega en las manos como si fueran niños.

—¡Hola, Miguel! —También lo abraza.

—¡Hola, preciosa! —responde Miguel con una radiante sonrisa.

Henry fija su mirada en mí y en par de zancadas lo tengo a mi lado.

—Hola, Sara —saluda y besa mis labios muy brevemente— ¿Estáis estudiando? —Se sienta y empieza a ojear los libros y apuntes.

El simple roce de sus labios, ha hecho que me ruborice de pies a cabeza y me cuesta mucho poder hablarle.

—Hola, Henry —consigo articular—. Lo intento. Estudiar, claro.

—Claro... —susurra y se queda mirándome, escudriñando mi rostro—. ¡Bueno! —Se gira de pronto hacia su hermana—. ¿A dónde quieres que vayamos a cenar? Tú eliges.

—¿En serio? —Se le ilumina la cara.

—A ver... no vayas a elegir un Burger o algo similar.

—¡No, no! ¿Qué tal... mariscos?

—¡Dime dónde hago la reserva! —Saca con rapidez el móvil del bolsillo y se echan a reír los tres.

Mientras Henry y Jess buscan el restaurante en internet, Miguel se acerca a saludarme con un par de besos y se sienta conmigo.

—¿Qué tal te encuentras, Sara? Tienes muy mala cara.

—Estoy bien. Es que he estado resfriada y los exámenes me están agobiando un poco. —Tengo la vista fija en la mesa porque no soporto mentir mirándolo a los ojos.

—No hace falta que finjas —habla muy bajito para que solo yo pueda oírlo—. Todos los aquí presentes sabemos lo mal que lo estás pasando.

¿Cómo no? Jessica le estará pasando a diario el parte de lo que hago y dejo de hacer a Henry.

—Miguel, por favor. —Me acerco más a él para que nadie más lo escuche—. ¿Dime a qué habéis venido? Sé sincero, te lo ruego.

—Siendo muy sincero, yo a ver a Jessica, y Henry a verte a ti.

—¿Qué quiere de mí? —susurro más para mí misma que para que Miguel me conteste, y ni siquiera reparo en que me ha dicho que ha venido a ver a Jess.

—Hoy, analizarte, para ver que tal te encuentras, ganarse tu confianza y tu amistad...

—¿Solo eso, amistad? ¿Estás seguro?

—Hoy, sí. —Sonríe enigmático.

—¿Cómo que «hoy, sí»? — Miro de reojo a Henry porque he elevado el tono. Están todavía buscando el restaurante y no reparan en nuestra conversación.

—Sara, Henry te quiere. No sé si quiere o querrá volver contigo. Lo que sí sé es que intervendrá en tu vida y en tu futuro, tanto si te gusta la idea como si no. Unas veces te darás cuenta y otras no, pero de una manera u otra, estará presente en tu vida.

—¿Quieres decir que aunque no estemos juntos me ayudará?

—Sí, a su manera.

Henry y Jess están peleándose por llamar al restaurante, y Miguel parece haber dado por concluida nuestra charla. Se queda embobado, mirando cómo se quitan el teléfono con una amplia sonrisa. Gana Henry, por supuesto. Le veo marcar con gesto petulante y luego, cuando le contestan, reserva para cuatro personas a las diez. ¿¡Qué!? No, no, no voy a ir.

—¡Miguel!, yo no voy a ir a cenar. Tengo mucho que estudiar —le susurro al oído.

—Por favor... son las seis. Aún tenéis un buen rato para estudiar y mañana podéis continuar. Además, tengo algo que celebrar y me gustaría mucho que vinieras.

—Vale... ¡pero solo por ti! ¿Es tu cumpleaños o qué? —Si fuera su cumpleaños, me extrañaría mucho que Jess no lo supiera.

—¡No!, yo cumplo en agosto. El diez para ser exactos.

Al decirme eso, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuándo cumple Henry. Jessica es del ocho de junio, pero él... no lo sé.

—Y Henry, ¿cuándo cumple? —Aprovecho la tesitura.

—El siete de abril.

—¿Nacisteis el mismo año?

—Sí, tenemos treinta y cuatro. —Henry está llegando a nuestro lado— ¿Verdad? —Mira a su amigo.

—¿De qué habláis, de cumpleaños? —Evidentemente, Henry tenía la antena puesta.

—Sí, ella no sabía cuándo era el tuyo.

—Me parece perfecto —suelta con ironía—. Ahora que ya estamos bien informados de nuestras edades y fechas de nacimiento, ¡vámonos, Miguel! Ellas tienen que estudiar. Volveremos hacia las nueve y media para recogeros. —Se gira y se dirige a la salida.

Miguel me guiña un ojo y va detrás de Henry. En cuanto nos quedamos solas, Jessica corre a su dormitorio.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —se lo pregunto, aunque me temo que ya lo sé.

—¡Voy a ver qué me pongo! —grita desde la habitación.

No pienso discutirle, no la haría entrar en razón. ¡Ahora ni estudiar ni leches! Solo ve que quiere estar guapa para Miguel y punto. Y a mí, para qué engañarnos, me pasa igual con Henry.

La cena ha ido mejor de lo que pensaba. Ha sido bastante relajada, sin tensiones ni malos rollos. Hemos comido mariscos y he descubierto que a Henry le encantan los percebes. Cuando nos van a servir el postre, tarta de tres chocolates, Miguel nos anuncia algo.

—Para mí, hoy es un día muy especial. Vuelvo a ser soltero. Esta mañana he firmado los papeles del divorcio. —Miguel se queda callado esperando a que alguien reaccione.

—Si para ti eso es motivo de celebración, ¡brindemos por ello! —Levanto mi copa y los cuatro las chocamos con un agradable tintineo. La sonrisa de Jess no tiene precio.

Con razón estaba tan risueño hoy. Incluso no hace más que ir detrás de Jess y a Henry no parece molestarle.

—¿Vais a quedaros a dormir? —pregunta Jess al llegar al apartamento.

—Si no nos dejas quedarnos, tendremos que dormir en el coche. No he reservado hotel —contesta Henry, bostezando.

¡No puede ser! Hay dos camas y somos cuatro. No me acuerdo de cómo durmieron ellos la última vez cuando nos conocimos, y no creo que duerman los dos chicos juntos.

—Yo me quedo en el sofá —indica Henry, sacándome de dudas. Ahora solo me queda saber si yo duermo con Jess o lo hará Miguel. A mí me da que lo segundo...

Miguel coge a su amigo del brazo y lo aparta a una esquina para tener un poco de privacidad. Se cruzan unas cuantas palabras en susurros y al acabar, muy sonriente Miguel coge a Jess del brazo y la lleva a su dormitorio.

—¿Por qué ahora sí los dejas estar juntos? —susurro sin atreverme a mirarlo.

—Porque ahora sé lo que duele no poder estar con la persona que amas. —Me giro perpleja hacia él, y me está mirando con intensidad y en silencio. Está esperando mi reacción y yo no soy capaz de articular palabra—. Buenas noches, Sara —termina por decir ante mi aparente indiferencia.

—Buenas noches, Henry. —Me doy la vuelta y me encierro en mi habitación.

No puedo volver a caer en sus redes, ¡me destrozaría! La tentación de regresar a su lado, teniéndolo tan cerca, me resulta insoportable. Hago acopio de todas mis fuerzas y me acuesto abrazada a la almohada. Me paso la noche pensando en él, si estará tentado de entrar o no en mi cuarto. Apenas duermo un par de horas en toda la noche. Por la mañana ellos se van temprano, después de desayunar.

A Jess nunca la había visto tan feliz. Me alegra mucho que por fin puedan estar juntos. Miguel y ella están hechos el uno para el otro.

Después de esto, incluso ha mejorado las notas de los últimos exámenes. Y para qué negarlo, la envidio.

Jessica me ha pedido que vaya a pasar las navidades a su casa de Madrid. Vendrá su padre de México y quiere presentármelo. Después de hablar con mi abuela, al final he aceptado. En el pueblo ella no va a hacer nada más que ir a la misa del gallo en Nochebuena y tomar las uvas de fin de año con las vecinas de la parroquia. Con ese plan y lo deprimida que estoy, acabaría tirándome desde el tejado. Eso sí, iremos con mi abuela un par de días, le presentaré a Jessica, y luego iremos a Madrid. Sé que no debería, pero me muero por ver a Henry.

—¡Caray, Sara! ¿qué son todos esos paquetes? Tú nunca llevas tantas cosas. —Estaba tan emocionada con las vacaciones de Navidad que no ha reparado en todos los regalos que llevo hasta llegar a su casa. Y ahora está rebuscando entre mis bolsas.

—¡Estate quieta! —Le quito las bolsas—. Son los regalos de Navidad.

—Acabas de cometer el peor error de tu vida. No deberías habérmelo dicho. ¿Tú te crees que voy a aguantar sin saber qué hay ahí hasta Navidad? —Señala los paquetes con los ojos desorbitados.

—¡Solo faltan dos días! —grito—. Además, no es nada del otro mundo. No son cosas de ninguna tienda exclusiva. Los he hecho yo.

—¡Oh...!, ¿de verdad? Qué dulce eres. —Vuelve a mirar a los paquetes con disimulo—. Sara, dime qué es o terminaré por abrir los regalos.

—Escucha, te daré una pista si me prometes que no insistirás más, ¿de acuerdo?

—¡Vale! —Empieza a dar saltitos, emocionada.

—Son cosas hechas de lana.

—¿Sabes tejer? —Junta las cejas, extrañada.

—Me enseñó mi abuela. Son de un punto muy sencillo y sin mezclar colores. No lo hago tan bien como ella.

—¿Y has hecho cosas para todos? ¡hay muchos! ¿A mí qué me has hecho? —¡Y dale! será caprichosa...

—No le des importancia. Es algo sencillo que os he hecho con mucho cariño. Es el único valor que podía ofreceros. Confío en ti y

sé que no los tocarás.

—¡Escóndelos! Pídele a Rosa que te ayude. Te dejo para que te acomodes. Nos vemos abajo. Rosa ha preparado chocolate a la taza. —Sale de la habitación, enfurruñada como la niña consentida que es.

Justo antes de llegar a Madrid, había recuperado un par de kilos gracias a vivir con Jess. Los dos días que hemos pasado con mi abuela seguro que también han contribuido. Sin embargo, Rosa ha criticado mi delgadez y me obliga a comer a todas horas. A este paso me voy a poner como una pelota.

Ya es veinticuatro de diciembre, Nochebuena, y solo he visto a Henry un par de veces. Cuando me ve, me saluda besándome en los labios y luego me ignora.

Jessica ya es nerviosa de por sí, ¡pues hoy está histérica! Su padre está a punto de llegar y quiere contarle que está saliendo con Miguel. No se lo ha querido contar por teléfono. Y lo de saber que va a haber regalos ¡la tiene atacada! Por fin aparece y menudo revuelo arma. Jessica le salta encima como si tuviera cinco años y se lo come a besos. A la pareja de su padre la saluda, breve, pero con educación.

—¡Mira, *daddy*! te presento a Sara. Es la amiga de la que te hablé. —Acerca a su padre llena de orgullo.

Es impactante verlo. Es clavado a Henry: alto, fuerte, tiene el pelo salpicado de canas y los ojos azules, pero mucho más claros que los de Henry. También es más rubio, aunque no estoy segura de si es por culpa de las canas.

—Encantada de conocerlo, señor Cromwell. —Le ofrezco la mano para que me la estreche.

Con una sonrisilla torcida y cierta arrogancia que me recuerda mucho a su hijo, aparta la mano, me abraza con fuerza y besa mis mejillas.

—Puedes llamarme «Edgar». Me han hablado tanto de ti que es como si te conociera. —¡Jo! hasta la voz la tienen parecida, pero con un ligero acento inglés.

—Espero que hayan sido cosas buenas. —Sonrío con timidez.

—Por parte de mi hija, todo halagos y maravillas. Está mucho más contenta y centrada con los estudios desde que te conoce, y eso es un logro. Pero a mi hijo... parece que lo traes de culo estas últimas semanas.

¡¡Tierra trágame!! Qué vergüenza, ¿pero ¿qué le habrán contado? Estoy roja como un tomate. Él se da cuenta y se echa a reír.

—¡Tranquila, no voy a reprocharte nada! Sea lo que sea que haya pasado entre vosotros dos, la culpa la tiene Henry, si no, no estarías aquí en su casa. No sabe perdonar, lo lleva en la sangre. A mí me pasa igual.

Oímos ruidos y nos giramos a mirar. Henry y Miguel acaban de llegar. Henry viene flechado a abrazar a su padre. Me alejo con discreción para no molestar. Entre ellos hablan en inglés, incluso Miguel cuando se les une. Mientras ellos conversan, Jess me presenta a la novia de su padre. Una mujer mejicana, preciosa, bastante más joven que él. Se llama Rosaura.

Henry se ha pegado a su padre como una lapa. Está muy contento de tenerlo en casa. Se nota que lo echa de menos, y no lo dirá ni lo admitirá, por supuesto.

Después de comer han organizado una partida de póquer y, cómo no, el señor Cromwell se lo toma tan en serio como sus hijos. Tiene una copa de *whiskey* y un puro en la boca, que no lo dejan encender y, aun así, parece sacado de una película del oeste.

Cuando ya he jugado un par de partidas, me retiro. No tengo nada que hacer contra ellos. Henry se ha ofrecido a jugar conmigo, a sabiendas de que le voy a hacer perder.

Sobre las seis todos nos dispersamos: a descansar unos, a hacer ejercicio otros y a ponernos guapas nosotras. Nos arreglamos, aunque no vayamos a salir. La cena es en casa y familiar. Nos daremos los regalos tras el postre y luego vendrán Fernando, —el Ginecólogo— y Arturo, al que llaman «El Homer». No he querido preguntar por qué lo llaman así, supongo que lo averiguaré cuando lo vea.

En la cena lo paso un poco mal. No sé cómo he acabado entre Henry y su padre. No paran de insistir para que coma y que lo pruebe todo. Henry ha llegado a darme de comer un par de veces

de lo que tenía en su plato, ¡con su propio tenedor! y me lo ha metido en la boca. Edgar se mea de la risa cada vez que lo hace. Con el postre vuelve a suceder, y el hombre ya se ríe a carcajadas.

—¡Usted, ríase! —digo con la boca llena de tarta—. A mí no me hace gracia. —Entre la música de fondo, Miguel y Henry que discuten de no sé qué tontería y Jess que le cuenta a gritos a Rosaura las buenas notas que está sacando, el único que me escucha es él.

—Primero de todo, tutéame. Segundo, ¡no puedo contenerme! No me río de ti, me hace gracia el comportamiento de mi hijo contigo. ¿Tienes idea de lo escrupuloso que es? ¿Sabes que si alguien toca su plato ya no lo quiere? ¡No se lo permitía ni a su madre! Y el vaso ni se lo toques, ¿cómo va a beber él las babas de otro? —Hace una pausa para reírse— ¡Y a ti te mete la cuchara en la boca y luego la chupa!

—No lo sabía. Siempre ha compartido conmigo sus bebidas. —Y fluidos corporales...

—Ya, me imagino... También te besa, me han contado.

—Bueno, ahora no estamos juntos. —¡Ya me estoy poniendo colorada!

—Sí, ya lo sé, ¡y no entiendo por qué! Es evidente que os queréis. ¿Tan importante es lo que fuera que te hizo como para que no puedas perdonarlo? —Me observa con seriedad esperando mi respuesta.

—Edgar, yo... no puedo tolerar una tercera persona en nuestra relación. —¡No, por Dios! se me está formando un nudo en la garganta y los ojos se me ponen vidriosos.

El hombre me agarra la mano con ternura para que me tranquilice y deja pasar unos segundos antes de continuar.

—Sara, creo que deberías hablar con él. Si conoces un poco a Henry, sabrás que no miente nunca. Me contó que no ha habido ninguna otra.

—Lo hizo delante mío. Pude verlo con mis propios ojos.

—¿Qué viste exactamente?

—¡Que es tu hijo! ¿quieres que te lo explique de verdad? —Es igual de morboso que Jessica.

—¿Estaba en la cama con otra? —Eleva una ceja.

—¡No!

—¡Entonces, cuéntamelo!

—¡Vale, tú mismo! ¿Sabes quién es Claudia?

—Sí. ¡Mierda! ¿fue por ella? —murmulla lo que me parecen insultos en inglés—. Dime qué pasó.

—Ella lo tocaba... y él se dejó hacer. —¡Qué bochornoso es esto!

—¿Lo masturbaba en público? —grita sorprendido.

—¡No!, bueno... por encima de la ropa. Luego, Henry la apartó en cuanto me vio. —Edgar me mira alzando las cejas sin poder creer lo que le acabo de contar. Incluso a mí me parece una estupidez.

—¿Y por eso tan tonto lo dejaste? —Otra vez insultos en inglés, y me ha parecido entender: «Y todo por esa guarra».

—Lo peor es que después se fue con ella al apartamento...

—¡Eso no es cierto! —grita con coraje, demostrando su impetuoso carácter. —Estuvo solo esa noche.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque él mismo me lo dijo. —Este hombre cada vez está más cabreado—. Esa noche me llamó. Estaba en el apartamento, sí, pero solo. Estuvimos cerca de una hora hablando. Me contó que se había peleado contigo. No me dio muchos detalles, no le gusta demasiado hablar de sus sentimientos. Al día siguiente, Jessica tampoco me quiso dar detalles. Imagino que Henry le habría prohibido hacerlo, menudos son estos dos cuando se alían... —Vuelve a mirarme ceñudo—. ¡No entiendo cómo sois tan estúpidos! ¡y tú más! Será la juventud y la falta de experiencia —dice como para sí mismo—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés —Suelto elevando la barbilla.

—¿Solo? Ahora lo entiendo... ¿Has tenido muchos novios? Apostaría a que no.

Menudo interrogatorio. Me estoy sintiendo cada vez más incómoda. No solo se parecen en el físico, en el carácter también son clavados. Hasta que no sepa lo que quiere no va a parar.

—No —respondo tajante.

—¿Cuántos?

—¡Por Dios! ¡solo Henry ha sido mi novio! Tuve un amigo hace poco más de un año y nada más. ¡Te lo ruego, basta ya!

Henry se ha dado cuenta de que estoy gritando y le pregunta a su padre qué pasa. A partir de ese momento no entiendo nada de lo que dicen. Hablan muy deprisa y sé que discuten.

—¡Basta! —grito en medio de los dos hombres, que me pasan la cabeza—. ¡Henry! no discutas con tu padre, y menos por mi culpa. —Lo señalo amenazante con el dedo índice—. ¡Y tú, Edgar! —me giro hacia él—. Es tu hijo, ¡no te metas en su vida! No le grites ni regañes, ¡que no le gusta! ¡Tengamos la fiesta en paz! —No sé cuándo lo he hecho, pero la mano derecha la tengo en el pecho de Edgar y la izquierda en el de Henry, ¡como si yo tuviera fuerza para separarlos!

Los dos hombres están perplejos, mirándome. Henry baja la vista a la mano que tengo en su pecho, después a mí otra vez, y finalmente a su padre. Y estallan en carcajadas los dos. ¡Pero serán idiotas! Entre risas, Edgar no sé qué le dice a su hijo y él casi se mea al escucharlo. Están como cabras...

—¿Se puede saber qué te ha dicho que tenga tanta gracia? —Ahora la cabreada soy yo.

—Que he encontrado la persona adecuada para mí; eres... eres... una fierecilla —pronuncia sofocado por la risa.

—¿Y eso tiene tanta gracia? —En definitiva: se han vuelto locos.

—Para nosotros sí. Desde niño, en mi casa, sobre todo mi padre me llama fiera cuando me enfado.

Visto así tiene algo de gracia. La verdad es que al final acabo sonriendo al pensar en ello. Y lo más importante es que padre e hijo ya no discuten.

Llegó el momento de los regalos. Nos vamos todos al salón, donde tienen un enorme árbol de navidad con todos los paquetes colocados debajo con mimo. ¡Hay muchísimos! y algunos son muy grandes...

¿Cómo se me ocurrió hacerles unos estúpidos gorros de lana? qué vergüenza... Me están dando ganas de ir a esconderme debajo de la cama.

Jessica, sin poder esperar un segundo más, se lanza a por los regalos y comienza a repartir. Cómo no, a los pocos segundos se desespera y empieza a abrir los suyos.

—¡Qué bonito, qué bonito! ¿Quién me lo ha regalado? —grita al encontrarse con una pulsera, con lo que creo que son diamantes.

—Mira el grabado y lo sabrás... —dice Miguel, sonrojado.

No sé lo que ha leído, pero me lo imagino. Le ha saltado encima a Miguel y casi lo tira al suelo.

—¿No quieres abrir los tuyos? —me susurra Henry, ofreciéndome un par de paquetitos.

Empiezo a quitar el envoltorio del más pequeño. Dentro hay una caja que dice: «Rolex». ¡Jo! no me lo puedo creer, ¡me han regalado un Rolex! Abro la caja y hay un precioso reloj de color rosa y plateado. Esto es de Henry, lo sé. Solo él escogería el rosa para mí.

—¿Te gusta? —pregunta con timidez.

—Me encanta, Henry. Nunca he tenido nada igual —lo beso en la mejilla—. Gracias.

—De nada, cielo. —Me quedo embobada, mirándolo.

—¡Eh, qué bonito! —el grito de Jess me sobresalta—. El mío es violeta, ¡mira! —Estira su mano para que pueda ver el reloj que le han regalado—. Me gusta más el tuyo, ¿me lo cambias?

—¡¡No!! —grita Henry, alterado—. No seas caprichosa —la regaña.

—¿Y a ti que más te da? si nos los queremos cambiar...

—¡He dicho que no! —responde histérico—. Ese... ese... lo elegí para Sara y punto.

—Jess, ya vale. Lo estás haciendo solo por fastidiarlo. —Ella remueve la lengua dentro de la boca, como si fuera una niña a la cual han pillado haciendo una trastada—. Además, ¡no pienso cambiártelo! —Le saco la lengua y me lo pongo en la muñeca mientras ella se parte de risa.

—¡Qué bonito! ¿Quién me ha hecho este regalo? —pregunta Miguel.

¡Mierda! es el mío.

—Eso lo hice yo —susurro avergonzada.

—¿En serio? ¡Es una pasada! ¡Jess, mira!

—¡Hala, qué chulo! ¿Dónde está el mío? —Recoge el paquete del suelo y rompe el envoltorio— ¡Ostras! ¿Cómo has podido hacer esto? Me encanta. —Se coloca su gorrito rosa y su bufanda a juego— ¡Henry, mira qué bonito! Lo ha hecho Sara. —Luce su regalo ante su hermano.

—¿De verdad? —Observa sorprendido el tejido.

—Tú también tienes uno —le informo—. No es gran cosa. No podía estar a la altura si os compraba algo —mi voz se ha ido apagando a medida que terminaba la frase. Henry busca el suyo y lo abre. Acaricia la lana y se gira hacia mí.

—Gracias, me gusta mucho. —Creo que se ha emocionado. Da un vistazo a su alrededor, fijándose en todos los gorritos que han ido saliendo—. Te has preocupado de hacerlos del estilo y color que a cada uno le gusta.

—Lo he intentado...

—No, ¡lo has hecho! —Se acerca y me besa los labios con fuerza —. Gracias, te ha debido costar mucho tiempo y esfuerzo.

—¡Y sabes qué! —exclama Jess—. También le ha hecho uno a Rosa y otro a Roberto. Mira, aquí están. —Señala los paquetes con sus nombres—. Y en la nevera hay un montón de bombones rellenos de licor que ella misma ha hecho para todo el servicio. Yo la ayudé a rellenar algunos, pero todo el trabajo duro se lo llevó ella.

Todos me miran sorprendidos y sonrientes. Me hacen sentir avergonzada. No quiero que me sigan halagando.

—Bueno, ya está. Ahora sigamos con los regalos de los demás. Por cierto, Jessica, ¿dónde están Rosa y Roberto? —intento desviar el tema y que dejen de prestarme atención. Además, que no esté Roberto lo entiendo, pero Rosa... Esa mujer se pasa la vida aquí metida. No creo que tenga mucha familia directa.

—Es uno de los pocos días al año que Rosa nos deja y se va a casa de su hermana. Y Roberto fue a casa de sus padres. Mañana ya estarán de vuelta. Rosa porque no aguanta a su hermana más de un día y Roberto porque mi hermano lo tiene esclavizado. —Henry le lanza su mirada envenenada, a la que me tiene tan acostumbrada, y las dos nos escapamos de su lado antes de que tome represalias.

Cuando ya hemos abierto todos los regalos —que nunca en mi vida había tenido tantos, ni siquiera de niña, ¡ni tan caros! —, llegan Fernando y Arturo, «el Homer». Me imaginé que sería porque era calvo como Homer Simpson, pero no. Es porque bebe como él y hace las mismas tonterías.

La noche ha sido divertidísima. Sacaron un Karaoke que tienen guardado en el desván, y bebidos como estábamos, nos hemos peleado por coger el micrófono. Henry al cantar con sus amigos ha sido para partirse. Cambiaban las letras de las canciones y no paraban de decir y hacer obscenidades.

Cerca de las seis de la mañana por fin estoy en mi cuarto, me he puesto el pijama y me he lavado los dientes; estoy cansada y ¡algo ebria! Voy hacia la cama deseando tirarme de bruces, cuando la puerta se abre y entra Arturo. Él, borracho como una cuba, me da las buenas noches y se mete en mi cama. Por más que lo zarandeo y le digo que se vaya, es imposible, se ha quedado frito. No tengo más remedio que ir a pedirle ayuda a Henry, porque Jessica, ahora mismo, debe estar muy ocupada con Miguel. Llamo a la puerta con los nudillos, y a los pocos segundos la abre solo con los pantalones puestos.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunta extrañado y algo bebido.

—Arturo se ha metido en mi cama a dormir y no puedo despertarlo, ¿qué hago?

—Pasa, ya no podremos sacarlo de ahí, lo digo por experiencia. Están todas las habitaciones llenas y no sé cómo ha distribuido Rosa a la gente. Como comprenderás, no voy a ir llamando a las puertas hasta encontrar una vacía. Todos están bastante borrachos y algunos practicando sexo. ¿Te imaginas que viera a mi padre con Rosaura? —Se estremece de pensarlo—. Quédate conmigo. ¿O prefieres ir con Arturo? —Eleva la comisura de sus labios por la cara de espanto que he puesto.

—Prefiero contigo, si no te importa...

—En absoluto. Acuéstate, me lavo los dientes y ya voy. —Se mete en el baño.

Corro hacia la cama y me tapo hasta las orejas. ¿Se acostará desnudo? ¡Me muero de los nervios! Al salir del baño, va al ropero,

se pone un pijama y se acuesta a mi lado. Ahora estoy más tranquila, aunque también decepcionada.

—Estoy cansadísimo, ¿y tú? —bosteza ampliamente.

—También.

—¿Te ha comentado Jess lo que haremos para fin de año? —Se apoya en un codo.

—No, ¿qué haremos? —Qué raro que no me dijera nada. No sabe guardar un secreto.

—Vamos a esquiar. ¿No te has fijado en toda la equipación que nos ha regalado Jessica? Sobre todo a ti, que te hace falta todo.

—Por eso no paraba de repetir «Para la nieve» —Imito su voz.

—Sí, es tan sutil ella... —bosteza otra vez—. Ya no aguanto más. Buenas noches. —Se deja caer sobre mi cuerpo y me besa. Justo cuando está a punto de meter su lengua en mi boca, se aparta y se aleja de mí. Como está ebrio, da un par de suspiros y se queda dormido al momento. Yo hago lo mismo unos segundos después.

Al despertarme, lo primero que veo son los ojos de Henry que me miran.

—Buenos días —saludo con voz ronca.

—Hola, buenos días. —Sigue observándome—. Has tenido pesadillas. Me llamabas a gritos —me explica, apesadumbrado.

—Perdona, siento haberte molestado. Qué raro que no me haya despertado, siempre lo hago...

—Te dije al oído que estaba contigo, te pasé el brazo por encima y te calmaste al instante.

—Gracias.

La ternura me invade y no puedo dejar de mirarlo a los ojos como hechizada. Ese color tan especial, azul intenso y gris, tan único como él. ¡Cómo le quiero! Lo que siento por él es tan fuerte que hace que no me acuerde de nada. Quiero pegarme a su cuerpo y besarnos hasta quedar sin aliento. La fuerza del deseo hace que me vaya acercando a sus labios muy despacio. Cuando estoy a punto de besarlos, Henry sale disparado de la cama.

—¡Me voy a la ducha! —Está tan nervioso que casi no he entendido nada por lo rápido que habla—. Mi padre quiere que hablemos, y hoy suelen venir visitas. En cinco minutos estoy fuera y

te dejo el baño para ti sola. —Con una tímida sonrisa y una tremenda erección bajo los pantalones, desaparece en el cuarto de baño.

No entiendo nada. No para de echarme la caña todo el rato, y cuando muerdo el anzuelo, ¡sale corriendo! Bueno, mejor así. Si hubiéramos hecho el amor, seguro que me habría costado una buena llantera luego.

¡Menudo movimiento hay hoy en esta casa! Entre los que se quedaron a dormir y los que no paran de llegar, se está convirtiendo en una auténtica locura. Incluso han venido Belén y sus amigas, o la rubia repelente y su séquito, como las llama Rosa. Aunque me han saludado como a todos, es evidente que me detestan. No las entiendo ni quiero hacerlo. Ese tipo de persona, para mí, no merece la pena. Entiendo que todos los que me rodean están forrados, y a algunos les caeré bien y a otros no, pero que me detesten porque no tengo dinero, o «clase», como ellas dicen, no tiene sentido. Las personas somos todas iguales, independientemente de si tenemos dinero o no. ¡Vaya!, creo que sí me importa más de lo que pienso...

El personal del servicio doméstico ha ido dándome las gracias a lo largo de la mañana por los bombones que les he hecho. He podido conocer a parte de ellos, puesto que no coinciden todos en el mismo turno. Los pocos días que he pasado cuando he venido de visita, casi no me han mirado y mucho menos hablado, ya que era la novia del jefe. Son muy discretos y apenas te das cuenta de que están. De lo que sí doy fe, es de que hacen un trabajo excelente y son más de los que pensaba. Que yo sepa están Ana y Luisa, para la limpieza; Andrés, es el jardinero, que también se encarga del mantenimiento de las piscinas y del *jacuzzi*; Mauricio y Lucía se encargan de la seguridad en la casa; ellos tienen a una tercera persona, que no sé cómo se llama, que les hace las suplencias; de la seguridad exterior, o sea, Roberto y su equipo, tiene a Sánchez, y no me queda claro si son dos o tres más, que no sé muy bien a qué se dedican. Luego está Rosa, según ella, «la reina de la cocina». Rosa y Roberto son con los que tengo trato y me llaman por el nombre —y me regañan si hace falta—, sin embargo, el resto me llama «Señora». Imagino

que es por culpa de haber sido la novia de Henry, porque a Jess la llaman «Señorita» o incluso la tutean.

Cuando llegó Rosa por la tarde, le di su regalo. Al verlo se le saltaron las lágrimas. Dijo que le recordaba a uno que le hizo su madre de niña y casi me come a besos. La reacción de Roberto fue un poco más extraña. Primero pensé que se había enfadado al ver el gorro. Cambié de parecer en cuanto me dio un fuerte achuchón y besó mis mejillas. Se giró y se fue. Imagino que se emocionó pero, como hombre que es, antes muerto que demostrar sus sentimientos.

El día ha sido agotador. Con el trajín de gente que entra y sale y la llamada de rigor a mi abuela, de quince minutos, tengo la cabeza como un bombo. Por fin los últimos invitados se han ido y la tranquilidad reina en la casa. Miguel, Henry y Edgar se han metido en el despacho.

Rosaura se ha ido a dormir, y Jess y yo nos hemos acurrucado en el sofá con una manta para ver una película. Lo único que soy capaz de ver son los créditos, estoy tan cansada que me quedo dormida.

A la mañana siguiente, Jessica por fin me explica lo que haremos para fin de año. No me lo había querido decir antes por miedo a que me negase a ir. Aunque Henry ya me había dicho algo, me sorprendo de todos modos. ¡Nos vamos a Suiza!, a la nieve... a esquiar... No les vale con quedarse en Baqueira Beret, no... ¡hay que ir a Suiza! Iremos a una casita de montaña cerca de los Alpes, zona considerada patrimonio de la humanidad. Cabe la posibilidad, según el tiempo, de que no podamos llegar o de que nos quedemos aislados una vez allí. Jessica dice que no tengo de qué preocuparme. La casa está bien equipada, con comida, leña y un equipo de radio para contactar con las autoridades en caso de necesidad. Dispondremos de un amplio botiquín y me recuerda que Henry estudió Medicina. En un principio me asusta la idea, no sé esquiar, odio el frío y, ¿qué pasa si nos quedamos incomunicados? Por otro lado, viene Henry. Si no fuera, seguro no iríamos. Y si quedamos atrapados, con él no me importa. Mañana por la mañana ya nos vamos, ¡qué nervios!

—¡Vamos, arriba! —Jessica salta encima de mi cama.

—¿Qué pasa, Jess? aún es de noche... —Me tapo la cabeza con el edredón.

—¡Son ya las siete! tenemos que estar en el aeropuerto a las ocho y media, ¡corre!

Salto de la cama y corro a la ducha. Aunque tengo la ropa preparada, Jess me ayuda a recoger las cosas del neceser.

—¡Sara!, ¿dónde tienes las píldoras? no quiero que te las olvides. —Jess entra en el baño preocupada.

—Ya las guardé ayer. —La miro recelosa—. ¿Por qué te preocupa tanto?

—No quiero que tengas desarreglos en mitad de la montaña. —Se pone roja como un tomate y se va dando un portazo.

No sé si se preocupa en exceso por mí o sabe algo que yo no sé. A veces me vuelve loca.

Toda la ropa que me regaló Jess está en las maletas, excepto el plumas, que creo que me hará falta ya que mi chaqueta no abriga lo suficiente. Lo cojo junto con el neceser y corro por las escaleras. Henry me está esperando con cara de malas pulgas, con un vaso de zumo en una mano y una tostada con mantequilla en la otra.

—¡Tómate esto, ya!, tenemos que salir en menos de diez minutos —me gruñe.

Engullo lo que me ofrece en un par de minutos y ¡salimos rumbo a Suiza!

—Bueno, Sara, espero poder verte a la vuelta —dice el padre de Henry.

—¿Qué? ¿tú no vienes a esquiar?

—¡No!, no viene. ¡Sube al coche! —me manda Henry, gruñón.

—Yo ya no estoy para ir a esquiar. La última vez me rompí la pierna —me explica el hombre frotándose la pierna derecha. Me da un beso de despedida—. Súbete al coche o mi hijo va a empezar a gritar.

—¡Vamos! —grita Henry.

Mientras nos reímos de Henry, subo al coche y le digo adiós con la mano. Solo vamos Jess, Miguel, Henry y yo.

CAPÍTULO 30

¡Madre mía, cuanta nieve! El paisaje es puramente blanco y hace un frío de mil demonios. Estamos en el todoterreno rumbo a la casa; la calefacción, a toda pastilla. Ellos están como si nada y a mí me castañetean los dientes sin parar. Jessica me tiene abrazada y me frota los brazos con energía. Henry, que es el que conduce, se gira a cada momento entre preocupado y cabreado.

—¿Cómo puedes tener tanto frío con la ropa térmica? —me regaña Henry.

—¿Ropa térmica? ¿Eso no era solo para esquiar?

—¡Por el amor de Dios, Sara! ¿no llevas puesta la ropa que te compró Jess? ¡¡Jessica!! ¿ino le has avisado de que tenía que ponérsela!? —vocifera a su hermana y, al hacerlo, da un ligero volantazo en la carreterilla de montaña, dándonos a todos un susto de muerte.

—¡¡Henry!! —grita Miguel muy enfadado—. ¡Para el puto coche antes de que nos mates! —Jamás lo había visto así—. Si Sara te preocupa tanto, pasa atrás con ella y procura que entre en calor. Ya conduzco yo, y Jess que pase adelante conmigo. Solo queda media hora de camino y quiero que lleguemos sanos y salvos.

—¡Está bien! —contesta de mala manera a su amigo—. ¡Lleva tú el puto coche! —Se cambian los tres de posición lo más rápido posible, y ellos, cómo no, dan tremendos portazos.

—Henry —Miguel llama a su amigo— espero que te disculpes lo antes posible con tu hermana. Ella tiene tanta culpa como tú de no haber avisado a Sara y, aunque solo la tuviera ella, no tienes ningún derecho a tratarla de ese modo. —El novio de mi amiga está cabreadísimo, pero tiene un control de sí mismo impresionante. No como otro que yo sé...

Henry, que ya me tiene entre sus brazos, coge aire con la intención de replicarle a gritos. Justo en ese instante, Jessica se gira

hacia su hermano con los ojos llorosos y el labio inferior temblando. Él, conmovido, expulsa el aire retenido como un globo pinchado.

—Jess... ¿estás bien? —susurra a su hermana—. Lo siento mucho, perdóname —dice abatido.

Jessica se levanta de su asiento, se cuela entre el hueco que lo separa del conductor y se echa a los brazos de su hermano. Empiezan a susurrarse palabras de disculpas el uno al otro y, cuando ya se dan por perdonados, mientras se enjuga las lágrimas, se coloca en su lugar, y Miguel, más relajado, emprende el camino de nuevo.

Henry me cubre con su chaquetón de plumas, se quita su gorro de lana, lo pone sobre el que llevo yo puesto y me apretuja con energía. Gracias a su corpulencia noto un pequeño aumento de calor. El resto del camino lo paso aguantando la bronca de Henry, que no para de murmurarme en el oído: «¡Joder!, ¿para qué demonios quieres los polares, pantalones y camisetas interiores que te dio Jess? ¡Eso no es equipación para esquiar! ¡Por lo menos te has puesto el plumas!» y sus palabras me hacían enfadar tanto que también han ayudado a que mantuviera la temperatura.

Nunca había sentido el cuerpo tan entumecido. Miguel acaba de parar el coche justo enfrente de la puerta de la casa para que entre lo más rápido posible. La casa parece un refugio de piedra y madera oscura. No es muy grande para lo que ellos están acostumbrados. Solo con pensar en lo que va a tardar en caldearse el ambiente me pongo a temblar. Mientras Miguel y Jess meten el coche en una especie de cobertizo para que no se congele, Henry, sin soltarme un momento, me lleva al interior.

—¡Ostras! está la chimenea encendida. —La sorpresa es muy grata cuando veo las llamas y noto el calor. Qué agradable...

—Nos lo dejaron preparado esta mañana. Pégate a la chimenea. Voy a ayudar con las maletas y vuelvo enseguida. —Me acaricia la cara con las dos manos y sale corriendo. Es evidente que está preocupado por mí.

¡Vaya! echo un vistazo a mi alrededor y puedo comprobar que es una casita encantadora, diáfana y nada recargada. No hay apenas adornos. Estoy en el salón y la cocina abierta se ve al fondo. Las

paredes son de madera oscura y piedra gris. Los muebles tienen un aspecto rural y el pulido parqué está cubierto de alfombras. Yo estoy en una de ellas, enfrente de la chimenea. El color es gris, de pelo largo y suave. Es como estar sobre un peluche gigante.

La puerta se abre y entran corriendo con las maletas, empujados por una ráfaga de viento y nieve. ¡Qué gracia! como en los dibujos animados. A ellos no les hace tanta gracia, ha empezado a nevar con ganas. Suben las maletas por las escaleras que hay al lado de la cocina. Los dormitorios deben de estar allí. Henry es el primero en reunirse conmigo y trae un maletín en la mano. Lo abre y saca un termómetro.

—Déjame que te tome la temperatura —me lo ha pedido, pero ha sonado a orden. Es digital y me lo pone en la oreja. En pocos segundos pita—. No llegas a treinta y seis. Voy a prepararte chocolate, eso te ayudará.

Mientras lo prepara en la cocina, llegan Miguel y Jess. Al ver que está preparando, me miran alarmados y después se ponen a cuchichear en... ¿alemán? para que no les entienda, imagino.

—¡No os cortéis! no hace falta que habléis en susurros. No entiendo el alemán —les grito malhumorada desde la alfombra.

Como el chocolate es instantáneo, Henry ya se acerca con la taza humeante entre las manos.

—No te molestes. Me estaban preguntando si tu temperatura era muy baja. No querían que te alarmaras si yo decía que sí. Y no, no lo es. En cuanto tomes esto y te caldees con el fuego, estarás bien.

Aún siento el frío metido en el cuerpo. Tengo las manos y los pies adormecidos. La nariz y las orejas me duelen, y eso que tengo más capas de ropa que una cebolla. Él está con un jersey fino y la frente perlada en sudor. ¡No es justo!

El chocolate me sabe a gloria, y mientras voy dando sorbitos, noto cómo empieza a estorbarme la ropa. Cuando ve que mi cara va adquiriendo color, respira más tranquilo, sobre todo al tomarme la temperatura de nuevo y ver que estoy a treinta y seis y medio.

Por la nieve que está cayendo fuera, decidimos no ir hasta el pueblo a cenar, ¡perfecto! A ellos no les hace gracia quedarse, pero yo con tal de no salir a la nevera, ¡encantada!

—¡Bien!, ¿qué podríamos cocinar? —pregunto toda contenta.

—Hay latas, pizzas congeladas, sopas... no sé, ese tipo de cosas. —La cara de asco de Henry no tiene nombre.

—¡No me puedo creer que no tengas nada para cocinar! —¿«Don Comida Sana» no tiene algo decente para alimentarnos? No puede ser...

—Haber, seguro que hay, pero no sabemos cocinar...

—Vosotros puede que no, niños mimados. —Salgo disparada a investigar a la cocina— ¡Si la nevera está llena de productos frescos! —Es asombroso, es una nevera de puertas dobles y hay comida como para un regimiento.

—Mira aquí. —Miguel abre una puerta lateral—. Es la despensa. No es muy grande, pero está repleta.

—¡Jo! ¿esto no es grande? Pues cómo será la de tu casa... —Hay tantas cosas que podríamos comer las cuatro un mes entero.

—¿Y tú qué sabes hacer? —Henry me mira con recelo. Por supuesto que no soy una gran chef, pero no me moriría de hambre teniendo la nevera llena. Estos acabarían por coger el escorbuto por comer de lata antes que intentarlo.

—¡Sabe cocinar de todo! —responde Jess—. Ella siempre prepara las comidas en el apartamento de Santiago. Y lo hace muy bien. —Qué rica es cuando quiere...

—¡Pues elige tú el menú! Dime en qué puedo ayudarte —se ofrece Miguel.

Miro a Henry por si tiene algún inconveniente con la comida.

—Nena, puedes hacer lo que te dé la gana. Nos tienes a tu servicio. —Empieza a remangarse para lavarse las manos.

—¡Muy Bien! —Estoy entusiasmada. Es lo único que solo yo sé hacer y los tengo a mi servicio. Me siento poderosa y no me pasa muy a menudo con ellos, más bien suele ser al revés—. De primero, pasta, tallarines frescos, ¡me encantan! La salsa la someteremos a votación. De segundo, he visto unos jugosos solomillos a los cuales podemos acompañar con salsa roquefort, pimientos verdes y champiñones. También podemos hacer una gran ensalada de lechuga, tomate, queso, zanahoria, aceitunas y... lo que queráis, porque hay de todo. —Tengo la cabeza metida en la nevera mientras

hablo y ellos no dicen ni pío—. Y de postre, para no complicarnos, tenemos fruta fresca y unos yogures que tienen una pinta estupenda. Hay tarta, pero creo que ya sería demasiado. Sacamos una botellita de vino y pienso que cenaremos bien. —Cuando cierro la nevera y me giro, los tengo a los tres mirándome como pasmarotes— ¿Qué pasa? —pregunto intrigada.

—¿Seguro que sabrá? —pregunta Miguel a Jess.

—¡Puf! —Resoplo—. Miguel, coge los champiñones, lávalos y córtalos en láminas. Henry, coge los pimientos, lávalos y córtalos en tiras. Así os tendré entretenidos un buen rato. Jess, a ti ya te he enseñado a hacer una ensalada, ¿te puedes encargar tú? Yo haré el resto, ¡venga, manos a la obra! —los animo.

Miguel y Jess se ponen a buscar sus ingredientes de inmediato, sin embargo, Henry me mira con expresión extraña y pienso que es porque no le hace mucha gracia que le den órdenes.

—Henry, ¿te puedes encargar de los pimientos o no quieres? —se lo pregunto con dulzura para que no piense que se lo mando.

—Sé que has dicho verdes, pero ¿cuántos? —cuestiona a regañadientes.

—Uno grande o dos pequeños nos alcanzarán. Si tienes dudas con el tamaño, puedes enseñármelos. —Sonrío y nos ponemos al lío.

Los platos han salido a pedir de boca. Hemos cenado temprano y les ha parecido una comida estupenda. Creo que después de esto ya no bajaremos al pueblo a cenar. Incluso Miguel ha dicho que, si cocino yo en el apartamento de Jess, se pasará un día entre semana. Henry se ha burlado de él, acusándolo de que si va no será por la comida.

Aquí no hay tele, así que nos sentamos a charlar delante de la chimenea. Al poco rato, Jess empieza a tontear con Miguel y pronto nos dan las buenas noches.

—¿Tienes sueño? —pregunta Henry.

—Aún no, ¿y tú?

—Un poco. —Se encoge de hombros.

—Pues no se hable más, vamos a dormir. Enséñame mi habitación para que puedas irte a descansar.

—Sara, ¿cuántas habitaciones crees que tiene esta casa? —Agita sus manos alrededor mostrándome lo pequeña que es—. Duermes conmigo.

—¿Solo hay dos habitaciones? —susurro.

—¿Es un inconveniente para ti? —Frunce el ceño.

—¡No! no pasa nada. —Enrojezco—. Vamos a ver nuestra habitación. —Corro hacia las escaleras.

Se me acaba de formar un nudo en el estómago porque dudo mucho que haya dos camitas. ¿Henry aguantará sin ponerme las manos encima durante cinco días? Quizás esté planeado así de antemano. A lo mejor quiere reconciliarse ahora, en la cama...

La habitación la encuentro yo sola sin problema. Es en la que no se oyen gemidos. No es muy grande, aunque sí tiene baño incorporado. La chimenea eléctrica ilumina tenuemente la estancia. Y como pensaba, hay una cama de matrimonio.

Henry se pone el pijama, se lava los dientes y se mete en la cama en menos de cinco minutos. Yo hago igual y me acuesto a su lado. Las sábanas están heladas y me hacen tiritar sin parar. Él se da cuenta de mis temblores y se abraza a mi cuerpo, soltando un bufido de disgusto. Otra vez me he vuelto a equivocar con él...

A la mañana siguiente, Henry se levanta primero. En el desayuno demostró estar de un humor de perros. Lo único que quiere es ir a esquiar de una vez.

Al llegar a la estación de esquí —de nombre impronunciable— comenzó el siguiente problema; ¡nunca he practicado este deporte! Ellos están deseando tirarse por las pistas más difíciles y yo ni siquiera sé ponerme la equipación. Hablan entre ellos y deciden que lo mejor es que se turnen para estar conmigo. Jess es la primera que se ofrece voluntaria. Dentro de una hora nos encontraremos en la cafetería.

Jessica ha intentado enseñarme lo mejor que ha podido, pero yo soy una auténtica patosa en este deporte. Estoy todo el rato en el suelo y creo que no podré sentarme bien en un mes. Cuando me caigo por enésima vez, le pido a mi amiga que nos vayamos ya a la cafetería. Llevo menos de una hora aquí y ¡odio la nieve!

—No te preocupes, ¡ya aprenderás!— intenta animarme mientras nos sirven el té.

—Sí, seguro —murmuro escéptica. Le doy un trago a mi bebida para entrar en calor.

—Te veo muy chafada, ¿estás bien?

—No es nada, ya se me pasará —hablo sin ánimo.

—¡Mira que sois tontos! —grita sin venir a cuento— ¡Sí, los dos! —¿me está riñendo de verdad?—. Fóllatelo de una vez... —susurra entre dientes y mira hacia los lados para asegurarse de que nadie pueda escucharla—. Tú estás con la moral por los suelos y mi hermano tiene un humor que no hay quien lo aguante.

—¿¡Qué!? —Lo que me ha dicho hace que me hierva la sangre—. ¡Tu hermano NO quiere! —las palabras han salido de entre mis dientes porque tengo la mandíbula fuertemente apretada.

—¡Qué tonterías dices! ¿Tú lo has visto irse en todas las vacaciones? No, ¿verdad? En todo el tiempo que lleváis separados tampoco se ha ausentado de la oficina ni ha salido por las noches, Miguel me lo ha contado.

—No sé por qué habrá estado haciendo eso, pero por mí no ha sido. He dormido dos noches con él, una en Madrid y otra aquí, y te aseguro que NO quiere. —Resoplo frustrada.

—¿Habéis hablado?

—No, y cada día está más cabreado. No sé qué le pasa...

—Tenéis que hablar, averiguarlo, ¡él te quiere! Hasta mi padre se ha dado cuenta... Por cierto, a mi padre le gustas un montón. —Sonríe traviesa.

—En cuanto pueda lo haré, no puedo seguir en este plan. —La miro pensativa— ¿De verdad le gusto a tu padre? —Me da un poco de vergüenza y la miro a los ojos para comprobar si es sincera.

—Lo prometo. —Empieza a reírse y me contagia a mí también.

Cuando llegan los chicos, Henry se queda conmigo. Miguel y Jess tienen una hora para divertirse. No como Henry, la que le espera... Después iremos a comer, ya está hecha la reserva.

Henry me ha llevado a un lugar llano para enseñarme, ya que le he explicado que aún no he conseguido hacer unos metros sin caerme. No me apetece nada, me duelen mucho las nalgas de las

caídas anteriores. ¡Pero no pienso darme por vencida! por orgullo y por sus represalias si me niego, para qué negarlo.

—¡Tienes que hacer fuerza con las piernas! Eres una deportista, no puedo creer que no lo sepas hacer mejor —me gruñe al poco rato de empezar— ¿Sabes lo que pienso? ¡que has perdido tanto peso que no te aguantas ni derecha!

—¡Lo he pasado mal!, ¿¡sabes!? —replico enfadada—. ¡No soy como tú, que todo te resbala!

—¿Acaso crees que yo no lo he pasado mal?, ¿que no lo sigo pasando mal? —Se cruza de brazos enfurruñado.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo si fuiste tú el culpable?

—¡Yo no hice nada! —grita desesperado. La gente que hay alrededor se ha parado a observarnos.

—No quiero discutir contigo, Henry, y tampoco dar un espectáculo. —Ambos miramos a los curiosos—. Está visto que necesitamos hablar con urgencia. ¿Te parece bien que charlemos al volver a la casa? —Le sostengo la mirada e intento controlar todas las emociones que me embargan.

—Me parece bien. Creo que es imprescindible que lo hagamos. No podemos seguir con esta situación de tirantez. —Él también está haciendo esfuerzos titánicos para controlar sus sentimientos—. No quiero seguir enseñándote. Tú no estás por la labor y yo tampoco. ¿Te quito los esquís y vamos para el restaurante? —Se ha calmado un poco e incluso me ha cogido de la mano.

—Sí, por favor. Vámonos.

Tras la comida consigo convencerlos de que me pueden dejar sola. Me quedaré esperando en la cafetería. He conseguido en la tienda un libro en castellano. Se van, prometiéndome que no tardarán demasiado. Solo Henry volvió pronto, Jess y Miguel tardaron cerca de dos horas. También tienen derecho. Es que venir aquí y que por mi culpa no lo puedan disfrutar es una auténtica faena.

Al llegar a la casa nos organizamos como ayer. La cena la tenemos lista pronto, y a las nueve y media ya hemos acabado.

Sin mirar por la ventana, ya sé que hay ventisca, debido al descenso de la temperatura y el golpeteo contra los cristales. La chimenea arde como el mismísimo infierno, la calefacción está

encendida, y aun así tengo la nariz enrojecida y la piel de gallina. Con la excusa del frío, Jess y Miguel se van a la cama antes de las diez y nosotros dos quedamos solos para poder hablar. Las piernas me han empezado a temblar y no es por el gélido ambiente.

—¿Quieres una copa? —me pregunta mientras él ya se sirve una de *brandy*.

—Ponme un poquito de eso a mí también. —Hoy me hace falta algo fuerte.

—Mejor bebe de la mía, no creo que tú te acabes una copa por poco que te ponga. —Sonríe burlón. ¡Será idiota!

Se sienta en el sofá y me ofrece el licor. El recuerdo de su padre, que me explicaba lo escrupuloso que es, cruza mi mente antes de dar un sorbo. Se lo devuelvo de inmediato, ya he tenido suficiente. Si no me ardiera la garganta me lo bebería de un solo trago para poder borrar esa estúpida sonrisilla de suficiencia de su cara. Como se le ocurra decir «Te lo dije», creo que sería capaz de morderlo. Gracias a Dios se modera al ver mi cara, le da un buen lingotazo al *brandy* y lo paladea, ¡encima parece disfrutarlo! Deja la copa en la mesa baja y se gira hacia mí en el sofá, apoyando un brazo en el respaldo, serio, desafiante, preparado para que le diga cualquier cosa. ¡Ya me gustaría a mí tener esa confianza en mí misma! Es envidiable... He estado todo el día ensayando lo que tenía que decirle, lo que tenía que echarle en cara, todo el daño que me hizo; sin embargo, al mirarlo a los ojos, a esa mirada intensa, se me hace un nudo en la garganta y no me acuerdo ni de mi nombre.

—Yo... —empiezo— Yo... —vuelvo a intentar. Él me mira, paciente, con su fría mirada. Como no diga algo más va a pensar que me he vuelto gilipollas— Te echo de menos. Te echo mucho de menos —¡bueno, ya arranqué!, ahora veremos a ver quién me para—. Echo de menos tus caricias, tus besos, que me cojas de la mano, escuchar tu voz, hablar contigo, poder olerte, sentirte cerca, que cuides de mí. Echo mucho, ¡muchísimo de menos! hacer el amor contigo. —Henry sonríe brevemente por mi último comentario—. Incluso echo de menos la forma que tienes de juntar las cejas cuando te enfadas porque no hago lo que me pides. ¡Ah! ¡y también a tu estúpida corbata apretada! Lo he pasado muy mal sin todo eso. Mi vida no

tiene sentido si tú no formas parte de ella. No podía comer, no podía estudiar, apenas podía dormir, las pesadillas no me dejaban... Si tu hermana no me hubiera pedido que me fuera a vivir con ella, no sé qué habría sido de mí. —Las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas—. No me quedaban fuerzas... Te necesito en mi vida, no me importa cómo, pero te quiero en ella. Y si eso implica que te tengo que compartir, lo aceptaré. Haré lo que tú me pidas. Entiendo que no soy suficiente para ti, y si necesitas a Claudia, ¡o a cualquier otra! lo comprenderé. Claudia es preciosa, yo jamás podré ser como ella...

Henry continúa en la misma postura, impasible. Salvo esa breve sonrisa de antes, no ha expresado ningún tipo de sentimiento ni reacción. Puede que ya no haya vuelta atrás, que ya no le importe nada. No estoy recuperada del todo de nuestra ruptura, si me rechaza después de abrir mi corazón, me va a machacar.

—Aunque, claro... —prosigo para intentar protegerme del inminente rechazo— a lo mejor ya no quieres nada conmigo, ¡lo entendería! De todos modos, me gustaría que por lo menos aceptaras mi amistad... —Ya no puedo decir una palabra más sin echarme a berrear. No quiero humillarme más delante de él.

Henry al ver que he dejado de hablar, se levanta y por un momento creo que se va a ir, pero no, ¡menos mal! Coge una caja de pañuelos de la cocina y me los ofrece.

—¿Estás mejor? —pregunta agarrando mi mano. Respondo con un gesto afirmativo de cabeza, no creo que pueda hablar—. Sara, siento mucho que lo hayas pasado tan mal, yo también he pasado lo mío. ¡Pero lo has pasado mal porque eres una cabezota! No confiaste en mí, no me dejaste hablar, ¡no pude explicar lo que ocurrió! Puedo entender que aquel día, en caliente, no quisieras verme, ¡pero joder!, unos días después... Ni una llamada, ¡nada! Si tan mal lo pasabas, ¿por qué no me llamaste? ¡Te hubiera cogido a cualquier hora!, en mitad de la noche o durante una reunión, ¡me hubiera dado igual! Me ha dolido mucho que no lo hayas hecho. Y hoy, aún después de haberte dejado hablar, tú no me has preguntado qué era lo que quería explicar. Diste por hecho que sucumbí a sus encantos y que me la llevé a la cama, ¿verdad? —Asiento llorosa—. ¡Pues no lo hice! Me abordó en el pasillo cuando volvía del lavabo, me dijo lo

que sabía que me podría tentar con el propósito de seducirme. Ella estaba convencida de que no la rechazaría. Me metió mano, cerré los ojos porque sentí asco y pena por ella. Quería sacármela de encima sin herir sus sentimientos. Abrí los ojos para enfrentarme a ella lo más delicadamente posible, pero allí estabas tú. Me di cuenta de la escena que estabas presenciando. Me la sacudí de encima porque en ese momento me importaba un comino cómo pudiera sentirse Claudia. Necesitaba explicarte cuanto antes que todo era un malentendido. No podía soportar tu mirada de decepción y dolor. Pero... te fuiste corriendo, y ya no tuve manera de explicarte nada por mucho que te lo pedí, ¡hasta hoy! —Termina enfurruñado.

—No tenía ni idea. Lo siento —susurro confundida.

—¡No lo sabías por cabezota! Te prometí no mentirte. Te dije que si no podía serte fiel te lo contaría. —Niega con la cabeza para contener su enfado—. No confiaste en mi...

Henry parece derrotado. Después de tantos días ha conseguido desahogarse.

—Es demasiado tarde para que me perdones, ¿verdad? —Enjugo mis lágrimas mientras espero la peor de las respuestas. Está tan disgustado que me parece evidente.

—No, no es tarde —pronuncia molesto—. Para mí, no has dejado de ser mi novia ni un solo día. Tenía la esperanza de que recapacitaras. Estaba a punto de tirar la toalla si pasadas las fiestas no nos reconciliábamos. ¡Y encima me dices que me quieres compartir! eso sí que me ha sorprendido. Te dije que nunca te haría tal cosa. Hemos estado dos meses separados y no me he acostado con nadie, ¿por qué cojones te iba a poner los cuernos si te tengo a mi lado? —Su mal humor y abatimiento parecen no tener fin.

—Pues si eres mi novio, deja de regañarme de una vez y bésame. —Suspiro varias veces a causa del llanto.

Parece que mi forma patética de decírselo le hace gracia y empieza a reír. Niega con la cabeza, absorto en sus pensamientos, le da un trago a la copa y vuelve a ofrecerme la caja de pañuelos.

—Suénate y deja de llorar. —Acaricia mis mejillas mojadas—. No puedo besarte de esta guisa. Te ahogarías por tener la nariz taponada.

—Vale, ya no lloro más. —Lo miro a los ojos y comienzo de nuevo.

—Por Dios, qué llorona eres. —Me abraza y me acurruco entre sus brazos.

Qué sensación más agradable. El olor y el calor que desprende me relajan. Henry espera, paciente, a que me calme mientras apura el licor.

—¿Mejor? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Sí.

—¿No llorarás más?

—No, no creo —digo indecisa. Sonríe con dulzura por mi respuesta. Se acerca a mis labios y los besa con ternura una y otra vez.

—Sara, ponte bien pronto, hoy no me andaré con tonterías, te deseo con urgencia. Por eso he evitado acercarme a ti durante todo este tiempo, o no habríamos hablado una mierda y nos hubiéramos dedicado a tener sexo sin resolver nada. —Está realmente tenso, aunque ahora ya no me preocupa. No es porque esté enfadado conmigo o porque ya no quiera saber nada de mí. Está impaciente por hacerme suya.

Salto sobre él poniéndome a horcajadas y me apodero de su boca. Saboreo sus labios y nos acariciamos con las lenguas, los dos con exigencia. Henry se pone de pie conmigo rodeándole la cintura y me echa sobre la alfombra con cuidado.

—¡No aguanto más! —murmulla contra mi boca.

Arranca mis pantalones y mis bragas en dos tirones. Se pone de rodillas entre mis piernas, bajándose el pantalón y el bóxer lo suficiente para poder liberar su erección. Vuelve a dejarse caer sobre mí, besándome con desesperación, y mete, sin esperar un segundo más, su palpitante verga en mi húmedo sexo de una sola estocada. No da tiempo a mucho más. En tres o cuatro empujones, alcanzamos el orgasmo uno detrás del otro. Cuando aún estamos jadeantes, empiezo a reír y él me mira como si estuviera loca.

—¿De qué te ríes? —toma un cojín que se ha caído al suelo junto a nosotros y, mientras me arrea con él, se une a mis carcajadas.

—¡Ha sido el polvo más rápido de la historia! —continúo riendo cada vez más fuerte.

—¡Rápido y placentero para ambos! ¡Eso sí es un logro! —se burla sonriente—. Ahora cállate o van a pensar que nos hemos vuelto locos.

—¡Es verdad! podrían bajar en cualquier momento. —¡Estamos en mitad del salón! ¿Cómo no me he dado cuenta de eso?

—Vámonos a la cama. Puede parecer muy romántico hacer el amor delante de la chimenea, pero aquí hace mucho más frío que arriba. —Recoge mi pantalón—. Además, el suelo está muy duro y podría hacerte daño. Nena, te aseguro que esta noche no vas a dormir y vas a necesitar el mullido colchón. —Y sin más, me coge en brazos y subimos a la habitación.

No era un farol cuando me dijo que no dormiría. Lo hemos hecho cuatro veces y sigue con el mástil tieso. Le he pedido una tregua para recuperarme con la esperanza de que se duerma, pero nada, ¡parece que se ha inyectado cafeína en las venas!

—¿De verdad tienes fuerzas para seguir? Mañana podemos continuar... —intento persuadirlo.

—¡Ah, no!, ¡ni hablar! —Agita el dedo índice—. Te dejo descansar un ratito, pero luego seguimos. Hay un par de posturas que aún no hemos probado.

—¿¡Más!? ¡eso es imposible! ¿Me vas a poner haciendo el pino? —bromeo.

—Quiero hacértelo contra la pared, tumbarte boca abajo y penetrarte desde atrás... ¡Esa verás cómo te gusta! —Sonríe de lado.

—¿Ah, sí...? —susurro imaginando lo que me dice.

—Sí. Quiero hacerlo sentado, de lado, de pie, ¡y todo lo que se me ocurra!

—Todo no, ¿verdad? —Trago saliva sin darme cuenta.

—Todo lo que no te haga daño. No haremos nada que no te dé placer. —Me agarra del mentón y me besa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —De pronto, recuerdo algo que me reconcome desde hace días.

—¿Sobre sexo?

—¡No!, serás salido... —Le atizo con la almohada—. Es sobre mi reloj, el que tú me regalaste en Navidad. ¿Qué tiene de distinto al de Jessica?

—Ese es el tuyo, lo elegí para ti —Vaya, vaya... se ha puesto rojo como un tomate.

—Por favor, dímelo...

—Tiene un grabado interno —pronuncia a regañadientes.

—¿Y qué dice? ¿puedo abrirlo? —Cojo el reloj de la mesilla.

—No debes abrirlo. Solo un especialista debería hacerlo. Un buen relojero con experiencia en la marca o podrías estropearlo.

—Entonces, dime ¿qué dice? —me empecino.

—Nada, es una tontería, una ñoñería. —Me mira aún sonrojado. Le frunzo el ceño y me cruzo de brazos—. ¡Está bien! «Te amo, Sara, tú eres mi vida. Henry». ¿Estás contenta? Ya te has salido con la tuya. —Me abalanzo sobre él y no dejo de besarlo.

—Guapo, ahora voy a ser yo la que no te va a dejar dormir durante toda la noche. —Comienzo a pasear el dedo índice por su pecho y voy descendiendo hasta alcanzar mi objetivo. Cuando acaricio el pene, Henry traga ruidosamente saliva.

—¡Joder, Sara!, si lo llego a saber te lo digo antes. —Agarra mi cintura, se deja caer sobre mí y vuelve a penetrarme.

Como siempre, ha cumplido su promesa. Lo hemos probado de todas las maneras posibles, al menos a mí no sé me ocurre ninguna otra. Seguro que él conoce algunas más que se las guarda para otro momento. Hasta las cinco de la mañana no me ha permitido dormir.

CAPÍTULO 31

Estoy hecha puré; intento moverme y me duelen hasta las pestañas. ¡Qué dolor! Me duele, cómo no, la entrepierna, pero lo peor son las nalgas, y eso no ha sido Henry... Me muero de ganas de ir al baño y no tengo más remedio que levantarme.

—¡Ay, ay, ay...! —gimoteo.

—¿Qué te pasa? —dice Henry con voz ronca por el sueño y sin abrir los ojos.

—Me duele mucho.

—¿Qué? —Se sienta en la cama como accionado por un resorte y con cara de preocupación—. ¿En la zona genital?

—No, el culo. Me caí cuarenta veces ayer. Aunque la entrepierna también me duele lo suyo—. La cara de angustia que pone es impresionante, parece tan culpable...—. No seas tonto, Henry. No me has hecho daño tú. Aunque la nieve de las pistas me ha dejado machacada. ¡Mírame y verás!, debo tener el culo negro. —Me pongo de lado para que pueda examinarme.

—Si no te importa, ve primero a hacer pis y luego te miro.

—Vale... —Acepto sin protestar porque me muero de ganas de ir.

Arrastro mi maltrecho cuerpo al borde de la cama y me levanto. Al andar, la cosa empeora. Vuelvo lo más rápido que puedo, estoy desnuda y tengo un frío horroroso. Henry espera sentado en la cama.

—¿Qué tal? —Busca en mi cara de perplejidad una respuesta—. ¿Tienes molestias al orinar? —¿Eh...?

—¿Pero que tendrá que ver el pis con mi culo? —No entiendo su insistencia y comienzo a enfadarme.

—¡Nada! pero te has quejado de molestias genitales, y eso sí me preocupa. Si te he provocado una cistitis, tendrías que tomar antibiótico. Al orinar, sentirías molestia, ardor y sensación de que continúas teniendo la vejiga llena. Como estás muy tranquila y no te

quejas, imagino que no te pasa nada de eso. Lo de las nalgas no es más que unos moratones sin importancia y probablemente tengas agujetas de esquiar y... de lo de anoche.

Mientras me lo explicaba, me ha empujado para tumbarme boca abajo, ha traído el botiquín y me ha puesto una crema en los sitios de los que me he quejado.

—Bueno... con esto arreglamos tu bonito culo. —Sonríe con sorna —. Y si sientes escozor o dolor al hacer pis, me avisas. —Se calla unos segundos como si meditara algo—. No sé para qué te digo nada. Si te duele algo, me lo vas a decir a gritos. ¡Menuda quejica eres!

—¡No es cierto! —protesto molesta por sus pullas.

—Claro que no, mi vida, lo toleras de maravilla. —Continúa riendo —. Toma estas pastillas. —Me ofrece dos comprimidos blancos—. Te ayudarán a soportar los terribles dolores.

—¡Déjame en paz! no soy tan blandengue. —Me levanto y disimulo lo mejor que puedo.

Me pongo un chándal de algodón grueso para poder ir a desayunar y, antes de que yo acabe, Henry ya está vestido para bajar conmigo. ¡Claro, como a él no le duele nada! Es tardísimo, van a dar las once.

—¡Hola! —saludo a Miguel y a Jess que nos miran muy sonrientes.

—¿Qué te pasa, Sara? ¿te duele algo? —Se le corta la risa a mi amiga al verme caminar mal y se acerca a mi lado. ¡Vaya!, creo que no disimulo muy bien.

—¡Nada de importancia! —intento quitarle hierro al asunto haciéndome la dura—. Solo unos cuantos moratones y agujetas. —Me encojo de hombros con chulería. La pareja no dice ni pío y miran a Henry como si hubiera cometido un crimen.

—¡Lo que me faltaba! —murmura Henry, y se va, riéndose y negando con la cabeza, hasta la cocina.

—¡Mira que sois burros! ¿Cómo podéis pensar que él me ha hecho daño? Ayer me caí muchas veces, ¿no os acordáis?

—¡Ah, sí!, tienes razón. —Mi amiga suspira aliviada. Miguel también se relaja.

—Es que anoche se oyeron muchos, muchos ruidos —se excusa Miguel.

—¡Toda la maldita noche! Creo que podría deciros cuántos orgasmos habéis tenido cada uno —dice Jess, burlona.

A mí me ha dejado con la boca abierta y las mejillas coloradas, y Henry está tan tranquilo en la cocina preparando café.

—Sara, ¿quieres tostadas? —pregunta como si nada.

—¡Vale! —Voy con él, para no sentirme incómoda con las miraditas de Jessica.

—A estas horas ya no podemos ir a esquiar, se nos junta con la reserva de la comida —nos informa Miguel.

—A Sara no creo que le haga gracia ir a esquiar hoy. Marchaos vosotros. Podéis comer y pasar la tarde en las pistas —sugiere Henry, y a mí me parece una idea estupenda.

—¿Has oído, Miguel? Mi hermano nos echa para quedarse solitos —continúa Jess con la picardía que la caracteriza.

—Como queráis. Volveremos entre las cuatro y las cinco —Miguel habla con más criterio—. ¿Seguro que no queréis venir?

—No, Miguel, marchaos de una vez y aprovechad. —Henry parece un poco envidioso.

Después de habernos despedido y de que Jessica me dijera al oído, muy emocionada, que se alegraba de que por fin estuviéramos juntos de nuevo, nos quedamos solos.

—Henry, cariño... aún podemos ir si quieres. Todavía no han arrancado el motor del todoterreno. A ti te encanta esquiar, no te preocupes por mí... —Me agarra por los hombros y me besa para hacerme callar.

—Prefiero pasar el día contigo, tranquilos, charlando, cocinando... Bueno, tú cocinas y yo te estorbo. —Me besa de nuevo.

—Está bien. Como tenemos tiempo, prepararemos sopa. ¡Haremos un buen caldo de verduras y pollo!

Lo hemos pasado muy bien juntos. Henry ha sido la tranquilidad personificada. Cuando nada ni nadie nos perturba nos llevamos especialmente bien. Hemos hablado mucho, nos hemos explicado las cosas que nos han pasado en los dos últimos meses, las dificultades, las penas. Seguro que ya sabrá parte por boca de su hermana,

aunque él ha hecho como que no sabía nada. También me ha devuelto el anillo de compromiso, que me confesó que siempre ha llevado encima por si nos reconciliábamos en cualquier momento, y me ha pedido que no se lo devuelva nunca.

Cuando llegan Jess y Miguel, ya tenemos preparada la sopa y una lasaña de espinacas que solo habrá que gratinar cuando nos entre hambre.

Después de cenar estoy tan cansada que me quedo frita en el sofá. Y tengo un vago recuerdo de Henry que me lleva a la cama.

—Hola, cielo —el saludo ha salido de sus labios nada más abrir yo los ojos.

—Siempre te despiertas tú primero. —Estiro la mano para acariciarle la cara sin afeitar desde hace dos días. Nunca lo había visto así.

—Estoy acostumbrado a madrugar, ¡y eso que contigo duermo como un bebé! —Se acerca para besar mis labios.

—¡Caramba, cómo pinchas! —Le paso los dedos por la barba.

—Sí, tengo que asearme de una vez. Ya me pica. —se pasea la mano por el mentón—. Con el rollo de que hace frío, me lavo lo justo.

—¡Ja, no eres el único! —Nos ponemos a reír—. Lo que daría por una bañera llena de agua calentita.

—Mmmm... qué agradable sería... —Acaricia mi espalda bajando hacia mis piernas.

—Sí, sí, ya veo. Tu no piensas en el baño, tu imaginas lo que harías en él.

—No lo sabes tú bien —dice, echándose sobre mí.

—¿Sabes que me da morbo esa barba de malote que llevas? —Lo toco otra vez, juguetona.

—No te imaginas lo malote que voy a ser...

Hoy sí hemos conseguido llegar por la mañana a la estación de esquí. El primero en quedarse conmigo ha sido Miguel. Henry, aunque está de un humor excelente, como ayer no pudo venir, está desesperado por tirarse montaña abajo, así que se ha ido con su hermana. Con la paciencia infinita que tiene el novio de mi amiga y el miedo a que mi culo se golpeara de nuevo contra el suelo, ¡he

aprendido a esquiar! Tengo un estilazo, que Miguel dice que parezco un «pato cagao», pero ya casi no me caigo. Cuando llega Henry, se cambia con su amigo, y entonces intenta convencerme para que me tire de una vez por las pistas de principiantes.

—¡Vamos, nena! Será divertido. Te prometo que no me apartaré de tu lado —lleva insistiendo un rato y ya no puedo negarme.

—Está bien, ¡pero solo una vez! —Estoy muerta de miedo y él, entusiasmado como un niño. Espero no defraudarlo y no romperme la crisma.

Ya estamos arriba, he saltado del telesilla porque Henry me ha empujado en el último momento, yo no tenía valor. Ahora, mirando hacia abajo, tengo la sensación de que me voy a tirar por un precipicio.

—¡Tú decides, Sara! Sal cuando quieras que yo te sigo —dice sonriente.

Le devuelvo la sonrisa, intentando ocultar el pánico que siento. Al cabo de un rato, cuando Henry empieza a perder la sonrisa, me grito a mí misma: «No seas cobarde!» Y sin pensarlo un segundo más, me impulso hacia delante con un pequeño grito sofocado.

—¡Ah! —Caigo montaña abajo.

El aire frío me da en la cara con suavidad y a Henry lo tengo al lado como prometió. Parece aburrido, como si caminara. Empiezo a empujarme para ir más deprisa. ¡Oye, qué divertido! lo he dejado atrás y vuelvo a impulsarme. ¡Dios mío! ¡me estoy desternillando yo sola! Cuando me quiero dar cuenta, ya estoy abajo y freno como me han enseñado.

—¡¡Yuju!! ¡no me he caído! —grito eufórica— ¡Soy la peor esquiadora del mundo, pero no me he caído!

—Estás loca perdida —suelta Henry entre risas y me besa.

—¡Otra vez! —vocifero entusiasmada.

—Las que quieras. ¡Venga!

Nos tiramos una y otra vez, hasta que se nos hace tarde para ir a comer. Nos hemos retrasado cinco minutos, y el *metre* ya nos puso mala cara.

—Este año somos los únicos españoles que hay —me explica Jess —. Todo el mundo es puntual menos nosotros. Cuando hay muchos

españoles ya ni se molestan.

—El día que me quedé sola, me encontré con uno en la tienda y me acompañó a la cafetería —les comento.

—¿Con un español? —se extraña Henry— ¿Estaba solo?

—Henry, tranquilo, no sé si estaba acompañado. Se llamaba Juan y apenas hablé diez minutos con él. Era un tío amable que me ayudó a encontrar un libro. No pasa nada. —Intento tranquilizar al neurótico de mi novio.

—¿No lo has vuelto a ver?

—No.

—Mejor. Si vuelves a verlo, dímelo.

—Está bien.

¡Qué obsesión! ¿Ahora qué le pasa? Ya sé cómo es y no pienso llevarle la contraria. Ve peligro en un hombre tan solo por dirigirme la palabra aquí o en cualquier lugar.

Hemos ido a la cafetería después de comer para tomarnos un té. Hoy tomamos una comida típica, Berner Platte, un plato rústico a base de carnes, tocino y salchichas. Y por si eso no era suficientemente ligerito, de postre una *fondue* de chocolate suizo con frutas y *toffees*. ¡Estamos que no nos podemos mover! Imagino que, gracias al frío, la comida bajará rápido. Ahora yo también tengo tantas ganas como ellos de ir a las pistas. Seguirán haciendo turnos para estar conmigo, porque las de principiantes les parecen aburridas.

Ya vamos de camino a la casa. Son las cinco y se nos ha acabado el fuelle a todos. Henry, que es el que conduce, ha puesto *heavy* a todo volumen para no quedarse dormido al volante. Aunque parezca increíble, con la estruendosa música de fondo, me quedo dormida.

—Ya hemos llegado, cariño —susurra Henry en mi oído al llegar.

—¡Oh, es verdad! —Veo la casa enfrente del coche—. Me he quedado frita. —Me froto los ojos.

—Te ayudaré a bajar, que aún te vas a caer de bruces en la nieve. —Sonríe con malicia.

Rodea el coche, me ayuda a salir y me acompaña al interior de la casa, donde me envuelve la calidez del ambiente.

—Siéntate en el sofá y disfruta del calor de la chimenea. Hoy no harás la cena, me encargo yo. —Y muy decidido se marcha a la cocina.

Miguel y Jess están tan perplejos como yo. Están con la boca abierta y mirando hacia él.

—¿Qué pretendes hacer, Henry? —pregunto recelosa. ¡Pero si no sabe ni encender el hornillo!

Levanta la cabeza y nos ve a los tres mirándolo, expectantes. Menea la cabeza y se ríe de nosotros.

—No sé cocinar, así que voy a meter un par de pizzas en el horno. Creo que eso sabré hacerlo. También haré una ensalada. Os he visto hacerla y no parece complicado. Y quiero hacerlo yo. —Y, con el orgullo que lo caracteriza, se pone manos a la obra.

Me ha pedido consejo un par de veces pero, aparte de eso, lo ha hecho todo él, incluso poner la mesa.

Esa noche, nada más cenar, Henry me pide que nos retiremos a la habitación. Quiere que estemos solos.

—¿Quieres contarme algo? —digo al cerrar la puerta del cuarto.

—Solo quiero que charlemos un rato —contesta algo tímido.

—¡Ah, bueno! ¿sobre qué?

—Mañana es fin de año. Tenemos reserva en el hotel para la cena y la fiesta. Dormiremos en una *suite* que tiene una bañera de hidromasaje espectacular. —Se para y me sonríe de medio lado—. He intentado que estas vacaciones sean divertidas, agradables e íntimas. Sé que no te pedí tu opinión al respecto y tengo que reconocer que estaban planeadas con la única intención de conquistarte de nuevo y que no tuvieras más opción que pasar las noches conmigo. No siento el más mínimo arrepentimiento, lo volvería a hacer. Lo que quiero que cambie a partir de ahora es justo eso. Me gustaría que opinaras y decidiéramos juntos lo que vayamos a hacer. Es un poco tarde para modificar los planes de esa noche, pero los cambiaremos si a ti no te parece bien.

—Es una idea estupenda lo del hotel —confirmo sonriente.

—Sara, haré lo que tú quieras a partir de ahora. Todos tus caprichos te los concederé... —Suspiro con fuerza para interrumpirlo. Me pone su mano sobre la boca para impedirme replicar—. Por favor,

déjame acabar. Estar conmigo sabes que no va a ser fácil, ya lo has vivido, y no quiero volver a perderte. Ya sabes que te voy a imponer una serie de normas por tu seguridad y la de la familia. Si me quieres, tienes que aceptar el lote. Si lo asumes y toleras, todo será sencillo. Y yo procuraré darte todo lo que necesites. —Me acaricia las mejillas con ambas manos—. Sé que tú quieres valerte por ti misma y ganártelo con tu esfuerzo. Tienes que entender que eso no es posible. No podrías seguirme el ritmo y yo no puedo detener mi mundo para esperarte.

—Y lo más probable es que nunca te alcanzaría, aunque me esperaras —puntualizo.

—¡Eso es! Déjame que te cuide y proteja, y todo irá bien. Por favor, dime que lo entiendes...

—Lo entiendo —digo recelosa—. Ahora especifica qué quieres. Sé que en tu cabeza maquiavélica tienes montado un entramado de la virgen. Eso es algo que espero de ti a partir de ahora, ¡háblame! Te lo guardas todo, me ocultas cosas. Me protegerás mejor si estoy informada, me sentiré más segura y confiada. Si me tienes engañada, recelaré. Confía en mí y yo lo haré, sin dudar, en ti.

—Tienes razón. —Se mira las manos, nervioso—. Recuerda lo que me has dicho y no te enfades. —Se queda callado esperando mi confirmación.

—Claro, Henry. Dime.

—Estás vigilada siempre. Tienes a alguien de seguridad pegado a ti vayas donde vayas.

—¿A mí? ¿Desde cuándo? —Estoy atónita. Jamás me he percatado de que me siguieran. Aunque pensándolo bien, si me hubiera dado cuenta, no estaría haciendo muy bien su trabajo.

—Desde el día que nos besamos por primera vez en la fiesta de disfraces. En cuanto supe que estabas bajo amenaza por mi culpa. El teléfono que te di tiene un localizador. Puedo saber dónde estás en todo momento, siempre y cuando no te dejes el móvil. Espero que ahora que lo sabes lo lleves siempre encima y no lo tires al váter...

—Me lo pensaré —bromeo.

—No quiero que a partir de este momento estés buscando a la persona destinada a tu seguridad, ¿de acuerdo? Tiene que pasar desapercibido como hasta ahora. Vive tu vida con total normalidad. Pasemos al siguiente punto: la boda.

—¡Henry, eso sí que no tiene sentido! —Le señalo con el dedo, enfadada. Aún no me ha dejado digerir lo del guardaespaldas, ¡y ya me salta con esto!

—Sí lo tiene, mucho más de lo que piensas.

—¡A ver, ilústrame! —Me cruzo de brazos, malhumorada, y él sonríe ante mi postura.

—Principalmente, porque te quiero. —Toma aire para medir bien sus palabras. Sabe que se la está jugando—. Casi siempre me siento muy seguro con todo lo que hago y con las decisiones que tomo. Ya sabes que necesito tenerlo todo controlado, y a ti no te puedo gobernar. Tampoco puedo obligarte a que me quieras. No puedo, ¡ni debo! decidir por ti, aunque me muera de ganas... Y para que yo me sienta más seguro, solo te pido que firmes un papel, nada más. —Se encoge de hombros como si lo que hubiera dicho fuera la verdad absoluta.

—Nada más —repito sin dejar que me convenza.

—No quiero un bodorrio ni nada por el estilo. Solo vamos, lo hacemos legal y ya está. A no ser que tú quieras algo especial, ¿quieres una boda pomposa con muchos invitados?, ¿religiosa? Por favor, no me digas que la quieres religiosa. —Hace una mueca, horrorizado.

—¡No!, no sé lo que quiero ¡Ni se me ha pasado por la cabeza pensarlo! —Está empezando a bloquearme. Siempre consigue de mí lo que quiere, ¡pero esto!

—Nena, ¿a ti que más te da? no vas a notar la diferencia.

—¡Henry! —Lo mato, ¿pero por quién me ha tomado? —. Recapacita y escucha lo que estás diciendo. Llevamos muy poco juntos, ¡acabamos de reconciliarnos después de dos meses!, ¿y si nos separamos?

—¿Crees que un noviazgo largo garantiza algo? ¡No! Y al final, si nos tenemos que separar, pues lo hacemos y punto. Te aseguro que te llevarás un buen pellizco.

—No me llevaría ni un céntimo tuyo, Henry. Eso te lo aseguro —digo con vehemencia.

—Ya lo sé, cariño.

—Y para que no tuvieras dudas, te exigiría un contrato prematrimonial.

—Estoy tan seguro de ti, que no voy a redactar ningún acuerdo prematrimonial. Confío en ti. —Me besa con suavidad—. Además, un matrimonio no deja de ser un contrato, ¿no? —Sonríe con picardía—. Te puedo asegurar que aún no ha llegado el día que haya firmado uno del cual me arrepienta. Tengo experiencia en el tema, sé cuándo van a ir las cosas bien.

—¿Para cuándo? —resoplo, rendida.

—De aquí a junio... ¡cuando quieras! —suelta triunfal.

—En junio. Déjame por lo menos acabar de estudiar, ¡y aprobar! Si no apruebo, tendrás que esperar.

—¡Ah, no! ni hablar. Será tu problema si no apruebas. Te cambiarías de universidad a alguna de Madrid. No quiero que vivamos separados, te necesito a mi lado. —Se ha puesto tan serio que parece que está negociando conmigo. Se ha puesto en plan jefe.

—Relájate, creo que no voy a suspender —Le acaricio el rostro para aplacar a la bestia. No quiero hablar con el señor Cromwell—. Pero vas a tener que prometerme algo a cambio.

—¿Qué...? —dice algo descolocado.

—Imagino que lo haces inconscientemente y vas a tener que aprender a no hacerlo. No quiero que me hables como si fuera un empleado tuyo cuando no hago lo que pides.

—¿Eso hago? —pregunta extrañado y más sosegado. ¡Así me gusta! ha vuelto mi chico.

—Sí, lo haces. Y tampoco quiero que me grites, me asustas.

—¡Oh... lo siento! —Baja la cabeza avergonzado—. Lo último que quiero es que me tengas miedo. Jamás te haría daño, sé que eso no es excusa para gritarte, pero quiero dejarlo claro. Tú eres muy poquita cosa, y más ahora que has perdido peso. —Quiero protestar pero, como siempre, me tapa la boca con su mano—. Te saco una cabeza de alto y debo pesar unos cuarenta kilos más que tú...

—¡Eso sí que no es cierto! Menuda burrada —protesto a gritos tras su mano.

—Peso noventa y tres kilos, ¿cuánto pesas tú? —¡Vaya!, tiene razón, ¡y se queda corto, porque ahora apenas llego a cincuenta!

—Pareces más delgado, ¿por qué pesas tanto? ¿son los músculos? —intento desviar el tema de mi peso.

—Ya hablaremos del peso en otro momento, ahora quiero terminar lo que te contaba —susurra achicando los ojos, como para demostrar que no se le olvidará—. Resumiendo: que, aunque te supere en tamaño y peso, no osaría tocarte un pelo, ¡jamás! Si en algún momento te alzo la voz que, por supuesto, voy a intentar evitarlo, quiero que te resbale porque nunca te haría daño.

—¡Buf!, eso ya lo sabía —explico aburrida—. Ya sé que nunca me pegarías. Tienes que entender que cuando te enfadas de ese modo parece que me vas a engullir. La tensión de todo tu cuerpo, tus palabras amenazantes, ¡no hay opción a replicarte! y si a eso le sumo el miedo a tu rechazo, a que me dejes por no hacer o decir lo que tú quieres, el temor se apodera de mí y me hace temblar de la cabeza a los pies. —Henry me mira sin saber qué decir, y hace un ligero mohín. Debo ser la única persona en el mundo que deja a este hombre sin palabras.

—Te quiero, Sara —dice sin más argumentos—. De verdad que voy a intentar que no ocurra. —Me abraza con ternura, metiendo su cabeza en mi cuello.

Lo conozco lo suficiente como para saber que como no me lo ha prometido, es que no sabe si será capaz de lograrlo, aunque ponga todo su empeño. ¡Ay, mi gruñón! Lo que tengo muy claro es que a un hombre no se lo domestica como a un animal, aunque espero que se modere.

¡Qué pronto cambian de tema los hombres cuando les interesa! Cuando aún le estoy dando vueltas a lo que acabamos de hablar, que es muy importante ya que de ello depende nuestro futuro, él ya ha dado el tema por zanjado y se ha puesto a besarme el cuello y el lóbulo de la oreja. Después, me mira y me besa los labios con efusividad, saboreando con su lengua todos los rincones de mi boca.

—Quiero hacerte el amor ahora mismo —su voz ronca me deja sin aliento y vuelve a tomar mis labios con fuerza.

—No quieres hablar más... —consigo pronunciar. ¿Hablar? ¡si ya no me acuerdo de qué iba el asunto! Este hombre hace que me olvide hasta de mi nombre.

—No, te deseo. —Me empuja sobre la cama y se echa sobre mí.

No me quita la ropa, me la arranca con tanta urgencia que, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy desnuda y jadeante.

—Quiero lamer todo tu cuerpo. —Deja un reguero de besos por mi cuello—. Te adoraré como a una diosa. —Pasa su lengua por mis endurecidos pezones—. Me dedicaré a darte placer por el resto de mi vida. —Baja hasta el ombligo—. Déjame que te ame. —Abre mis piernas y comienza a lamer mi sexo.

Mi cabeza da vueltas sin parar. Lo que dice y hace me vuelve loca de placer. Nuestra conversación ha quedado del todo olvidada, ahora solo deseo que siga con lo que hace. Que vuelva hablarme de ese modo, con voz profunda, que me recuerda a un placentero ronroneo que estimula todos mis sentidos. Si escucho su voz justo antes del orgasmo, me catapulta al paraíso potenciando considerablemente el placer.

—Me encanta hacerte gozar —continúa—. ¿Quieres que continúe o prefieres que te penetre?

—Métemela, por favor... —suplico, haciéndole sonreír con satisfacción.

—Tú mandas, cielo. —Se echa sobre mí metiéndome su duro miembro en la mojada vagina—. Hoy voy a hacerlo despacio, quiero saborear con deleite cada centímetro de ti.

Su boca se une a la mía mientras me penetra una y otra vez con calma, pero con fuerza y profundidad, haciéndome sentir plena.

—¡Oh... Henry...! —jadeo con fuerza—. No aguanto más...

—Pues córrete para mí, cariño. Quiero verte gozar... —me susurra al oído, liberando mi orgasmo con sus palabras. Y él, gritando de placer, me sigue sin remedio.

Por la mañana, vemos que está cayendo una buena tormenta, así que Henry se pone a dar órdenes a diestro y siniestro para que recojamos todo y salgamos zumbando antes de quedarnos

atrapados en fin de año en mitad de la montaña. Lo conseguimos por muy poco. Si llegamos a levantarnos media hora más tarde, no lo hubiéramos logrado.

Llegamos al hotel Carlton sobre las once. ¡Dios mío, es encantador! Los suelos de la recepción ya me dejan alucinada, ¡cuánto lujo! A Henry le hacen mucha gracia las caras que pongo y me mira con ternura. Seguro que piensa que no me va a poder sacar de casa si hago tanto aspaviento y exclamaciones allá donde voy, ¡qué le voy a hacer! casi no he salido de casa.

La habitación es enorme y muy elegante. Estamos en el último piso, solicitado expresamente por Henry para poder disfrutar de las maravillosas vistas del lago, y porque a través de los enormes ventanales podremos ver las estrellas desde la cama. Aunque me parece que lo más probable es que veamos nevar. Lo que me hace gritar de placer cuando lo veo, es el baño. ¡Hay bañera de hidromasaje! Entre eso y que hace calor como para ir en bragas, no paro de dar saltos de alegría. Mi novio, cómo no, se parte de la risa al verme. Mi novio... mi n-o-v-i-o, aún no puedo creérmelo. ¿Cómo puede este pedazo de hombre que lo tiene todo, quererme a mí que no tengo nada? Es tan guapo... y yo... ¡Pero vamos a ver! no volveré a cometer el mismo error. No me pasaré los días lamentándome y quejándome de lo inferior que soy. Él me quiere y me valora. Me ha sido fiel todo este tiempo que estuvimos separados, ¡no deseó a ninguna otra! No volveré a dudar de él. Y lo que es más importante, no volveré a dudar de mí misma.

—Cariño, ¿en qué piensas? —pregunta, Henry sacándome de mis pensamientos.

—¡Oh!, en nada —respondo aturdida.

—Como te has quedado mirando la bañera, pensé que te estabas imaginando lo bien que lo vamos a pasar en ella. —Sonríe como el granuja que es y consigue ruborizarme solo con mirarlo.

—Me temo que mi mente aún no había llegado tan lejos. —No sé cómo hace para hacerme sentir tan tímida. Intento cambiar de tema para que desaparezca el tono sonrosado de mis mejillas—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—¿Llenar la bañera? —continúa con su juego.

—Henry, hoy es fin de año.

—A mí me parece una forma estupenda de acabar el año. —Lo miro ceñuda y con los brazos cruzados—. ¡Vale, vale! Para esta noche, tenemos cena y baile en el salón principal del hotel. Durante el día podemos ir a esquiar, al gimnasio, al *spa*, a la peluquería, de compras... lo que a ti te apetezca y nos dé tiempo.

—Mañana ya nos iremos, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces tengo que hablar con Jess. —Quiero ir de compras y a la peluquería. No tengo nada apropiado que ponerme para esta noche. Y me temo que voy a necesitar gastar la mayor parte de mis ahorros para estar a la altura.

—Bien, llámala. —Me ofrece el teléfono.

Después de hablar con Jessica, vamos a comer. No me acostumbraré nunca a comer a las doce, pero bueno. Luego, los chicos irán al gimnasio y nosotras de compras y al salón de belleza.

—Toma, Sara. —Me ofrece Henry su tarjeta de crédito—. Te he anotado el pin aquí. —Me da una tarjeta de empresa, con su nombre, logo y esas cosas, y el número anotado al dorso—. El salón de belleza pertenece al hotel, así que lo cargas a la habitación y listo. En el resto, con la tarjeta.

Aún tengo la tarjeta en mi mano abierta. No quiero aceptarla, pero si no lo hago, todo lo que hablamos anoche no habrá servido de nada. Henry, como si me leyera la mente, se pega a mí, me cierra la mano y me obliga a meterla en el bolsillo. Mirándome a los ojos, a pocos centímetros de mi cara susurra para que solo yo lo oiga: «No seas tonta». Sé que tiene razón, sin embargo, no deja de molestarme.

—Está bien. ¿Y si me piden la documentación y ven que no es mía? —Solo con imaginarlo ya me da apuro.

—Cielo, nadie te va a pedir nada. Darán por hecho que eres mi mujer. Además, poniéndonos en el peor de los casos, si te toman por una ladrona, te acompaña mi hermana que tiene el mismo apellido. También puedes llamarme y estaría contigo en un par de minutos. Aunque ya te digo que no te hará falta, ve tranquila.

—Sí, tranquila —repite Jessica—. Ya daré buen uso de esa tarjeta.

—Tú ya tienes la tuya —la regaña su hermano.

—Ya, pero no tengo crédito ilimitado como la tuya —protesta poniendo morritos.

—Sara, no le pagues más que el vestido, zapatos y complementos para hoy, ¿de acuerdo? Te hago responsable, ella es una compradora compulsiva. Sé que tú sabrás decirle que no. —Me da un beso de despedida.

—¡Que tengas suerte con decirle que no a mi chica...! —susurra Miguel antes de salir detrás de Henry, sin que a Jess le dé tiempo a reaccionar.

—¡Será cabrito! —murmura Jess.

—¿Cuál de los dos?

—¡Los dos! —suelta ofendida—. Uno por no fiarse y el otro por el chistecito: «Dile que no a mi chica» —pronuncia con burla.

—No te enfades. Puedes comprarte todo lo que quieras siempre que sea para hoy.

—¡Pues vamos! Voy a hacer que esa tarjeta eche humo.

—De verdad, Jessica, me das miedo. —Me agarra de la mano y, tirando de mí, corremos hacia las tiendas.

Ir con Jessica de compras es como llevar a un niño de cinco años: todo lo quiere y con todo se encapricha. Aparte de eso, lo hemos pasado bien juntas, hacía días que no pasábamos tanto rato solas. Los vestidos que hemos comprado son preciosos. El de Jess es negro y dorado. Muy sexy, sin espalda. Miguel se va a caer de culo cuando la vea con este puesto. El mío es rojo oscuro, con escote en forma de corazón, fruncido hasta las caderas y la falda cae hasta los tobillos de un modo suave y vaporoso. Es el vestido más bonito y elegante que he tenido nunca. Espero que le guste a Henry por lo menos la mitad de lo que me agrada a mí, con eso me daré por satisfecha. El peinado de Jessica es tan sugerente y sexy como su vestido. Le han recogido el pelo en un elaborado moño alto y unos marcados rizos caen sobre su hombro derecho. A mí me han recogido de ambos lados y una preciosa cascada de ondas me cae por la espalda. Ahora que ya nos han maquillado, peinado, hecho la manicura y pedicura y nos ponemos los trajes, no sé yo si no nos

habremos pasado. Sin embargo, me siento tan bonita... parezco una actriz de Hollywood que se dirige a la alfombra roja de los Óscar.

—¡Vamos, Sara! me muero de ganas de ver la cara que pone mi hermano cuando te

vea. —Mi amiga salta emocionada.

Recogemos nuestros bolsos y paquetes y corremos a reunirnos con nuestros chicos. De camino todo el mundo nos mira. Incluso un grupo ha dejado de hablar para poder observarnos. Yo solo ruego que sea por lo maravillosas que estamos.

Al llegar a nuestra planta, nos separamos para ir a nuestras respectivas habitaciones. Justo antes de abrir la mía, se me hace un nudo en el estómago. Empiezo a preguntarme si a Henry le gustará; ¿y si piensa que me he pasado? Ya es un poco tarde para lamentaciones. No me puedo echar atrás ahora. Así que, ¡valor y al toro!, y entro con decisión. El corazón me late desbocado por los nervios. Henry está sentado en el sofá escribiendo en el portátil que tiene sobre sus piernas, ¡y lleva puesto un esmoquin! ¡Qué relajación...! No me he pasado en absoluto. Va vestido de pingüino con su pajarita y todo. ¡Dios, está tan perfecto que no parece real!

—Hola —saludo.

Él levanta la vista del ordenador y me mira sin decir nada, serio, muy serio. ¡No, por favor! ya empiezo a pensar otra vez que a lo mejor no le gusta algo de lo que llevo. Puede que sea el peinado, quizás el vestido... ¿y si no le gusta nada?

—Hola —dice después de un angustioso largo rato. Apoya el portátil a un lado y se acerca, coge las bolsas que sostengo y las deja en el suelo—. Cariño... —susurra—. Ha merecido la pena esperar tanto rato, estás espectacular. —Comienza a dar vueltas alrededor mío—. Estoy sin palabras...

¡Uf, qué alivio! Gracias a Dios que le gusta porque estaba al filo del infarto. Se detiene delante mío, levanta sus manos y sostiene mi rostro entre ellas, acariciándome las mejillas con los pulgares. Poco a poco, sus dedos acaban en mis labios. Sus ojos están clavados en mi boca. Veo cómo se le dilatan las pupilas y su respiración se agita. Se acerca con lentitud, saboreando el momento, y me besa con mucho cuidado. La dulzura de su contacto hace que estalle en llamas al

instante. Le rodeo el cuello con mis brazos para poder aferrarme a él e intensificar el beso, pero se zafa de mí al instante y se aparta unos metros agitando el dedo índice.

—¡No, Sara! si nos besamos ahora no iremos a ningún lado, me importa un comino que hoy sea fin de año. El único sitio donde quiero estar es en la cama contigo. —Levanta las manos al aire teatralmente—. He pasado hambre durante dos largos meses y lo que más me apetece es recuperar el tiempo perdido. —Me mira confuso—. Si pensaba que me habías cambiado nada más conocerte, ahora el cambio es mayor. Siento una inseguridad que no había sentido nunca. Tengo un miedo irracional a que me dejes. Mi cuerpo y mi instinto me piden a gritos que te haga el amor cada vez que te veo. No me gusta perder el control de esta manera. ¿Y los celos?, ¡ay, los celos! No quiero padecerlos, pero ahí están los muy traicioneros. Es desconcertante...

—Henry, creo que a mí me pasa algo parecido. —Lo cojo de las manos—. Siento todo el rato que no estoy a la altura. —Henry bufa, pero me deja continuar—. Tengo miedo de que te canses de mí y te vayas con otra. Que te des cuenta de que te gustaría volver a tu antigua vida y poder hacer lo que quieras y estar con quien te dé la gana.

—Sara, yo ya hago lo que me place y estoy con quien quiero. —Me mira con dulzura.

—Y yo también. —Nos sonreímos el uno al otro.

—Me temo que todo está demasiado reciente y solo el tiempo podrá darnos la confianza que necesitamos. De todos modos, quiero que sepas que por mi parte no tienes nada que temer. ¡Y ahora dejémonos de comernos la olla y vámonos de fiesta! —En ese momento empiezan a llamar a la puerta, mejor dicho, ¡la aporrean!

—¡Vamos!, ¿qué hacéis? —protesta Jess a gritos desde el pasillo—. Sara, espero que no lo hayas dejado que te quite las bragas, ¡porque estabas muy guapa!

¡Pero será loca! Con la cara descompuesta por las ganas de estrangularla, voy corriendo hasta la puerta y la abro de golpe. Agarro con fuerza a Jess y tiro de ella para meterla dentro de la

habitación. Miguel pasa tras ella con una sonrisa maliciosa y cierro de un portazo mirándolos, con rabia.

—¡Eh, casi me partes una uña! —se queja Jess.

—¿¡Se puede saber, por qué gritas esas cosas en el pasillo!? ¡Te habrá oído todo el hotel! —digo entre dientes.

—¡Y qué más da! seguro que no lo ha entendido nadie. El hotel está lleno de finlandeses.

—¿Finlandeses? ¡pero si tengo entendido que ellos entienden el castellano porque ven muchas series españolas!

—¡Ja!, ya me lo dirás luego —gira bruscamente, haciendo que sus rizos se balanceen de adelante hacia atrás.

Cuando Jessica se comporta así, la estrangularía. Ha conseguido enfurecerme en cuestión de segundos. Henry, al darse cuenta de mi mal humor, me coge la mano, la besa y me mira a los ojos, suplicante.

—¡No me digas que no es para matarla! —suelto indignada.

—Es mi hermana, ¡qué me vas a contar! —contesta con calma y una suave sonrisa.

—Mira, Sara —empieza Miguel—, todos sabemos lo mimada y consentida que puede llegar a ser cuando quiere. Por eso, como no bajemos ahora mismo, Jessica se va a poner a chillar otra vez. Está desesperada por llegar y lucirse como un pavo real delante de todo el mundo, así que ¡vamos! —Nos empuja hacia el pasillo.

Entre empujones llegamos al ascensor. A medida que descendemos se me va pasando el enfado. Al llegar a la planta baja, Henry me ofrece su brazo y nos guía hacia unas puertas grandes que hay al fondo, donde un botones aguarda para abrirlas. Le doy las gracias al hombre con un gesto de cabeza y, con la boca abierta, me quedo anclada al suelo nada más dar un par de pasos en el salón. Parece imposible que un salón tan grande y elegante esté dentro de un hotel de montaña. Comienzo a reír ante la mirada atónita de mis acompañantes. Me miran extrañados sin entender qué me sucede.

—¿De qué te ríes, cielo? —Henry me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Perdón —digo entre risas—. Es que no he podido evitarlo. No me digáis que no parece sacado de la película «El resplandor». Un hotel en mitad de la montaña, todo el mundo vestido de fiesta... ¡hasta hay unas niñas gemelas con vestidos azules que, como digan: *«red room»*, me escapo corriendo antes de que me asesinen!

Antes de que terminara de explicarlo, Jess y Miguel ya se estaban tronchando mientras miraban a su alrededor y después hacia las niñas. Henry me mira perplejo negando con la cabeza.

—De verdad, cariño, ¡qué imaginación tienes! —me increpa, aunque no puede evitar echarse a reír al ver cómo intento guardar las formas. La gente está empezando a fijarse en nosotros—. Pasemos a nuestro reservado antes de que nos echen.

En un lateral, unos escalones más arriba, se encuentra nuestra mesa, donde una vez sentados se nos va pasando la tontería poco a poco, hasta que por fin dejamos de reírnos como bobos.

La noche ha salido de perlas. Hemos hablado, hemos comido y vuelto a reír. Bebido de más y comido de nuevo. Luego bailamos como posesos en el centro de la pista, hasta que tocaron las doce campanadas. Recibí el año nuevo de la mejor manera posible: en lugar de comiendo uvas, en los brazos de Henry, su lengua en mi boca, una lluvia de confetis y serpentinas y la música de fondo. ¡No podía empezar mejor el año!

Dos horas más tarde, ya había bailado con la mitad de los hombres y mujeres de la fiesta. Y como bien había dicho Jess, son finlandeses. ¡Qué divertidos son! Pero llega un momento en el que Henry se cansa de verme con otros y me reclama para él solo.

—Sara, ¿qué tal lo estás pasando? —pregunta en mi oído para que pueda escucharlo en mitad del barullo.

—¡Genial! es la mejor fiesta de fin de año de toda mi vida —contesto jovial.

—¡Oh, vaya...!, me alegro, pero ¿te molestaría mucho que nos fuéramos ya?

—¿Ya estás cansado, cariño?

—No, no lo estoy. Me gustaría estar contigo a solas y darnos ese bañito que tanto te apetecía. —Me clava su ardiente mirada como solo él sabe hacer.

Gracias a Dios que me tiene bien sujeta entre sus brazos, porque las piernas se me han vuelto de gelatina.

—Me encantaría —consigo decir después de un intenso momento mirándonos.

Sin despegarse de mi cuerpo, Henry levanta una mano y agarra a su amigo por el hombro y lo hace girar hacia nosotros.

—Nos vamos —anuncia con decisión. Miguel asiente y nos guiña un ojo con picardía.

Salimos a la carrera hacia nuestra habitación como si fuéramos a perder un tren. Entramos en el ascensor y antes de que se cierren las puertas, me empuja contra la esquina y me besa con desesperación. Pero en el último momento, entra una pareja de ancianos muy sonrientes. Henry se aparta de mí, exasperado. Al ver su cara de disgusto no puedo evitar reírme de él.

—Tú, ríe, ríe... que te vas a enterar cuando estemos solos —me susurra al oído con mordacidad, haciéndome reír aún más.

En el siguiente piso, la pareja sale del ascensor. Se despiden con muchas sonrisas, y acarameladitos se van a su habitación, probablemente con la misma intención que nosotros, empezar el año muy, pero que muy bien.

—Qué bonito, ¿no crees? —Señalo con un gesto de cabeza hacia las puertas que ya se están cerrando.

—¿Qué, los abuelos?

—Sí, ¿no te parece dulce? A mí me encantaría llegar a esa edad y seguir enamorada.

—¡Pues a mí me gustaría llegar a esa edad y que aún se me levante!

—¡Mira que eres idiota! —Lo agarro de las solapas y lo zarandeo. Aunque apenas lo muevo porque pesa una tonelada.

—¡Oh, claro, tienes razón!, si no respondo, tomaré Viagra y asunto arreglado —sigue con sus burlas.

—¡Qué poco romántico eres!

—¿Romántico? —Me agarra de la mano y me la pone sobre su miembro hinchado—. Cuando llevo así tanto rato, no puedo ser sensiblero. Hace rato que he dejado de querer hacerte el amor, y

pasé a desear... ¡no! mejor dicho, a necesitar con desesperación follar contigo como conejos.

Por un momento pienso que está de broma, pero me doy cuenta al instante de que no. Su pesado y palpitante pene y su mirada seria me lo confirman. Ha estado aguantándose para que me lo pasara bien y ahora ya no aguanta más. Al darme cuenta de que está más salido que el pico de una plancha, trago saliva, porque de pronto noto la garganta seca. Al notar mi cambio, sonríe y me acaricia el cuello.

—No te asustes, nunca te haría daño. —Se acerca despacio y me besa con ternura. Por fin las puertas se abren en nuestro piso—. Ven, vamos. Nos daremos un baño relajante.

Al andar noto mis piernas oscilantes. He tenido sexo con él unas cuantas veces, y todas las veces las he disfrutado mucho. Sin embargo, sigue asustándome un poco cuando se pone tan serio, y a la vez hace que me moje vergonzosamente entre las piernas. ¿Eso es que me da morbo? Creo que aún tengo mucho que descubrir de mí y de él.

No tardamos mucho en meternos en el agua y mucho menos en correrno s con rapidez. De este modo, más relajados, disfrutamos más del baño y logramos charlar un rato antes de empezar de nuevo.

Después de secarme, me envuelvo en la toalla y voy hacia la cama; estoy cansada, pero me temo que la fiesta aún no ha terminado y decido tomar la iniciativa. Él me sigue sin toalla, desnudo y con el pelo alborotado; ¡está para comérselo! Sin pensármelo dos veces, me pongo de rodillas delante de él y le chupo su enorme glande haciéndolo jadear de gusto por la sorpresa. Cuando he succionado unas cuantas veces, lo miro a la cara sin sacármelo de la boca y sus ojos parecen ascuas.

—Nena, súbete a la cama de rodillas y quédate en cuatro patas. —Obedezco su orden. Me quita la toalla que me cubre, dejándome expuesta delante de él.

—Quédate así y abre un poco las piernas.

Separo las rodillas y espero inquieta, mientras sube detrás de mí a la cama. Acaricia mis nalgas y pasa el pulgar por el clítoris. Siento

una corriente eléctrica que atraviesa mi cuerpo. Se agacha y sustituye los dedos por la lengua, y me arranca gritos de placer. En poco rato, ya estoy al filo del orgasmo. Como me flaquean las fuerzas, apoyo la cabeza en el colchón. Deja de lamerme y se introduce en mí. Su duro pene me llena por completo. No arremete con fuerza, sabe que en esta postura me haría daño. Si quiere disfrutar de esta posición, tiene que tomárselo con calma. Entra y sale de mí con cuidado y cuando llega a la base de su miembro, hace que vibre de placer. Estoy tan mojada y caliente que resbala con facilidad.

—Sara, cariño... no aguanto más. Quiero hacerlo fuerte —dice entre jadeos.

Sale de mí, me tumba de espaldas y me cubre con su cuerpo, metiendo con fuerza su ardiente falo en mis entrañas.

—Esto es lo que necesitaba —susurra mientras entra y sale con ímpetu.

Estoy tan excitada, que pronto llego al orgasmo. Henry aún estuvo disfrutando de mi cuerpo un buen rato hasta culminar en un vigoroso clímax.

Estando satisfechos y jadeantes de espaldas en el colchón, Henry me señala hacia la ventana.

—¡Mira! el cielo está despejado y se ven las estrellas —Levanta el brazo y apaga la luz de la mesilla que tenemos encendida.

Por los enormes ventanales que tenemos frente a la cama, se ven centenares de brillantes estrellas en un cielo negro como el carbón.

—Henry... ¡qué preciosidad! ¿No me digas que esto no es romántico? —Lo miro risueña en la oscuridad.

—Mmmm...

—¡No seas malo! —Le tiro del pelo.

—¡Ay, ay! ¡está bien! —protesta entre risas—. Es muy romántico.

Y bajo el cielo estrellado, en los brazos del hombre al que adoro, nos quedamos dormidos con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 32

Esta ha sido la vez que más me ha costado volver a la rutina de las clases. Me he vuelto adicta a Henry. Después de haber pasado unas vacaciones tan intensas con él, se me hace muy difícil. Incluso fuimos a que conociera a mi abuela. Temía por su reacción. Pensé que diría que me había vuelto loca y, como tantas veces, ¡qué equivocada estaba! En cuanto supo que era mi novio y que nos casábamos en junio, ¡solo le faltó dar volteretas!

—¡Así se hacen las cosas! —dijo mi abuela—. Nada de vivir en pecado. Te casas y punto.

Henry, por supuesto, se lo pasó en grande con ella. Ellos dos estaban de acuerdo en todo. Cuando se enteró de que le gustaba la comida sana, daba palmas de contenta. Se pasaron la mañana en el huerto, mientras ella le explicaba lo que tenía plantado. Le enseñó los botes de conservas de fruta y verdura que ella misma prepara. Incluso él la ayudó a mi abuela a hacer la comida.

—Nena, que guapo y apañao es este mozo. Eso sí, ¿no lo había más grande? ¡es más largo que un día sin pan!

—¡Abuela, que te va a oír! —Y miré hacia Henry que se reía disimuladamente.

Total, que nos fuimos y dejamos a mi abuela más alegre que unas castañuelas.

—Sara, tranquila, la semana se pasa volando —Jess me hace volver al momento presente, delante de los libros y apuntes.

—Sí, ya lo sé, pero.... ¡es lunes! —lloriqueo.

—¡Te quieres callar y estudiar! ¡Caramba! ¡Desmotivas a cualquiera! —Se levanta golpeando la mesa y sale disparada a buscar un refresco de la nevera. Le da un largo trago como si fuera un lingotazo de licor—. ¡Joder! a mí también me cuesta un huevo, pero hay que hacerlo y punto. Ya has oído a mi hermano, nos tendrá el verano estudiando sin parar como suspendamos algo, ¡y no

iremos ni a la vuelta de la esquina de vacaciones! —Resopla asqueada solo con pensarlo.

—Lo siento —me disculpo mohína—. Es que no logro sacar a Henry de mi mente. Si supieras todas las cosas que hemos hecho...

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

—Morbosilla…, lo sabía, sabía que picarías. —Sonrío con maldad.

—¿¡Cómo puedes ser tan bicho!? —¡Vaya cabreo está pillando!—. ¡Mira, déjame en paz! Ya te apañarás tú con mi hermano si suspendes. Yo pienso aprobar y broncearme en algún lugar paradisíaco y follar a todas horas con Miguel... en la playa... ¡Me muero por hacerlo en la playa! ¡A pleno día!

—¿Delante de la gente? —pregunto con voz aguda.

—¡No! ¿Por quién me tomas? En una privada y desierta. ¡Oh, madre mía! cómo me pongo solo con pensarlo.

—¿Tú has estado en Cabo Verde?

—No, ¿y tú?

—¿Yo? si casi no he salido de España. Fui a esquiar con vosotros a Suiza y de viaje de fin de curso en el instituto a París. —Le pongo los ojos en blanco—. Es que Henry dice que quiere ir a Cabo Verde porque es un lugar tranquilo.

—No he estado, pero sí que he visto revistas de agencias de viajes y es muy bonito. Demasiado tranquilo para mi gusto. Eso sí, parece el paraíso, y total, mi hermano solo quiere ir para follar...

—¡Serás hipócrita! Acabas de decir que quieres pasar las vacaciones follando con Miguel en una playa desierta.

—Ya sé lo que he dicho, aunque también quiero hacer otras cosas, como bailar, beber, fiestas... cosas que mi hermano descarta. —Termina con una sonrisilla de suficiencia en la cara y yo con una gran «o» dibujada en los labios.

—Eres... eres... —No encuentro palabras para insultarla—. ¿Sabes qué?, ¡aprueba, estudia y después ya veremos a ver si vas a algún lado, porque a mí nadie me quita la luna de miel! —¡Chúpate esa!

—¡Cabrona, eso es jugar sucio! —Sus preciosos ojos azules van a salirse de las cuencas como siga abriéndolos tanto.

—No, soy realista. Además —sigo con chulería—, quiere llevarme de viaje en abril para su cumpleaños. Me dijo que estaba mirando un

destino tranquilo como Cabo Verde, por eso te he preguntado pero, si hubiera llegado a saber que ibas a ponerte así, no te hubiera dicho nada.

—Perdona, ¡es que no quiero quedarme sin vacaciones! Si las notas no son las esperadas, a mí sí que me castigará y tú irás de todos modos, porque si no, se castiga a sí mismo. Él no se queda jamás sin sus merecidas vacaciones, ¡y yo hasta ahora tampoco me había quedado sin ellas! —Comienza a hacer pucheros exagerados.

—¿A dónde fuiste el año pasado? —Intento distraerla.

—¡A las Vegas! —contesta risueña—. Bueno, eso en junio; en julio estuve en la Riviera Maya. Conocí a unos chicos que estaban de muerte. ¡No veas los músculos que tenían! Me los presentó mi padre, ¿te lo puedes creer? Eso de que viva en México no está nada mal. Con la excusa de que quiero ir a verlo, disfruto de un viaje. ¡Mira! ¡ya está!, si suspendo, iré con papá. —Suspira aliviada.

—Yo no quiero ser una aguafiestas, pero creo que Henry no es tonto.

—Tú mantén a mi hermano contento, no se te ocurra pelearte con él y bajo ningún concepto lo prives de sexo, que ya sabes de qué mala leche se pone. Así, ¡todo irá bien!

—¡Si apruebas, todo irá bien! —Pongo los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—¡Entonces, cállate y déjame estudiar! —Nos retamos con la mirada y, tras unos segundos, volvemos a los apuntes.

—¿Qué vamos a cenar? —pregunta a los dos minutos.

—¡Jessica, son las cinco! ¡Cállate ya! —Jess ya se está riendo y yo me uno a ella, era inevitable. Después logramos estudiar el resto de la tarde.

A medida que pasan los días, he logrado encontrar el momento para cada cosa. Ahora que tengo más tiempo porque no trabajo, no sé cómo hago, que llega la hora de acostarme y nunca he podido hacer todo lo que quería. Para que eso no ocurra, he creado un horario, el cual he colgado en la nevera para que Jessica no lo interrumpa. Sin pretenderlo, también se lo he organizado a ella. Por fin tengo mi momento para ir a correr. Lo echaba de menos.

Es fantástico correr y que no llueva. Increíblemente, lleva unas semanas sin caer una gota. Me encanta hacer *footing* sola. Es el momento en que puedo pensar y ser yo misma. La vaga de Jess se niega a venir, ya que dice que tiene bastante con los libros, ¡y yo lo agradezco! La quiero mucho, pero necesito estar sola de vez en cuando para no olvidarme de quién soy. Parece mentira lo pronto que se acostumbra una a lo bueno. En ocasiones me siento culpable porque creo que no me pertenece, luego recuerdo todo lo que he hablado con Henry, y lo mucho que nos queremos, y ya me quedo más tranquila.

—¡Au!, ¡vaya golpe! Lo siento —me disculpo con la persona con la que he chocado en un cruce, aunque no sé si tengo yo la culpa.

—¡Mil perdones, preciosa! —se excusa el chico y comprueba que esté bien—. Iba pensando en mis cosas y no te vi. Perdona.

—No te preocupes, no ha sido nada. Yo también iba a lo mío.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. Puedes continuar. —Sonrío.

—Bien, hasta la próxima, preciosa. —Me guiña un ojo y se aleja corriendo.

Decido parar y continuar caminando. Estoy aturdida, y no solo por el golpe, sino por el tío que ha chocado conmigo. Me resulta conocido, aunque no sé de qué. No me ha gustado nada la familiaridad con la que me ha tratado, era como si me conociera. Mejor me vuelvo a casa. Se ha marchado y no logro verlo por ningún lado, aun así, siento como si una alarma interna hubiera saltado y estoy inquieta. De repente, me acuerdo que tengo seguridad, o eso me dijo Henry. Yo no veo a nadie. Quizás me la haya retirado. Se lo preguntaré, tengo la necesidad de llamarlo ahora mismo.

—¡Hola, cariño! —saluda Henry—. Qué pronto me llamas hoy, todavía estoy en la oficina.

—No pasa nada. Tenía ganas de oír tu voz.

—¿Qué pasa? ¿estás bien? —Ya se ha dado cuenta de que me pasa algo.

—No te alarmes, por favor. Estoy bien. Solo me preguntaba si todavía tengo a alguien que me vigila.

—¿Dónde estás? —Ya la he liado.

—En la alameda, corriendo.

—¿Sola?

—Sí, oye...

—¡Vete a casa, ya! —me ordena—. Te vuelvo a llamar en unos minutos. —¡Y cuelga!

¡Por Dios!, ya lo he vuelto paranoico. ¿Por qué demonios lo habré llamado? Me voy a casa de todos modos. Si hay alguien vigilando y le avisa de que no hago caso, no quiero ni pensar en cómo se pondría. Nada más llegar al apartamento, suena el móvil.

—Hola.

—Hola, cielo, ¿ya estás en casa?

—Sí —como si él no lo supiera ya—. Mira, solo choqué con un chico que estaba corriendo, no pasó nada. Se disculpó y se fue. No tienes de qué preocuparte.

—Lo sé, Sara, ya sé lo que ha pasado. Pero lo que me tiene mosca es el porqué te has alarmado tú por algo tan tonto. ¿Sabes algo que al de seguridad se le escape? Si tienes alguna información, que por muy simple que sea te haya llamado la atención, te agradecería que me lo contarás.

—Está bien, si esto ayuda a que te quedes tranquilo, ¡es una estupidez! —Pongo los ojos en blanco, aunque él no puede verme—. Solo es que me pareció conocido, como si lo hubiera visto antes. Puede que simplemente sea que me lo he cruzado otras veces por la alameda o en el campus.

—¿Nada más?

—No, nada. Se disculpó, fue muy amable y educado, ¡si hasta me llamó «Preciosa»!

—¿Qué? —pregunta Henry en un angustioso susurro.

—¡Oh, por favor! no te pongas celoso por una cosa así...

—No, cariño, no. No me pongo celoso, lo prometo. Ya sabes, ¡soy así! —Su contestación me suena muy extraña.

—¿Estás bien?

—¡Sí! Bueno, tengo trabajo que hacer. Te llamo por la noche, como siempre.

—Claro.

—Bien... esto... escucha, Sara, solo por si acaso, no hables más con ese tío, ¿vale? ¿Me harás ese favor?

—No te preocupes, no volveré a hablar con él.

—Gracias. ¡Ya sabes, soy un celosillo! Te quiero, mi vida. Hasta luego.

—Hasta luego.

Aún estoy mirando el teléfono, ¡qué conversación más extraña! Está rarísimo. ¿Me acaba de decir que es un celosillo?

Gracias a Dios, no me vuelvo a encontrar con el chico misterioso. Siguen pasando los días y la nueva rutina hace que sea todo más fácil. En los fines de semana he descubierto un profesor excepcional en Henry. Cualquier duda que tengo, él me la resuelve enseguida. Me enseña pequeños trucos para memorizar, aunque me insiste en que no debo hacerlo como un loro, tengo que entender para no olvidar. Cada fin de semana son como unas minivacaciones. Vamos al cine, al teatro, fuimos a la ópera una vez, y no volveré a ir si Jess viene con nosotros; ¡qué pesada! Como a ella no le gusta, no me dejó escuchar nada. En el último fin de semana, fuimos al parque de atracciones. Fue un día estupendo. Reímos y disfrutamos mucho. ¡Qué feliz soy! Ahora mismo estoy corriendo por la alameda con una sonrisa en los labios, recordando cómo se había bajado Miguel de la atracción del parque con la cara verde, ya que se le había revuelto el estómago por haber tomado alcohol antes de haber subido.

—¡Hola, preciosa! —No, ¡ha vuelto! Estoy de espaldas, aún no le he visto la cara, y sé que es él. Tengo su voz grabada en la memoria —. Hoy no hemos chocado.

—¡Ah!, hola... No, menos mal. Bueno... adiós —digo lo más evasiva que puedo.

—¡Caramba, preciosa!, ¿tan mal te caigo? —Me mira esperanzado, mientras corre a mi lado.

—No, no es eso. Es que ya me iba.

—Pero si acabas de llegar.

—¿Tú cómo sabes que acabo de llegar? —Me detengo de inmediato y mi alarma interna se activa. No me gusta cómo me mira.

—No estás sudada, por eso imagino que acabas de llegar.

—Estamos en febrero, hace frío y yo apenas sudo.

—¡Qué quisquillosa eres, Sara!

Al oír mi nombre en sus labios, el corazón empieza a bombearme enloquecido, tanto que noto las pulsaciones con fuerza en los oídos. Lo observo con detenimiento y me centro en recordar cada detalle. Es alto, cerca del metro ochenta, moreno, sus ojos son oscuros, tanto que creo que son negros, casi antinaturales. Sonrisa encantadora y unos dientes blancos como perlas. Un hombre guapo. No es que le tenga miedo, ¡le tengo pánico y no sé por qué!

—Nunca te he dicho mi nombre —mi voz apenas es audible.

—¡Oh, claro que sí! No te acuerdas, ¿verdad?

—No.

—En la estación de esquí de Suiza. Te ayudé a encontrar un libro en castellano y te acompañé a la cafetería.

Su imagen me vino como un fogonazo. Es cierto, aunque llevaba gafas de sol. Por eso me resultaba familiar.

—Es verdad. Como llevabas gafas oscuras... no te reconocí por eso. Eres Juan, ¿no?

—Sí, las gafas... Es agradable ser recordado. Y ahora que somos amigos, ¿vamos a tomar un café?

—No, lo siento, me esperan. —Comienzo a caminar. Él me para en seco, agarrándome con contundencia del brazo.

—No es cierto. Nadie te espera hasta las siete.

—Suéltame, me haces daño —quería decirlo en un tono amenazante, que pareciera segura de mí misma, y me ha salido temblorosa. ¿Quién es este tío? Por favor, que no sea el que persigue a Henry...

—Estoy cansado de tus idas y venidas. Ahora que por fin tu queridísimo novio se ha confiado y te ha dejado sola, no voy a perder más el tiempo observándote. Voy a pasar a la acción. —Me aprieta el brazo con más fuerza—. Te voy a follar, preciosa. Te follaré hasta que pagues por todo lo que me ha hecho el bastardo de Cromwell, o hasta que me canse... Después ya veré qué hago contigo. —En su cara se dibuja una sonrisa macabra.

—¿Por qué? yo no te he hecho nada. —Sollozo, atemorizada.

—Ya lo sé, querida. —Me acaricia con la mano libre—. ¡Pero tu novio sí! ¡Ese hijo de puta hundió la empresa de mi padre!, ¡¡la que yo dirigía!!, donde trabajaba la mujer que amaba. ¡Ella se fue y no volví a verla! —Me zarandea con ímpetu—. ¡He removido cielo y tierra y no he podido encontrarla!

—¿Pero no te das cuenta de que no tiene nada que ver que se cerrara la empresa con que ella desapareciera?

—¡¡Mientes, zorra!! —grita con los dientes apretados y sacude con fuerza mi cuerpo como si fuera un pelele. Mi cuello ha crujido varias veces y empiezo a marearme.

Cuando creo que estoy a punto de desmayarme, noto un fuerte tirón que hace que casi se me salga la cabeza del sitio y todo me da vueltas sin parar.

—¡Suéltala, cabrón! —vocifera Roberto.

¡Roberto está aquí!, ¿¡es mi guardaespaldas!? Todo gira a mi alrededor cuando de pronto salgo disparada de entre los dos hombres que forcejean. Hay dos hombres más reduciendo al agresor. No logro centrar la vista, es como si me hubieran pegado un martillazo en la sesera. Creo que voy a vomitar.

—¡Sara, túmbate en el suelo o te vas a caer y te vas a romper la cabeza! —Imagino que es Roberto el que me grita, lo oigo como al final de un túnel—. ¡Murillo, por Dios, hazte cargo de este cabrón, ella está a punto de desmayarse!

Lo último que recuerdo son los zapatos de Roberto corriendo hacia mí y el suelo acercándose a mi cara.

Abro los ojos y veo que estoy en una cama de hospital con Jessica llorando a mi lado. Roberto está a los pies de la cama hablando por teléfono.

—Hola... —pronuncio como un graznido.

—¡Sara! ¡Dios mío!, ¿cómo estás?, ¿estás bien?, ¿qué te duele? —Jess me acribilla a preguntas entre lágrimas.

—Calma, estoy bien. ¿Qué ha pasado, Roberto? —le pregunto en cuanto cuelga el móvil.

—Todo bajo control. Lo tiene la policía.

—¿Llegaste a tiempo para cogerme?

—Por los pelos. Agarré tu cabeza justo antes de que la golpearas contra el suelo. —Me enseña su mano magullada—. Mis nudillos se llevaron la peor parte. Además, no doblaste las rodillas como hace todo el mundo, ¡no! tú con las piernas tiesas para caer de más alto —se burla de mí.

Me río de su explicación y le abro los brazos para que me dé un achuchón. Él se queda mirando a Jessica con las cejas elevadas.

—¡Vamos, Roberto!, ¿por quién me tomas? No voy a decírselo a mi hermano. —Resopla y pone los ojos en blanco.

Sonríe, se sienta a mi lado, me abraza con mucho cuidado, y con un gesto muy paternal, me besa en la frente.

—Gracias —susurro con sentimiento—. ¿Desde cuándo me vigilas tú?

—Desde que chocó contigo y te habló.

—¿Por qué?

—Te llamó «Preciosa». En las notas que le enviaba a Henry siempre te llamaba así. Menos mal que se lo contaste, si no, no sé qué hubiese pasado.

—¿Y por qué no me lo dijo? Sabía que le pasaba algo, se puso muy raro cuando se lo conté.

—No tienes ni idea de cómo se puso. Hasta que doblamos la vigilancia y vine yo también, no paró. Aun así, se pasa el día llamando. —Me señala con el dedo índice y achica los ojos—. No te pongas pesadita con lo de que no te lo ha dicho, ¿de acuerdo? Necesitábamos que pensara que tú estabas sola, tranquila y confiada. Si te lo hubiera contado, te habría entrado miedo, no seguirías con la rutina que te has creado y te asustarías al verlo. Teníamos que acabar con esto de una vez. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, me doy cuenta. Lo ha debido pasar mal. Qué raro que no lo llaméis.

—Tiene que estar a punto de llegar —explica Jess.

—¿Qué va a venir? ¡Si ya está todo solucionado y yo estoy bien! —Resoplan los dos a la vez.

—¿Pero tú te crees que mi hermano no va a venir estando tú hospitalizada? ¡No hay Dios que se lo impida!

—¿Por qué estoy todavía aquí? estoy bien. Solo me he desmayado —Me cruzo de brazos y al hacerlo me duele horrores el cuello.

—Llevas dos horas inconsciente, te han hecho placas. Por culpa de las sacudidas tienes lesionadas las cervicales. No es nada importante, pero hasta que llegue Henry y hable con los médicos, tú de aquí no te mueves. Yo solo cumplo órdenes. —Roberto se encoge de hombros a modo de disculpa.

Nada más terminar la frase, la puerta se abre de par en par y entra Henry como si de un huracán se tratara. Roberto salta de la cama y se echa a un lado lo más rápido que puede. Henry le dedica una breve pero irritada mirada.

—¡Hola, cariño! —Besa mis labios—. ¿Te duele mucho?

—No, no mucho. ¿Ya nos podemos ir? —Le hago un mohín.

—Primero hablaré con el médico. Si todo está bien, nos marcharemos enseguida. ¿Puedes sentarte?

—Sí —suelto muy valiente. En cuanto lo hago, la habitación empieza a moverse como si estuviera en un barco. Será mejor que disimule o no me sacará de aquí.

—¿No te mareas?

—Nooo... —miento.

—Sí, ya veo. Voy a buscar al médico. Vuelvo enseguida. —Me da otro beso y se va.

En cuanto sale, me dejo caer sobre los almohadones. Jessica y Roberto ríen disimuladamente.

—Mira, bonita —dice Jess con chulería—, no engañas a nadie. Hasta yo me he dado cuenta de que te mareas, ¿crees que él no se ha dado cuenta? ¡Pero si te has puesto verde! O le dices cómo te encuentras de verdad o te hará pasar la noche en el hospital.

Poco rato después llega Henry con el doctor y la enfermera, y echan a Jess y a Roberto. Le enseñan las placas que no recuerdo haberme hecho, me sacan el camisón y examinan las contusiones del brazo y me palpan las cervicales. El doctor concluye que es mejor no ponerme un collarín porque sería contraproducente. Henry está de acuerdo. Me receta unas pastillas para el mareo, para el dolor y la inflamación, y que guarde reposo unos días. ¡Bien!, ya me froto las manos, ¡me voy a casa! Mi gozo en un pozo... Como he

perdido el conocimiento y he sufrido una situación traumática, recomienda que me quede en observación. ¡Jo! Aunque después de un rato hablando, propone que, si Henry me supervisa desde casa, podría darme el alta a condición de volver de inmediato si empeoro. Yo lo miro suplicante y ruego por que se decante por la segunda opción.

—Me la llevo a casa. Le aseguro que yo voy a ser más estricto que las enfermeras —Y me echa una mirada engreída.

No tardé en recuperarme. Esa noche la pasé fatal, pero pronto pasó todo. Por fin atraparon al desgraciado que nos hacía la vida imposible. Henry se quedó muy relajado cuando lo encerraron en un psiquiátrico de máxima seguridad, sedado hasta las cejas. Llegó a un acuerdo con el padre del tal Juan, ya que sufre de graves problemas mentales. El pobre hombre no tenía ni idea de hasta dónde llegaba la demencia de su hijo. Henry y el señor González, ya se conocían. Al parecer, sí era cierto que Henry había comprado y desmantelado la empresa de este señor, pero a petición expresa del señor González que se llevó una sustanciosa comisión. Llegaron a ese acuerdo porque su hijo la estaba llevando a la quiebra y, para colmo, estaba acosando a una joven empleada, hasta tal punto que estuvo a punto de violarla. El señor González, le pagó una gran suma de dinero por su silencio y una nueva vida lejos de su hijo. El resto fue invenciones de la mente trastornada de Juan. El hombre no dudó en pactar con los abogados y no celebrar juicios imprudentes, que hubieran acabado en habladurías que podrían terminar de una vez por todas con sus ya maltrechos negocios.

CAPÍTULO 33

Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos en abril. Con el trajín de vida que llevo ahora, pasan las semanas que no me entero. El cumpleaños de Henry es el próximo día siete. Como cae a martes lo celebraremos el fin de semana. Para mí es el peor momento, tengo que presentar varios trabajos; tendré que esforzarme al máximo entre semana. No quiere una gran fiesta, sin embargo, tendrá una aunque se niegue. El regalo, ¡buf! ¡qué complicado! no sé qué hacer. ¿Qué le regalo a un tío que lo tiene todo? Siempre puedo comprarme lencería picantona y montarle el numerito porno, eso seguro que le gusta. Me gustaría que tuviera algo mío, aunque la noche de sexo no se la quita nadie. Ya le he dado muchas vueltas y creo que he encontrado una cosa apropiada. Igual que yo tengo un reloj con un grabado —aunque sea interno—, también le voy a regalar algo útil con un grabado. Lo he visto firmar papeles infinidad de veces; pues le voy a regalar un bolígrafo con un pequeño mensaje. Seguro que le gusta. Pondré todos mis ahorros si hace falta para que esté a la altura. No pienso decirle nada a Jess, no sabe mantener la boca cerrada.

Estamos desembarcando del avión en Madrid y Henry nos está esperando en el coche. ¡Estoy tan nerviosa!, me muero de ganas de ver su cara cuando vea el carísimo bolígrafo de plata que le he comprado. Cuando nos acercamos al coche, él ya está fuera esperando, me sonríe y abre los brazos, y yo corro a su encuentro como una posesa.

—¡Felicidades! —Lo estrecho entre mis brazos como si no hubiera un mañana.

—Cállate y bésame, mi vida. —Me agarra de la nuca y me besa desesperadamente.

—¡Ah, no! ¡ni hablar! —protesta Jess, intentando separarnos—. Os esperáis hasta después de la fiesta. Si os metéis ahora en la cama,

no os veré hasta mañana al mediodía por lo menos, ¡y hay muchos invitados!

—Jessica, si hay muchos de verdad, me encerraré en mi cuarto con Sara y no nos verás hasta el domingo —la amenaza Henry con parsimonia.

—Son amigos de verdad, no pueden ser tantos... —Se cruza de brazos enfadada—. ¿No ha venido Miguel?

—Estoy aquí —Se abre la puerta del copiloto y está hablando por teléfono—. Sí, sí, hacemos lo acordado. Adiós. ¿Dónde está mi chica? —Agarra a Jessica y le da un morreo de no te menees.

—A ver si vais a ser vosotros los que no aparezcan por la fiesta... —Ya empieza Henry a chinchar.

Con el suspiro que suelta Jessica, nos hace dudar a todos de verdad y empezamos a reír.

—Quiero entregarte el regalo ahora —le digo a Henry nada más llegar a su casa.

—Vale, dámelo.

—No, aquí no, en tu habitación.

—¡Ay, nena...! ese tipo de regalos llevan mucho rato y Jess se enfadaría si no aparezco en su fiesta.

—¡No!, no seas tonto, no es lo que piensas. Quiero dártelo en la intimidad, y no quiero esperar más. —Sonríe de oreja a oreja, asiente y tira de mi mano hacia las habitaciones.

—¿¡A dónde creéis que vais!? —nos grita Jess.

—Volvemos enseguida, voy a darle el regalo.

—Dáselo aquí, me tienes intrigada.

—En cuanto lo vea a solas; tú lo podrás ver luego. —Y la dejamos enfurruñada en el salón.

—Bueno, ya estamos solos. —Cierra la puerta tras nosotros.

—¡Toma, deseo que te guste! —Le entrego la cajita alargada.

Muy risueño, lo abre con cuidado. Me mira con cautela. No dejo de observar su cara, quiero saber si de verdad le gusta.

—¡Oh, vaya! ¡qué bonito! —suelta al ver el contenido.

—¿Te gusta de verdad? Tiene un grabado, como tú hiciste con mi reloj.

—Es verdad: «Te amo. Sara». Muchas gracias, cariño. —Me besa con ternura—. Vendrá conmigo a la oficina cada día. —Y empieza a intensificar el beso.

—¿Ya está? —Jessica aporrea la puerta—. ¿Qué es? ¿No estaréis haciendo cochinadas?

—¡Márchate, pesada! —grita Henry—. Qué cruz tengo con esta hermana...

—¿Tú te crees que se va a marchar? Hasta que no lo vea, no va a parar. ¡Pasa, Jess!

—¡No! —protesta, Henry—. Ya se lo enseñaré después, no hay prisa. —Pero Jess ya está dentro, exigiendo ver el regalo. Henry parece molesto.

—¡Enséñamelo! ¡venga, venga!

—¿Qué pasa, cariño? deja que lo vea. —Henry tiene una mirada extraña, tristona. Al final, Jess le arranca la caja de entre las manos y la abre sin más miramientos.

—¡Hala!, ¡qué bonito!, pero... ¿qué harás con el de mamá?

—¿Qué...? ¿el qué de mamá? —pregunto horrorizada.

—¡Jessica, cállate! —la reprende su hermano—. No pasa nada, Sara —se gira hacia mí—. Puedo utilizar los dos.

¡No, no y no! ¿Cómo he podido ser tan torpe? ¿Cómo no me había dado cuenta de que ya tenía uno? ¿¡Por qué no lo sabía!? Si le hubiera preguntado a Jess...

—Henry, yo... lo siento. Puedo comprarte otra cosa, un, un... no sé. Ya se me ocurrirá algo. —¡Ay! qué congoja me está entrando.

—No me quitarás mi regalo —asegura muy serio—. Me ha gustado mucho. De todas las mujeres de mi vida, siempre llevo algo encima. De Jessica, el reloj, ¿ves? —Me enseña con cariño el regalo de su hermana—. Y de mamá, el boli. —Abre su americana y saca del bolsillo interno un bolígrafo de oro precioso y me lo pone en la mano —. Ahora, también tendré el tuyo, no tengo por qué prescindir de uno.

Parece sincero, pero cuando leo el grabado de su madre, se me saltan las lágrimas. Dice: «Para mi niño. Mamá».

—Lo siento. Jamás hubiera osado intentar sustituir un regalo de tu madre. Perdóname, te lo ruego.

—No te perdono porque no hay nada que perdonar. Me has hecho un regalo con todo tu amor y un gran esfuerzo monetario por tu cuenta —que no te puedes permitir—, ¿y crees que no lo valoro y no me doy cuenta? El tuyo no sustituye al de mi madre, igual que tu amor no es comparable al de mi madre. Son distintos y necesarios de diferente manera. ¡Verás, te lo demostraré! —Coge los dos bolígrafos, uno de cada mano—. El tuyo es moderno, tiene un diseño precioso, ¡me encanta! El de mamá —levanta la otra mano— es clásico, elegante y le tengo mucho cariño. —Se acerca al escritorio y coge una hoja en blanco, y raya un tramo con cada uno de ellos—. ¡Sí señor!, ¡lo sabía! —Me da un sonoro beso en los labios—. Uno es negro y el otro es azul. Soy muy maniático, no me gusta nada escribir un documento en azul y firmar en negro. Y cuando está en negro, no firmo en azul. ¿Lo ves? ¡me sirven los dos!

—Es verdad, Sara —afirma Jess emocionada—. Siento mucho haber metido la pata.

—Tú no has hecho nada malo. —Henry acaricia a su hermana con cariño—. ¡Bueno! ¡Ya está bien de pedir disculpas! Dadme un abrazo y vamos abajo, que hay que organizar la fiesta antes de que lleguen los invitados.

La verdad es que tiene sentido lo que él explica, y por mi salud mental necesito creerle.

El cumpleaños ha sido todo un éxito y Henry lo ha pasado genial, que al fin y al cabo era el objetivo. Han asistido Fernando, «el Homer», Sofía —su secretaria—, dos de la oficina que no recuerdo sus nombres, Vázquez —de Contratación; parece ser que, a raíz de mi intrusión en la oficina, se llevan muy bien—, Manuel y su mujer —me hablaron de su bebé, que ya ha nacido, es una niña preciosa llamada Clara, y las fotos de la criatura, como no podía ser de otro modo, se las enseñan a todo el mundo—. Gente querida y allegada para mi flamante prometido.

Después montamos nuestra fiestecilla privada en el dormitorio. La cosa no duró tanto como en otras ocasiones, ya que Henry se había tomado un par de copas de más. Aun así, lo pasamos en grande. Con él borracho en la cama, fue divertidísimo. Tuvimos un par de situaciones cómicas que nos hicieron reír mucho. Una que no

atinaba al agujero, al pobre lo tuve que ayudar o no lo habría conseguido, y la otra, que perdió el equilibrio y, si no lo hubiera llegado a agarrar, se hubiera caído de la cama. Me ha encantado verlo así, desinhibido. Aunque espero, por su bien, que no se acuerde de todo, porque seguro que su orgullo se vería gravemente afectado, sobre todo con lo de no encontrar el agujero...

El desayuno, a las doce del mediodía, decidimos tomarlo en el jardín porque hoy hay un solazo espléndido. Mientras saboreo mi zumo recién exprimido, Henry pone encima de la mesa un sobre grande.

—Cariño, ¿te has sacado ya el pasaporte?

—Aún no —respondo mirando el sobre—. ¿Qué es eso?

—Un regalo. Mi regalo, bueno, para ambos. Si es que te sacas el jodido pasaporte de una vez.

—¿Es un viaje?, ¿a dónde? ¡Cabo Verde! —grito de alegría y él me mira sonriente.

—Ábrelo —Me lo ofrece y yo me lanzo a por él.

Son unos billetes de avión en primera clase a Cabo Verde. Un momento, la fecha no debe de estar bien, ¡es para primeros de mayo!

—¿Mayo? ¿no me habías dicho que iríamos en abril?

—Como me dijiste que tenías trabajos pendientes, he decidido cambiar las fechas para que te dé tiempo a entregarlos, y estaremos de vuelta justo antes de que empiecen los exámenes. Verás —pone el portátil en la mesa y lo dirige hacia mí—, es aquí donde vamos a ir. —Señala a la pantalla—. Espero que me aguantes durante todo el día, porque no tendremos cobertura de teléfono, ni ordenador, ni tele. Solos tú y yo, y algunos isleños.

Lo que veo en el ordenador me parece el paraíso. Arenas blancas con aguas color turquesa y unas pequeñas casas al pie de la playa.

—Haremos un par de excursiones a otras islas. Luego ya decidiremos sobre la marcha si queremos hacer alguna más. Dependerá de lo mucho o poco que nos aburramos, o si te cansas de mí. ¿Adivinas en qué voy a pensar cuando estemos ahí incomunicados? —Su pícara sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—Me hago una idea. —Sonrío acalorada.

—Podrías llevar ese conjunto tan mono que te pusiste anoche. Ayer casi no lo disfruté.

—Será lo primero que meteré en la maleta. —Me dejo caer sobre él y le doy un pico.

—¡Buf! vamos a hablar de otra cosa porque ya se me ha puesto dura. —Bebe un buen trago de agua fría y se pasa las manos varias veces por el pelo. —Recuerda lo del pasaporte o ¡adiós vacaciones!

—El lunes sin falta pido cita.

Me angustia un poco decírselo a Jessica. Cuando se entere de que me voy de viaje le va a dar algo. Pero Henry me avisa que Miguel tiene preparada una escapadita justo una semana antes de la nuestra. Ellos irán a Venecia. ¡Qué bien! así me quedo más tranquila.

CAPÍTULO 34

—Hola!, ¿estás preparada? Te recojo en dos minutos.

—Sí, sí, ya estoy abajo esperando —respondo a Henry al móvil. Hoy la inquietud va a acabar conmigo.

—¿Estás nerviosa, cielo? —su voz suena preocupada.

—Un poco. Ya se me pasará en cuanto esté contigo.

Es la primera vez que nos vamos de vacaciones antes de nuestra inminente boda, ¡que es apenas en dos meses! He tenido que terminar tres trabajos y entregarlos antes de salir de viaje. Jessica me ha obligado a comprar el traje de novia antes de irnos. Sé que no tengo de qué preocuparme, ya que se encarga de todo el organizador de bodas que ha contratado Henry. Yo me he desentendido de todo. No quiero tener que decidir nada, como si no fuera conmigo. Me aterra pensar en ese día, creo que no estoy preparada. Y ahora voy con él a un lugar paradisíaco como si fuéramos de luna de miel, y esta situación me supera. Estoy tan alterada que no he podido retener el desayuno en el estómago. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Tengo una fortuna que no me la merezco y en lugar de disfrutarla estoy histérica, perdida.

En el vuelo, mi estómago no mejora nada. Por más que me cuida y mima Henry, no se me pasa, y termina por darme una pastillita que hace que me duerma al instante.

—Vamos, cielo, despierta... Ya hemos llegado —susurra Henry mientras me pasa la mano por la cara para espabilarme.

Me ha puesto el asiento en posición vertical; estamos tomando tierra y no me he enterado de nada. Seguro que ha sido debido al tranquilizante que me ha dado antes.

Para llegar a nuestro destino iremos en yate bordeando la isla. Aún estoy atolondrada, y, por mucho calor que haga, Henry no me suelta ni un instante. No sé si piensa que puedo caerme o lo hace porque ya se ha puesto en plan romántico.

—Fíjate, ya llegamos —señala al horizonte—. Ponte buena pronto, mi vida, ¡mira qué bonito es esto!

Bonito se queda corto. ¡Qué maravilla! las fotos no le hacen justicia. Hay como una choza enorme en una playa preciosa, limpia, cristalina, ¡y toda para nosotros solos! En el exterior de la casa hay una cama *chill-aut*, con sus vaporosas cortinas blancas y una pequeña piscina al lado. En el interior hay un dormitorio con una cama enorme con dosel. Las sábanas, cojines, cortinas y demás complementos son blancos. Un gran salón con muebles de mimbre, y mires en la dirección que mires, se ve el espectacular exterior de palmeras, playa y aguas cristalinas. Me siento tan contenta de estar aquí, que he mejorado mucho.

—Nos refrescaremos un poco y después comeremos algo ligerito —sugiere Henry en cuanto se marcha el personal de servicio—. Si te apetece puedes ir desnuda, el acceso está restringido.

—Espera un momento, ¿nos han dejado solos? ¿y si necesitamos algo?

—Nos comunicaremos por radio. Aquí está, ¿ves? —Me enseña una cosa parecida a un teléfono—. Hasta mañana por la mañana no vendrá nadie. He pensado que sería mejor que vinieran a limpiar y a cocinar para nosotros.

—Me parece estupendo.

La tarde la pasamos tomando el sol y bañándonos en el mar. Lo poco que he comido lo he vomitado otra vez. Se lo estoy ocultando a Henry, porque si se entera de lo que me pasa, después de haberme puesto cinco vacunas distintas para que me dejara venir, me meterá en el próximo vuelo rumbo a España. No me gustaría que me dejara sin esta playita maravillosa. Para la hora de la cena, no me arriesgo y como solo melón, uno de color naranja, de un sabor dulcísimo, que entra de fábula. Quiero hacer el amor con él, y si no me ve en condiciones se va a negar.

—¿Sabes qué, Henry? —Me pongo zalamera—. Estoy deseando probar esa cama tan chula que hay ahí afuera.

—No creo que sea buena idea —suelta cortante.

—¿Por qué no? —pregunto cabreada.

—Has pasado todo el día indispuesta y apenas has comido. Es mejor que descanses, y mañana, si te encuentras mejor, probaremos esa cama y lo que te dé la gana. No quiero que lo pases mal otra vez solo por complacerme.

—¿Por complacerte...? ¿a ti? —Me levanto del sillón de mimbre, me saco el culotte que llevo puesto, voy hacia Henry, levanto la pierna por encima de su asiento, quedándome de pie con las piernas abiertas y él entre ellas—. Dame tu mano. —Me la ofrece receloso. Le agarro y hago que me toque el sexo con los dedos—. ¿Notas lo mojada que estoy? —No contesta—. Dime —insisto.

—Sí, estás mojada.

—¿Crees que puedo fingirlo?

—No.

—Esto es igual que cuando tú coges mi mano y haces que te toque para que vea lo dura que se te pone y después me dices: «Mira, nena, cómo me tienes». Pues hoy te lo digo yo a ti: «Mira, nene, cómo me tienes». —Henry se está mordiendo el labio para no reírse—. Venga, ¡mira que pasada! —miro hacia la cama *chill-aut*—. Está anocheciendo, corre una brisa deliciosa, el sonido del mar, las velas encendidas... Estoy como loca por tenerte entre mis piernas ahí. —Pero él me mira terriblemente serio—. No me puedo creer que no quieras... —Lloriqueo.

Me agarra la mano, la mete dentro de su bañador y hace que le agarre su hinchada verga.

—Mira, nena, cómo me tienes —musita en mi oído haciendo que casi me corra de gusto al oírlo.

—¡¡Sí!! —grito triunfal. Se levanta, yo me enrosco en su cintura con las piernas y camina hacia la romántica cama.

—Uno rapidito y nos vamos a dormir.

—Sí, vale, lo que tú digas —contesto besándolo sin parar—. Quítate ya el bañador —le digo en cuanto me deja en el colchón y comienzo a tirar de la prenda.

—¿Tienes prisa? —Se ríe.

—Sí, mucha. Te necesito. —Lo empujo para que se siente.

En cuanto lo tengo donde quería, subo a horcajadas sobre él y meto su gordo capullo en la entrada de mi vagina. El cosquilleo de

placer que noto es inmenso. Empujo con más fuerza para poder tenerlo todo dentro de mí, para que se intensifique el placer. Henry me agarra las nalgas y empuja también, dándome lo que necesito. Acompasándonos, nos movemos aumentando cada vez más el ritmo. Nuestras lenguas se enredan. Nuestras manos acarician incansables la anhelante piel. Nuestros pechos chocan con el meneo de nuestros cuerpos sudorosos. El ambiente se vuelve sofocante, debido al calor del lugar y nuestro ardor. Los párpados me pesan, embriagada por el deseo, aunque logro ver entre las pestañas los ojos de Henry. Me mira con ternura. Levanto la cara para poder observarlo mejor, sin dejar de mover mis caderas. Él parece haberse perdido en mi mirada. Agarra mi rostro y me acaricia con los pulgares.

—Te amo, Sara, te amo con toda mi alma —confiesa con la voz quebrada por la emoción.

—Yo también te amo, mi vida —le aseguro sin dudarlo.

Nos besamos con pasión y las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

—No llores, cielo —Aparta con afecto las gotas de mi cara.

—Lloro de alegría. Soy tan feliz, ¡me haces tan feliz!

—¡Y tú a mí, llorona! —Besa mis párpados con delicadeza y después, sin tanta suavidad, se apodera de mis labios.

Sus labios se vuelven abrasadores y el ritmo de las penetraciones aumenta por momentos. ¡Cómo necesitaba fundirme con él! Después de pasar una semana tan nerviosa, alejada de su lado, necesitaba a Henry como el aire que respiro.

No se hace esperar demasiado el orgasmo, arrasando como una explosión, dejándome relajada entre sus brazos. Él, al escuchar mis gritos, deja de contenerse y se abandona al placer. Nos dejamos caer sobre la cama, agotados.

—Estoy tan cansada... —murmullo y los ojos ya se me cierran.

—Duerme, mi amor, duerme...

Estoy tan a gusto que no me apetece ni abrir los ojos. Debe ser temprano, empieza a clarear el cielo. Nos quedamos dormidos fuera, es muy agradable, pero el dichoso melón va a hacer que me estalle la vejiga como no vaya al baño pronto. Me aparto con cuidado para no despertarlo y en cuanto le muevo los brazos, abre los ojos.

—¿Qué pasa? ¿estás bien? —su voz suena casi incomprensible por el sueño.

—Necesito ir al baño, vuelvo enseguida.

Cuando regreso, está apoyado en un codo mirando hacia mí, con su glorioso cuerpo desnudo, como lo dejé, con una sutil diferencia.... ahora está empalmado.

—¡Jo, cariño! —señalo su pene—. ¿Tú también tienes ganas de hacer pis o es que te alegras de verme? —me burlo con picardía.

—Ven aquí conmigo que te lo explico —declara provocador.

Me siento en la cama muy contenta con la dirección que está tomando el asunto. Ya empiezo a comérmelo con los ojos cuando me doy cuenta de que tiene la frente perlada en sudor.

—Tienes calor, estás empapado. ¿Quieres que vayamos a la ducha? Podemos jugar allí... —Le paseo el dedo desde el torso hasta el pubis.

—Me parecería una idea estupenda si no fuera porque en las islas hay escasez de agua. Debemos utilizarla cuando sea estrictamente necesario. La sequía lleva castigando esta zona de hace más de treinta años.

—¡Oh, vaya!, no lo sabía.

—Pero quien quiere echar un polvo en la ducha cuando tiene esta playita, ¿eh? —Se levanta de un salto y me agarra de la mano—. ¡Vamos! —Corremos hacia el agua.

En cuanto meto los pies, ya no me parece tan buena idea. Aún no calienta el sol y para mi está fría. Sin embargo, Henry ya se ha tirado de cabeza y a mí el agua solo me llegas a las rodillas.

—¡Qué gustazo! —grita después de la zambullida—. ¿No te metes? ¡está buenísima!

—Dame tiempo. Está un poco fría para mí.

—¡Vale!, mientras te aclimatas nadaré un poco. —Y se lanza al agua de nuevo.

Cuando vuelve, aún no he conseguido mojarme del todo. Se dirige hacia mí muy sonriente y me temo que no trama nada bueno.

—No te atrevas a salpicarme —lo amenazo.

—Ven aquí, anda... abrázame...

—No... ¡no! —Intento huir, pero me atrapa en dos zancadas—. ¡Qué frío estás!

Él se troncha con mis gritos y, sin darme cuenta, jugando y abrazándome fuerte, consigue meterme en el agua.

—A que está rica, ¿eh? —se burla de mí.

—Eres muy malo —aunque empiezo a darme cuenta de que tiene razón.

Jugamos un rato con las olas. Me encanta oírlo reír. Pronto empezamos a tontear y el juego se vuelve erótico. Y ya que estamos desnudos que, por cierto, sí que es más agradable bañarse así, nos facilita las cosas y acabamos teniendo sexo en el mar. Cuando el sol ya brilla en el cielo, estamos haciéndolo como conejos en la orilla de la playa. Henry quería hacerlo con más fuerza y el agua se lo impedía, por eso hemos terminado ahí. Las olas nos mojan la parte baja de las piernas. A pesar de la incómoda arena, ha sido muy, muy agradable y placentero. Después de un inmejorable orgasmo, estamos tumbados boca arriba, jadeantes, uno al lado del otro.

—¡Madre mía!, esto hay que repetirlo... —suelta Henry resollando.

—Estoy de acuerdo...

En ese momento oímos risas de niños y por instinto nos giramos de inmediato a ver de dónde proceden. Hay dos niños isleños, uno más pequeño que el otro. Llevan unos palos y una cosa verde que creo que es una red. Están bastante lejos, pero no hay nada que les impida vernos.

—Por favor, Henry, dime que no nos han visto.

—Cariño... no puedo asegurarte nada. A mí me da que nos han visto cuando ya nos estábamos corriendo.

—¡Calla, calla!, ¡no! Son muy pequeños. ¡Corre, vamos adentro! —Me levanto aprisa.

—¡Si ya nos han visto! —Se carcajea. Henry se está tronchando con la situación y yo, muriéndome de la vergüenza—. Mira, Sara, no te preocupes. Están muy lejos. Como mucho han visto que estaba sobre ti, y como tú bien has dicho, son muy pequeños y no se darían cuenta de lo que hacíamos.

—¿Tú crees? —pregunto esperanzada.

—¡Claro! Anda, vamos a desayunar que tengo mucha hambre.

Mientras comemos, voy mirando afuera de vez en cuando, hacia los niños. Ellos están tranquilamente pescando.

—Henry, me dijiste que aquí hablan portugués, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Me gustaría ofrecerles algo para desayunar. Creo que podré entenderme con ellos. ¿Te parece bien?

—Adelante. —Contiene la risa.

Ignorando su burla, cojo una cesta con fruta, unos bollos y un par de refrescos, y me encamino hacia ellos. Cuando se dan cuenta de que me acerco, levantan sus cabecitas y yo los saludo con la mano. Me responden con una amplísima sonrisa, y al ver que también sonrío, vienen hacia mí confiados. Qué encantadores son, no tienen maldad alguna. Son tan inocentes, con esa mirada tan limpia. En un principio no aceptaban mis presentes, pero al explicarles que a cambio me enseñaban a pescar, entonces, han accedido a cogerlos. Cuando más tarde ha venido Henry a buscarme, los niños, Manuel y Tiago, se han asustado de él. He tenido que explicarles que, aunque fuera un hombre grande, no les haría daño. Pero por alguna razón no se terminan de fiar. Al final, me despido de ellos, con unos besos en sus redondas mejillas.

—Cariño, vístete rápido, nos esperan para llevarnos a Praia —me cuenta Henry al llegar a la casa.

—¿Quién?

—¡Pues las personas contratadas para llevarnos! —responde algo molesto por lo evidente.

Me doy cuenta en ese momento de que hay gente que limpia, que pone fruta fresca y un señor en el salón que espera con una maleta pequeña.

—Tengo que hacer unas llamadas, no tardaré mucho, te lo prometo. Así aprovecharemos para conocer la capital y contrataremos las excursiones que nos apetezcan. A mí me gustaría hacer submarinismo. hay unos islotes que apenas tienen nada, pero en sus aguas hay maravillas.

—Yo no sé bucear. Pero por mí, no te cortes, yo te esperaré. —Ni en broma me meto yo en el mar con una bombona de oxígeno.

—¿Crees que te dejaría sola?, ¡ni hablar! No tienes de qué preocuparte. Primero te enseñan en una piscina y cuando ya estés preparada iremos al mar. Y antes de que protestes, te pido que lo intentes. Será una experiencia que no olvidarás. Veremos cosas que ni te imaginas. —Me mira suplicante.

—Está bien. —Me rindo—. Pero si no supero la piscina, prométeme que lo aceptarás.

—Lo juro. —Y teatralmente, pone su mano sobre el corazón.

En Praia, llegamos a un hotel que pertenece a la empresa turística que nos ha alquilado la casa de la playa. Mientras Henry habla por teléfono, aprovecho para mandar WhatsApp a Jess y ponerle los dientes largos, como ella hizo mientras estuvo en Venecia. Le he enviado unas fotos con la casa y la playa y, para colmo, le he explicado que yo sí he hecho realidad su deseo de echar un polvo en la orilla del mar. ¡Se va a poner como una hidra!

—¡Sara!, ven cariño. Lo siento, pero el organizador de bodas tiene algo que preguntarte—. Agita el teléfono para que lo coja.

Ha sido oír «Organizador de bodas» y se me ha hecho un nudo en el estómago.

—Hola —saludo angustiada.

—¡Hola, Sara! ¡Cuánto me alegra poder hablar por fin contigo! Sé que lo habéis dejado todo en mis manos, pero necesito saber cómo es tu vestido, cómo será el ramo, qué flores te gustan y, sobre todo, ¡cuáles no te gustan!

El hombre no para de hablar y yo he dejado de escucharlo, tengo unos dolores de barriga impresionantes. No quiero saber nada de lo que me explica, ¿qué narices me importan a mí las flores?

—Disculpe, por favor. —Corto su perorata—. Será mejor que todo esto lo hable con Jessica. Ella me conoce y puede decidir por mí. —Y le paso el teléfono a Henry que me mira pasmado.

¡Dios mío! necesito un poco de aire fresco. Salgo por la primera puerta que encuentro que da a una terraza. El bochornoso calor exterior no me ayuda nada.

—Sara, ¿estás bien? —Henry me agarra con preocupación.

—Sí, es que me duele un poco el estómago. No es nada, se me pasa ahora, en cuanto me dé el aire.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con la boda?

¡¡Mierda!!

—He de reconocer que un poco sí. Estoy asustada. —La cara de Henry es un poema—. No te preocupes, ¿vale? ¡Que lo prepare todo el tío ese y ya está!

—¿No estarás pensando en dejarme?

—¡No, mi vida! claro que no.

—Es que es muy raro. Todas las mujeres se mueren de ganas por intervenir en su boda, organizar todo, y tú te pones enferma solo con mencionártela. ¿Tan malo es que nos casemos? ¡Caramba! ¡Con todas las mujeres que están deseando casarse conmigo y yo tengo que elegir a la única que no quiere! —¡Uf! No sé qué es más grande, si el cabreo que tiene o el dolor que siente.

—Henry, cálmate. Sí que quiero casarme contigo, pero a la misma vez me aterra ser tu mujer. Tengo mucho, muchísimo miedo de no estar a la altura, de decepcionarte...

—Te quiero, ¿me oyes? —Pone sus manos en mis hombros—. Nunca me decepcionarías. Confío en ti por completo.

—Y yo en ti. ¡Así que no se hable más! Nos casaremos el mes que viene, que lo preparen todo para que yo pueda estudiar, ¡y ahora vamos a disfrutar de nuestra semanita! Mi prometido maravilloso y yo —le rodeo el cuello con los brazos y lo obligo a que se agache para darle un sonoro beso.

Creo que no he terminado de convencerlo, pero hace una tregua conmigo para poder disfrutar de nuestra escapada. De lo que no logro deshacerme es del nudo en el estómago.

Una vez contratadas las excursiones, hemos comido en un restaurante de la ciudad, y yo, otra vez, no he logrado retener la comida. He vomitado en el lavabo del restaurante, y al llegar a casa, otra vez. A Henry he conseguido engañarlo, piensa que me duele la barriga, no sabe que no proceso la comida, ¡y Dios me libre de que se entere!

Al final del día vuelvo a estar bien. Nadie me habla de la boda, consigo cenar bastante bien y volvemos a echar un polvazo en la cama *chill-aut*. En el resto de las vacaciones no volvemos a ir a la ciudad para nada. Si es que tenía que llamar a alguien, no lo ha

hecho. No me ha hablado de trabajo, ni de la boda, ni de estudiar, solo lo hemos pasado en grande. Al estar tranquila, no me he vuelto a sentir mal, ¡qué bien! Pasé de apenas comer a estar todo el día con algo entre los dientes. Solo hicimos dos excursiones, una a hacer submarinismo que, como me había asegurado Henry, al final me encantó, y la otra a la isla de Sal. Los otros días los pasamos en la casa, tomando el sol, bañándonos desnudos, pescando con los niños —que a veces son hasta siete y Henry ya no les da miedo— y, cómo no, sexo. Sexo a todas horas. No sé cómo lo hace, pero siempre está dispuesto; lo hicimos en la piscina, en el suelo, en el sofá, en la playa varias veces... Todas las he disfrutado mucho, aunque la mejor, con diferencia, fue el primer día que llegamos. Oírle decir a Henry que me amaba, mientras hacíamos el amor, fue mágico.

Todo lo bueno se acaba y cuando me quiero dar cuenta ya estoy de camino a Santiago de Compostela. Ahora a estudiar y darle envidia a Jess de mi espectacular bronceado. Henry va a estar unos días fuera por negocios. Primero irá a Londres, luego a Berlín. No podré verlo en dos semanas. En realidad, como solo nos vemos los fines de semana, solo nos perderemos uno. Al siguiente ya podremos estar juntos.

—Hay que ver qué moreno tan bonito tienes aún —comenta Jess —. Habéis vuelto hace más de una semana y lo conservas tal cual. Deberías ir a rayos uva para mantenerlo hasta la boda.

—¡Jessica! Ya te he dicho que no me hables de la boda. Me pongo enferma, ya lo sabes.

—Pero mira que eres rarita. Yo no podría hablar de otra cosa.

—¡Me voy a estudiar a mi habitación! —Me levanto furiosa.

—¡Está bien! quédate. Ya no digo nada más, lo prometo.

—Últimamente estoy muy cansada, Jessica. Me cuesta mucho estudiar. ¡Ayer me quedé dormida a las nueve! Creo que no iba a dormir tan temprano desde los siete años. Hoy me he quedado frita en el sofá después de comer, ¡yo jamás duermo la siesta! Creo que me pasa algo.

—Yo creo que te estás recuperando del maratón de sexo de la semana pasada. —Sonríe y me revuelve el pelo.

—Ja, ja, eres muy graciosa —suelto sarcástica—. No creo que sea por eso. ¿Y si estoy incubando algo? Puede que pillara algún virus en Cabo Verde. —Suspiro con fuerza.

—Hace más de una semana que has vuelto, ya tendrías más síntomas. ¡Puede que tengas anemia! Si quieres pido cita en el médico.

—Esperaremos un par de días a ver si se me pasa. Si no, pedimos cita, ¿vale? —Le revuelvo el pelo a ella.

—¡Ay, que me lo enredas! —Se ríe—. Vale, el martes me dices qué hacemos. Yo que tú se lo contaba a mi hermano. Como se entere de que estás enferma y no se lo cuentas, se va a cabrear.

—No le digas nada y no se enterará, chivata... No le preocupes por una tontería. Cuando vuelva, se lo diré si es que aún sigo encontrándome mal.

—Tú misma. —Y continúa leyendo su libro.

Al día siguiente me levanto con la misma debilidad. Es lunes y me tiene que venir la regla. Así que me pongo una compresa y me llevo un par de tampones en el bolso antes de salir para clase. La mañana pasa volando, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy de vuelta para comer. Después de la comida, me vence el sueño otra vez en el sofá, con el libro por sombrero en lugar de estudiar.

—¡Sara, despierta de una vez! —grita Jess.

—¿Qué hora es? —Despierto sobresaltada. El libro que reposaba en mi frente ha salido volando y ha aterrizado en el suelo.

—¡Son casi las siete! Hace media hora que te llamó Henry. Hablé con él, me dijo que no te despertara y que volvería a llamar a las siete. Si no estás despierta, se va a extrañar mucho. —Aún no ha terminado la frase cuando el teléfono empieza a sonar.

—Gracias por despertarme a tiempo. Ahora hablaré con él y se quedará tranquilo. —Pone los ojos en blanco y se va haciendo aspavientos— ¡Hola, Henry!

—¡Hola, cariño! ¿No te encuentras bien? Jess me dijo que dormías —su voz suena preocupada.

—Anoche estuve estudiando hasta tarde y, después de comer, tuve que descansar un rato. ¿Estarás de vuelta el viernes o llegarás el

sábado? Te echo tanto de menos...—Cambio de tema para que no me pregunte más o acabará por averiguarlo.

—Todavía no lo sé seguro. Los alemanes tienen la cabeza muy dura y son reacios a llegar a un acuerdo, pero intentaré estar el viernes por la noche. Espérame en casa, ¿vale?

—Allí estaré —le aseguro.

—Sara, tengo que dejarte. El tiempo que has estado durmiendo era el que tenía para poder hablar. Si no se hace muy tarde, te vuelvo a llamar después de la reunión. Un beso, cielo.

—Hasta luego, cariño.

En cuanto acabo la conversación, subo el volumen del móvil al máximo. Espero no dormirme tras una siesta de tres horas pero, si lo hago, tengo que despertarme.

¡Madre mía, qué dolor!, mi vejiga está a punto de reventar. Voy corriendo al baño para hacer pis. Cuando termino, miro hacia mis braguitas y veo la compresa pegada y... ¡limpia! No hay una gota de sangre. Desde que tomo la píldora, jamás se me ha retrasado. Siempre viene el lunes por la mañana, está atardeciendo y nada de nada. Mi corazón empieza a bombear a toda velocidad. ¡No es posible, yo me he tomado todas las pastillas!

—¡Jessica, Jessica! —Histérica, corro por la casa buscándola.

—¿Qué pasa? —farfulla con la boca llena de helado.

—¡No me ha venido la regla! —chillo aterrorizada. A Jess se le ha atragantado el helado y ha empezado a toser como una loca—. Por favor, no te ahogues ahora. —Le doy unas palmaditas en la espalda.

—¡Joder! —se queja, recuperando el aliento— ¿Estás preñada? — Parece que los ojos se le van a salir de las órbitas.

—¡No lo sé! Tendría que haberme venido esta mañana y nada, ni una gota. ¿Qué hago?

—¡Llama a Henry!

—¡Ni loca! ¿¡Crees que una cosa así se dice por teléfono y en mitad de una reunión!? —mis gritos deben oírlos todos los vecinos—. Vamos a ver... —Intento calmarme—. Perdona por gritarte, es que estoy muy nerviosa.

—Tranquila, lo entiendo, yo también lo estaría. Tenemos que pensar con sensatez. ¡Podemos llamar a Fernando! Él nos dirá qué

tenemos que hacer. ¿Lo llamo? —Me agarra de las manos para infundirme valor.

—Está bien. Espero que sea discreto...

—No te preocupes, no llamará a Henry. —Coge el móvil y marca el número de nuestro amigo ginecólogo. Lo deja sobre la mesa y conecta el manos libres.

—¡Hola, Jess! —saluda Fernando—. ¿Qué pasa, tenemos fiesta este fin de semana?

—No, graciosillo. Necesitamos tu consejo profesional.

—¡Ah!, está bien. ¡Dispara!

—Sara, venga, explícaselo —me anima, Jess.

—¡Hola, bonita! ¿Eres tú la que tienes dudas? ¿Qué consejo necesitas?

—Hola, Fernando. Verás, yo... tendría que haberme venido hoy la regla y no lo ha hecho. Tomo la píldora y jamás se me había atrasado. Me extraña mucho y por eso te hemos llamado.

—¿La has tomado todos los días?

—Sí.

—¿Olvidaste tomar alguna o la tomaste a deshora?

—No, no olvidé ninguna y las tomé todas con la comida, como me recomendó Henry.

—¿Has estado enferma, tomado medicamentos, tenido diarrea o vómitos? Esas cosas pueden anular el efecto.

—Vómitos. Un par de días estuve mal. Por los nervios de la boda, no toleraba bien los alimentos. Pero se me pasó enseguida.

—¿Dónde estáis, en Santiago?

—Sí, claro.

—Sin hacer una prueba no puedo asegurar nada; si estuvieras aquí, te la haría ahora mismo. Cabe la posibilidad de que estés embarazada. Si vais a venir este viernes, te puedo dar cita a última hora. Te echo un vistazo y salimos de dudas, ¿quieres?

—Sí, te lo agradecería mucho.

—¿Podrías estar para las seis y media? ¿te viene bien?

—¡Sí, sí! el viernes a las seis y media. Esto, Fernando... por favor, no le digas nada a Henry, está de viaje y no quiero que se entere. —Un silencio largo e incómodo siguió a mi petición.

—Mira, yo no voy llamando a las parejas de las mujeres que atiendo, pero Henry es mi amigo. Si cuando vuelva tú no se lo dices, yo no se lo voy a ocultar, sobre todo si al final estás embarazada. Dicho esto, si ahora no quieres que te atienda, lo entenderé. —Es la primera vez que escucho la voz de Fernando seria y enfadada.

—Sigo queriendo que me atiendas tú. Él llegará el viernes y se lo diré entonces. No quiero decírselo por teléfono, y mucho menos si no sé con certeza qué me pasa.

—Vale, me parece bien —ahora habla más relajado—. Nos vemos el viernes. Puedes llamarme antes si lo necesitas.

—Hasta el viernes, Fernando. Eres un buen amigo. Gracias.

—Hasta luego, cuídate.

Una vez que he colgado, miro a Jessica que me observa fijamente y creo que está a punto de echarse a llorar.

—Sara, ¿no le dijiste a mi hermano que te encontrabas mal? Se va a enfadar mucho, se sentirá engañado y, si encima esperas hasta el viernes para contárselo, el cabreo será monumental.

—¿Y qué hago?, ¡estoy muerta de miedo!, ¡ni siquiera lo sé seguro! —Empiezo a respirar con dificultad— ¿Y si compramos un test de embarazo? No puedo decirle por teléfono que «a lo mejor» estoy embarazada. No voy a poder ocultarle esto durante el resto de la semana. Hay una farmacia a la vuelta de la esquina, ¿me acompañas?

—Iré contigo. Tranquilízate, ¿de acuerdo? Y ponte unos zapatos, que estás descalza. —Miro hacia abajo y veo que tiene razón, y yo ya estaba saliendo por la puerta.

Compramos el caro porque aunque el farmacéutico nos ha explicado que son todos igual de fiables, Jessica se ha empeñado que era el mejor test. Nada más llegar a casa, hago pis en un bote y mojamos el extremo del *stick*, lo ponemos en una superficie plana y, ¡a esperar tres minutos! Si da positivo, nos dirá de cuántas semanas. ¡Ojalá que no lo esté! Los tres minutos más largos de mi vida.

—¡Ya está! —grita Jess—. Ya pasó el tiempo y no dice nada. ¿Seguro que lo hemos hecho bien? —Se lo quito de las manos.

—¡Y yo qué sé! —En ese instante sale una pequeña frase que parpadea: «Embarazada 2 o 3 semanas»— ¡Ah, no!, ¡no!, no puede

ser... —La cabeza empieza a darme vueltas y la bilis me sube a la garganta.

—¡Madre mía, Sara! ¡Sí lo estás! Llama a mi hermano ahora mismo —me ordena.

—Está en una reunión importante, ¡no puedo interrumpirlo!

—Mándale un mensaje y dile que te llame cuanto antes.

Sin pensarlo demasiado, le hago caso y le pido que me llame cuando tenga un momento. Como me imaginaba, como no se lo pido nunca, me llama nada más recibir el mensaje. Seguro que piensa que pasa algo grave, ¡y lo peor, es que es cierto!

—¿Qué pasa, Sara? ¿estás bien? ¿Sucede algo? —pregunta nervioso sin siquiera dejarme saludar.

—Todos estamos bien, no te preocupes. Aunque sí ocurre algo. No sé cómo decírtelo, verás... Yo no sabía que podía pasar, ¡te lo prometo! si no te lo hubiera dicho. Debí vomitarlas, no lo pensé.

—¿Se puede saber qué dices? No entiendo nada. ¿Qué has vomitado?, ¿estás enferma?

—No, Henry, estoy embarazada...

—¿Qué...? —susurra, incrédulo—. Vomitaste las píldoras... ¿es eso lo que me decías? —Noto su tensión.

—Sí, Fernando me ha explicado que si tienes vómitos o diarrea, puedes eliminar la pastilla. Yo no sabía que pasaba eso.

—No hace falta ser un lumbreras para saber que, si vomitas algo, tu cuerpo no lo asimila —suelta con voz sibilante— ¿Cuándo fue? En las vacaciones, ¿no? ¿¡Cuando decías que solo te dolía el estómago!? ¡Maldita sea, Sara!, ¿¡en qué pensabas!? ¡Si me lo hubieras dicho, habría comprado una puta caja de condones y ahora no tendríamos que lamentarnos! No me lo puedo creer... Y tuviste el valor de mirarme a los ojos y decir que confiabas en mí, después de yo decirte lo mucho que confiaba en ti. ¿¡Cómo pudiste engañarme de ese modo!? ¡¡dime!! —grita, encolerizado.

—¡No te engañé, confío en ti! No quería preocuparte, solo estaba nerviosa y, si hubiera sabido que podía quedarme embarazada, te lo habría contado sin dudarlo, te lo prometo. —La pena y el arrepentimiento parecen estar estrangulándome.

—¡¿Sabes qué?! no quiero hablar más contigo. Tengo que volver a una reunión, me están esperando. —Y sin más me cuelga.

—No, por favor, Henry, Henry...

Un dolor espantoso que atraviesa mi cuerpo se apodera de mí, siento como si estuvieran arrancándome las entrañas. ¡Ya no confía en mí! lo he perdido. ¿Qué voy a hacer? Piensa que le he mentido, y él no tolera ni perdona la mentira. Estoy perdida, no querrá volver a verme, me apartará de su lado para siempre. Jessica, que ha escuchado la conversación, viene corriendo a mí lado.

—No te preocupes, dale tiempo. —Me abraza con fuerza—. Deja que lo digiera, luego recapacitará y se arreglará todo.

—Me parece que esta vez no. Ya se ha enfadado conmigo varias veces y nunca me había tratado así. —sollozo.

—Cálmate, anda... Él te quiere muchísimo. En cuanto lo piense un poco, hasta le gustará la idea de ser padre.

—No, Jessica, ¡no! —me limpio las lágrimas de las mejillas—. Tú no lo entiendes, ya hablamos de tener hijos y él no los quiere. Me dijo que quizás con el tiempo, dentro de unos diez años, podría cambiar de opinión, ¡pero ahora ni de coña! Se pone enfermo viendo bebés y mujeres embarazadas. Lo peor es que en el viaje no le conté que me encontraba mal, lo que él considera un engaño. ¿Y sabes qué? que tiene razón. No me va a perdonar... —Lloro desconsolada.

—Aun así, Sara, sé que la cosa pinta mal, pero tú espera. Hablaré con él, se lo explicaré a Miguel, él también intervendrá, lo haremos razonar entre todos. ¡Llamaré a mi padre si hace falta!

—Te lo ruego, Jess, no lo hagas, déjalo en paz. Me temo que toda esa presión causaría el efecto contrario. A él nadie le dice lo que tiene que hacer. Por mucho que lo quiera, si no me perdona, tendré que aceptarlo. Me iré a vivir con mi abuela al pueblo. Ella me ayudará con el bebé sin dudarlo. —Me sueno la congestionada nariz con los pañuelos que me ofrece mi amiga.

—Vamos a ver, creo que no entiendes la situación. El niño es de mi hermano, tanto si lo ha buscado como si no; ¡es suyo! No se va a desentender, ¿o no lo conoces? ¡No va a dejar que te vayas a vivir a un pueblo perdido con tu abuela! —Mi amiga está convencida.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? Si no quiere estar conmigo, ¡me tendré que ir!

—Te repito que esperes, que tengas calma. Hay que esperar a ver cómo reacciona. Ten un poco de paciencia.

—A lo mejor quiere que aborte... —Me angustio solo con pensarlo.

—Lo dudo mucho. Está en contra del aborto. Piensa que hay formas eficaces de evitar el embarazo y, si cometes un error, tienes que apechugar con las consecuencias. El aborto le parece aceptable en casos especiales, como a consecuencia de una violación, malformaciones del feto, la salud de la madre, cosas así. Cuando estaba en el instituto me dio unas cuantas charlas al respecto.

—Cuando estaba estudiando Medicina, ¿verdad?

—Eso es, ¡qué palizas me daba! En el fondo es un médico vocacional. Jamás se me ocurrió decirle que yo estoy a favor del aborto.

—Yo también estoy a favor. Pienso que una mujer debe decidir, sin presiones por parte de nadie, si quiere o no ser madre.

—Entonces, ¿quieres abortar? —Abre mucho los ojos sin dejar de mirarme e incluso parece que está aguantando la respiración.

—¿Cómo lo voy a saber si aún no he asimilado que estoy embarazada? —Miro hacia mi vientre plano y pongo una mano encima.

Hay una vida creciendo dentro de mí, no puedo notarlo aún, pero está ahí. Cometí un error y mi bebé no tiene la culpa. ¡Oh, no!, ¿ya pienso en él como «mi bebé»?

—Jessica, no. No sería capaz. Me parecería un crimen...

—¡Uf, menos mal! —suelta el aire que estaba reteniendo—. ¡Bueno! Ahora dejemos que pasen los días con naturalidad, el viernes iremos a la consulta de Fernando, y luego a esperar a que llegue el cabezota de mi hermano, ¡y ya está! Creo que necesito una copa, ¿te pongo una? ¡Ay, no, que no puedes! ¿Te importa que yo la tome? —Y bebe directamente de la botella de ron sin esperar respuesta.

—Adelante, no te cortes —suelto con ironía, aunque sé que hará lo que le dé la gana, sobre todo hoy que está muy nerviosa con todo lo que acaba de presenciar.

Dos horas después, Jess me anima a cenar y no consigo ingerir más que unos pocos bocados. Me duele la cabeza de tanto llorar, y Henry no creo que me llame, así que me voy a dormir. Y no lo hizo. El martes tampoco llamó, ni el miércoles. El jueves recibí un escueto mensaje en el móvil en el que me decía que hablaríamos el viernes en «SU» casa. Mi preocupación aumenta con cada día que pasa, y este mensaje me temo que es el preludio de lo que va a ocurrir. Ya no habrá más un «nosotros».

¡Estoy tan nerviosa! Estamos en la sala de espera de la consulta de nuestro amigo ginecólogo, y Jessica, como también está de los nervios, no para de hablar como una cotorra. ¡Con todo el cacao mental que tengo y ella se empeña en contarme su vida!

—¡Jess, por favor, cállate! No quiero saber, al menos ahora mismo, lo que hiciste con Miguel en Venecia. Ya bastante atacada estoy como para que no me dejes ni respirar un segundo —la corto sin ninguna consideración. En estos días no tengo paciencia con nadie.

—¡Hay que ver cómo te pones! —replica ceñuda—. Solo pretendía distraerte.

—¡Pues no lo hagas!

—¡Hola, chicas! —llega por fin Fernando, después de mucho esperar. —Ya se han ido todas las pacientes. Perdón por la espera, pero pensé que sería más cómodo que pudiéramos charlar el rato que quisiéramos y que no tuviera prisa por atender a la siguiente.

—Gracias, eres muy considerado. No como otras que parece que hablan sin parar a través de una bocina —apostillo. Mira que estoy quisquillosa e insoportable.

—¡Oye, que yo no grito! —vocifera la ofendida.

—¡Haya paz, chicas! —interviene Fernando—. Y tú —me señala— estás un poco picajosa...

—Perdonadme, tenéis razón. Lo siento, Jess, no sé qué me pasa.

—Que estás preñada, eso es lo que pasa... —murmura Jess para el botón de su camisa. Decido no contestar porque en parte es verdad.

—¡Venga! pasad a la consulta, que vamos a comprobar qué tal va todo. ¿Tienes ganas de hacer pis, Sara?

—No, pero si quieres lo intento para darte una muestra.

—No, no me hace falta la orina. Tú me dijiste por teléfono que te habías hecho una prueba que te dio positivo, ¿no? Era solo por tu comodidad, ya bastante nerviosa estás como para que encima te estés meando mientras te hago la eco. Te echaré un vistazo a ver cómo va todo y después te cuento.

Entramos en la sala, tengo a nuestro amigo plantado delante mío con su impecable bata blanca, y me acabo de dar cuenta de que tengo que quitarme la ropa y que tendrá que meterme la cámara por la vagina. ¡Fernando, mi amigo! Y peor aún, ¡el amigo de Henry!

—Ven, túmbate aquí. —Palmea la camilla.

—¿No me quito la ropa?

—¡No, ni en broma! No quiero malos rollos con Henry. Si él no autoriza que sea yo tu ginecólogo, no haré más que lo justo. Tienes que desabrocharte el pantalón y subir un poco la camisa. —Mira hacia Jessica—. Y si tú no estuvieras aquí, ya ni la atendería.

—Y harías bien —le advierte Jess—. Se pondría hecho una furia.

—Y ahora —vuelve a girarse hacia mí— estate tranquila. —Pone gel sobre mi abdomen—. Está un poco frío, pero no es nada molesto. Así podré ver si todo está en su sitio, ¿de acuerdo? —Comienza a pasar la cámara, presionando ligeramente. Pasados unos segundos sin decir nada y sin que yo no vea más que unas sombras en la pantalla, para en un punto y suspira—. Eso es, aquí está. Está bien formado, en buen sitio y vamos a ver si consigo ver el latido, aunque es un poco pronto... ¡Míralo!, ya late, ¿puedes verlo, Sara?

Le confirmo con un movimiento de cabeza porque no soy capaz de hablar. ¡Estoy embarazada!, está ahí de verdad, ¡voy a ser madre!

—Debe pasar de las tres semanas y media si ya se distingue el corazón. Mide un milímetro y medio más o menos. Con la eco vaginal lo vería mejor, pero tendremos que conformarnos con esto de momento, ¿verdad? Bueno... pues ya está. —Me limpia con papel de celulosa el gel de la barriga.

—Toma, su primera foto. —Me entrega un papel cuadrado en blanco y negro con un círculo en el centro.

—¿Eso que parece un huevo frito es mi sobrino? —replica Jess, mirando hacia el papel.

—Sí, señorita —contesta Fernando entre risas.

¡Ellos están bromeando y yo que no me puedo creer lo que está pasando! Para colmo, dentro de un rato vendrá mi novio y me deje.

Después de darme una receta de ácido fólico, me manda para casa y me explica que tengo que pensar en elegir un ginecólogo para que me lleve el embarazo, ya que me tienen que hacer las pertinentes pruebas y recetas que me correspondan.

Fernando, al salir, como me ve tan descompuesta, y sin aceptar un no por respuesta, se ofrece a acompañarnos a casa de Henry. Una vez allí, le ofrecemos una taza de té que él acepta con gusto. Poco después aparece Miguel para averiguar qué tal va todo. Entre todos me protegen y miman. Me explican una y otra vez, que Henry entrará en razón y que no debo preocuparme. Sin embargo, veo la duda reflejada en sus ojos.

Ya van a dar las doce de la noche y Henry aún no ha aparecido. Cuando empiezo a preguntarme si vendrá o no, oigo la puerta principal que se abre. ¡Es él! por fin ha llegado, y ya estoy temblando.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí todos tan tarde? —se pone a regañar en cuanto pone un pie en el salón. Está ojeroso y malhumorado—. ¿Tienes algo que decirme, Fernando? —Lo fulmina con la mirada.

—Nada que tú ya no sepas —responde el aludido.

—¡Pues, entonces, vete!

—Como tú quieras, Henry, es tu casa. —El pobre chico se despide con un gesto de la mano y se va molesto.

A Miguel le echa una mirada iracunda, que demuestra que han discutido previamente. No se hablan y el aire se puede cortar con un cuchillo. ¡Vaya dos sacos de testosterona enfrentados! Ver a dos tíos tan grandes encarándose de ese modo da miedo, ¡y eso que ninguno de los dos ha abierto la boca! Y mejor que siga así, porque hoy sí que se arrean fijo, si a alguno se le ocurre decir algo. A Jess la ignora y ella, como lo conoce bien, se muerde la lengua.

—Estoy muy cansado y tengo un dolor de cabeza espantoso. Sara, ¿me acompañas al dormitorio? Quiero ducharme y acostarme cuanto antes. —Se dirige a mí con sequedad.

Su hostilidad y malos modos no me gustan nada, pero me levanto y me voy con él. Esto hay que solucionarlo cuanto antes. Dejamos a Jess y Miguel plantados, y Henry ni siquiera se digna a mirarlos. Yo les digo: «Buenas noches» y ellos me responden con una sonrisa contenida.

Entramos en la habitación y me voy directo a sentarme en la cama, mis piernas no creo que me sostengan mucho rato. Él se quita la ropa con urgencia y la tira al suelo, cosa que nunca hace, siempre deja todo en su sitio y bien colocado.

—Necesito ducharme. Salgo enseguida. —Cierra la puerta del baño de un portazo.

Aun estando sentada, noto cómo me tiemblan las rodillas y no paro de retorcerme las manos por la ansiedad. En un par de minutos, que me han parecido toda una eternidad, se abre la puerta y sale con tan solo una toalla anudada a la cintura, se sienta a mi lado y resopla como hace siempre para evitar decir algo inconveniente.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, cuando considera que ya se ha controlado.

—Estoy nerviosa y asustada, pero físicamente bien, ¿y tú?

—Cabreado —pronuncia con voz profunda, como si le saliera de las entrañas—. Muy, muy cabreado, es en lo único que puedo pensar. Porque mi novia me ha engañado, no confió en mí y ahora esperamos un puñetero bebé. —Su tono calmado hace que parezca peor de lo que es.

—Yo no pretendía engañarte, no quería que te preocuparas y jamás pensé que podía quedarme embarazada. No lo sabía, aunque sé que parece lo contrario. No debo ser tan lista como tú pensabas. Además, ¿qué motivos tengo para quedarme preñada ahora? Si fuera porque quiero atraparte, tendría sentido, pero yo ya te tengo y nos vamos a casar, ¡y yo me muero de miedo de pensar en ser madre en este momento! Por favor, ¿no te das cuenta de que no miento? —Lo miro con desesperación.

—Sé que lo que me cuentas es cierto, no lo pongo en duda. También es cierto que no confiaste en mí y me ocultaste la verdad,

eso ha traído unas consecuencias. Podría no haber pasado, pero pasó y ya no hay remedio.

—Entonces, ¿qué quieres? Dime ya qué quieres porque no lo soporto más. —Se me quiebra la voz por la congoja.

—Cálmate, seguiremos juntos. Nos casaremos como está previsto y yo cuidaré de ti y del crío —suelta con frialdad.

—Ya veo... Te casas porque no quieres que nazca un hijo tuyo fuera del matrimonio. ¿Y nosotros? ¿hay un «nosotros» todavía?

—Si te soy sincero, me siento muy decepcionado. No sé si te volverás a ganar mi confianza.

—¿Ya no me quieres? —El dolor me abruma y no tengo más remedio que seguir con esto. Tengo que saber si me quiere, porque si no, no tiene ningún sentido seguir con esto.

—Sí, pero ya no es lo mismo. Esto no es algo que con el tiempo se suavice y se pase. Todo lo contrario, va a crecer y crecer, recordándome cada día tu mentira y falta de confianza.

—¡De ese modo no quiero casarme! —comienzo a llorar. Ya no puedo contenerme—. Me voy a vivir con mi abuela y tú podrás venir a ver al niño cuando quieras.

—No —sentencia, tajante—. Mi hijo se criará bajo mi techo, con todos los lujos, colegios de élite y toda clase de comodidades que yo puedo ofrecerle. Y preferiría que todo eso lo tuviera junto a su madre y mi esposa. Pero si te empeñas en marcharte de mi lado, las cosas podrían complicarse mucho, te lo aseguro. —Su amenaza se me clava en el alma.

—¿Y no prefieres que aborte...? ¿Para qué quieres atarte a mí de por vida si ya no me quieres? —Las lágrimas me caen sin parar y un terrible dolor arremete con fuerza en mis entrañas.

—Esa no es una solución posible, y ya te he dicho que no he dejado de quererte. —Me seca las lágrimas con un pañuelo de papel.

—¡Pero ya no confías en mí! —Sollozo y entierro la cara entre las manos.

Para consolarme, me estrecha entre sus brazos, comienza a acariciarme el pelo y la espalda. Abre las sábanas y hace que me acueste. Tira la toalla mojada y se tumba a mi lado.

—Cálmate —susurra—. Ya lo arreglaremos. —Me besa en la frente y luego continúa por toda la cara, hasta acabar en mis labios.

Su roce es como un bálsamo. Me deshago de alivio en sus brazos. El olor del jabón en su piel desnuda me reconforta. ¡Cuánto deseaba este momento!, ¡cuánto lo he echado de menos! Y si tan disgustado está conmigo, ¿por qué me está besando? ¿Es posible que tenga alguna esperanza? No tengo ni idea y ahora mismo me da igual, en este momento me desea y no lo voy a desperdiciar. El ansia que tengo de estar con Henry me puede y me abrazo con más fuerza para que profundice sus besos. No me rechaza, todo lo contrario, me anhela tanto como yo a él. En poco rato ya lo tengo encima quitándome la ropa y haciéndome el amor con pasión. Con el estrés y cansancio acumulados, nada más terminar, me quedo dormida aferrada a su cuerpo.

Por la mañana me despierto sola. Su lado está frío, ha debido madrugar. Sin embargo, al recordar que hicimos el amor, se me dibuja una sonrisa en los labios y rememoro su deseo por tenerme. Estaba muy caliente, aunque pensándolo mejor, no me extraña, hacía dos semanas que no nos veíamos. De todos modos, algo sí fue distinto. No se comportó con rudeza, pero no fue tierno y no me habló mientras lo hacíamos. Él siempre me dice cosas: que me desea, que me quiere, que le gusta, me llama «Cariño», «Cielo» o pronuncia mi nombre... y anoche nada. Decido levantarme y salir a buscarlo. Tengo que verle la cara para saber si lo nuestro ha mejorado o sigue igual.

—Buenos días —saludo a Roberto que está tomando un café y leyendo el periódico en la cocina.

—Buenos días, Sara —responde sin apenas mirarme.

—¿Sabes dónde está Henry? No lo encuentro. —El hombre deja de leer al instante y me mira apenado.

—No está en casa. Se marchó esta mañana temprano para ir a montar a caballo a la finca. Puntualizó que quería estar solo.

—¿Te dijo cuándo volvería?

—No. —Vuelve a mirarme con pena—. ¿Quieres desayunar conmigo? Miguel se ha quedado a dormir, así que Jessica aún

tardará un buen rato en bajar. —Se levanta y aparta una silla para que pueda sentarme.

—Gracias, Roberto, eres muy amable.

En un par de minutos, ha llenado la mesa de comida, ¡y no cualquiera! Ha puesto todas las cosas que me gustan, ¡hasta el té está en su punto!

—¿Eres la leche, Roberto Hierro! —Le sonrío—. Eres único en tu especie.

—Sí, ya lo sé. Después de hacerme, rompieron el molde. —Se pavonea socarronamente y estallamos en carcajadas.

—Mira... —Se pone serio de golpe—. La información que tengo sobre ti, de lo que te gusta o de lo que no, no es porque yo me haya dedicado a averiguarlo, es porque Henry se preocupa de todo lo que tenga que ver contigo. Quiere que tengamos en casa todo lo que tú quieras o te apetezca. Pero a veces se comporta como un capullo, como lo está haciendo ahora, porque tiene la cabeza más dura que esta mesa. —Golpea con los nudillos la superficie—. Tarde o temprano recapacitará, y espero que sea pronto o voy a terminar de patitas en la calle.

—¿Por qué piensas que te va despedir? —Me alarma la idea de que Henry pierda a este hombre.

—¡Porque está inaguantable! En Berlín estuve a punto de liarme a puñetazos con él. Tenía ganas de bronca y me provocó durante toda la tarde.

—¿Le pudiste parar los pies?

—Le dije que, si estaba cabreado contigo, que intentara solucionarlo y que dejara de tocarme los huevos. Se dio la vuelta hecho una furia y se fue. Apenas me habla desde entonces. Y parece ser que no soy el único. Cada vez que hablaba con Miguel por teléfono, acababan mandándose el uno al otro a la mierda. Ahora, solo se dirigen la palabra para asuntos exclusivamente de trabajo.

—Me imaginaba que algo les pasaba. Ayer cuando llegó, pensé que se iban a liar a hostias. No quiero que se pelee con las personas que quiere por mi culpa... —Me entristezco.

—Tú no tienes la culpa, ¡la tiene él! Y ahí no acaba todo, a Jessica no le contesta las llamadas para no pelearse con ella, estoy seguro.

Porque con todo aquel que tuvo una charla telefónica, acabó a gritos. Ha debido discutir con toda la directiva. ¡Ah! ¡y estuvo a punto de tirar por tierra la fusión, por culpa de una mala contestación a uno de los alemanes! —Levanta las manos al cielo.

—Y también anoche echó a su amigo Fernando de casa nada más llegar.

—Lo sé. Le encontré fuera y me lo explicó.

—¿Qué puedo hacer, Roberto? Si sigue así va a acabar mal.

—No lo sé. De todos modos, esta mañana parecía más tranquilo. Cabreado, pero más relajado. ¿Habéis hablado?

—Un poco. —Me sonrojo y bajo la vista.

—Ya veo... Hablar poco y follar mucho, ¡por lo menos en eso parece que le va bien!

—¡Eh!, ¡no te pases! —Le pego un suave puñetazo en el hombro. Está haciendo que me arda la cara de vergüenza.

—¡Va en serio! —continúa con sus pullas—. Si lo hacéis tres veces al día, creo que estará solucionado en menos de una semana. —Rompe a reír.

—¡Cállate! —Vuelvo a golpearlo—. Si se entera de que me hablas así, no sé qué hará contigo.

—¡Ja! y no te digo nada si se entera de que te he abrazado, ¡y varias veces! —Hace que me ría con sus carcajadas contagiosas.

—Gracias, Roberto.

—¿Por qué?, ¿por ponerte colorada?

—No, por estar ahí siempre que me haces falta, aun sabiendo que te juegas el puesto. —Se me ponen los ojos vidriosos. ¡Qué cariño le estoy cogiendo a este tío!

—¡Ah, no!, no me llores, por favor. Ven aquí y dame un achuchón, pero ni una lágrima, ¿vale? —Me apretuja con sus fuertes brazos.

—¡Madre mía! ¡¡Roberto!! —grita, Jess al entrar en la cocina. Miguel también está y tampoco le ha hecho gracia vernos en ese plan—. ¡Si Henry ve esto, te despellejará!

—¿Pero en qué pensáis? —nos reprocha Miguel—. Sabéis como está con el asunto del embarazo, ¿y si llega a ser él el que entra por la puerta? —Nos mira con enfado.

—No hacíamos nada malo —les intento aclarar, aunque sé que lo tienen claro.

—Eso ya lo sé. Henry es muy celoso, y en una situación normal ya no le haría ninguna gracia verte en brazos de otro hombre, por muy inocente que sea el abrazo. Ahora imagínate, tal y como está, que os pilla abrazados y solos en la cocina, ¿eh?

—Tienes razón, Miguel —contesta Roberto—, me he extralimitado, ¡es que no puedo evitarlo! Siento debilidad por ella. —Me mira cabizbajo—. Es como un corderito en mitad de una manada de lobos y, para colmo, se ha emparejado con el macho alfa.

—Tiene gracia cómo lo explicas, pero yo también lo veo así. —Sonríe Jess al pensarlo—. Cuando te vi por primera vez, pensé que vendrías a burlarte de mí o a tomarme el pelo. Yo estaba destrozada, llorando en un banco bajo la lluvia, ¡parecía una auténtica pirada! Y te acercaste sin conocerme de nada, te preocupaste por mí, me metiste en tu coche, me escuchaste y me consolaste. Además, me prestaste tu mejor chándal para que estuviera seca y te has convertido en la mejor amiga que he tenido nunca.

—Bueno, Jess, tú hubieras hecho lo mismo por mí. —La cojo de las manos con afecto.

—No, Sara, no lo hubiera hecho. Ahora lo daría todo por ti, pero sin conocerte no me habría acercado ni en broma. Tú eres... buena.

—Demasiado inocente —apuntilla Roberto.

—Casi virginal, sobre todo antes de conocer a mi hermano... —Ríe Jess y me guiña un ojo.

—Qué boba eres... —Me sonrojo—. Yo no soy así. También grito y me enfado con vosotros, y con la que más, contigo. —Señalo a Jess.

—Sara, sí lo eres —continúa Miguel—. No es que seas inocente y virginal como ellos acaban de decir, es su modo exagerado de explicarlo. Sí que es verdad que eres cercana, sensible, tierna, sobre todo comparándote con nosotros, que somos más fríos con las personas que nos rodean. Con tu sencillez nos has ido conquistando a todos. ¡Hasta borracha resultas encantadora! —se ríe—. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos? —¡Como para olvidarlo! Fue el día que conocí a Henry—. Vosotras dos —nos señala con el dedo a

Jess y a mí— os fuisteis a dormir la mona, y Henry, ya esa noche, me estuvo dando la vara con que «Qué mona es, ¿no te ha parecido valiente?» ¡Ya te lo habías metido en el bolsillo el primer día!

—¿En serio? Yo pensaba que me odiaba por haberlo insultado y haberle gritado.

—¿Odiarte? Si hubieras llegado a dormir sola esa noche, creo que ya habría intentado colarse en tu cama. —Suspira con fuerza—. Todos lo conocemos, es un buen tío, muy generoso y cariñoso a su manera. Sin embargo, puede ser el cabronazo más grande que te hayas encontrado, cabezota como él solo y, sobre todo, muy, muy orgulloso. Y ahora sus peores defectos se le fusionan para formar al imbécil que tenemos que aguantar durante los últimos días. Se siente engañado, le has tocado el orgullo. No lo ha planeado, no es lo que él quería... Está cabreado y dolido, y como no sabe expresar sus sentimientos, ¡el muy cabezón está enfadado con el mundo! Todo le molesta, todo le parece mal... Y por eso te decía, Hierro —lo señala achicando los ojos—, si tal y como está —que todos sabemos el mal carácter que tiene y más ahora— te engancha abrazando a su prometida, por mucho que digáis que es algo inocente, te colgaría de los huevos.

—Lo sé, Miguel. También sé que no está en casa. Tengo el chivato encima por si alguien abre la puerta. No soy tonto. —Saca una especie de *walkie* del bolsillo.

—Sé que no eres tonto, estás más que resabiado. Por lo tanto, te recomiendo que no lo vuelvas a hacer. —Bajo la sutil amenaza de Miguel, Roberto asiente, dándole la razón—. Por cierto, ¿dónde está? ¿fue a montar?

Miguel, a veces, puede ser tan jodido como Henry, aunque con más delicadeza. Henry te da las hostias de frente y con la mano abierta. Ahora acaba de dejar a Roberto en su sitio, y para que quede claro que el tema está zanjado y que no puede haber discusión, cambia de tema.

—Sí, y no me preguntes cuándo vuelve porque no me lo ha dicho. Dijo que quería estar solo. —Se levanta de la silla—. Me marcho, tengo cosas que hacer. —Se va, echándome una mirada a modo de despedida. Me da pena que le echen la bronca por mi culpa.

—Imagino que eso de que quiere estar solo es para que no vayamos a buscarlo, ¿no, Miguel? —le comento, para que deje de mirar a Roberto mientras se marcha. Cómo se nota que está más irascible de lo normal por culpa de lo ocurrido. Henry le debe tener apretadas las tuercas al máximo.

—Eso me temo —confirma Miguel, ya mirando hacia mí—. Ya volverá para la hora de la comida, no te preocupes.

Decirlo es muy fácil, ¿cómo no voy a preocuparme? ¡la inquietud me mata! La mañana va pasando y no sé nada de él. Cuando falta poco para las dos de la tarde aún no ha aparecido.

—Miguel, ¿por qué no lo llamas? —le ruego.

—Ya lo intenté hace un rato. A mí no me contesta.

—A mí tampoco —dice Jess—. Ni me contesta al teléfono ni me habla en persona, por lo que pude comprobar ayer.

—¿Lo has intentado tú? —pregunta Miguel—. Creo que a la única que contestaría sería a ti.

—La verdad es que no. No me atreví por miedo a que me soltara una mala contestación. —Saco mi móvil del bolsillo—. Lo intentaré, a ver si tengo yo más suerte. —Marco su número y al segundo timbrazo ya responde.

—Hola —su voz suena ronca y apagada.

—Hola, Henry. ¿Vas a venir a comer? Te estamos esperando —intento sonar lo más tranquila posible.

—No, no voy a ir.

—Ah... ¿Cuándo volverás?

—Esta tarde.

—Vale. ¿Te encuentras bien? Si quieres, podría acercarme y hacerte compañía. O quizás podría llevar una cesta de comida y hacer un pícnic —suelta una leve risa.

—No, Sara, no soy buena compañía.

—Lo entiendo, necesitas estar solo. Si cambias de opinión, llámame, ¿de acuerdo? —Silencio—. Te quiero, Henry.

—Adiós, Sara. —Y cuelga.

—Me da igual lo que te haya dicho mi hermano, no te pongas a llorar que te lo estoy viendo en la cara. —Jess me pasa el brazo por

los hombros y me estrecha—. Respira con calma y ya vendrá cuando quiera. Está bien, ¿verdad?

—Parece tan abatido...

—Sí, ya, abatido... ¡Qué pena me da! —dice irónica—. Ya sabemos todos lo mal que está. No le pasa nada grave. ¿Cuándo ha dicho que vuelve?

—Esta tarde.

—¡Bien! pues vamos a comer y luego nos damos un chapuzón en la piscina, ¡hoy hace un calor horroroso! Y él, que llegue cuando quiera. —Me sonríe, pero yo no sé la devuelvo—. Por favor, Sara, sonríe para mí. —Me pellizca el moflete y me río para que se tranquilice.

Miguel y Jess están pendientes de mí en todo momento, no me dejan ni un segundo. Me siento muy protegida por ellos y yo intento estar lo mejor que puedo. Aunque por dentro estoy destrozada.

Todavía no ha llegado el verano, pero aquí en Madrid hace mucho calor, tanto que nos ponemos el bikini y salimos a la piscina después de comer. Sobre las cuatro llegan unos amigos de Jessica. Ambos son chicos y, tal y como es ella, seguro que se ha acostado con los dos. Miguel seguro que lo sabe y, sin embargo, no parece importarle en absoluto. Está tranquilo, relajado y sobre todo no parece estar celoso. Qué envidia me da... en ese aspecto; Henry podría parecerse un poco a su amigo. Él ya se envara si alguien me mira más de la cuenta. En un principio puedes pensar que es algo halagador pero, honestamente, es enfermizo.

—¡Hola! —me saluda Toni, uno de los invitados—. ¿No te animas a darte un chapuzón? —Estoy sentada al borde de la piscina con los pies en el agua y el chico se sienta a mi lado.

—No, yo con mojar los pies tengo más que de sobra. El agua está muy fría y no me gusta. —Toni está más arrimado de la cuenta y no me hace gracia.

—¿Quieres que te traiga una copa? Jess ha hecho mojitos.

—No, gracias, no quiero.

—Pues yo voy al agua que está muy rica. —Se lanza de cabeza y me salpica un poco.

Mientras lo estoy maldiciendo por haberme mojado, se me ocurre mirar hacia la casa, como hago a cada rato para comprobar si Henry ha llegado, pero esta vez sí está. Se encuentra en el umbral de la puerta del jardín, mirándome. Lo saludo con la mano, y él, sin decir nada, se da media vuelta y se va. ¡Ya estamos! Me levanto y voy en su busca.

—¿Henry? —En el interior no contesta nadie—. ¿Dónde estás, Henry?

—¿Qué quieres? —su arisca respuesta sale del despacho.

—Hola, te estaba esperando.

—¿No me digas? pues a mí me ha parecido que estabas muy bien entretenida —suelta con una siniestra calma. Ignoro su sarcasmo, no quiero pelear.

—Tenemos que hablar. Fernando me ha dicho que tengo que buscar un ginecólogo para que me lleve el embarazo.

—Yo pensaba que ya lo habías elegido a él. Como tomas las decisiones tú sola... —¡Será gilipollas!

—No, no quiere ponerme las manos encima sin tu consentimiento. No quiere ni que me quite la ropa ni nada, además, a mí también me resulta incómodo. Quizás si tú me acompañaras sería distinto.

—Y la ecografía que hay encima de la mesilla de noche, ¿cómo te la hizo? —pregunta receloso.

—Por aquí, por la barriga. —Me toco el vientre. ¿Cómo puede ser tan desconfiado?

—Mira, tengo que reconocer que es muy buen ginecólogo, y si a ti te cae bien, no me importa que sea él. Lo llamaré. —Parece que damos un pasito adelante...

—Cuando vaya a la consulta, ¿vendrás conmigo?

—Lo intentaré. —Resopla. Está llegando al límite de su paciencia.

—Pues, entonces, llámalo.

—De acuerdo, lo haré en un rato. —Quiere dejar la conversación, e incluso creo que me está echando.

—¿Estás ocupado?

—¿Por qué? ¿Qué es lo quieres, que lo llame ahora? —pronuncia con cansancio.

—No, solo quería saber si te apetecería hacer algo conmigo. ¿Quieres ir a la piscina climatizada? La de afuera está demasiado fría.

—No tengo ganas.

—¿Y de qué tienes ganas? —insisto, perdiendo ya la paciencia.

Me mira muy serio, se levanta de su silla y viene hacia mí con paso decidido, pegándose tanto, que tengo que levantar la cabeza para poder verle la cara.

—Tengo ganas de follarte —susurra contra mi boca.

—Entonces, ¿a qué esperas? —lo provoco.

Me aprieta con tanta fuerza que me levanta del suelo y casi no toco con mis pies descalzos la mullida alfombra. Sus carnosos labios devoran mi boca con posesión.

—Vamos. —Me suelta de golpe, hace que me tambalee y tira con fuerza de mi mano, arrastrándome por toda la casa hasta su habitación. Si esta es la única forma que tiene para comunicarse conmigo, pues ¡hablaremos su idioma! Nada más entrar por la puerta, me arranca el bikini, incluso ha roto uno de los tirantes por la violencia con la que lo hace. Yo actúo del mismo modo y le desabrocho el pantalón con ferocidad y se lo quito de un tirón hasta las rodillas arrastrando a su paso el bóxer. Agarro su pesado y duro pene con fuerza y lo hago jadear. Me pongo de rodillas delante de él y comienzo a lamer con energía. Está tan excitado que noto cómo le flaquean las piernas. Lo empujo hasta la cama sin dejar de chuparlo y dejo que se siente en el borde. Saco su verga de mi boca, me giro delante de él y me restriego de arriba abajo, hasta que su gordo capullo entra en mí y empujo con fuerza. Henry jadea extasiado mientras salto sin parar, una y otra vez, sobre su pene.

—Ven... sube a la cama... —ordena, impaciente. Me pone en cuatro patas, le doy el control y vuelve a hundirse en mi vagina, sosteniéndome con ambas manos por la cintura. Al poco, empiezo a notar molestia debido a la fuerza que está ejerciendo, pero no le digo nada. Poco después debe notar que me duele, para y se sienta a mi lado.

—Móntame, fóllame tú ahora —me exige.

¡Caramba!, qué duro es que me hable así; de todos modos, le seguiré el rollo, no me voy a amilanar. Lo monto a horcajadas como me ha pedido, y lo hago tan fuerte y rápido como sé que le apetece. Jadeante y sudoroso, me agarra de la cintura para penetrarme con ímpetu, y termina corriéndose entre sonoros resuellos. Al cabo de un par de minutos, cuando su respiración se ha normalizado, Henry se separa de mí y se sienta en el borde de la cama.

—¿Por qué me has permitido que te lo haga así?, ¿por qué me has seguido el rollo? ¡Tú no has disfrutado nada! —Me mira entristecido.

—Pensé que era eso lo que necesitabas, ¿no era así? —No me siento muy bien conmigo misma por lo que acabamos de hacer. Me siento... sucia.

—¡No! No quiero que lo volvamos a hacer estando cabreado. —Se estruja las manos sin parar—. Terminaré haciéndote daño... —Me mira angustiado—. ¿Te duele? Sé que te molestaba.

—No, no te preocupes, no me duele nada —le miento, no quiero contárselo, hace unos minutos no le importaba nada—. Eres tú el que me ha buscado y el que ha querido hacerlo así. Creo que lo mejor será darnos un respiro. Un tiempo separados para reflexionar. Si me tienes cerca, lo único que querrás es follarme, y luego te arrepentirás como ahora. Es una sensación muy desagradable ver tu cara en este instante. —Desvío la mirada hacia la ventana para no ver sus ojos entristecidos por la verdad—. Me quedaré en el apartamento de tu hermana y estudiaré para aprobar los exámenes que me quedan. Me temo que me resultará muy difícil seguir estudiando el próximo año si suspendo. —Me acaricio el vientre y río con sarcasmo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿que no nos veamos el próximo fin de semana?

—No, Henry, te estoy diciendo que no quiero que nos veamos en una larga temporada.

—¿Eres consciente de que nos casamos en unas semanas? —espeta, alterado.

—¡Nos casamos porque no me das otra opción! —exploto—. Yo preferiría esperar un tiempo. Me he visto presionada y obligada desde el primer momento. No me lo has pedido, ¡me lo has

impuesto! ¡Y ahora con el embarazo, me estás obligando o si no amenazas con arrebatarme al bebé! ¡Cuando tú ni siquiera lo quieres! ¿De verdad quieres casarte así conmigo? —Trago angustiada una y otra vez para contener el nudo de la garganta. No voy a llorar de nuevo. Lo amo con todas mis fuerzas pero, si él ya no me quiere, no hago nada a su lado.

—¿Qué quieres, que suspenda la boda? ¡Muy bien, dalo por hecho! Yo solo pretendía dártelo todo, pero si no lo quieres, ¡no te lo daré! Y ahora dime, ¿qué pretendes hacer tú sola con la criatura? ¿Ir a la aldea con tu abuela, una mujer octogenaria que apenas tiene para pagar las facturas? ¿Quieres hacerle cargar con eso a su edad? ¿O es que sí me vas a pedir dinero para el crío, sin tener ni voz ni voto en su educación? ¿O en su modo de vida o su salud, sus médicos y sus profesores? ¿Y dónde trabajarás?, ¿en el bar del pueblo? ¡Sirviendo cafés ya tienes experiencia y en cobrar cuatrocientos euros mensuales también! Y mientras tú estés en el bar, ¿quién cuidará del bebé, tu abuela? ¡Esa pobre mujer a la que le cuesta coger una olla por culpa de la artrosis! —Me mira con severidad.

—Lo planteas todo desde el peor punto de vista. Seguro que puedo encontrar un buen trabajo. —Eso no me lo creo ni yo.

—¿¡Pero tú no ves las noticias!? —ruge—. ¿En qué mundo vives? No podrás encontrar un buen trabajo sin contactos y sin experiencia. Y mucho menos en Galicia, que es uno de los lugares de España más empobrecidos y con más paro ya de antes de que empezara la crisis. —Se pasa las manos por la cabeza, desquiciado.

—Sé que tienes razón, no te lo discuto, no soy tonta, pero aun así, saldré adelante. Lo haré por él. —Me acaricio la barriga.

—¡Esto es de locos! ¡¡Aarg!! —grita y pasea a grandes zancadas por la habitación como una fiera enjaulada—. Está bien. —Se para en seco—. ¿Estás diciéndome que me dejas?

—Si no me perdonas y continúas enfadado conmigo, no me dejas otra opción. Por mucho que te quiera, no voy a permitir que me folles cuando te venga en gana, tener que acatar tus órdenes sin rechistar, no tener opinión, no recibir cariño por tu parte y tener miedo por saber de qué humor te voy a encontrar hoy. No merece la pena quedarme solo porque tengas dinero. Yo nunca he nadado en

la abundancia y, sin embargo, no me faltó de nada. Jamás me faltó el amor de mis familiares y amigos. Recibí una educación estupenda y estoy a punto, con veintitrés años, de acabar mis estudios. Puede que tú fueras a los mejores colegios, pero tu educación básica hacia el prójimo deja mucho que desear. Y los médicos de cabecera que he tenido a lo largo de mi vida han sido iguales o incluso mejores que los que tu hayas podido tener pagando. —Nos desafiamos con la mirada. No creo que aguante mucho más en este plan, estoy a punto de derrumbarme.

—De acuerdo, ¿eso es lo que quieres? ¡muy bien!, es lo que tendrás. No quiero volver a verte, no quiero saber nada más de ti, y cuando te encuentres con la cruda realidad, no me vengas a reclamar nada. ¡Y recuérdalo! has sido tú la que me has rechazado. No seré tan estúpido de volver a pedírtelo. Conmigo no hay segundas oportunidades, ¡jamás me humillaría de ese modo! Ahora me marcho, no volveré hasta mañana al mediodía, espero que ya no estés aquí y que ya no haya nada tuyo. Todo lo que quede lo tiraré a la basura. —Se gira y se mete en el vestidor, poniéndose lo primero que pilla. Después sale de la habitación, y da un tremendo portazo que hace que retumben las paredes.

Con el sobresalto del golpe de la puerta he comenzado a derramar las lágrimas que he estado conteniendo. Me encuentro terriblemente mal, no puedo soportar estar desnuda en su cuarto. La respiración empieza a resultarme dificultosa, no logro meter el suficiente oxígeno en los pulmones. Me siento muy débil. Las manos me tiemblan. Algo no va bien... Voy tambaleante hacia el armario y consigo ponerme un chándal.

¡Tengo que encontrar a Jessica cuanto antes! Cada vez me cuesta más respirar y las imágenes empiezan a distorsionarse. Quiero llamarla a gritos y de mis labios apenas sale un susurro inaudible. Consigo llegar a las puertas que dan al jardín con mi último resquicio de energía. Por fin puedo ver a Jess, como al final de un largo túnel.

—¿Sara...? ¡¡¡Saraaa!!! —Oigo su grito desgarrador, justo antes de que todo se vuelva negro.

CAPÍTULO 35

Tengo frío, mucho frío, apenas tengo fuerzas para abrir los ojos, las luces fluorescentes no ayudan nada. Escucho voces, de Jess, Miguel, ¿Henry? Hay una enfermera que me anima a despertar, no le hago caso, no quiero hacerlo. Un médico me explica algo que no logro entender. Me están haciendo una ecografía vaginal y noto cómo cae un líquido caliente de entre mis piernas. De entre todas las personas que hablan, lo último que escucho es «Está en manos de Dios».

Me siento entumecida. La cabeza me duele. Todo está en silencio, salvo un ligero pitido constante y muy molesto a lo lejos. De vez en cuando se oyen voces de mujer. ¿Dónde estoy? Abro los ojos y lo primero que veo es un gotero que va hasta mi brazo. ¡Estoy en la cama del hospital!

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —No puede ser... ¡Henry está a mi lado! hundido en el butacón que tengo junto a la cama.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto descolocada.

—¿Prefieres que me vaya? —pronuncia con tristeza.

—No, es solo que no entiendo por qué estás aquí. No querías volver a verme nunca más —mi voz apenas es audible.

—Eso lo dije muy enfadado y no era cierto.

—¿Ah, no?

—No. —Se echa hacia delante y me coge la mano.

Al acercarse me fijo en su cara, tiene el labio partido y un ojo morado.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada que no me mereciera —dice avergonzado, agachando la mirada.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—¿Tú te encuentras bien? —ignora mi pregunta.

—Estoy un poco aturdida y muy cansada... ¿Alguien te ha pegado? —Me parece imposible que alguien le haya puesto las manos encima.

—Sí.

—¿¡Quien!? —La sorpresa hace que me incorpore.

—Primero Miguel y después Fernando. Roberto ha estado a punto, pero se ha contenido.

—¿Por qué te han hecho tal cosa? ¿Y ellos cómo están?

—Ellos están ilesos, solo he recibido yo. Te defendían a ti por lo que te he hecho.

—Yo no llegué a contarles nada, ¿cómo sabían que nos habíamos peleado?

—No fue por la pelea. Cuando llegaste a las puertas del jardín y te desmayaste, Jessica se puso a gritar como una loca. Yo estaba dentro del todoterreno con el motor en marcha y aun así pude oírla. Salí corriendo en la dirección de los gritos, que ya no solo eran los de Jess. Rosa lloraba desesperada, Miguel llamaba a la ambulancia. Los amigos de mi hermana no sabían cómo ayudar. Al verte allí tirada, pálida como el papel, y tu chándal gris empapado de sangre hasta media pierna... caí de rodillas a tu lado. Jess lloraba cada vez más. Miguel terminó de hablar por teléfono y vino hacia mí hecho una furia, me agarró del pecho, me obligó a ponerme en pie y dijo: «¿¡Qué coño le has hecho!?» Y yo contesté: «Yo soy el culpable. Le hice daño y después la abandoné». Ahí recibí el puñetazo en el ojo. Estuve un buen rato sin poder ver. Ya en el hospital, cuando llegó Fernando, también se cabreó conmigo cuando le expliqué que yo era el responsable de tu ingreso. Y me pegó un puñetazo en la boca. Creo que se ha roto un nudillo... Jessica tampoco me habla, está cabreadísima conmigo. Y Roberto... ¡uf!, si me llega a arrear, me deja en el sitio, ¡con lo que le he tocado los cojones estos días!

—¿Te... encuentras bien? —Soy tan tonta, que aun mereciéndose que le hayan pegado, me preocupo por él. También he ido encajando las piezas a medida que me contaba, junto con lo poco que recuerdo, y me doy cuenta de que he perdido al bebé. Mis manos van por instinto a mi vientre y se me escapan algunas gotas de mis ojos.

—Yo sí, cariño. Y nuestro hijo está en una situación un tanto precaria, pero se sigue aferrando a la vida.

—¿¡Qué!? —No entiendo nada—. ¿Está vivo?

—Sí, al menos de momento. Se ha desprendido un poco la placenta, no obstante, aún hay esperanzas. Si guardas reposo, estás tranquila y te tomas la medicación, podría salir adelante. —Se mira las manos y se le anegan los ojos de lágrimas—. Lo siento, lo siento tanto, mi vida... Perdóname, por favor. Haré todo lo que tú me digas. Me avergüenzo de todo lo que te he dicho. Como no haces lo que me da la gana, ¡te castigo! ¿Qué clase de novio soy? con la cantidad de errores que yo cometo y pretendo que tú no tengas ninguno. Si te has quedado embarazada es por mi culpa. Si no te hubiera presionado tanto con lo de la boda no te habrías puesto enferma y si no me enfadara por cualquier estupidez, me habrías contado que habías vomitado y yo le hubiera puesto remedio. Lo mires por donde lo mires, soy el culpable. Tú no has hecho nada malo. No me puede coger una pataleta cada vez que no salen las cosas como yo he planeado. La vida es así y tengo que asumirlo. —Se calla y me observa—. ¿Qué opinas? ¿Podrás perdonarme? —Sus ojos están al borde de las lágrimas.

—Estoy un poco confusa y abrumada... Supongo que sí, claro que te perdono.

—¿Quieres seguir siendo mi novia? —Lo miro con recelo—. Te prometo que no te voy a obligar a nada y menos a casarte. Si no quieres hablar de matrimonio, ¡pues no lo haremos! Me conformo con que estemos juntos. Déjame quererte... no volveré a cometer los mismos errores. Asistiré a terapia, trabajaré todos los aspectos negativos que tengo... por favor...

—No, no quiero seguir siendo tu novia... Ahora quiero ser tu mujer.

—¿Que...? no entiendo. —Solo por ver la cara de lelo que ha puesto, ha merecido la pena decírselo.

—Es que ahora me has dejado elegir y, pensándolo bien, es lo que más me apetece. —Hago un mohín—. Siempre y cuando tú cumplas tus promesas.

—Lo juro —dice vehemente. Se levanta y me abraza con fuerza. ¡Hay que ver, mi tipo duro aún sigue aguantando las lágrimas!, ¡ya me gustaría a mí!

La puerta se abre sin que nadie llame y entra Fernando, con la bata blanca puesta, seguido de Miguel y de Jess.

—¡Henry! ¿no la estarás molestando? —lo regaña el ginecólogo. Miguel y Jessica lo apoyan con sus caras ceñudas.

—No, amigo, no lo hago. —Me besa en la frente con ternura—. Os debo una disculpa a todos. —Se gira hacia ellos—. Vosotros sois las personas más importantes de mi vida. Me conocéis bien, sabéis de mi necesidad de controlar todo y a todos. Muchas veces me he comportado de un modo déspota y he sido un manipulador desde niño. Y lo peor de todo es que nunca he pensado que lo hiciera mal, pensaba que tenía derecho a hacerlo. He utilizado y tiranizado a todo mi entorno siempre. —Se gira para mirarme—. ¿Te acuerdas cuando me llamaste tirano en las oficinas? pues tenías razón. Mi mente ha sido un auténtico caos desde que te conocí. Por un lado, quería apartarte para poder seguir con mi vida programada y controlada y, por otro, cuanto más te conocía, menos podía apartarme de ti. Te quería tanto que no sabía qué hacer con todos los sentimientos que me embargaban. He intentado incorporarte a mi estilo de vida, obligándote a encajar en ella, pero tú... —Me acaricia la mejilla—. Me ha sido imposible dominarte. Siempre has terminado haciendo lo que te daba la gana, ¡y has hecho bien! muy a mi pesar... No he tenido más remedio que ir cediendo y, cuanto más cedía, más me cabreaba. Y la gota que colmó el vaso ha sido que te quedaras embarazada, ahí sí que ya me colapsé. ¿Cómo osabas desafiarme de ese modo? —Se calla unos segundos y se le ensombrece el rostro—. Cuando te he visto en el suelo, con la cara carente de color, toda llena de sangre... lo he visto todo claro. Solo con imaginar que te pudiera pasar algo, que no pudiera volver a verte jamás, todo ha encajado en mi cabeza como en un puzle. No puedo planear nada, ¡y da igual! Es más importante que estés a mi lado, segura y feliz. Nos queremos y es lo único que importa, ya iremos decidiendo el resto sobre la marcha. Te quiero tanto. Y al bebé. —Pone con suavidad su mano sobre mi barriga—. También

quiero a mi hijo, ¿cómo no? ¡es MÍO! —recalca el «mío» y sonríe de medio lado—. Y a vosotros... —Señala a Fernando y a Miguel y luego a su cara—. Esto me lo merecía, pero preferiría que no lo hicierais más, ¡duele horrores! —Abraza a uno y después al otro, luego mira a Jessica que está llorando a moco tendido—. Y tú, mi querida hermana, cuántas cosas malas te he llegado a hacer y tú estuviste siempre ahí, a mi lado, apoyándome y queriéndome incondicionalmente desde el primer día. ¡Te quiero, pequeñaja! —La estrecha con sus fuertes brazos y ella solloza sin parar—. ¡Y tú, Roberto! —alza la voz— ¡qué sé que has estado escuchando todo el rato desde el pasillo! —El aludido asoma la cabeza algo avergonzado y entra en la habitación—. Gracias, Roberto, gracias por todo lo que has hecho por mí a lo largo de todos estos años, ¡empezando por las hostias que me diste después de estampar el coche contra la casa con mi hermanita dentro! Gracias a todos por aguantarme, sin vosotros mi vida no tendría sentido. Espero que podáis perdonarme todas las estupideces que he cometido. Voy a cambiar, os lo prometo. —Se deja caer junto a mí en la cama y suspira aliviado después de haberlo soltado todo.

Jessica y yo estamos llorando, sobre todo ella. Henry tiene los ojos enrojecidos, pero aguanta como un campeón, y me tiene agarradas las manos con solidez. Fernando, Miguel y Roberto están perplejos, mirando hacia nosotros sin saber qué decir. Me temo que es la primera vez que lo escuchan disculparse y dar las gracias, al menos tan abiertamente.

—Hay que joderse... —termina diciendo Fernando.

—¡Joder, tío! cómo te ha costado —continúa Miguel—. Eres una persona generosa, yo te debo todo lo que tengo. Sin tu ayuda, jamás habría llegado tan lejos.

—Y yo no podría haber montado mi clínica sin tu financiación y sin tus contactos.

—Nos ayudas, pero también quieres controlarnos. Quiero entender que siempre lo has hecho por nuestro bien, y he de reconocer que la mayoría de las veces tu opinión, o incluso tus órdenes, ¡me vienen de maravilla! Tienes siempre las cosas tan claras... Sin embargo, en otros momentos, aprietas tanto que asfixias. Si haces lo que

prometes y te relajas, creo que te lo vamos a agradecer todos. —Le aprieta el hombro a Henry, con afecto.

—Estoy de acuerdo —lo apoya Fernando.

—Muy bien, ¡no más agobios! —Henry sonríe con timidez.

Después de ese día las cosas cambiaron de un modo drástico. Henry se relajó, acudía al psicólogo cada semana. Lo ayudó mucho con el tema de los celos y en no ser tan posesivo. La doctora le dijo que la decisión de cambiar ya la tenía tomada de antemano y que solo había que orientarlo. Seguimos adelante con los planes de boda; no cambiamos la fecha, solo el lugar. Lo haríamos en una preciosa carpa en el jardín de casa. El viaje de luna de miel queda suspendido hasta que nazca el bebé, ya que no puedo viajar.

Todo fue como una balsa de aceite en las semanas previas a la boda, excepto por la pequeña pelea que tuvimos porque no me dejaba ir a examinarme de los finales que me quedaban. Gané yo, por supuesto, con la condición de que él me llevara en coche y me viniera a buscar. Que no saldría del apartamento nada más que para ir a clase y pasaría el resto del día haciendo reposo.

—No quiero ni que hagas la comida, ¿entendido? Tendréis a una señora de servicio doméstico que se encargará de todo. Y si te sientes mal, llámame de inmediato, ¿vale? Esto no es negociable —me dijo con mucha autoridad, haciéndome ver que en esto no iba a ceder ni un ápice.

—No te preocupes, te prometo que no haré ninguna tontería. Pero, como bien nos ha explicado Fernando, no hay ninguna garantía, aunque guarde reposo las veinticuatro horas del día. Debo estar feliz, tranquila y comer sano, ¡y todo eso ya lo hago!, ya me lo proporcionas. —Y nos fundimos en un tierno abrazo.

A medida que fueron pasando los días, me iba encontrando mejor y no volví a sangrar más. Me presenté a todos los exámenes y conseguí aprobar por los pelos, pero los aprobé, ¡por fin!, qué alivio... Jess también lo consiguió, ¡bravo por las dos!

Nos casamos unos días después de mi último examen. Nunca estuve tan segura de hacer algo, aunque hacía poco tiempo pensaba distinto. Fue entrañable. Me sentí tranquila y relajada, en una increíble paz. Rodeada de familiares y amigos. Mi abuela bebió un

poquitín de más y, como no está acostumbrada, le dio por regañar a Henry y darle besos sin parar, ¡menos mal que pronto se fue a dormir! Lo único que me molestó un poco fue que no pude tener una noche de bodas como Dios manda, nos han prohibido las relaciones sexuales, al menos hasta que cicatrice la placenta y, aun así, tendremos que tener cuidado. Hay que conformarse con las caricias y el sexo oral, ¡qué no está mal! aunque pienso que el sentimiento es mutuo cuando digo que nos morimos de ganas por practicar el coito. Aun así, considero que no me puedo quejar. Soy muy, muy afortunada, tengo familiares y amigos que me quieren, algo que echaba mucho de menos. Mi suegro me trata como a una hija. Su mujer, es como una amiga. Fernando es como si fuera un primo o un hermano. Cada vez que vamos a la consulta nos dice antes de hacer la ecografía: «A ver cómo está mi sobrinito...». Rosa es como una abuela, se le cae la baba imaginando cómo va a acunar al crío en su regazo. Roberto... Tengo un cariño especial por él y creo que el sentimiento es mutuo. También es otro tío para el bebé y un amigo excepcional para Henry. Por las tardes nos hemos aficionado a tomar el té; Roberto, Jess, Rosa y yo. Cotilleamos hasta que llega la hora de ir a recoger a Henry a la oficina. ¡Qué bien lo pasamos! Jessica, ¡ay, mi Jess!, ella es como la hermana que nunca tuve. Reímos, compartimos secretos, nos aliamos contra los chicos y, por supuesto, nos peleamos. Pero el enfado no dura ni cinco minutos que ya estamos juntas de nuevo, como hacen las hermanas, supongo. Y su Miguel es para Henry como para mí Jess. Es un hombre infinitamente paciente y cariñoso, que adoro de todo corazón. Y de Henry... ¿qué puedo decir de él?, que lo es todo para mí, que es el centro de mi universo... Mi vida ya no tendría sentido sin él. Hace que todo mi mundo encaje a mi alrededor como una hermosa sinfonía que me envuelve en una inmensa felicidad; y cuidaré, amaré, y lucharé, si hace falta, por mi maravilloso marido y el futuro que nos espera.

EPÍLOGO

Seis meses después…

—Pero, mi amor, ¿cómo es posible que hayas roto aguas? —grita angustiado Henry desde la cama con los ojos como platos. Yo me encuentro en la puerta del baño y me cae el líquido por las piernas—. ¡Aún no toca!

—¡Sí, pues díselo a él! —Me acaricio la prominente barriga—. Sabes que Edgar es muy grande y, si sale unos días antes, no creo que pase nada. Creo que nos vamos a quedar muy aliviados los dos cuando se encuentre fuera.

—¡Jo, Edgar...! mañana tenía una reunión muy importante. —Posa la mano sobre mi tripa—. Tendrá que ocuparse solito el tío Miguel, ¡no queda otra! ¡Venga, vamos! ya llamo a Fernando por el camino.

Hemos dejado a todos en casa revolucionados y de morros. Henry no les ha permitido acompañarnos. Les ha dicho que cuando nazca el niño, ya les avisaría, que es estúpido pasar la noche en vela en el hospital cuando probablemente no diera a luz hasta el día siguiente.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal te encuentras? —pregunta Fernando nada más verme.

—Bien, nerviosa pero bien.

—Pues tranquilízate que la cosa va para rato. ¿sientes alguna contracción o todavía no?

—Noto un dolor de vez en cuando como si me fuera a venir la regla.

—Bueno, eso es solo el principio. Te voy a echar un vistacillo, no vaya a ser que seas de las rápidas y nos des un susto. Lo normal sería que estuvieses lista en unas doce horas, pero nunca se sabe.

Fernando ya me ha mirado varias veces desde que he llegado y Henry deja mi mano para situarse a su lado; cada vez que lo hace, es muy incómodo. Eso sí, cuanto más tiempo pasa y aumenta el

dolor, menos me importa ¡como si se asomara al agujero todo el hospital completo! Lo único que quiero es que esto se acabe ya. Parece que el parto avanza con normalidad, si sigue así, será Henry el que ayude a Edgar a salir, con la supervisión de Fernando.

—Oye, Fernando, ponle a mi mujer la epidural ya. No puedo verla así... —suplica Henry.

—¡No!, no quiero, puedo aguantar —protesto encogida por el dolor.

—Mi vida, sé que soy yo el que te ha convencido de que lo mejor es parir sin anestesia, pero aún queda lo peor. Faltan muchas horas todavía y estás agotada. —Acaricia mi espalda para intentar aliviarme.

—Creo que puedo hacerlo. Déjame al menos intentarlo. Siempre estoy a tiempo de pincharme la epidural, ¿verdad, Fernando? —Lo miro agobiada.

—Por supuesto, cuando tú quieras. No tienes más que pedirlo. Incluso, si quieres, te la podemos poner y que no te duerma por completo, solo para que te alivie. Tú decides, Sara. Pero, si ves que puedes, yo estaré contigo hasta el final. Olvídate de tu marido, que está más nervioso que tú.

Dos horas más tarde, los dolores son insoportables. Estoy empapada en sudor y ya he tomado la decisión de ponerme la epidural. Me he cansado de escuchar cómo se pelean estos dos por ponérmela o no, ¡y estoy hasta las narices de ellos! Después de una terrible contracción, levanto la cabeza para pedírsela y los veo forcejeando como dos imbéciles. Mi marido está exigiéndole que me ponga la anestesia de una vez. Por culpa del suplicio que estoy pasando, que bastante tengo con aguantarlo, no me había dado cuenta de lo que hacían. Y en un arranque de rabia visceral que sale de mí dándome fuerzas, salto de la cama y me planto delante de ellos.

—¡¡Henry, suéltalo, gilipollas!! ¡Déjame parir en paz y como me dé la gana! ¡Y tú, Fernando! ¡ponme la puta epidural o voy a matar a alguien! —Y me azota con gran intensidad una contracción que me hace agachar, agarrándome las rodillas y tengo la imperiosa necesidad de empujar—. ¡¡Aaaah!! —grito desesperada.

—¡Sara, cariño! —Henry se agacha a mi lado y me sostiene.

—Sara, ¿estás empujando? —pregunta el ginecólogo alarmado.

—¡Síííí! —contesto entre dientes.

Henry y Fernando se miran y dicen a la vez:

—¡¡Ya viene!!

—¡Carmen! —llama a la enfermera—, ayúdanos a subirla; ya va a nacer.

Me ponen en una silla de ruedas y me pasan a la habitación de al lado, que parece un quirófano. Entre los tres me colocan con cuidado en la camilla para el parto.

—¡Ponme la epidural, ya no puedo más! —suplico sollozando a Fernando.

—Sara, ya está aquí, lo peor ya ha pasado. Solo queda expulsarlo y ya está coronando. En unos minutos habrá acabado todo y te pondré calmantes para aliviarte. ¡Lo estás haciendo genial!

—No puedo más... —Lloro, rindiéndome.

—No, cielo, no —interviene mi marido—. Tiene razón, has sido muy valiente y ya casi lo has logrado. Solo queda empujar y ya le podremos ver la carita a nuestro hijo. Eres mucho más fuerte de lo que me imaginaba. Yo estaré a tu lado. Te quiero, mi vida.

Otra contracción arremete con dureza y, con fuerzas renovadas, gracias al apoyo de Henry, me incorporo como me enseñaron en preparación al parto y empujo mientras dura el dolor.

—¡Henry! o te pones de este lado o ya no sacas tú al niño. En el próximo empujón sale la cabeza —avisa Fernando.

—Ahora vuelvo, cielo. Voy a por Edgar —me mira suplicante, pidiéndome permiso.

—Adelante. —La enfermera toma su lugar sosteniéndome la mano y vuelve de nuevo otra contracción—. ¡Aaah! —Empujo.

—¡Ya está fuera la cabeza, cariño! —me informa, Henry—. ¡Es calvito! —grita emocionado.

—¡Anda, mira que eres gilipollas! —Se ríe de él Fernando—. Creo que lo mejor es que te ayude. Estás temblando y no quiero que se te escurra de entre las manos.

—No pienso dejar que mi hijo se caiga al suelo. —Lo mira ceñudo —. Pero pon las manos debajo por si acaso. —Y los dos se sonríen como bobos.

En el siguiente empujón sale el resto del cuerpo y Henry lo agarra sin ningún problema.

—¡Oh, Sara! ya está, cielo. ¡Qué bonito es mi niño...! —Lo levanta y me lo enseña justo en el momento en el que arranca a llorar a pleno pulmón.

—¡Mira qué genio tiene el pequeñajo!, ¿a quién se parecerá? —se burla Fernando de su amigo—. Enhorabuena, chicos, tenéis un bebé precioso. —Le corta el cordón umbilical—. Ahora, deja que la madre le dé un achuchoncillo, que hay que lavarlo, que pase la revisión pediátrica, ¡y ya será todo vuestro!

Henry, con lágrimas en los ojos, enrolla al niño en una manta, ayudado por la enfermera, y me lo coloca sobre el pecho. Nada más tocarnos, ya deja de llorar y me mira con sus ojitos azules abiertos de par en par.

—Henry... es tan guapo... es igualito a ti. —Lloriqueo agotada.

—Lo has hecho muy bien, cariño. Estoy muy orgulloso de ti. —Nos abraza con cuidado a ambos—. Gracias por hacerme padre, soy muy feliz, os quiero. —Y nos besa a los dos en la frente.

¡Qué suerte hemos tenido! es un bebé buenísimo, que no hace más que comer y dormir. Ya casi tiene un mes y cada día es más bonito. Henry me ayuda mucho y de buen grado. Nunca imaginé que se implicaría tanto. Como el parto fue natural y sin complicaciones, mi recuperación ha sido rapidísima. Tanto, que hemos empezado a tener relaciones sexuales completas. La primera vez, al llegar al orgasmo, lo primero que dijo Henry fue «¡Por fin!» y no me extraña, después de tanto tiempo... Cuando despertó por la mañana, no paró de sonreír en todo el día, pobre...

Hasta que nos adaptemos a la rutina del niño, Henry está trabajando desde casa y va aumentando paulatinamente las horas que se desplaza a la oficina. Hoy es el primer día que no ha venido a comer a la hora. Va a venir, pero más tarde. Y por alguna razón, el pequeño Edgar no para de llorar.

—¡Es desesperante! —Lo coge Jessica, angustiada por el llanto del bebé—. ¿Estará enfermo?

—No lo sé. Ha estado bien toda la mañana y ya le he tomado la temperatura dos veces, ¡y es normal! —Le quito de las manos a mi

niño berreante.

—Dámelo a mí, puede que yo lo calme —se ofrece Rosa, y con ella tampoco para—. Pero, ¿qué le pasa a esta criatura? —pregunta la mujer angustiada.

—Lo único que se me ocurre es que eche de menos a su padre, porque está limpito, comido y no está enfermo. —Suspiro de impotencia—. Henry cada día a esta hora se lo lleva al despacho, pone música *heavy* y se queda frito en su hombro mientras le habla y le canturrea en inglés. ¡Háblale en inglés! —le ordeno a mi cuñada.

Ella me obedece, sin embargo, a mi hijo parece que le cabrea más. Así que se me ocurre la idea de intentar engañar a Edgar. Voy en busca de mi suegro, que llegó dos días después de que naciera su nieto, le pongo la colonia de Henry, lo metemos en el despacho, pongo el CD de mi marido, y por unos momentos creemos que ha funcionado. Hasta que se le ocurre preguntar si se ha dormido. Entonces, le escucha la voz y empieza a llorar de nuevo, al darse cuenta de que no está con su padre, sino con el abuelo.

—Lo siento, hija. Si hubiera llegado a saberlo, no hubiera abierto la boca —Mi suegro besa sin parar la cabecita de su nieto antes de pasármelo.

—No te preocupes, Edgar. ¡La culpa la tiene tu hijo! —No me gustaría que, con lo que quiere a su nieto, se sienta culpable. Aún recuerdo al pobre hombre lo contento que se puso cuando se enteró de que lo íbamos a llamar como él, ¡menudos lagrimones le cayeron de felicidad!

—¿Qué le pasa al niño? —Henry acaba de llegar y viene corriendo al ver que su hijo llora.

—¡Yo a ti te voy a matar como vuelvas a llegar tarde! —lo amenazo. Él me mira juntando las cejas sin entender qué pasa—. Tú lo has acostumbrado a vuestra fiestecilla *heavy* cada día después de comer, ¡y no le servimos ninguno! Hemos intentado engañarle con tu padre, pero no lo hemos conseguido, ¿te puedes creer que se ha dado cuenta aun poniéndole tu colonia?

Y Henry, como un bobo, sonriendo de oreja a oreja, orgullosísimo de que no hayan podido engañar a su hijo. ¡Para matarlo!

—Dámelo a mí. ¿Qué te hacen a ti, mi vida?, ¿intentan engañarte con el abuelo? —En cuanto lo tiene en brazos y escucha su voz, para de llorar. Se lo echa al hombro y se sienta en su silla. Busca una canción del CD que hay puesto y sube el volumen—. Esta canción es nuestra favorita, «Afraid to shoot strangers». Iron Maiden es nuestro grupo preferido, ¿verdad? —Lo besa en la frente.

Nos ha dejado a todos con la boca abierta, y la del niño, cerrada al igual que sus ojitos. En un par de parpadeos, se duerme relajado con su papá. La comisura de mis labios se eleva al verlos juntos. ¿Quién lo iba a decir? ¡Henry es todo un padrazo! Miro a mi alrededor y todos miran con el mismo asombro y sonrisa bobalicona mientras lo acuna y besa su cabecita. Empiezan a darse cuenta de que ya no hacen nada aquí, y se van retirando en silencio. Yo me quedo última para cerrar la puerta y dejar a mis chicos disfrutar de su momento. Henry levanta la mirada antes de que cierre.

—Te quiero, Sara —susurra sonriente.

—Y yo a ti, mi vida. Os quiero a los dos.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis amigas Begoña y Julia, declaradas mis primeras *fans*. Cuando empecé a escribir, nunca imaginé que se fuera a publicar y, menos aún, que gustara a otras personas. Al acabar la novela les dije que, si la leía una sola persona y conseguía hacerla tan feliz como yo me había sentido escribiéndola, habría logrado mi objetivo. No sé si fue felicidad lo que les hice sentir pero, por lo menos, les gustó mucho, y con eso estoy más que satisfecha.

Gracias a todos los lectores que estén leyendo esto y hayan decidido darme una oportunidad. Deseo de todo corazón que lo disfrutéis.

Gracias a todos los familiares y amigos que, antes de saber siquiera si se iba a publicar o no, ya me habían pedido que les avisara en cuanto estuviera a la venta para comprar un ejemplar.

Y no puedo olvidarme de la persona que me animó a emprender este viaje: Diego, mi marido. Gracias a tu apoyo encontré el valor para comenzar el manuscrito. Tú creías en mí, y eso fue lo que me dio fuerzas.

Índice

Besos a un tirano

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
Agradecimientos